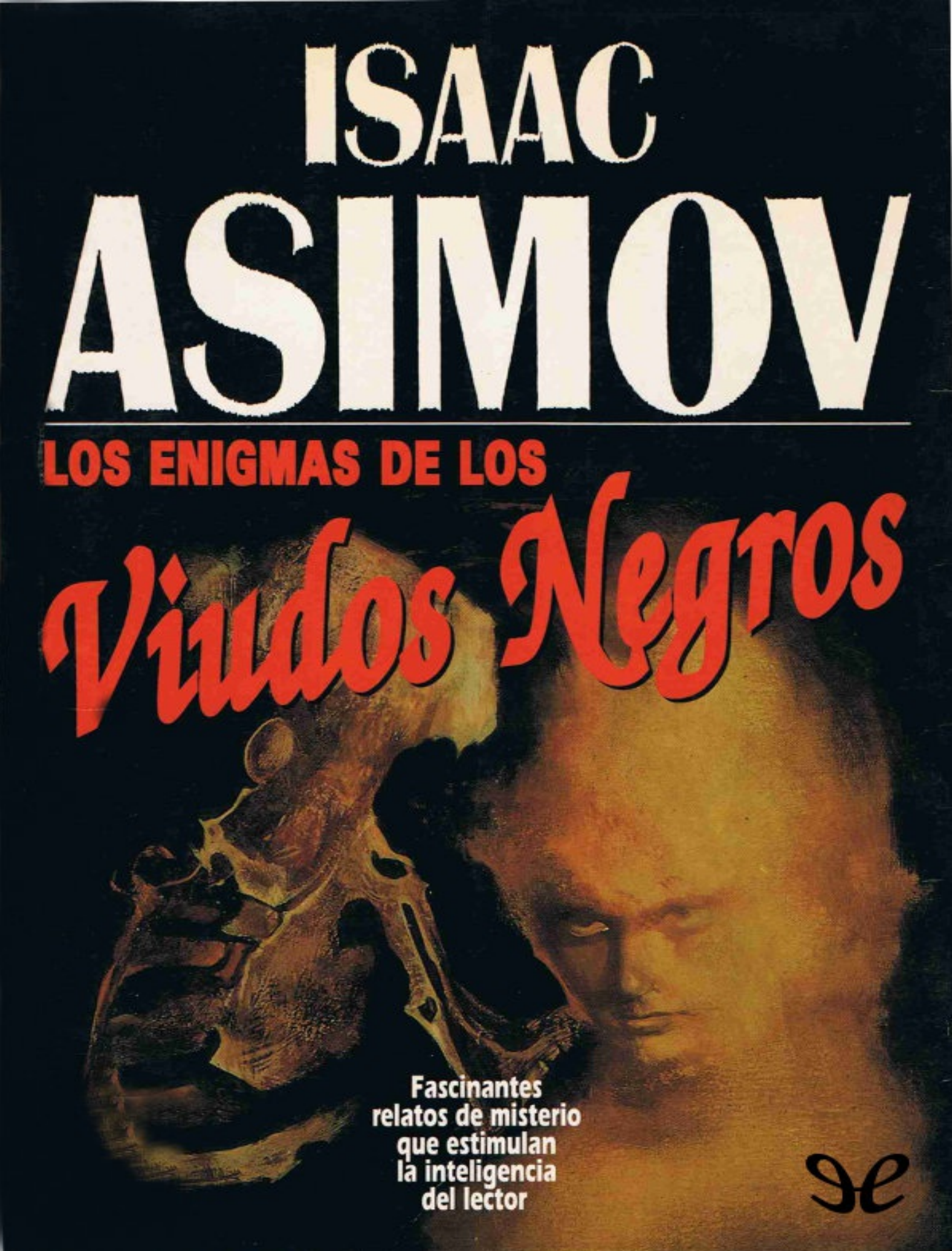
ISAAC ASIMOV

LOS ENIGMAS DE LOS

Viudos Negros



Fascinantes relatos de misterio que estimulan la inteligencia del lector

LE LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

http://LeLibros.org/

Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online

Una vez al mes, los siete miembros del Club de los Viudos Negros se reúnen para cenar en su restaurante favorito, en donde siempre les sirve un camarero llamado Henry, también miembro del club. Con motivo de cada cena se invita a alguien especial, quien expone a sus anfitriones un problema de ardua solución. Los Viudos Negros deberán unir sus esfuerzos mentales para resolver el enigma, si bien Henry, el camarero, es quien suele dar la última sorpresa…

LELIBROS

Isaac Asimov

Los enigmas de los Viudos Negros

Los Viudos Negros - 5

A la memoria de Linwood V. Carter (1930-1988) y John D. («Doc») Clark (1907-1988), que me inspiraron a Mario Gonzalo y a James Drake, respectivamente.

CONTENIDO

« El cuarto homónimo» (*The Fourth Homonym*, 1985)

« Que sea único depende de cómo se mire» (*Unique Is Where You Find It*, 1985)

« El amuleto» (*The Lucky Piece*, 1990)

« El triple diablo» (*Triple Devil*, 1985)

« Crepúsculo sobre el agua» (*Sunset on the Water*, 1986)

« ¿Dónde está él?» (*Where Is He?*, 1986)

« El bolso viejo» (*The Old Purse*, 1987)

« El lugar tranquilo» (*The Quiet Place*, 1988)

« El trébol de cuatro hojas» (*The Four-Leaf Clover*, 1990)

« El sobre» (*The Envelope*, 1989)

« La coartada» (*The Alibi*, 1989)

« La receta» (*The Recipe*, 1990)

INTRODUCCIÓN

Mi primera historia de Viudos Negros, *The Acquisitive Chuckle*, fue escrita en 1971 y publicada en la edición de enero de 1972 del *Ellery Queen's Mystery Magazine*. Yo la había concebido como una obra aislada; pero Frederic Dannay (uno de los dos autores que constituían *Ellery Queen*) pensó que podía ser una buena serie. Así pues continué y, hasta ahora, he escrito no menos de sesenta de estas historias y las he reunido en colecciones, doce relatos en cada una. Ésta, por tanto, *Puzzles of the Black Widowers* (Los enigmas de los viudos negros) es la quinta colección.

Pero, entre la primera narración y la sexagésima han pasado diecisiete años y esto significa que ha habido cambios. Por ejemplo, creo que tengo, por lo menos, tres o cuatro años más que hace diecisiete años, aunque puede que esto se deba tan sólo a mi pesimismo innato, que no puedo evitar. Un cambio mucho más serio es que Fred Dannay murió en 1982, una pérdida para todos aquellos que pertenecen al campo de la narrativa de misterio.

Otros cambios han afectado al club en el cual está basada esta serie. He explicado en colecciones anteriores que existe en la realidad una organización llamada los *Trap-Door Spiders* que tiene ya más de cuarenta años y que se parece mucho a los Viudos Negros. En realidad, he configurado a estos últimos, basándome en los primeros, aunque de un modo muy libre.

Utilicé seis *Spiders* como modelos para mis Viudos Negros, escogiéndolos más o menos al azar y asegurándome de que no les importaba. Describí de ellos tan sólo el aspecto físico de mis personajes y alguna de las características de su trato (como la firmeza de opiniones de Emmanuel Rubin, la impaciencia de Thomas Trumbull, la pedantería ocasional, pero encantadora, de Geoffrey Avalon, etc.).

Para dejar constancia, aquí están los nombres de las personas auténticas que se encuentran detrás de mis Viudos Negros:

Lester del Rey: Emmanuel Rubin.

L. Sprague de Camp: Geoffrey Avalon.

Don Bensen: Roger Halsted.

Lin Carter: Mario Gonzalo.

Gilbert Cant: Thomas Trumbull.

John D. Clark: James Drake.

Los *Trap-Door Spiders* todavía existen después de diecisiete años, y el club sigue fuerte; aunque, como es natural, ha habido cambios entre sus miembros. Algunos de los antiguos socios han muerto, y han sido elegidos otros nuevos.

En la realidad, y para mi desgracia, tres de aquellos a los que hice cargar con los *alter ego* de los Viudos Negros han pasado al banquete perpetuo del cielo. Son Gilbert Cant, que murió en 1982; y Lin Carter y John D. Clark, fallecidos ambos en 1988.

Sin embargo, sus réplicas continúan siendo Viudos Negros, y lo serán mientras yo mismo continúe ocupando mi cuerpo, que va envejeciendo. Tampoco nadie se hará mayor o se pondrá enfermo o se volverá achacoso. Dentro de las historias de los Viudos Negros, el tiempo no existirá y los enigmas continuarán de forma indefinida.

Podría añadir, una vez más, que Henry no está calcado de nadie, sino que es mi propia creación (aunque más de una persona se ha preguntado si yo tenía en la cabeza al «Jeeves» de P. G. Wodehouse, puesto que idolatro a este autor. Quién sabe, puede que lo tenga), Henry tampoco envejecerá y, no teman, nunca será confundido, sino que continuará resolviendo cada enigma que surja mientras yo viva.

EL CUARTO HOMÓNIMO

—¡Homónimos! —exclamó Nicholas Brant, invitado de Thomas Trumbull en el banquete mensual de los Viudos Negros.

Era más bien alto y tenía unas bolsas sorprendentemente prominentes bajo los ojos, a pesar de su apariencia relativamente joven. Su cara era delgada y estaba afeitada con pulcritud. Su cabello castaño no mostraba por el momento señales de canas.

—¡Homónimos! —repitió.

—¿Qué? —preguntó Mario Gonzalo con tono inexpresivo.

—Las palabras que llamas «equisonantes». Su verdadero nombre es «homónimos».

—¿Ah, sí? —inquirió Gonzalo—. Deletréamelo.

Brant lo deletreó.

Emmanuel Rubin miró con aire de búho a través de los espesos cristales de sus gafas y dijo:

—Tendrá usted que excusar a Mario, Mr. Brant. No domina nuestra lengua.

Gonzalo se cepilló algunas motas de polvo de la manga de su chaqueta y observó:

—Manny está corroído por la envidia porque he inventado un juego de palabras. Conoce las palabras, pero no tiene ni una chispa de inventiva y eso le mata.

—Seguro que a Mr. Rubin no le falta inventiva —suavizó Brant—. He leído algunos libros suyos.

—Dejemos mi caso —sugirió Gonzalo—. De todos modos, estoy deseando llamar a mi juego «homónimos», en lugar de «equisonantes». La cosa es inventar cualquier situación corta que pueda ser descrita por dos palabras que sean equisonantes… Bueno, homónimos. Le daré un ejemplo: si el cielo está muy despejado, es fácil decidir irse de picnic al aire libre. Si está lloviendo a cántaros es fácil decidir *no* ir de picnic. Pero qué pasa si está nublado y el pronóstico es de posibles chubascos; pero parece haber trozos de azul de cuando en cuando, de modo que uno no puede decidirse en cuanto al picnic. ¿Cómo le llamaría a eso?

—Una historia estúpida —contestó Trumbull con aspereza, pasándose la

mano por su cabello blanco y rizado.

—Vamos —intervino Gonzalo—, siga el juego. La respuesta es dos palabras que suenen igual.

Hubo un silencio general y Gonzalo continuó:

—La respuesta es *whether weather*. Es la clase de *weather* (tiempo) en la que uno se pregunta *whether* (si) ir de picnic o no. *Whether weather*. ¿No lo capta?

James Drake aplastó su cigarrillo y contestó:

—Lo captamos. La cuestión es, ¿cómo nos libramos de esto?

Roger Halsted dijo con su suave voz:

—No le hagas caso, Mario. Es un juego de salón razonable, salvo que no parece haber muchas combinaciones que puedas usar.

Geoffrey Avalon bajó la vista austeramente desde su altura de metro ochenta y tantos y contestó:

—Más de las que pueden imaginarse. Supongamos que usted posea un morueco castrado que esté alegre los días claros y triste los lluviosos. Si estuviera nublado, usted podría preguntarse si ese morueco estaría triste o alegre. Eso sería *whether, wether, weather*.

El coro replicó indignado:

—¿Quéee?

Avalon explicó:

—La primera palabra es *whether* que significa si. La última palabra es *weather* que se refiere a las condiciones atmosféricas. La palabra central es *wether*, que significa un morueco castrado. Mírenlo en el diccionario si no me creen.

—No se preocupen —recomendó Rubin—. Tiene razón.

—Repito —gruñó Trumbull— que esto es un juego estúpido.

—No tiene que ser un juego —observó Brant—. Los abogados son muy conscientes de las ambigüedades creadas en el lenguaje y los homónimos pueden causar dificultades.

La voz suave de Henry, aquel camarero apto para todas las situaciones, se hizo oír sobre el barullo por obra de alguna alquimia que solamente funcionaba para él.

—Caballeros —anunció—, he de interrumpir una discusión acalorada, pero se está sirviendo la cena.

—Aquí hay otro —dijo Gonzalo hablando por encima de la trucha ahumada —. Alguien ha anotado todos los números y en todos ellos, excepto en uno ha dibujado una cara muy inteligente. Un niño que lo observa está encantado, pero no satisfecho porque el proyecto no se halla terminado. ¿Qué es lo que dice?

Halsted, que estaba esparciendo delicadamente sobre su trucha la salsa de

rábanos picantes, contestó:

—El niño dice: *Do that to two, too* (Haz esto también a dos).

Gonzalo preguntó con aire afligido:

—¿Había oído eso en algún sitio?

—No —contestó Halsted—; pero es un ejemplo matemático del juego. ¿Cómo voy a enseñar matemáticas en un instituto si no puedo resolver problemas que implican el número dos?

Gonzalo frunció el ceño.

—¿Está intentando ser gracioso, Roger?

—¿Quién? ¿Yo?

Trumbull intervino:

—Como anfitrión de esta noche, me gustaría recomendar que cambiáramos de tema.

Nadie mostró señal alguna de haberle escuchado.

Avalon sentenció:

—Los homónimos suelen ser consecuencia de accidentes de la historia del lenguaje. Por ejemplo, *night* (noche), palabra por la cual significo lo contrario de día, es análoga a la alemana *Nacht* (noche); mientras que *knight*, por la cual quiero decir un caballero de la Tabla Redonda, es afín a la alemana *Knecht*. En inglés, las vocales cambiaron y la *k* es invariablemente silenciosa en una inicial *kn*, de modo que se termina con dos palabras pronunciadas de modo idéntico.

—Las iniciales *kn* no dan invariablemente una *k* silenciosa —objetó Rubin—. Existen algunas palabras que no están suficientemente anglificadas. Tengo un amigo judío que se casó con una señorita de fe no judía. Deseosa de complacer a su reciente marido, compró algunas delicadezas étnicas para él, que ella exhibió con orgullo. Enumerando sus compras, dijo: « Y también te he comprado este *nish*» . Se quedó muy aturdida cuando él rompió en una risa histérica.

Drake observó:

—No lo he captado.

Rubin explicó con un punto de impaciencia:

—La palabra es *knish*, con la *k* fuertemente pronunciada. Es una bola de pasta en cuyo interior se ponen patatas machacadas con especias, o algún otro relleno, y luego se fríen o se asan. Cualquier neoyorquino debería saberlo.

Trumbull suspiró y dijo:

—Bien, si no puedes vencerlos, únete a ellos. ¿Alguien es capaz de decirme un grupo de cuatro homónimos, cuatro palabras que se pronuncien igual, con deletreo y significado distinto en cada caso? Les daré cinco minutos en los cuales espero un bendito silencio.

Los cinco minutos transcurrieron de forma bastante agradable, con el único sonido de las crujientes cascaras de langosta golpeando en los tímpanos, y

entonces Trumbull continuó:

—Les daré una de las palabras: *right*, que significa lo contrario de izquierdo. ¿Cuáles son las otras tres?

Halsted contestó, con la boca todavía llena de patas de langosta:

—Existe *write*, que significa escribir palabras y *rite*, que es un procedimiento religioso determinado; pero no creo que haya una cuarta.

Avalon afirmó:

—Sí, la hay. Es *wright, w-r-i-g-h-t*, que significa mecánico.

—Eso es arcaico —protestó Gonzalo.

—No del todo —dijo Avalon—; todavía hablamos de *playwright* refiriéndonos a alguien que escribe comedias.

Brant intervino:

—Mi amigo Tom ha mencionado *right* definiéndolo como lo contrario de izquierda. ¿Qué opinan de *right*, que es lo contrario de *wrong* (equivocado) y *right*, significando perpendicular? ¿Serían un quinto y un sexto homónimos?

—No —observó Gonzalo—, el deletreo tiene que ser distinto para que las palabras sean homónimos, al menos mientras se siga este juego mío.

Avalon opinó:

—No siempre, Mario. Dos palabras pueden ser deletreadas del mismo modo, pero tener diferentes significados y distintos orígenes etimológicos; y se contarían como homónimos. Por ejemplo, *bear* (oso), que se refiere al animal y *bear* que quiere decir llevar, tienen el mismo deletreo y pronunciación; pero diferentes orígenes, de modo que yo les llamaría homónimos; además de *bare*, desnudo, naturalmente. Sin embargo, los diferentes usos de *right*, como en *right hand* (mano derecha), *right answer* (respuesta correcta) y *right angle* (ángulo recto), proceden todas de la misma raíz con el mismo significado, de modo que no serían homónimos.

Hubo quince minutos adicionales antes de que Trumbull se creyera justificado para golpear con su cuchara el vaso de agua y detener la conversación.

—Nunca he estado tan contento —manifestó— en ninguno de los banquetes de los Viudos Negros en el momento de poner fin a una conversación. Si tuviera poder absoluto como anfitrión castigaría a Mario con una multa de cinco dólares por haberla comenzado.

—Usted ha tomado parte en ella, Tom —observó Gonzalo.

—En defensa propia… Y a callar —dijo Trumbull—. Me gustaría presentar a mi invitado, Nicholas Brant. Jeff, usted parece civilizado aunque esté más homonimizado que ningún otro, de modo que, ¿me haría el honor de comenzar

las preguntas?

Las formidables cejas de Avalon se levantaron al decir:

—Apenas creo que *homonimizado* sea inglés, Tom —y, volviéndose hacia el invitado preguntó—: Mr. Brant, ¿a qué se dedica usted?

Brant sonrió con tristeza.

—No creo que pueda decir « a hacer de abogado» . Usted conoce quizás el viejo chiste del tiempo en que Dios amenazó con poner un pleito a Satán y éste le contestó: « ¿Cómo podrás? Tengo a todos los abogados.» En mi defensa, sin embargo, he de decir que no soy de la clase de abogado que hace trucos delante de un juez y un jurado. La mayoría de las veces estoy sentado en mi despacho e intento escribir documentos que se proponen decir lo que se supone que dicen.

—Yo mismo soy un abogado manifiesto —declaró Avalon—, de modo que hago la siguiente pregunta sin mala intención. ¿Alguna vez intenta escribirlos de modo que *no* digan lo que se supone que dicen? ¿Trata de establecer argucias?

—Naturalmente —contestó Brant—, intento diseñar un documento que deje a mi cliente toda la libertad de acción posible y a la otra parte la menor que esté en mi mano. Pero la otra parte también tiene un abogado que está trabajando duramente para lo contrario, y el resultado suele ser que el contrato termine razonablemente para ambos.

Avalon hizo una pausa y luego dijo:

—En la discusión anterior sobre homónimos, usted afirmó, si recuerdo bien, que los homónimos eran ambigüedades que podían causar dificultades. ¿Significa eso que usted, profesionalmente, hizo uso de algún homónimo en la preparación de contratos y trajo consigo complicaciones inesperadas?

Brant levantó ambas manos.

—No, no, nada de eso. Lo que tenía en la cabeza cuando hice esa afirmación no tiene nada que ver con el tema que discutimos ahora.

Avalon pasó el dedo alrededor del borde de su vaso de agua.

—Tiene que entender, Mr. Brant, que esto no es un interrogatorio legal. No hay un tema particular en discusión y todo tiene que ver. Repito mi pregunta.

Brant permaneció un momento silencioso y luego continuó:

—Es algo que tuvo lugar hace poco más de veinte años y acerca de lo cual he pensado muy pocas veces desde entonces. El juego de los homónimos de Mr. Gonzalo me lo trajo a la mente; pero no es…, nada. No implica ningún problema legal ni complicación de ningún tipo. Es tan sólo…, un enigma. Se trata de un asunto insoluble que no vale la pena discutir.

—¿Es confidencial? —preguntó Gonzalo—. Porque si es…

—No hay nada confidencial en ello —respondió Brant—. Nada secreto, nada delicado…, y por tanto nada interesante.

Gonzalo intervino:

—Cualquier cosa que sea insoluble es interesante. ¿No está de acuerdo,

Henry?

Henry, que estaba llenando los vasos de brandy, contestó:

—Creo que es así cuando existe al menos terreno posible para la especulación, Mr. Gonzalo.

—Bien —comenzó Gonzalo—, entonces, si…

—Mario, déjeme continuar, por favor… —interrumpió Avalon—. Mr. Brant, me pregunto si podría usted darnos detalles de este enigma insoluble suyo. Agradeceríamos mucho oírlo.

—Tendrán una gran decepción.

—Es un riesgo que querernos correr.

—Está bien —aceptó Brant—; si me dan sólo una oportunidad de recordar…

Apoyó la cara sobre la mano, pensando, mientras los seis Viudos Negros lo observaban expectantes. Henry ocupó su lugar habitual junto al aparador.

Brant explicó:

—Comencemos con Alfred Hunzinger. Era un pobre muchacho de una familia de inmigrantes y no poseía ninguna educación digna de mención. Estoy bastante seguro de que nunca fue a un colegio medio. Cuando tenía catorce años, estaba trabajando. Eran las décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial, y la educación no se consideraba en absoluto como un derecho innato ni siquiera particularmente deseable para los que acostumbraban a llamarse trabajadores. Sin embargo, Hunzinger no era un trabajador corriente. Era industrioso e inteligentísimo. La inteligencia y la educación no van siempre de la mano, ya lo saben.

Rubin dijo de modo un tanto forzado:

—En verdad no lo hacen. He conocido a algunos idiotas educados con mucho esmero.

—Hunzinger era lo contrario —continuó Brant—. Era un genio de los negocios; sin educación ninguna. Tenía capacidad para hacer prosperar una empresa. Cualquier cosa que tocaba marchaba bien y llegó a poseer un negocio formidable. Pero eso no era bastante para él. Siempre sintió vivamente su falta de instrucción, y se embarcó en un programa de estudio en casa. No era continuo, porque su negocio constituía su principal preocupación, y había períodos en los que disponía de poco tiempo. Además, era incoherente, porque leía con promiscuidad y sin que nadie lo guiase. Tener una conversación con él era exponerse a una mezcla curiosa de pedantería e ingenuidad.

—Lo conocía usted personalmente, supongo —quiso saber Avalon.

—En realidad, no —contestó Brant—. No íntimamente. Hice algún trabajo para él. El más importante fue preparar su testamento. Esto, si se hace bien y hay que considerar asuntos de negocios complejos, requiere mucho tiempo y da como resultado un documento largo. Periódicamente debe ser puesto al día o revisado, y las palabras han de elegirse con cuidado a la luz de las leyes fiscales,

que cambian sin cesar. Créanme, era virtualmente una carrera por sí mismo y me vi forzado a pasar muchas horas de reunión con él y a entrar en una extensa correspondencia. Sin embargo, fue una relación muy limitada y especializada. Llegué a conocer la naturaleza de sus finanzas bastante a fondo; pero a él, como persona, sólo de un modo superficial.

—¿Tenía hijos? —preguntó Halsted.

—Sí, los tenía —contestó Brant—. Se casó en una época tardía de su vida; a la edad de cuarenta y dos años, si no recuerdo mal. Su esposa era bastante más joven. El matrimonio, aunque no idílicamente feliz, fue bien. No hubo divorcio, ni perspectiva de ello en ningún momento, y Mrs. Hunzinger murió hace tan sólo unos cinco años. Tuvieron cuatro hijos, tres chicos y una niña. La chica se casó bien; sigue casada, tiene sus hijos y está, y ha estado, en muy buena posición. Apenas aparecía en el testamento. Algunas inversiones pasaron a ella en vida de Hunzinger y eso fue todo. El negocio se transmitió sobre una base igualitaria, un tercio a cada uno de los tres hijos cuyos nombres eran Frank, Mark y Luke.

—¿En ese orden de edad? —inquirió Drake.

—Sí. El mayor, para usar su firma legal, es B. Franklin Hunzinger. El mediano es Mark David Hunzinger. El más joven es Luke Lynn Hunzinger. Naturalmente, yo le hice la observación a Hunzinger de que dejar su negocio por partes iguales a sus tres hijos iba a causar dificultades. El producto podía dividirse por igual; pero el poder directivo, el de tomar decisiones, tenía que ser puesto en manos de uno solo. Pero él se mostró muy tercamente reacio a eso. Dijo que había educado a sus hijos de acuerdo con los ideales de la antigua república romana; que todos ellos tenían confianza en él, el paterfamilias (utilizó este término, para gran sorpresa mía) y también la tenían ellos entre sí. No habría ninguna dificultad en absoluto, según afirmó. Me tomé la libertad de observar que podía darse muy bien que fueran hijos ideales mientras él estuviera vivo y con su fuerte personalidad dirigiendo los asuntos. Después de que se hubiera ido, sin embargo, era posible que aparecieran rivalidades ocultas. Nunca, insistió él, nunca. Yo pensé que estaba ciego y me sorprendí de que una persona que era tan viva ante cualquier asomo de trampa en los asuntos de negocios, tan realista en las cosas del mundo, pudiera ser tan locamente romántico en lo que se refería a su propia familia.

Drake interrumpió:

—¿Cómo se llamaba la hija?

—Claudia Jane —contestó Brant—. En este momento, no recuerdo su nombre de casada. ¿Por qué lo pregunta?

—Por simple curiosidad. Ella podía haber tenido también ambiciones, ¿no?

—No lo creo. Al menos no con respecto al negocio. Ella dejó claro que no esperaba ni quería ninguna participación en él. Su marido era rico… Fortuna antigua…, posición social…, esa clase de cosas. Lo último que ella quería era ser

identificada con lo que, por decirlo de alguna manera, era un almacén gigante de ferretería.

—Bien, ya entiendo —dijo Drake.

—Debo admitir que la familia parecía estar en armonía total —continuó Brant—. Yo me encontré con los hijos alguna vez que otra, juntos y por separado, y parecían jóvenes agradables, que se llevaban muy bien, y por supuesto, muy apegados a su padre. Entre una cosa y otra llegó un momento en el que a ellos les pareció apropiado invitarme a las fiestas que se organizaron para celebrar el octogésimo cumpleaños del anciano. Y, en aquella ocasión, fue cuando Hunzinger tuvo el ataque de corazón que le llevó a la muerte. No era del todo inesperado. Estuvo enfermo del corazón durante años; pero fue una desgracia total para él que sucediera en su cumpleaños. La fiesta se interrumpió, como es lógico, lo colocaron suavemente sobre el sofá más cercano y se llamó a los médicos. Hubo una especie de silencioso pandemónium. La confusión fue suficiente para que yo pudiera quedarme. Puede parecer macabro, pero imaginé que tenía un trabajo que hacer. Él todavía no había designado a ningún hijo para ser el jefe de la empresa. Era demasiado tarde para hacer nada por escrito; pero, si él dijera cualquier cosa, podía tener alguna fuerza. Supongo que los hijos no sabían lo que yo tenía en la mente. Estaban allí, claro. Su madre, medio presa de un shock, había sido llevada a otra parte. Nadie parecía darse cuenta de que yo estaba presente. Me incliné, me acerqué al oído del anciano y le pregunté: ¿Cuál de sus hijos tiene que ser el jefe de la empresa, Mr. Hunzinger? Era demasiado tarde. Sus ojos estaban cerrados, su respiración se había convertido en un estertor. Me pregunté si me habría oído. Un médico se aproximó. Supe que me detendría, así que lo intenté de nuevo rápidamente. Esta vez las pestañas del moribundo parpadearon y sus labios hicieron un movimiento como si intentara hablar. Sin embargo, solamente salía un sonido. Parecía ser la palabra *to* (a). No oí nada más. Él duró una hora más; pero no dijo ninguna otra palabra y murió, sin recobrar la conciencia, en el sofá en que había sido colocado… Y eso fue todo.

Gonzalo preguntó:

—¿Qué sucedió con el negocio?

—Nada —respondió Brant con lo que parecía el residuo de una enorme sorpresa—. El anciano tenía razón. Los tres hijos se entienden divinamente. Es una especie de triunvirato. Cuando tiene que tomarse cualquier decisión, se reúnen y llegan a una resolución en seguida. Es en verdad algo sorprendente y si esa especie de cosa se contagiara, los abogados se morirían de hambre.

—Entonces no importa lo que dijera el anciano, ¿verdad? —opinó Gonzalo.

—Ni lo más mínimo, excepto que durante un tiempo despertó mi curiosidad. ¿Qué es lo que estaba intentando decirme? Ustedes ven la dificultad, supongo.

—Naturalmente —contestó Drake atusando su bigotito gris—. No se puede hacer gran cosa con la palabra *to*.

—Es peor que eso —observó Brant—. ¿Qué homónimo? ¿Era *to* (a) o *too* (también) o *two* (dos)? Existen tres *tos* en la lengua inglesa. Dicho sea de paso, ¿cómo escriben esta última frase? A menudo me lo ha preguntado. Pueden *decir* «tres *tos*», dado que los tres se pronuncian del mismo modo, pero ¿cómo lo escriben, si cada uno de los homónimos se deletrea de modo diferente?

Avalon planteó:

—Yo diría «existen tres palabras que se pronuncian *tu*». La doble *o* es la manera menos ambigua de indicar la pronunciación que tienen las tres.

—Bien, en cualquier caso, aunque yo supiera que era *too*, no serviría de nada.

Trumbull intervino:

—Puede que no haya sido una palabra, Nick. Supongamos que estuviera diciendo una palabra más larga como *constitución*. Eso son cuatro sílabas y ocurrió que él sólo consiguió articular la tercera. Todo lo que usted tendría sería *tu*.

—Quizá —admitió Brant—. No puedo probar que no fuera así. Pero, en aquel momento, tuve la impresión de que era una palabra, una de las tres «tos», sea cual sea la manera en que usted quiera deletrearlo. Supongo que yo estaba intentando desesperadamente leer en sus labios y él podía haber dicho *Headship to so-and-so* (La dirección a fulano) y todo lo que capté fue el *to*. Lo cual me deja sin nada. Naturalmente, tal como dije, no importa. Los hijos se llevan muy bien. De todos modos…

Brant meneó la cabeza.

—Yo soy abogado. Me preocupaba que llegara tan cerca de haberlo hecho *bien*. Aunque él estuviera rehusando elegir a ninguno. Aunque estuviera diciendo «A nadie», habría estado expresando su último deseo y eso hubiera sido mejor que caer en una situación por defecto. Así que, durante algún tiempo estuve preguntándome. Y ahora ustedes me lo han vuelto a poner en la cabeza y seguiré preguntándome durante otro tiempo… Y sin sacar nada en limpio, porque no hay nada que sacar.

Un pesado silencio descendió sobre la mesa. Al fin fue roto por Gonzalo, quien dijo:

—Al menos es una versión interesante del juego de los homónimos. ¿Cuál de los equisonantes fue?

Trumbull preguntó:

—¿Y qué más da? Ninguno de los tres nos ayudaría a dar sentido a lo que el anciano intentaba decir.

—Ya se lo advertí —replicó Brant malhumorado—. Es un problema insoluble. No existe suficiente información.

—No tenemos que *resolverlo* —observó Halsted—, dado que no existe ninguna crisis que tenga que solucionarse ni hay delincuente al cual debamos dar

castigo. Todo lo que hemos de hacer es establecer una posibilidad razonable para tranquilizar nuestra mente. Por ejemplo, supongamos que él estuviera diciendo *t-w-o* (dos).

—Bien, supongamos que fuera así —aceptó Avalon.

—Entonces puede ser que estuviera diciendo algo como « Dárselo al hijo número dos.»

Brant meneó la cabeza y explicó:

—La impresión que tuve fue que el *to* que oí, estaba a mitad del mensaje. Sus labios se movieron antes y después de que oyera el *t-o*.

—No estoy convencido de que usted pueda atenerse a eso —dijo Rubin—. Sus labios casi no estaban bajo control. Algo de lo que parecía ser movimiento, podía haber sido solamente un temblor.

—Es lo pone todavía peor —opinó Brant.

—Espere un poco —intervino Halsted—. Mi idea va bien incluso con la palabra en medio del mensaje. Podía haber sido algo como « Darlo a mi hijo número dos» o « Al número dos le pertenece» .

Trumbull gruñó.

—Charlie Chan puede decirlo, pero ¿era probable que Hunzinger hiciera eso…? Al, ¿oyó alguna vez que ese hombre se refiriera a sus hijos por medio de un número?

—No —respondió Brant—. No creo que lo hiciera nunca.

—Bien —dijo Trumbull—. ¿Y por qué demonios tenía que comenzar a hacerlo en su lecho de muerte?

—Me sorprende —manifestó Rubin—. Consideren lo siguiente. Su segundo hijo se llama Mark, que es también el nombre del autor del segundo Evangelio. Su tercer hijo se llama Luke, que es el nombre del autor del tercer Evangelio. Apostaría algo a que si hubiera tenido un cuarto hijo, se hubiera llamado John.

—¿De qué sirve hacer una suposición así? —preguntó Gonzalo—. No podemos resolverlo y decidir quién es el ganador.

—¿Por qué no fue Matthew el nombre del primer hijo? —quiso saber Avalon.

Rubin argumentó:

—Quizás Hunzinger no pensó en ello hasta después de que naciera su segundo hijo. O, simplemente, no le gustaba Matthew. En todo caso, me choca que si la palabra era *t-w-o*, tuviera un doble significado. Se referiría al segundo hijo y al segundo Evangelio e indicaría a Mark en cualquiera de los casos.

Trumbull comentó:

—Podría haber un millón de razones por las cuales el número dos indicaría a Mark; pero aunque las reunamos todas, no resultaría más probable que él se refiriese a « mi hijo número dos» , de lo que sería solamente por una razón. ¿Por qué no decir Mark, si quería referirse a él?

Brant continuó:

—Bien, podía haber dicho *to Mark*; pero todo lo que yo oí fue *to* (a).

Avalon intervino:

—Mr. Brant, me gustaría saber si usted, en algún momento, observó que Mr. Hunzinger tuviera más confianza en uno de sus hijos que en otro, que valorase en mayor grado la perspicacia para los negocios de uno en particular, que lo quisiera más.

Brant inclinó la cabeza pensativo. Luego la movió en gesto negativo.

—No puedo decir que lo notara. No tengo recuerdo alguno de nada parecido. Naturalmente, tal como dije, mi relación con la familia no era de estrecha amistad personal. Se trataba tan sólo de una cuestión de negocios. El anciano nunca confió asuntos familiares más allá de las cosas que fueran importantes para el testamento.

Gonzalo apuntó:

—Seguimos hablando acerca de los hijos. ¿Cómo sabe usted que el anciano no le concedió ninguna atención a su hija? Supongamos que dejara el negocio a sus tres hijos, por terceras partes, pero quisiera que su hija tomara las decisiones cruciales. Podía haber pensado que ella era la que tenía el mejor sentido para los negocios y dirigiría el cotarro aunque no quisiera estar conectada con los negocios de la empresa de un modo abierto.

—¿Qué es lo que le ha inducido a esa idea, Mario?—preguntó Avalon.

—Supongamos que la palabra fuera *t-o-o* (también). Podía haber estado diciendo « Mi hija también debería estar incluida» . Algo así.

—No lo creo —declaró Brant—. Mr. Hunzinger nunca mencionó a su hija en conexión con la empresa. Recuerden también que sus prejuicios son anteriores a la Primera Guerra Mundial cuando las mujeres ni siquiera podían votar. Él no era feminista en modo alguno. Su esposa fue una simple ama de casa, y eso era lo que a él le gustaba. Se cuidó de casar a su hija con un hombre rico y, por lo que a él concernía, eso constituía el límite de su responsabilidad respecto de ella. Al menos me veo forzado a esa conclusión cuando pienso en nuestras diversas discusiones sobre el testamento.

Una vez más cayó el silencio alrededor de la mesa, hasta que Avalon dijo con un suspiro bastante teatral:

—No importa qué hipótesis establezcamos. No importa lo inteligentes e ingeniosas que éstas puedan ser; no existe modo alguno por el que podamos demostrar que son verdad. Me temo que, por esta vez, tenemos que decidir que nuestro anfitrión tiene razón y que el problema, por su misma naturaleza, es insoluble.

Gonzalo apuntó:

—No, hasta que preguntemos a Henry.

—¿Henry? —se sorprendió Brant, y su voz bajó hasta convertirse en un suspiro—. ¿Se refiere al camarero?

Trumbull le dijo:

—No hay necesidad de hablar tan bajo, Nick. Él es miembro del club.

—Entonces, le preguntaré —decidió Gonzalo—. Henry, ¿tiene alguna idea acerca de esto?

Desde su lugar en el aparador, Henry les dirigió una ligera sonrisa y contestó:

—Debo admitir, Mr. Gonzalo, que me he estado preguntando cuál podría ser el nombre del hijo mayor.

Gonzalo señaló:

—Frank. ¿No lo recuerda?

—Perdón, Mr. Gonzalo; pero me parece recordar que el hijo mayor es B. Franklin Hunzinger. Me preguntaba qué significaba la « B» .

Todos los ojos se volvieron hacia Brant, quien se encogió de hombros y dijo:

—Él está identificado como B. Franklin incluso en el testamento de su padre. Ésa es la forma legal de su firma. Siempre pensé, sin embargo, que la B. quería decir Benjamin.

—Es una suposición normal —convino Henry—. Cualquier norteamericano llamado B. Franklin parecería que estaba obligado a ser un Benjamin. Pero, ¿oyó alguna vez que algún miembro de la familia, o cualquier otra persona, se dirigiera a él como Benjamin o Ben?

Brant meneó la cabeza muy despacio.

—No recuerdo nada parecido; pero esto sucedió hace más de veinte años y yo, como he dicho, no formaba parte del círculo familiar.

—¿Y después de la muerte del anciano Hunzinger?

—Apenas tuve contacto con ellos desde entonces, ni siquiera respecto a asuntos legales.

Trumbull preguntó:

—¿A qué viene todo eso, Henry?

—Porque se me ha ocurrido que existen, para hablar de algún modo, cuatro homónimos con el sonido *t-o-o*.

Avalon inquirió con voz asombrada:

—¿Cuatro? ¿Quiere decir que uno de los homónimos tiene dos significados de derivación independiente como en el caso de *b-e-a-r*?

—No, Mr. Avalon. Me estoy refiriendo a los cuatro homónimos con cuatro distintos deletreos.

Avalon se apresuró a decir:

—Imposible, Henry. Manny, ¿puede usted hallar un cuarto homónimo además de *t-o-o* y *t-w-o*?

—No —respondió Rubin llanamente—. No existe un cuarto homónimo.

Henry puntualizó:

—He dicho « para hablar de algún modo» . Todo depende del primer nombre de B. Franklin.

Drake comentó:

—Henry, es usted muy misterioso y nos tiene a todos confundidos. Explíquese, por favor.

—Sí, doctor Drake. Mr. Brant había dicho que el viejo Hunzinger era un autodidacta y había indicado que estaba particularmente interesado en la historia romana. Él educó a sus hijos en lo que creía que era la tradición romana. Utilizó términos tales como «paterfamilias», etc. Y les dio nombres romanos tradicionales. A su hija le puso Claudia; un hijo es Mark, del romano Marcus; otro es Luke, del romano Lucius. Es posible, de hecho, que los nombres originales fueran en realidad Marcus y Lucius y que los jóvenes encontrasen Mark y Luke más aceptable para sus ambientes. Ahora bien, ¿qué ocurre si el hijo mayor tenía también un nombre romano sin ninguna forma inglesada usual? Podía no haberlo usado en absoluto, y se quedó con Franklin que se convierte en el muy común y aceptable Frank. Un nombre corriente romano que empiece con «B» es Brutus, y no tiene ninguna forma de adaptación a la lengua inglesa que resulte aceptable.

—Ajá —exclamó Rubin.

—Sí, Mr. Rubin —dijo Henry—. Si el anciano Mr. Hunzinger había picoteado briznas del latín, indudablemente las últimas palabras de Julio César, una de las más famosas de todas las frases latinas, le sería conocida. Contiene la palabra *tú* que es la latina para la forma familiar de *you* (tú) y es tan conocida entre la gente educada de habla inglesa, aunque solamente fuera por esa frase, que podía casi considerarse como un cuarto homónimo. Preguntado acerca de cuál de sus hijos debería dirigir la empresa, el moribundo pensó en el mayor, recordó el nombre que le había dado cuando era niño y podía haber dicho algo así como «todos mis hijos participan y tú, Brutus, serás el jefe». La frase «y tú, Brutus» se convierte en la exclamación que murmuró César de «et tu, Brute» y solamente el «tu» sonó lo bastante fuerte para ser oído.

—Dios mío —murmuró Brant—. ¿Quién podría pensar en algo como eso?

—Pero es *lo más* ingenioso —observó Avalon—. Espero que tenga razón, Henry. Me sentaría muy mal ver desperdiciado ese razonamiento. Supongo que podríamos llamar a Hunzinger e intentar persuadirle de que nos dijera cuál es su primer nombre.

Gonzalo dijo con excitación:

—Espere, Jeff, ¿no figurará en el *Who's Who in America*? Normalmente incluyen a hombres de negocios.

Avalon objetó:

—Podían tener tan sólo la versión oficial de su nombre… B. Franklin Hunzinger. Naturalmente a veces incluyen el resto del nombre entre paréntesis, para indicar que existe pero que no se usa.

—Veamos —propuso Gonzalo.

Bajó el primer tomo de la obra y, durante un ratito, se oyó el sonido de hojas

que se movían. De pronto paró y Gonzalo gritó con voz triunfante:

—Brutus Franklin Hunzinger. El « r-u-t-u-s» entre paréntesis.

Brant enterró la cabeza entre las manos.

—Esto ha estado preocupándome durante veinte años, sin dejar de pensar en ello de cuando en cuando, y, si lo hubiera mirado en el *Who's Who*… ¿Y por qué tenía que ocurrírseme mirarlo? —Meneó la cabeza—. Tengo que decírselo a ellos. Tendrán que saberlo.

Henry apuntó:

—No creo que sea prudente, Mr. Brant. Los hermanos se llevan bien tal como están; pero, si averiguan que su padre había escogido a uno de ellos para dirigir la empresa, de lo cual tampoco podemos estar seguros, es posible que surgieran sentimientos inconvenientes. No se debe intentar arreglar lo que no está roto.

Post Scriptum

Varios de los enigmas de mis Viudos Negros dependen de las vaguedades de la lengua inglesa. No puedo evitarlo, porque tengo un gran interés y admiración por el lenguaje.

Debo admitir, sin embargo, que me doy cuenta, con desagrado, de que siempre que dependa demasiado del inglés, pongo grandes barreras a los traductores y puedo disminuir mis oportunidades de conseguir ediciones extranjeras. El problema no es sólo que las ediciones extranjeras aportan dinero (es bien conocido que mi carácter es demasiado refinado y noble para que yo esté interesado en el dinero), sino que las traducciones presentan mi obra a públicos que, de otro modo, serían incapaces de leerme. Y ser ampliamente leído sí *me interesa.*

Sin embargo, debo admitir que, cuando en un punto del lenguaje hallo un truco útil, como en la historia que acaban de leer, nunca puedo resistirme.

El relato apareció por primera vez en la edición de marzo de 1985, del Ellery Queen's Mystery Magazine.

QUE SEA ÚNICO DEPENDE DE CÓMO SE MIRE

Emmanuel Rubin hubiera peleado hasta la muerte antes que reconocer que la sonrisa de su cara era fatua. Sin embargo, lo era. Aunque hiciese todo lo posible por intentarlo, no podía esconder el orgullo en su voz o el brillo de complacencia en su mirada.

—Compañeros Viudos —anunció—, ahora que incluso Tom Trumbull está aquí, déjenme presentar a mi invitado de la noche. Es mi sobrino, Horace Rubin, hijo mayor de mi hermano menor y luz resplandeciente de la nueva generación.

Horace sonrió débilmente ante esa introducción. Era más alto que su tío (le sacaba toda la cabeza) y un poco más delgado. Tenía el cabello oscuro y rizado, la nariz prominente, arqueada y una ancha boca. No era guapo en absoluto, y Mario Gonzalo, el artista de los Viudos Negros se estaba esforzando mucho para no exagerar las facciones. La precisión fotográfica era suficiente caricatura. Lo que no entraba en el dibujo, naturalmente, era la luz inequívoca de una inteligencia rápida en los ojos del joven.

—Mi sobrino —explicó Rubin—, está trabajando para conseguir su doctorado en Columbia. En química. Y lo está haciendo ahora, Jim, no en mil novecientos, cuando usted lo hizo.

James Drake, el único Viudo Negro con un doctorado legítimo (aunque todos tenían derecho a que se les dieran el tratamiento de «doctor» según las reglas del club), respondió:

—Bravo por él… Y mi doctorado fue ganado justo antes de la guerra; la Segunda Guerra Mundial quiero decir. —Sonrió, con cierta reticencia a través de la fina columna de humo que subía girando desde su cigarrillo.

Thomas Trumbull que, según su costumbre, había llegado tarde a la hora del aperitivo, miró ceñudo por encima de su bebida y dijo:

—Manny, ¿estoy soñando o es costumbre sacar estos detalles durante la sesión de preguntas después de la comida? ¿Por qué está comenzando la actuación antes de tiempo?

Ondeó la mano con aire petulante a través del humo del cigarrillo y se alejó de Drake de un modo ostensible.

—No estoy más que estableciendo las bases —protestó Rubín, indignado—. Lo que espero que usted pregunte a Horace es el tema de su próxima disertación.

No existe razón alguna por la que los Viudos Negros no puedan ganar un poco de educación.

Gonzalo añadió:

—¿Va usted a hacernos reír, Manny, diciéndonos que entiende lo que su sobrino está haciendo en su laboratorio?

La corta barba de Rubin se erizó.

—Entiendo de química mucho más de lo que usted cree.

—Seguro que sí, porque creo que usted no entiende de nada. —Gonzalo se volvió hacia Roger Halsted y dijo—: Supe por casualidad que Manny se especializó en cerámica babilónica en algún curso por correspondencia.

—No es verdad —negó Rubin—; pero tengo todavía un grado por encima de su especialización en cerveza y *pretzels*.

Geoffrey Avalon, que escuchaba con desprecio este intercambio de chanzas, apartó su atención y le preguntó al joven estudiante:

—¿Qué edad tiene, Mr. Rubin?

—Sería mejor que me llamara Horace —respondió el joven con una voz de barítono inesperado— o el tío Manny contestará y nunca conseguiré romper el monólogo.

Avalon sonrió ceñudo.

—En verdad él es nuestro monopolizador de la conversación cuando se lo permitimos. Pero, ¿qué edad tiene, Horace?

—Veintidós años, señor.

—¿No es usted un poco joven para ser un doctorando? ¿O empieza nada más?

—No. Debería estar comenzando mi tesis ahora y espero acabarla en medio año. Soy bastante joven; pero no insólitamente joven. Robert Woodward obtuvo su doctorado en química cuando tenía veinte años. Naturalmente casi fue echado del colegio a los diecisiete.

—Pero veintidós no está mal.

—Cumpliré veintitrés el mes que viene. Lo conseguiré a esa edad… o nunca.

Se encogió de hombros y pareció desanimado.

La suave voz de Henry, el perenne e irremplazable camarero de todos los banquetes de los Viudos Negros se hizo oír.

—Caballeros, la cena está servida. Vamos a tener cordero al curry y me temo que nuestro chef cree que el curry fue hecho para ser notado, así que, si alguno de ustedes prefiere algo más suave, que me lo diga ahora y procuraré que quede contento.

Halsted respondió:

—Henry, si algún corazón delicado prefiere huevos revueltos, tráigame su porción de cordero al curry además de la mía. No debemos desperdiciarla.

—Tampoco debemos contribuir a su problema de exceso de peso, Roger —gruñó Trumbull—. Tomaremos todos el curry, Henry, y traiga los condimentos

de acompañamiento, en especial la salsa picante y el coco. Yo mismo tengo intención de ser generoso.

—Y procure que el bicarbonato esté a mano, Henry —añadió Gonzalo—. Los ojos de Tom son más optimistas que el forro de su estómago.

Henry estaba sirviendo el brandy cuando Rubin golpeó el vaso de agua con la cuchara y anunció:

—Al asunto, señores, al asunto. Mi sobrino, según he observado, se ha ensañado con la comida y es hora de que se le haga pagar por ello en la sesión de preguntas… Jim, tú serás naturalmente quien dirija el interrogatorio, dado que eres una especie de químico; pero no quiero que Horace y tú os metáis en una discusión privada de minucias químicas. Roger, usted es un simple matemático, lo cual lo coloca suficientemente fuera del tema. ¿Nos haría el honor?

—Encantado —aceptó Halsted, tomando suaves sorbos de curaçao—. Joven Rubin. Bueno, Horace si lo prefiere: ¿qué es lo que pretende usted en la vida?

Horace contestó:

—Cuando consiga mi graduación y encuentre una posición en una buena Facultad, estoy seguro de que el trabajo que haga será una dedicación amplia. De otro modo…

Se encogió de hombros.

—Parece que duda, joven. ¿Cree que tendrá dificultades para conseguir un trabajo?

—No es una cosa de la que se pueda estar seguro, señor; pero he sido entrevistado en diversos sitios y, si todo va bien, me parece que se materializará algo deseable.

—Si todo va bien, dice. ¿Es que hay algún tropiezo en su investigación?

—No, no; en absoluto. Tuve el suficiente buen sentido para escoger un problema sin riesgos. Sí, no, o quizás… cualquiera de las tres respuestas posibles… me harían conseguir una graduación. Tal como va, parece que será sí, que es la mejor de las alternativas y yo me considero situado.

Drake dijo de repente:

—¿Para quién está trabajando, Horace?

—Para el doctor Kendall, señor.

—¿El hombre de la cinética?

—Sí, señor. Estoy trabajando sobre la cinética de la reproducción del ADN. No es ninguna cosa a la cual se hayan aplicado rigurosamente las técnicas fisicoquímicas hasta el momento, y yo puedo ahora realizar gráficos computadorizados del proceso que…

Halsted interrumpió.

—Ya llegaremos a eso, Horace. Más adelante. Por ahora todavía estoy

intentando averiguar lo que le preocupa. Usted tiene perspectivas de un trabajo. Su investigación ha ido bien. ¿Qué pasa con su trabajo de curso?

—Nunca he tenido ningún problema en él. Excepto…

Halsted aguantó la pausa durante un momento y luego inquirió:

—¿Excepto qué?

—Yo no lo hice muy bien en mis cursos de laboratorio, en particular en laboratorio de orgánica. No soy… hábil. Soy un teórico.

—¿Suspendió?

—No, naturalmente que no. Sólo que no me cubrí de gloria.

—Bien, pues ¿qué es lo que le preocupa? Durante la cena oí que le decía a Jeff que conseguirá su doctorado cuando tenga veintitrés años… o nunca. ¿Por qué nunca? ¿Cuál es la razón de esa posibilidad?

El joven vaciló.

—No es la clase de cosa…

Rubin, claramente aturdido, frunció el ceño y observó:

—Horace, nunca me habías dicho *a mí* que tenías problemas.

Horace miró a su alrededor como si buscase un agujero por el que poder huir.

—Bien, tío Manny, tú tienes *tus* problemas y no me vienes *a mí* con ellos. Los solucionaré por mí mismo… o no lo conseguiré.

—¿Qué tienes que solucionar? —preguntó Rubin con la voz cada vez más elevada.

—No es la clase de cosa… —volvió a decir Horace.

—Primero —dijo Rubin con energía—: cualquier cosa que digas aquí es *totalmente* confidencial. Segundo: ya te dije que en la sesión de preguntas se esperaba que las contestases todas. Tercero: si no paras de actuar sin seriedad, te machacaré hasta convertirte en mermelada de frambuesa.

Horace suspiró.

—Sí, tío Manny. Sólo quería decir —miró alrededor de la mesa— que él me ha amenazado de este modo desde que tenía dos años, y nunca me ha puesto la mano encima. Mi madre lo haría picadillo si se atreviera.

—Siempre hay una primera vez, y yo no le tengo miedo a tu madre. Puedo manejarla —replicó Rubin.

—Muy bien, tío Manny… Pues mi problema es el profesor Richard Youngerlea.

—Oh, oh —exclamó Drake suavemente.

—¿Le conoce usted, Mr. Drake?

—Sí.

—¿Es amigo suyo?

—Bueno, no. Es un buen químico; pero, de hecho, no le tengo aprecio.

La cara bondadosa de Horace rompió en una amplia sonrisa y dijo:

—¿Entonces, puedo hablar libremente?

—Podrías de todas maneras —respondió Drake.

—Pues ahí va —soltó Horace—. Estoy seguro de que Youngerlea va a estar en el tribunal que me examinará. No dejará pasar la ocasión y tiene peso suficiente para salirse con la suya si se lo propone.

Avalon observó con su voz profunda:

—Supongo, Horace, que no le gusta a usted.

—En absoluto —respondió el joven con tono sincero.

—Y me imagino que usted no le gusta a él.

—Me lo temo. Yo pasé mi curso de laboratorio de orgánica bajo su autoridad y, como he dicho, no fui brillante.

Avalon comentó:

—Me imagino que un cierto número de estudiantes no brillan. ¿Le desagradan todos ellos?

—Bueno, creo que no le gustan.

—Infiero que usted sospecha que él quiere estar en el tribunal que le examine con objeto de cargárselo. ¿Es ésa su manera de reaccionar con todos los estudiantes que no brillan en su laboratorio?

—Bien; él parece convencido de que el trabajo de laboratorio es como la maternidad, o como el pastel de manzana, o como cualquier cosa noble y sublime; pero no, no es sólo que yo no fuera brillante.

—Bueno, pues entonces —dijo Halsted continuando el interrogatorio—, estamos llegando al asunto. Yo doy clases en un colegio de enseñanza media y lo sé todo acerca de los estudiantes fastidiosos. Estoy seguro de que el profesor le encontró a usted fastidioso. ¿Por qué razón?

Horace frunció el ceño.

—Yo no soy desagradable. Youngerlea sí lo es. Mire, es un perdonavidas. Siempre hay algunos profesores que sacan ventaja del hecho de que están en una situación incuestionable. Ellos desuellan a los estudiantes; los tratan groseramente de palabra; los ponen en ridículo. Hacen esto porque saben muy bien que los estudiantes no se atreven a defenderse por miedo a sacar una mala nota. ¿Quién puede discutir con Youngerlea si él puede dar un simple aprobado o incluso un suspenso? ¿Quién osará contradecirle si él, luego, expresa su muy influyente opinión en una reunión del claustro de la Universidad, y dice que tal estudiante no tiene lo que hay que tener para ser un buen químico?

—¿Le puso a usted en ridículo? —preguntó Halsted.

—Él puso a *todo el mundo* en ridículo. Hubo un pobre chico que era inglés y cuando él se refería al cloruro de aluminio, que se usa como catalizador en la reacción de Friedel-Crafts, se refería a él como cloruro de «aluminio» con la pronunciación inglesa. Youngerlea lo machacó. El profesor clamó contra esa mierda, ésta era su expresión, de añadir una sílaba extra innecesaria, cinco en lugar de cuatro, y contra la estupidez de hacer cualquier nombre químico más

largo de lo necesario, y cosas así. No era nada; sin embargo humilló al pobre hombre, que no se atrevió a decir ni una palabra en su propia defensa. Y todos los malditos pelotilleros de la clase se rieron.

—Bien, ¿y qué es lo que hace que sea usted peor que los demás?

Horace se ruborizó, pero hubo una nota de orgullo en su voz cuando confesó:

—Yo contesto. Cuando comienza a meterse conmigo, no me quedo sentado allí y lo acepto. En realidad, yo le interrumpí en este asunto del aluminio. Dije con una voz clara y alta: El nombre de un elemento es una convención humana, profesor, y no una ley de la naturaleza. Esto le paró; pero dijo con su voz burlona: Ah, Rubin, ¿se dedica a ir derramando las probetas últimamente?

—Y la clase se rió, supongo —adelantó Halsted.

—Claro que lo hicieron, los muy papanatas. Yo había derramado una probeta. ¡Una nada más! Y fue porque alguien me empujó… Y luego, una vez me encontré con Youngerlea en la biblioteca de química mirando una fórmula en el Beilstein…

Gonzalo preguntó:

—¿Qué es el Beilstein?

—Es un libro de referencia, de unos setenta y cinco volúmenes, que enumera muchos miles de compuestos orgánicos, con referencias al trabajo efectuado sobre cada uno, todos ellos relacionados ordenadamente de acuerdo con su sistema, lógico pero muy complicado. Youngerlea tenía un par de volúmenes en su mesa y estaba pasando las hojas del primero y luego del otro. Yo tenía curiosidad y le pregunté qué compuesto estaba buscando. Él me lo dijo y me sentí abrumado por el éxtasis cuando me di cuenta de que en realidad estaba buscando en volúmenes equivocados por completo. Me acerqué con suavidad a los estantes del Beilstein, bajé un volumen, encontré el compuesto que quería Youngerlea, en lo que tardé treinta segundos, volví a su mesa y puse el volumen delante de él, abierto por la página correcta.

—Supongo que no le dio las gracias —comentó Drake.

—No, no lo hizo —corroboró Horace—; sin embargo, es posible que lo hubiera hecho si, en mi cara no hubiese aparecido la sonrisa más grande del mundo. En aquel momento, yo antepuse el placer de mi venganza a mi doctorado… Y ésa puede ser la causa de que acabe todo.

Rubin observó:

—Nunca te he considerado la persona más discreta del mundo, Horace.

—No, tío Manny —convino Horace con tristeza. Mi madre dice que me parezco a ti… Pero sólo lo dice cuando está muy enfadada conmigo.

Hasta Avalon se rió de esta salida; y Rubin murmuró alguna cosa por lo bajo.

Gonzalo continuó:

—Bien, ¿y qué es lo que le puede hacer? Si sus notas están bien y su investigación es correcta y usted lo hace como es debido en el examen, tienen

que aprobarle.

—No es tan sencillo, señor —objetó Horace—. En primer lugar, es un examen oral y las presiones son intensas. Un tipo como Youngerlea es un maestro consumado en intensificar la presión y puede incluso reducirme a la incoherencia, o hacerme entrar en una furiosa riña vulgar con él. Por la razón que sea, podrá sostener que no tengo la estabilidad emocional necesaria para ser un buen químico. Él es una figura poderosa en el departamento y podría influir decisivamente en el comité. Aunque yo pase y consiga mi graduación, tiene la suficiente influencia en los círculos químicos para boicotearme en algunos lugares muy importantes.

Hubo silencio alrededor de la mesa.

Drake quiso saber:

—¿Qué es lo que va a hacer?

—Bien. Yo he intentado hacer las paces con ese viejo bastardo. Pensé mucho en ello y por fin le pedí una cita para mostrarme un poco humilde. Le dije que sabía que no nos habíamos llevado bien; pero que esperaba que él no pensase que yo sería un mal químico. Le expliqué que la química era mi vida. Bueno, ya entienden.

Drake hizo un gesto de asentimiento.

—¿Cómo reaccionó?

—Él disfrutó. Me tenía donde quería. Hizo todo lo que pudo para conseguir que me comportara servilmente; me dijo que yo era un tipo inteligente con un carácter ingobernable y unas pocas cosas más encaminadas a sacarme de quicio. Sin embargo, me reprimí, y dije: Pero, admitiendo que tengo mis peculiaridades, ¿diría usted que eso me convierte necesariamente en un mal químico? Y él contestó: Bien, veamos si es usted un buen químico. Estoy pensando en el nombre de un elemento químico único. Usted me dice cuál es el elemento y por qué es único y porqué debo pensar en él, y entonces admitiré que es un buen químico. Yo objeté: ¿Pero qué tiene que ver eso con que yo sea un buen químico? Él contestó: El hecho de que usted no ve que esto es un punto contra usted. Usted debería ser capaz de razonar, y el razonamiento es la herramienta principal de un químico, o de cualquier científico. Una persona como usted que habla de ser un científico teórico y que, por tanto desprecia las cosas pequeñas, como la destreza manual, no debería tener ninguna dificultad en estar de acuerdo con esto. Bien, use su razón y dígame en qué elemento estoy pensando. Tiene una semana desde este momento; digamos a las cinco de la tarde del próximo lunes; y usted solamente tiene una oportunidad. Si su elección del elemento es errónea, no le daré otra. Yo le dije: Profesor Youngerlea, existen más de cien elementos. ¿Va usted a darme algunas pistas? Ya lo he hecho, contestó él, le he dicho que es único y esto es todo lo que usted va a conseguir. Y me dirigió la misma sonrisa que yo le dirigí a él en el momento del incidente del

Beilstein.

Avalon preguntó:

—Bueno, joven, ¿y qué sucedió el lunes siguiente? ¿Encontró la solución del problema?

—Todavía no estamos en el lunes siguiente, señor. Llegará dentro de tres días y estoy atascado. No hay ninguna manera posible de contestar. Un elemento de entre cien y la única pista es que es único.

Trumbull intervino:

—¿Es honrado ese hombre? Dado que es un perdonavidas y un canalla, ¿cree usted que está realmente pensando en un elemento y que aceptará una respuesta correcta por parte de usted? ¿No dictaminará que se equivoca, diga usted lo que diga, y luego lo usará como arma contra usted?

Horace hizo una mueca.

—Yo puedo leer en su mente; pero, como científico, él es sólido. En realidad es un gran químico y, por lo que sé, es ético en su profesión. Y lo que es más, sus trabajos están maravillosamente escritos… Son concisos, claros. No usa jerga, nunca emplea una palabra compleja cuando es suficiente una sencilla, y jamás una frase enrevesada cuando es suficiente una simple. Hay que admirarle por eso. De modo que, si hace una pregunta científica, creo que será honrado en ello.

—¿Realmente está usted atascado? —preguntó Halsted—. ¿No se le ocurre nada?

—Por el contrario, se me ocurren muchas cosas; pero demasiado es tan malo como nada. Por ejemplo, lo primero que pensé fue que el elemento tenía que ser el hidrógeno. Es el átomo más simple, el átomo más ligero, el átomo número uno. Es el único átomo que tiene un núcleo hecho de una sola partícula… solamente un protón. Es el único átomo con un núcleo que no contiene neutrones, y *eso*, ciertamente, lo convierte en único.

Drake inquirió:

—¿Está usted hablando del hidrógeno 1?

—Exacto —contestó Horace—. El hidrógeno se encuentra en la naturaleza en tres variedades o isótopos: hidrógeno 1, hidrógeno 2 e hidrógeno 3. El núcleo del hidrógeno 1 es nada más que un protón; pero el hidrógeno 2 tiene un núcleo compuesto de un protón y un neutrón y el hidrógeno 3 tiene uno compuesto de un protón y dos neutrones. Naturalmente, casi todos los átomos de hidrógeno son hidrógeno 1, pero Youngerlea pidió un elemento, no un isótopo y si yo digo que el *elemento* hidrógeno es el único con un núcleo que no contiene neutrones, me equivocaría. Me equivocaría. Simplemente me equivocaría.

—Pero sigue siendo el elemento más ligero y simple —opinó Drake.

—Sin duda, aunque no es tan obvio. Y existen otras posibilidades. El helio, que es el elemento número dos, es el más inerte de todos los elementos. Tiene el punto de ebullición más bajo y no se solidifica al helarse incluso al cero absoluto.

A temperaturas muy bajas, se convierte en helio II, que tiene más propiedades que ninguna otra sustancia del universo.

—¿Aparece en distintas variedades? —preguntó Gonzalo.

—Aparecen dos isótopos en la naturaleza, el helio 3 y el helio 4, pero todas esas propiedades únicas pertenecen a ambos.

—No olvide —añadió Drake— que el helio es el único elemento que se descubrió en el espacio antes de ser descubierto en la Tierra.

—Lo sé, señor. Fue descubierto en el Sol. El helio puede ser considerado único de muchos modos; pero no es tan obvio, tampoco. Yo no creo que Youngerlea tuviera nada obvio en la mente.

Drake, después de soplar un anillo de humo y mirarlo con cierta satisfacción comentó:

—Supongo que, si es lo bastante ingenioso, usted puede hallar algo único en cualquier elemento.

—Así es —convino Horace—; y creo que acabo de hacerlo. Por ejemplo, el litio, que es el elemento número tres, es el menos denso de todos los metales. El cesio, elemento número cincuenta y cinco es el más activo de todos los metales estables. El flúor, elemento número nueve, es el más activo de los no metales. El carbono, elemento número seis, es la base de todas las moléculas orgánicas, incluyendo aquellas que constituyen el tejido vivo. Es probablemente el único átomo capaz de representar un papel semejante, de modo que es el único elemento de la vida.

—Me parece —intervino Avalon— que un elemento que esté relacionado de modo único con la vida es lo suficientemente único…

—No —se apresuró a decir Horace con vehemencia—. Esa respuesta es la que menos probabilidades tiene de ser la acertada. Youngerlea es un químico de orgánica, lo que significa que trata solamente con compuestos de carbono. Estaría demasiado claro. Luego, existe el mercurio, elemento número ochenta…

Gonzalo preguntó:

—¿Usted conoce todos los elementos por el número?

—No los conocía antes del lunes pasado. Desde entonces, he estado quemándome las cejas sobre la lista de los elementos. ¿Ven? —Sacó una hoja de papel del bolsillo interior de su chaqueta—. Ésta es la tabla periódica de los elementos. Acabo de memorizarla.

Trumbull opinó:

—Pero eso no lleva a nada, supongo.

—Hasta el momento, no. Como estaba diciendo, el mercurio, elemento número ochenta, tiene el punto más bajo de fusión de cualquier metal, de modo que es el único que es líquido a temperaturas ordinarias. Eso es ciertamente único.

Rubin sugirió:

—El oro es el elemento más hermoso, si quiere meterse en estética y el más valioso.

—El oro es el elemento número setenta y nueve —aclaró Horace—. Es posible argumentar, sin embargo, que ni es el más hermoso ni el más valioso. Mucha gente diría que un diamante adecuadamente tallado es más hermoso que el oro y peso por peso, ciertamente valdría más dinero… y un diamante es carbono puro.

» El metal más denso es el osmio, elemento número setenta y seis, y el metal menos activo es el iridio, elemento número setenta y siete. El metal con el punto más alto de fusión es el tungsteno, elemento número setenta y cuatro, y el metal más magnético es el hierro, elemento número veintiséis. El tecnecio, elemento número cuarenta y tres, es el elemento más ligero y no tiene isótopos estables. Es radiactivo en todas sus variedades y es el primer elemento que se ha producido en un laboratorio. El uranio, elemento número noventa y dos, es el átomo más complicado que aparece en cantidades sustanciales en la corteza de la Tierra. El yodo, elemento número cincuenta y tres, es el más complicado de aquellos elementos esenciales para la vida humana, mientras que el bismuto, elemento número ochenta y tres, es el elemento más complicado que tiene al menos un isótopo que es estable y no radiactivo.

» Puede continuar todo lo que quiera. Como dijo el doctor Drake, si es lo bastante ingenioso, usted puede etiquetar todos y cada uno de los elementos poseedores de una característica única. El problema es que no existe nada que diga en cuál está pensando Youngerlea, qué cualidad única es *su* cualidad única y si yo no encuentro algo correcto, va a decir que eso prueba que no tengo capacidad para pensar con claridad.

Drake propuso:

—Si juntamos nuestras mentes ahora mismo…

Trumbull interrumpió:

—¿Sería eso legítimo? Si el joven consigue la respuesta por otros…

—¿Cuáles son las reglas del juego, Horace? —inquirió Avalon—. ¿Le dijo el profesor Youngerlea que no podía consultar a nadie?

Horace hizo un enfático movimiento de cabeza.

—No se dijo nada de eso. Yo he estado utilizando esta tabla periódica. He estado empleando libros de referencia. No veo ninguna razón por la que no pueda preguntar a otras personas. Los libros son palabras de seres humanos, palabras que han sido congeladas en escritura. Además, sea lo que sea aquello que ustedes sugieran, soy yo quien tendrá que decidir si la sugerencia es buena o mala y asumir el riesgo sobre la base de mi decisión. Pero… ¿podrán ayudarme?

—Podríamos —contestó Drake—. Si Youngerlea es un científico honesto, no le pondrá un problema en el que no exista la solución. Ha de haber una manera de conseguir la posibilidad de llegar a una respuesta por medio del razonamiento.

Después de todo, si no puede resolver el problema, usted podría retarle a que le diera la respuesta correcta. Si no puede hacer eso, o si hace uso de un sendero de razonamiento a todas luces ridículo, usted podría quejarse abiertamente ante todas las personas de la escuela. Yo lo haría.

—Estoy deseando empezar. ¿Hay aquí alguien, además del doctor Drake, que sea químico?

Rubin observó:

—No hace falta ser un químico profesional, con doctorado, para saber algo acerca de los elementos.

—Muy bien, tío Manny —aprobó Horace—. ¿Cuál es la respuesta, entonces?

Rubin manifestó:

—Personalmente, yo me quedo con el carbono. Es la química de la vida y, en forma de diamante posee también un tipo de cualidad única. Existe otro elemento que, en su forma pura tiene un aspecto inusual…

—Se llama alótropo, tío.

—No me dispares con tu jerga, sabihondo. ¿Existe algún otro elemento que tenga un alótropo tan inusual como el diamante?

—No. Y aparte de los juicios humanos referentes a su belleza y valor, ocurre que el diamante es la sustancia más dura que existe en condiciones normales.

—Sí, ¿y qué?

—Ya he dicho que es demasiado obvio para un químico de orgánica que ponga el carbono como solución del problema.

—Sin duda —argumentó Rubin—, él ha escogido lo que es obvio, porque cree que tú lo rechazarás por eso mismo.

—Ya está hablando el escritor de misterio —murmuró Trumbull.

—E igual yo rechazo esa solución —dijo Horace—. Ustedes pueden aconsejarme, cualquiera de ustedes; pero soy el único que toma la decisión de aceptar o rechazar. ¿Alguna otra idea?

Hubo un completo silencio alrededor de la mesa.

—En ese caso —propuso Horace—, yo preferiría contarle una de mis ideas. Me estoy desesperando, ya lo ven. Youngerlea comentó: « Estoy pensando en el nombre de un elemento químico único.» No dijo que estuviera pensando en el elemento sino en el *nombre* del elemento.

—¿Está seguro de que recuerda eso con exactitud? —preguntó Avalon—. Usted no grabó la conversación y la memoria puede ser engañosa.

—No, no. Lo recuerdo con toda claridad. No tengo la más mínima duda. Ni la más mínima… Así pues, ayer me puse a pensar que lo que cuenta no son las propiedades físicas o químicas del elemento. Es simplemente una trampa. Es el *nombre* lo que está en juego.

—¿Tiene usted un nombre único? —preguntó Halsted.

—Por desgracia —se lamentó Horace—, los nombres le dan a uno el mismo

exceso de información que las propiedades de los elementos. Si uno considera una enumeración alfabética de los elementos, el actinio, el elemento número ochenta y nueve, es el primero de la lista; y el zirconio, el elemento número cuarenta, es el último de la lista. El disprosio, que es el elemento sesenta y seis, es el único elemento cuyo nombre comienza por D. El criptón (kripton), elemento número treinta y seis, es el único cuyo nombre comienza por K. El uranio, el vanadio y el xenón, que son los elementos números noventa y dos, veintitrés y cincuenta y cuatro, respectivamente, son los únicos elementos que comienzan con U, V o X. ¿Cómo escojo entre estos cinco? U es la única vocal, pero eso parece una razón débil.

Gonzalo preguntó:

—¿Existe alguna letra por la cual no comience el nombre de ningún elemento?

—Tres. No existe ningún elemento que empiece por J, Q, ni W… Pero, ¿qué tiene eso de interesante? Uno no puede proclamar que un elemento es único sólo porque no existe. Uno puede argumentar que existe un número infinito de elementos que no existen.

Drake dijo:

—El mercurio tiene, como nombre alternativo, *Quicksilver* (azogue). Eso comienza por una Q.

—Lo sé; pero es poca cosa —contestó Horace—. En alemán la I y la J no se distinguen en la imprenta. El símbolo químico del yodo es I, pero he visto escritos alemanes con letra latina en los cuales el símbolo del elemento se da como J, pero también esto es más que endeble.

» Hablando de los símbolos químicos, existen trece elementos con símbolos que son una única letra. Casi siempre es la inicial del nombre latino del elemento. Así, el carbono tiene el símbolo C; el oxígeno, la O; el nitrógeno, la N; el fósforo, la P; el azufre, la S… Sin embargo, el elemento potasio, tiene el símbolo K.

—¿Por qué? —preguntó Gonzalo.

—Porque es la inicial del nombre alemán *Kalium*. Si el potasio fuera el único caso, podría considerarlo; pero el tungsteno tiene el símbolo W, por el nombre alemán, *Wolfram*, así que tampoco es único. El estroncio tiene un nombre que en latín comienza por tres consonantes, pero también lo hacen el cloro y el cromo. El iodo tiene un nombre que comienza con dos vocales; pero también lo hacen el einstenio y el europio. Estoy atascado en cada giro.

Gonzalo inquirió:

—¿Existe algo en el deletreo de los nombres de elementos que sea el mismo en casi todos ellos?

—Casi todos terminan en *io*.

—¿De verdad? —preguntó Gonzalo chasqueando los dedos en un esfuerzo de reflexión—. ¿Qué pasa con el elemento que los ingleses pronuncian de modo

distinto? Ellos le llaman *aluminium* con la terminación *ium*; pero nosotros decimos *aluminum* de modo que solamente tiene una terminación *um*, y el profesor se burló de ello. Quizás el aluminio sea el que es único.

—Una buena idea —admitió Horace—. Pero existen el lantano, el molibdeno y el platino, todos los cuales terminan en no. También existen terminaciones en *o* y *on*; pero siempre más de una. Nada único. Nada único.

Avalon intervino:

—¡Sin embargo tiene que haber algo!

—Pues díganme lo que es. El renio fue el último elemento estable que se descubrió en la naturaleza, el prometio, es el único metal radiactivo escaso en la Tierra; el gadolinio es el único elemento estable que se llama como un ser humano. No sirve ninguno. No hay nada convincente.

Horace meneó la cabeza con aire triste.

—Bueno, no es el fin del mundo. Iré a Youngerlea con mi mejor adivinación y, si está equivocada, dejémosle que haga todo el mal que pueda. Si escribo una tesis de primera clase, puede estar tan bien que no tengan posibilidad de suspenderme; y si Youngerlea me impide conseguir un puesto en el Instituto Tecnológico de California o el M.I.T., lo conseguiré en algún otro lugar y me abriré camino. No voy a dejar que me detenga.

Drake asintió.

—Ésa es la actitud correcta, hijo.

Henry dijo suavemente:

—¿Mr. Rubin?

—Dígame, Henry —contestó Rubin.

—Le pido excusas, señor. Me estaba dirigiendo a su sobrino, el Mr. Rubin más joven.

Horace levantó la vista.

—Sí, camarero. ¿Hay que pedir algo más?

—No, señor. Me pregunto si puedo comentar el asunto del elemento único.

Horace frunció el ceño y luego preguntó:

—¿Es usted químico, camarero?

Gonzalo intervino:

—No es químico; pero es Henry y vale la pena que le escuches. Es más listo que cualquier otra persona de la sala.

—Mr. Gonzalo —protestó Henry con una suave súplica.

—Es así, Henry —insistió Gonzalo—. Adelante. ¿Qué es lo que tiene que decir?

—Solamente que, al sopesar una cuestión que no parece tener respuesta, podría ser de ayuda considerar a la persona que hace la pregunta. Quizás el

profesor Youngerlea tiene alguna manía que pudiera conducirle a dar importancia a una cualidad única particular, que, para otros, apenas podría ser notada.

—¿Quiere decir —preguntó Halsted— que el que sea único depende de como se mire?

—Exacto —contestó Henry—, como en todas las cosas que permiten un elemento de juicio humano. Si consideramos al profesor Youngerlea, sabemos esto acerca de él. Utiliza la lengua inglesa de modo cuidadoso y conciso. No emplea una frase complicada cuando es suficiente una más sencilla o una palabra larga donde basta una más corta. Es más, se puso furioso con un estudiante por usar un nombre aceptable para aluminio; pero que añadía una letra y una sílaba. ¿Estoy en lo cierto en todo esto, Mr. Rubin?

—Sí —aprobó Horace—, yo he dicho todo esto.

—Bien; pues, en el estante de los diccionarios del club, existe el almanaque mundial que enumera todos los elementos, y tenemos la versión íntegra, naturalmente, que da de las pronunciaciones. Me he tomado la libertad de estudiar el material durante el curso de la discusión que se desarrollaba aquí.

—¿Y qué?

—Se me ocurre que el elemento praseodimio, que es el número cincuenta y nueve, está señalado únicamente para despertar la ira del profesor Youngerlea. Praseodimio es el único nombre con seis sílabas en inglés. Todos los demás nombres tienen cinco sílabas o menos. Sin duda, al profesor Youngerlea el praseodimio tiene que parecerle insoportablemente largo e inmanejable; el nombre más irritante de toda la lista y único en ese aspecto. Si tuviera que utilizar ese elemento en su trabajo, es muy probable que se quejara mucho y fuerte, y no habría ningún error en el asunto. ¿Quizá, sin embargo, él no utiliza ese elemento?

Los ojos de Horace estaban brillando.

—No. Es un elemento escaso en la Tierra y dudo que Youngerlea, como químico de orgánica, haya tenido nunca que referirse a él. Ésa *sería* la única razón por la que le hemos oído hablar sobre el tema. Pero tiene razón, Henry. Su mera existencia sería una constante irritación para él. Acepto esa sugerencia, e iré con ella el lunes. Si la respuesta está equivocada, pues lo está. Pero… —se mostró jubiloso de repente— apuesto a que es correcta. Apuesto *cualquier cosa* a que es correcta.

—Si fuera errónea —dijo Henry—, confío en que usted mantenga su resolución de abrirse camino de todos modos.

—No se preocupe, lo haré. Pero praseodimio es la respuesta. Sé que lo es… Sin embargo, ojalá la hubiera encontrado por mí mismo, Henry. *Usted* la ha encontrado.

—No tiene importancia, señor —se justificó Henry sonriendo paternalmente

—. Usted estaba ya considerando los nombres y, en muy poco tiempo lo raro de praseodimio le hubiera chocado. A mí se me ocurrió antes tan sólo porque sus trabajos habían eliminado ya muchísimas pistas falsas.

Post Scriptum

Que sea único depende de cómo se mire *y el siguiente relato,* El amuleto*, los escribí por encargo, para una revista que iba a dedicarse a narraciones cortas de misterio. Ambos fueron pagados generosamente y luego, como sucede a veces en el mundo editorial, algo fue mal y las revistas no aparecieron nunca.*

Por tanto, yo coloqué, Que sea único depende de cómo se mire *en una colección que alternaba mis ensayos de ciencia ficción y los de ciencia propiamente dicha. Así animaba a los lectores a leer ambos y, si ellos estaban familiarizados conmigo solamente en una de mis facetas, era de esperar que se precipitasen a la calle para comprar los otros con un arrebato loco.* Que sea único depende de cómo se mire *representa el único tema completamente nuevo del libro, que tiene por título,* El filo del mañana *y fue publicado por Tor Books en 1985.*

Éste es uno de los casos, no tan raros, en los que algún aspecto del relato está basado en un acontecimiento real de mi vida. Cuando yo estaba en la Universidad, tenía un profesor muy parecido a Youngerlea y mi propia reacción hacia él era muy parecida a la de Horace Rubin. El incidente del Beilstein, descrito en la narración, sucedió exactamente como está descrito, y yo aproveché la oportunidad de humillar a aquel profesor, aun corriendo el riesgo de poner en peligro mi graduación; pero consideré que la oportunidad lo valía.

EL AMULETO

—Mr. Silverstein —preguntó Thomas Trumbull—, ¿a qué se dedica usted?

Albert Silverstein era el invitado de James Drake en aquel banquete mensual de los Viudos Negros. Era un caballero de aspecto más bien seco, de cuerpo menudo y cara amable, como de gnomo; su tez era morena hasta el círculo calvo de su cabeza. Mostraba una sonrisa fácil.

Estaba sonriendo cuando afirmó:

—Supongo que ustedes podrían decir que yo me sumo al sentimiento de seguridad de mucha gente.

—¿De verdad? —preguntó Trumbull, arrugando su frente morena en un efecto de tabla de lavar ondulada—. ¿Y cómo lo consigue?

—Bien —contestó Silverstein—, poseo una cadena de almacenes de novedades; unas novedades por completo inocentes, ya entienden, aunque con cierta tendencia a encontrarse entre las que se consideran de un gusto dudoso.

Mario Gonzalo se alisó la chaqueta de delicadas rayas y dijo con un toque de sarcasmo:

—¿Como las representaciones en pasta de excrementos de perro que uno coloca en la alfombra del salón de su anfitrión cuando ha llevado consigo a su perro lobo?

Silverstein se rió.

—No, nunca hemos tenido cosas así. Sin embargo, un artículo popular en la época de mi padre fue el frasco de tinta volcado y la mancha de tinta de pasta dura que en apariencia se extendía, y que uno ponía en el mejor mantel de su amigo. Naturalmente, la llegada del bolígrafo acabó con los frascos de tinta. Y con esa novedad. Nuestra industria tiene que ir de acuerdo con los cambios tecnológicos.

—¿Dónde entra el sentido de seguridad? —preguntó Trumbull, volviendo al tema.

—El asunto es que uno de nuestros grandes artículos de perenne venta son los objetos de la suerte, como éste.

Introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un pequeño cuadrado de plástico. Dentro de él había un trébol de cuatro hojas.

—Una de nuestras buenas ventas constantes —explicó—. Vendemos millares

cada año.

Geoffrey Avalon, que estaba sentado al lado de Silverstein, tomó el objeto de su mano y lo miró muy atento con una mezcla de sorpresa y desprecio reflejados en su cara tiesa y aristocrática. Preguntó con desaprobación:

—¿Quiere decir que miles de personas creen que una mutación de trébol influiría ante el universo en su favor y que están dispuestos a pagar dinero por una cosa como ésta?

—Así es —contestó Silverstein con alegría—. Miles de personas, año tras año. En estos tiempos, como es natural, ellos dudan en admitir su superstición. Dicen que lo compran para sus hijos, como un regalo, o como una curiosidad; pero lo compran y lo cuelgan en su coche o lo ponen en su llavero. Esa cosa se vende por un precio de hasta cinco dólares.

—Es repelente —comentó Trumbull—. Usted hace dinero con su locura.

La sonrisa de Silverstein se desvaneció.

—En absoluto, —dijo en tono serio—. No es ese objeto lo que vendo, sino una sensación de seguridad, como ya le he dicho, y eso es un producto muy valioso que yo vendo por mucho menos dinero de lo que vale. Durante el tiempo en que alguien posee ese trébol de cuatro hojas, se levanta el peso del temor de su mente y de su alma, sean hombres o mujeres. Existe menos miedo a cruzar la calle, a encontrarse con un rufián, a oír malas noticias. Se preocupan menos si un gato negro se les cruza en el camino, o si, por descuido, pasan por debajo de una escalera.

—Pero el sentido de seguridad que consiguen es falso.

—No lo es, señor. El sentido de seguridad que ellos experimentan es auténtico. La causa puede no ser auténtica; pero produce el resultado deseado. Consideremos también que la mayoría de los temores que posee la gente son irreales, en el sentido de que no tienen tendencia a suceder. Uno *no* es asaltado cada vez que da un paseo. Uno *no* recibe malas noticias cada vez que coge una carta. Uno *no* se rompe la pierna cada vez que se cae. Las desgracias, de hecho, son muy raras. Si mis objetos de la suerte quitan, o al menos disminuyen, estos miedos innecesarios y aligeran la carga de aprensión que todos nosotros llevamos, entonces realizo un servicio útil. El precio de ese trébol de cuatro hojas que tranquilizará a una persona durante todo el tiempo que lo posea, no llegaría para pagar ni siquiera cinco minutos del tiempo de un psiquiatra.

Roger Halsted estaba mirando entonces el amuleto. Al pasárselo a Emmanuel Rubin, preguntó:

—¿Dónde encuentra miles de sus tréboles de cuatro hojas cada año? ¿Es que paga a un ejército de ayudantes para peinar los campos de trébol del mundo?

—Por supuesto que no —contestó Silverstein—. Eso costaría un par de miles de dólares si tuviera que pagar a un ejército, y dudo que nadie fuera lo bastante supersticioso para someterse a ese sacrificio financiero. Lo que son esos… —

Hizo una pausa y continuó—: Jim Drake me dijo que todas las cosas que se dijeran en estas reuniones estaban estrictamente reservadas.

—Por completo, Al —lo tranquilizó Drake con su voz suavemente ronca de fumador.

Los ojos de Silverstein se dirigieron al camarero y Halsted intervino en seguida.

—Nuestro camarero, Henry, es miembro de los Viudos Negros, señor, y tan silencioso como una momia acerca de cualquier cosa que oiga.

—En ese caso —dijo Silverstein—, cuatro tréboles de tres hojas, que son casi tan corrientes como granos de arena, hacen tres tréboles de cuatro hojas. Lo que usted está sosteniendo es un trébol de tres hojas con una hoja añadida que se mantiene en su lugar gracias al plástico. Usted podría ver el punto de juntura si lo mirara con una lupa; pero nadie ha devuelto nunca ninguno por esa razón.

—¿Qué pasaría si alguien lo hiciera? —preguntó Gonzalo.

—Le explicaríamos que a veces una hoja se rompe en el proceso de envolverlo en plástico y le devolveríamos el dinero.

—Pero eso es un fraude —sentenció Trumbull con dureza—. Usted, en realidad, no les está vendiendo objetos de la suerte.

Silverstein replicó:

—Piense en lo que usted está diciendo, Mr. Trumbull. No existen objetos de la suerte fuera de la mente del que los posee. Un trébol de cuatro hojas realmente no trae suerte y un trébol de tres hojas, con una cuarta hoja añadida, no puede ser peor. Lo que cuenta es que el propietario esté convencido de que es un objeto que da suerte. Lo mismo podemos decir —continuó de las herraduras de aluminio que vendemos y las patas de conejo hechas con piel de gato y los anillos baratos con nudos del amor retorcidos alrededor de ellos, que se dice que aseguran la fidelidad de la persona amada. Nosotros nunca garantizamos nada ni decimos que nada hará nada. Nada puede privarnos de decir, sin embargo, que *se dice* de algo que hace algo, porque eso es verdad. Un artículo importante en la época de mi padre era una moneda de cobre barata con una esvástica sobre ella y las palabras « Buena suerte» en el otro lado. La esvástica era un símbolo de buena suerte desde los tiempos antiguos, ya sabe. Sin embargo, por razones obvias, mi abuelo dejó de venderlas en 1928. La industria tiene que ir de acuerdo también con el cambio social, y supongo que la esvástica nunca volverá a ser utilizada como símbolo de buena suerte.

Por el momento, hubo silencio en la sala y la expresión, por lo general, alegre de Silverstein, se volvió solemne e infeliz. Luego, se encogió de hombros y continuó:

—Bien, esperemos que no vuelva a suceder nada como aquello… Y, entretanto, me acuerdo de un ejemplo peculiar de la fuerza de un objeto de la suerte. No me estoy refiriendo a su fuerza como portador de buena suerte, sino a

su fuerza para inspirar fe. Aunque no debo olvidar que esto es un interrogatorio y una historia pasada pudiera no ir bien con la ocasión.

—Espere —pidió Gonzalo con repentino apremio—. ¿Cómo era de peculiar el ejemplo peculiar?

—En mi opinión, muy peculiar.

—En ese caso, ¿quiere hablarnos de ello?

—Oh, por el amor de Dios —suplicó Trumbull, con una sonrisa—. Deseo enterarme de aspectos adicionales del negocio de las novedades.

—No —añadió Gonzalo haciendo un fruncimiento digno del mismo Trumbull —. La mía es una pregunta legítima. ¿Soy un Viudo Negro o no… Jim?

Drake miró pensativo a través del humo de su cigarrillo y, como anfitrión, tomo la decisión.

—Mario ha planteado la cuestión y merece una respuesta.

Háblenos de ello, Al. Yo también tengo curiosidad.

Silverstein contestó:

—Encantado. Fue… veamos… fue hace nueve años. Mi esposa y yo nos hallábamos en un pequeño lugar de vacaciones y ella había salido para ver un espectáculo de verano en el cual yo no tenía ningún interés. Por fortuna, a ella no le importaba ir sola, así que me lo ahorré.

» Me pasé la noche en el salón de donde nos hospedábamos con alrededor de unas docenas de personas a los que, como a mí, no les apetecía ver una comedia de tercera categoría sólo porque, como el monte Everest, estaba allí. Además de mí, había un hombre, su esposa y su hijo que se imaginaron lo que estaba a punto de suceder. El hombre era un tanto tieso, un tipo poco sociable; su esposa era pasiva y tranquila y su hijo, que tenía unos doce años, se comportaba bien y se veía claramente que era muy listo. Se llamaba Winters.

» Había también una mujer a la que mi esposa y yo nos referíamos, en privado, como la *Lengua*. Su nombre, si no recuerdo mal, era Mrs. Freed. Parecía una mujer amable y tenía una mente bastante despierta; pero lo más notable en ella era su perpetua corriente de charla. Nunca parecía dispuesta a detenerse, excepto cuando alguien se las arreglaba para introducir una observación a viva fuerza. Su voz no era desagradable. No era ronca, ni aguda, ni intimidante. Podía incluso considerarse una voz grata, si hubiera habido menos cantidad de ella.

» Recuerdo que su marido andaba con una ligera joroba, como si siempre estuviera resistiendo el viento de aquella corriente vocal incesante. No hay ni que decir que apenas hablaba.

» Había otras seis personas, si no me equivoco, dos parejas y dos hombres sueltos que, o eran solteros o, como yo, tenían a sus mujeres viendo la función. No recuerdo cómo era.

» La *Lengua* estaba tricotando hábilmente y yo me quedé observando sus

dedos, mientras ella marcaba el compás con sus palabras. Entre una cosa y otra, yo estaba hipnotizado en un medio coma que no era desagradable de todo. De cuando en cuando, al tirar del hilo, su gran ovillo de lana rodaba hasta el suelo y ella se agachaba para cogerlo. Una vez rodó en dirección a los Winters. El muchacho saltó a buscarlo y se lo devolvió. Ella se lo agradeció efusivamente, lo acarició y sonrió. Me imaginé en aquel momento que aquella mujer no tenía hijos y que su corazón suspiraba cuando veía los de los demás.

» Entonces, en cierto momento, ella metió la mano en el bolso para buscar una pastilla de menta. Sospecho que necesitaba un suministro constante para mantener lubricada su lengua. La cremallera del bolso se abrió haciendo ruido. Hubo muchos ruidos, porque era un bolso de numerosos compartimientos y, naturalmente, ella tenía que acertar con el que contenía las pastillas de menta.

» Una de las mujeres presentes, se las arregló para introducir una afirmación sobre lo maravilloso que era aquel bolso tan poco corriente. Lo era también por lo grueso. La *Lengua* dijo más o menos, según su modo de hablar: Es poco corriente en verdad yo lo compré en un pequeño almacén de Nueva Orleans y ahora el almacén ya no está y la empresa que lo hizo ya no trabaja y realmente siempre que encuentro alguna cosa que me gusta dejan de hacerla en seguida ya saben este bolso tiene siete cremalleras y siete compartimientos tres de las cremalleras están un poco dentro y puedo tener un compartimiento distinto para mis lápices de labios y mi dinero y mis papeles y mis cartas que tengo que mandar al correo y además están todos divididos con material ligero de modo que puedo vaciar cualquiera de los compartimientos cuando tengo que hacerlo y no se queda nada olvidado cuando cambio de bolso aunque Dios sabe que nunca quiero cambiar este que les mostraré, véanlo…

» Ésa era más o menos su manera de hablar, ya entienden, sin hacer uso de la puntuación. Luego, en su esfuerzo para mostrar cómo funcionaba el bolso, comenzó a hacer ruido de nuevo con las cremalleras, buscando un compartimiento que pudiera vaciar, sin crearse demasiado problema, supongo.

» Cuando finalmente se decidió, volvió el bolso del revés, lo sacudió y salió un pequeño diluvio de monedas y bisutería.

» "No ha quedado nada —dijo triunfalmente, esparciendo a un lado lo que había abierto y mostrándolo a la mujer que había preguntado." Luego, volvió a ponerlo todo en su sitio, y de nuevo hubo un ruido de cremalleras mientras intentaba decidirse por otro compartimiento para vaciarlo; pero, al parecer lo pensó mejor. Dejó el bolso y continuó hablando.

» Recuerdo este incidente y lo he repetido para mostrarles que, en el negocio de las novedades, tenemos que mantener los oídos y los ojos abiertos. Escuchar su charla acerca del bolso me dio la idea de una novedad que yo llamé "el bolso sin fondo". Era un bolso auténtico, con tres cremalleras en la parte de arriba y una cremallera escondida debajo. Las dos cremalleras de arriba eran simples y

se abrían en dos compartimientos, pero no eran obstructivas. La cremallera del centro de arriba tenía un agarrador muy llamativo de cristal coloreado y era usualmente el único que veía la víctima.

» El poseedor del bolso podía llenarlo con objetos sin importancia y se lo daría entonces a alguna persona candorosa en una fiesta, "¿Quiere sostenérmelo durante un momento?". Luego, un poco más tarde, le pediría: "¿Es tan amable de sacar los polvos compactos de mi bolso? Están en la parte de arriba"… La víctima, naturalmente, correría la cremallera que se veía y que activaría la cremallera escondida que estaba debajo. Con los dos compartimientos abiertos, todas las cosas se caerían al suelo para extrema confusión y horror de la víctima.

Avalon dijo con desaprobación:

—Y otra vieja amistad terminaría.

—En absoluto —replicó Silverstein—. Una vez la broma resultaba evidente, la víctima solía reírse más que nadie. Sobre todo teniendo en cuenta que se daba el placer de sentarse, mientras quien había planeado la broma tenía que molestarse en recoger todas las cosas que habían caído.

» Lo tuvimos en el mercado la primavera siguiente y fue bastante bien. No un récord mundial de ventas; pero fue bastante bien. Era un artículo de mujer, naturalmente; pero es una equivocación pensar que las mujeres no están interesadas en las novedades. Uno tiene que…

Trumbull interrumpió:

—¿Y fue ése el acontecimiento peculiar? ¿Vaciar el bolso?

Fue como si a Silverstein lo hubieran devuelto a la realidad con una sacudida. Se sonrojó y luego se rió de una manera incómoda.

—Bueno, no. En realidad todavía no he llegado a esa parte… Me temo que tengo algo de la *Lengua* dentro de mí, en especial cuando se trata de un debate sobre mi profesión.

» Algún tiempo después del incidente del bolso, el muchacho de los Winters captó mi atención. Había estado observando y escuchándolo todo con una mirada de profundo interés; pero entonces, de repente mostró un aspecto preocupado. Pareció dudar un momento; luego, se volvió hacia su padre y habló de prisa y en voz muy baja. Mientras escuchaba, el padre se puso tieso y su cara se volvió blanca como la de un muerto. Murmuró algo a su esposa, y los tres comenzaron a buscar por el suelo, a mover las sillas y a mirar debajo. Parecían muy inquietos, en particular el padre.

» Hice lo que cualquier otro hubiera hecho, pregunté:

» ¿Han perdido alguna cosa?

» El padre levantó la mirada, pareció por un momento hallarse perdido en sus pensamientos y luego, como si hubiera llegado a una decisión difícil, se levantó y contestó de una manera seca y pedante: Temo que mi hijo ha perdido un amuleto que él apreciaba mucho; aunque, naturalmente, carece de valor intrínseco. Tiene

el aspecto de una moneda bastante grande con diversos símbolos de la buena suerte en ambos lados. Puede haber rodado hacia alguna parte. Si alguien lo ve…

» Todos nos movimos por el mismo impulso cortés o, si ustedes quieren verlo con cinismo, porque hallamos que sería divertido buscar algo que estaba perdido y que no nos producía ninguna angustia personal. En cualquier caso, la habitación fue sometida en seguida a una búsqueda no sistemática pero minuciosa. Dos hombres movieron el sofá, buscaron entre el polvo que estaba debajo y luego volvieron a poner el mueble en su sitio. Fue mirado con detenimiento todo el material que había en la chimenea, fuera de uso. Se alzaron los bordes de la alfombra pero no sirvió de nada.

» Yo me sentía bastante culpable. El amuleto, tal como se le había descrito, no era uno de los nuestros; pero me sentía responsable de algún modo. Le dije al muchacho en tono suave: Sabes, hijo, que estos objetos de la suerte no traen en realidad ninguna buena suerte. Si no aparece, eso no significa que tú vayas a pasar dificultades de ninguna clase.

» El muchacho me miró a su manera, rápida e inteligente, aclaró: Lo sé. Simplemente no me gusta perder nada.

» Pero él me pareció muy preocupado de todos modos y, en mi negocio existe el axioma de que negar la superstición carece de valor. Los que la niegan es tan probable que crean como los que lo admiten.

» Cuando todos volvíamos a tomar asiento, alguien le dijo al muchacho: Quizá lo perdiste antes de entrar en esta habitación. Mr. Winters se volvió a su hijo y le preguntó: ¿Es eso posible, Maurice?

» Maurice pareció más asustado que nunca; pero su voz aguda era firme y contestó: No, padre, yo tenía el objeto de la suerte cuando entré aquí. Estoy seguro de ello.

» Winters aceptó sin recelo la palabra de su hijo que ponía el asunto fuera de discusión. Se aclaró la garganta y dio la impresión de estar incómodo y decidido. Entonces declaró: Señoras y señores, puede ser que alguno de ustedes haya recogido ese objeto sin valor hace un rato y lo haya tirado sin pensar, y que ahora se sienta reacio a admitirlo. Por favor, no dejen que esta molestia se interponga en el asunto. Esto significa mucho para mi pequeño Maurice.

» Nadie dijo ni una palabra. Cada uno miró de vecino a vecino como si esperasen que alguien sacara el amuleto, y curioso por ver quién lo haría. Winters, con la cara roja por la mortificación, permitió que sus ojos descansaran un momento en el grueso bolso de la *Lengua*. Al hacerlo, no pude evitar recordar las monedas que habían salido rodando de él, cuando ella mostró cómo podía ser vaciado.

» La *Lengua* había participado en la búsqueda y había estado inusualmente silenciosa desde entonces. Ella captó la mirada y no tuvo ninguna dificultad en interpretarla. Sus labios se pusieron un poco tirantes; pero no mostró ninguna

señal clara de agravio. Luego, sugirió: Bien, supongo que no se conformaría con que le dijera que yo no tenía esa cosa en mi bolso, usted querría verlo y cerciorarse por sí mismo así que simplemente vaciemos todo el bolso sobre la mesa.

» Fue realmente una representación impresionante y convincente. Ella puso el bolso sobre la mesa delante de ella y dijo despacio: Uno… dos… tres… cuatro… cinco… seis… siete… Con cada cifra que decía, llegaba el sonido de una cremallera que se abría. Entonces, volvió el bolso al revés y una cascada de objetos salió dando rebotes sobre la mesa. Ustedes no creerían que una mujer pudiera llevar tantas cosas de tantas clases diferentes en un bolso. Algunos objetos rodaron fuera de la mesa; pero ella no intentó pararlos. Sacudió el bolso para mostrar que no salía ya nada más y entonces lo apartó a un lado.

» Luego, dijo amablemente y sin ningún atisbo de mal humor: Chico, tú sabes cómo es tu amuleto, así que revuelve todo lo que está sobre la mesa y mira todo lo que ha caído al suelo. Adelante, puedes mirar en mi cartera, y en cualquier sobre que veas. Sé que no cogerás nada que no sea tuyo.

» El muchacho le tomó la palabra y miró todas las cosas con minuciosidad, mientras su padre permanecía a su lado, observando atento el proceso. Finalmente el muchacho declaró: Padre, no está aquí.

» Winters asintió con expresión triste y la *Lengua* comenzó a poner los objetos de nuevo en su bolso, escogiendo cuidadosamente cuál de los siete compartimientos era el correcto para cada cosa y haciendo un comentario sobre la marcha mientras lo efectuaba. El muchacho le recogió los objetos del suelo.

» Después de eso, naturalmente, las otras dos señoras tuvieron que seguir el ejemplo y vaciar sus bolsos; pero con menos gracia que la *Lengua*. Yo fui el primer hombre que volvió hacia afuera sus bolsillos y luego los otros hicieron lo mismo.

» El objeto de la suerte no pudo ser encontrado en ningún lugar, ni en ningún bolso ni bolsillo. Sin embargo Winters seguía allí, reacio a abandonar, pero sin saber cuál debía ser el siguiente paso que podía dar.

» Yo todavía sentía un poco de responsabilidad, pero también me encontraba un poco irritado, así que dije: Si esto le hace sentirse un poco mejor, Mr. Winters, usted y yo podemos ir a la biblioteca, cerrar la puerta y bajar las persianas. Yo me quitaré la ropa y usted puede buscar en ella bolsillos escondidos y amuletos. Usted también puede ver si me lo he pegado a la piel.

» No pensé ni por un momento que él me cogiera la palabra; pero, maldita sea, sí que lo hizo. Pasé cinco minutos muy molestos e incómodos totalmente desnudo mientras él repasaba mis prendas y me estudiaba de frente, de lado y por detrás.

» Empezaba ya a preocuparme por si él sugería inspeccionar mis diversas aberturas; pero el objeto de la suerte, era sin duda demasiado grande para hacer

que fueran lugares de escondite razonables.

» Uno tras otro, los demás hombres siguieron mi iniciativa. Uno hizo ademán de disponerse a rehusar; pero cuando todas las miradas se volvieron sobre él con clara sospecha, cedió. Sin embargo se puso hecho una furia tan pronto fue completada la investigación. Quizá llevaba sucia la ropa interior.

» Cuando todo se hubo realizado, la *Lengua* se levantó y sugirió: Bien, si Mrs. Winters nos hace el honor no me importa ser investigada después de todo puede haberse deslizado dentro de mi sujetador habría mucho espacio allí y a través de mi vestido no se mostraría por la manera que me pongo el chal por encima.

» Se marchó y, cuando volvió, las otras dos mujeres tuvieron que acceder a ser examinadas también.

Silverstein hizo una pausa en su relato para tomar un sorbo de su abandonado brandy, y Halsted intervino:

—Interpreto que el amuleto no se encontró sobre nadie.

—Es cierto —contestó Silverstein— no lo fue. Pero Winters no cedió con facilidad. Se puso en contacto con el gerente del hotel y le persuadió para que encargara a dos empleados que le ayudasen a revisar la habitación todavía con más minuciosidad; y también los pasillos adyacentes, los alféizares y otros lugares. Al menos, ésa es la historia que corrió al día siguiente.

—¿Y lo encontraron? —preguntó Halsted.

—No —respondió Silverstein—. Al día siguiente Winters se mostró todavía más sulfurado. Por la noche, realizó lo que supuse que era una marcha anticipada, y yo mismo oí al gerente asegurándole febrilmente que la búsqueda continuaría y que tan pronto como el objeto de la suerte apareciera, le sería enviado.

—¿Y lo encontraron después?

—No, no se encontró. Al menos, no nos llegó ninguna noticia de ello hasta el momento en que mi esposa y yo nos marchamos una semana más tarde… Pero ustedes ven el aspecto peculiar, ¿no?

Gonzalo contestó:

—Sin duda. La cosa desapareció en la nada.

—Desde luego que no —opinó Avalon agudamente—. En primer lugar, ¿qué pruebas tenemos de que el objeto existiera? Todo el asunto podía haber sido un invento.

—¿Con qué finalidad? —preguntó Drake haciendo una mueca.

Avalon repuso:

—Para demostrar que había desaparecido, naturalmente.

—¿Pero por qué? —inquirió Drake de nuevo—. Si fuera algo que tuviera valor sí puedo entender que los Winters estuvieran poniendo la base para una reclamación de seguro… Pero el valor de un objeto de la suerte, ¿cuánto es? ¿Setenta y cinco centavos?

—Yo no sé el motivo —dijo Avalon exasperado—. Lo único que supongo es que los Winters tenían alguno. Me inclino más a creer en la existencia de un motivo desconocido que en la total desaparición de un objeto material.

Silverstein movió la cabeza.

—No creo que fuera un invento, Mr. Avalon. Si Winters estaba jugando un juego programado, éste, su esposa y su hijo formaban parte de él.

—En cuanto a la esposa no lo puedo decir con seguridad; pero aquel muchacho, Maurice, no estaba actuando. No dudo, ni por un momento, de que estaba realmente asustado.

» Entonces, si todos estaban haciendo comedia, ¿por qué Mr. Winters tuvo que creer necesario llegar a tales extremos? Una búsqueda mucho más sencilla habría sido suficiente para establecer que el objeto de la suerte se había perdido, si eso era todo lo que querían. *Ésa* fue la cosa que me resultaba peculiar. ¿Por qué tenían los Winters que haber buscado con un cuidado tan extremo y por qué tenía que haber parecido Maurice asustado, más que simplemente apenado? ¿No ven ustedes la explicación? A mí me parece obvia.

Durante unos momentos hubo un silencio entre los Viudos Negros, y luego Rubin sugirió:

—¿Por qué no nos da su versión, Mr. Silverstein, y entonces nosotros decidimos si es correcta o no?

Silverstein sonrió.

—Oh, ustedes estarán de acuerdo conmigo. Una vez el asunto quede explicado, les parecerá tan obvio como me lo parece a mí… El amuleto *no* era del muchacho, sino que era de su padre. Winters le había permitido a su hijo tenerlo durante un rato y el chico lo había perdido. Estoy seguro de que el chaval conocía el gran valor en que su padre tenía el objeto de la suerte y por eso se mostraba asustado, *muy* asustado, y yo no lo critico. Solamente si uno se da cuenta de que Winters estaba buscando su *propio* objeto de la suerte, se hace cargo de la naturaleza de su búsqueda.

Halsted intervino.

—Él insistió en que el objeto era de su hijo.

—¡Naturalmente! La gente es muy dada a negar sus supersticiones, como les dije antes, en especial si son inteligentes y educados y están en presencia de otra gente educada, y más todavía si el poder de la superstición es patológicamente fuerte. Son lo bastante inteligentes para estar avergonzadísimos de su extravío y, sin embargo, sentirse impotentes ante su dominio. Soy un profesional en tales asuntos y les digo que es así. Naturalmente, él haría ver que el amuleto era de su hijo. Yo me lo creí al principio. Sin embargo, a medida que observaba a Winters, fui reconociendo que sus emociones eran las de alguien aterrorizado por la creencia de que su suerte se ha desvanecido para siempre. Era tan víctima del ansia irresistible de aquella protección desaparecida, como un adicto a las drogas

lo es por la heroína que le falta.

Trumbull apuntó:

—Sin embargo, usted vende este sucedáneo de la droga a la gente.

Silverstein meneó la cabeza.

—Un pequeño porcentaje, que cada vez es menor, están afectados de modo tan extremo. ¿Tiene que acusarse a una fábrica de penicilina de la muerte de unos pocos que desarrollan una sensibilidad fatal respecto de ella…? Bien, Mr. Rubin, ¿tengo razón o no?

Silverstein sonrió confiado.

Rubin replicó:

—Me temo que no la tiene. Usted está considerando el comportamiento de Winters de dos modos irreconciliables. Si él estaba tan dominado por la manía del objeto de la suerte como para llevar a cabo una búsqueda de psicópata, no parece lógico que se lo hubiera entregado a su hijo para que jugara con él. No; considero que es imposible creer en la historia del objeto de la suerte ni en cuanto al hijo ni en cuanto al padre.

Silverstein declaró con el tono ofendido de una persona cuya inteligente idea proclamada triunfalmente es dejada de lado con cortesía.

—Me gustaría oír una explicación alternativa que tenga sentido.

—No hay ningún problema —contestó Rubin.

—Yo supongo que el llamado objeto de la suerte era, en realidad, un artículo muy valioso.

—¿Quiere usted decir que era realmente una pieza de oro o que contenía joyas auténticas o que era una obra de arte? —preguntó Silverstein, con lo que era casi una sonrisa burlona—. Si es así, todavía queda en pie la objeción que usted hizo. ¿Por qué dársela al muchacho para que jugara con ella? Y, además, ¿por qué llamarle objeto de la suerte? Si Winters hubiera mencionado su valor, tendríamos que haber mirado con más interés y habernos sometido al registro de mejor grado.

—Pudiera ser —sugirió Rubin— que el valor residiera en algo que no se podía mencionar. Supongamos que fuera un aparato de alguna clase, o que llevase un mensaje… una talla codiciada, o un microfilme en un compartimiento interior diminuto…

Silverstein frunció el ceño.

—¿Sospecha que Winters era un espía?

—Considerémoslo como una hipótesis —planteó Rubin—. Winters, al tener alguna razón para creer que había otras personas siguiéndole la pista y que se haría un esfuerzo para quitarle el objeto que llevaba, se lo pasó a su hijo en lugar de llevarlo él, creyendo que en el chico nadie pensaría.

Avalon gruñó con desaprobación.

—Una cosa un tanto cruel para que la haga un padre.

—No, en absoluto —le contradijo Rubin—. Winters seguiría siendo el único expuesto a ser atacado si es que había peligro de una cosa así. Pero entonces no se le encontraría el objeto encima. Si no se sospechaba de que el chico era el portador, éste no estaría en peligro en ningún momento. Al menos, ésa debió haber sido la esperanza del padre. Y si *hubiera* peligro para el muchacho, podría ser que él fuera de la clase de patriotas que creen que su país y su obligación están en primer lugar.

» Cuando resultó que el objeto había desaparecido, el primer pensamiento de Winters debió haber sido que se había caído de forma accidental; pero, al no ser hallado en seguida, llegó sin duda a la conclusión aterradora de que había sido robado por un enemigo. Entonces, llevó a cabo una búsqueda importante con la esperanza de que su adversario, quienquiera que resultase serlo, fuera descubierto en el momento en que se encontrara el objeto. Naturalmente, él tenía que hacer ver que era una cosa trivial la que estaba buscando. Pero, dado que no se encontró, se vio obligado a abandonar, con su misión destruida y su personalidad desvelada. Y con su enemigo seguro. No envidio su situación. Y no me extraña que su hijo estuviera asustado, si era lo bastante inteligente como para poder entender lo que estaba pasando.

Los Viudos Negros no mostraron un entusiasmo particular respecto a esto. Drake movió la cabeza con aire solemne.

Rubin manifestó indignación.

—¿Qué es lo que piensa, Tom? Esto es una especie de hijo suyo.

Trumbull se encogió de hombros.

—Yo no sé todo lo que pasa. Esto sucedió hace nueve años, ¿no, Silverstein?

—Sí, señor.

—Puede ser que hubiera algo entonces que implicara a Sudáfrica y a sus intentos de desarrollar una bomba nuclear… Sin embargo, el Gobierno norteamericano no estaba implicado en ese asunto.

—No tenía que estarlo —contestó Rubin—, por lo que sabemos. Pero considero, Tom, que mi interpretación es posible.

—Posible, sin duda, pero no pasa de ahí.

Gonzalo intervino.

—Se están saliendo del tema. Están hablando de motivaciones, y de por qué un niño tendría que parecer asustado, y de por qué un tipo tendría que registrar como un loco a las personas. Nadie parece tener el menor interés por el enigma auténtico. ¿Cuál es la diferencia entre que sea un amuleto o la llave de una bomba nuclear? ¿Qué le sucedió? ¿A dónde fue a parar?

Avalon declaró con aire sereno:

—No veo ningún misterio ahí. Para empezar, la única manera de que el objeto pudiera desaparecer en la nada era que no hubiera sido llevado a aquel lugar. A pesar de la negativa del joven, él debió de haberlo perdido antes de

entrar en la habitación, y tenía miedo de admitirlo… Eso, si aceptamos en primer lugar que existió. Después de todo, fuera o no inteligente, tenía doce años. No pudo resistirse a jugar con él y tal vez lo dejo caer en cualquier sitio inaccesible. Él, entonces, no se atrevió a decir nada acerca de ello, porque sabía que era importante para su padre. Luego, en la habitación, su padre le pregunta si está seguro. Él tiene que admitir que se ha perdido; pero no puede confesar que lo ha perdido antes. No se atreve.

—¡No! —gritó Silverstein en tono violento—. Él no era de esa clase de jóvenes. Si ustedes lo hubieran visto, se hubieran dado cuenta de que había sido educado para cumplir con una rigidez de conducta propia de adultos. El padre no le preguntó por el objeto de la suerte. El muchacho fue hasta él para comunicarle que había desaparecido. Si él lo hubiera perdido anteriormente, le habría informado entonces. Estoy seguro de eso.

Drake propuso:

—Supongamos que la pérdida fuera accidental. Él podía haber sacado un pañuelo del bolsillo una hora antes en algún lugar y el objeto salirse y caer en la hierba, por ejemplo. Podía no haber notado la pérdida hasta que estuvo en la habitación.

—¡No! —protestó de nuevo Silverstein—. El muchacho dijo que él lo tenía cuando entró en la habitación y su padre le creyó sin dudarlo ni un momento. Conocía a su hijo.

Avalon inquirió:

—Bien, Mr. Silverstein, si usted insiste en que el objeto existió de verdad y se perdió en la sala, ¿tiene alguna idea de a dónde fue a parar?

Silverstein se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizá cayó por una grieta al sótano. Quizás estaba en un sitio normal y, por alguna razón, todo el mundo lo pasó por alto. Muchas veces he registrado mi apartamento en busca de alguna cosa que parecía haberse desvanecido, y luego, cuando la encontré, resultó que había estado a la vista todo el tiempo.

—Sí, después de que usted la *encontrara* —puntualizó Avalon—. Uno siempre lo encuentra. Incluso sin una búsqueda tan prolongada e intensa como la de Winters.

Se hizo un momentáneo silencio y luego Trumbull continuó:

—Parece que estamos en un callejón sin salida. El enigma es interesante; pero no veo que se pueda resolver. No tenemos suficiente información.

Gonzalo intervino:

—Bien, esperemos. No hemos escuchado la opinión de Henry.

Trumbull protestó:

—No se lo encasquete a Henry. Si un enigma es insoluble, lo es incluso para Henry.

—¿Es cierto eso? —preguntó Gonzalo—. Bien, quiero oírselo decir a Henry… ¿Henry?

El camarero, que, desde el mostrador, había escuchado con atención todos los argumentos, les dirigió una leve sonrisa amable y familiar.

—La verdad, Mr. Gonzalo, es que no puedo dejar de pensar en que cabe sugerir una solución. No es necesario considerar que el objeto haya desaparecido de manera misteriosa.

Las cejas de Trumbull se alzaron.

—¿De veras, Henry? ¿Qué es lo que sugiere?

—Bien, señor, consideremos el comentario de Mr. Silverstein de que él había diseñado un bolso con truco gracias a la inspiración del que usaba Mrs. Freed, la mujer que hablaba tanto.

Silverstein se quedó mirando fijamente.

—¿Quiere decir que la *Lengua* poseía un bolso con trampa?

—No, señor; pero se me ocurrió que podían hacerse trucos incluso con un bolso normal si éste tenía siete cremalleras y siete compartimientos.

—Convendría que se explicase mejor, Henry, —dijo Drake.

Henry continuó:

—Esto es sólo una suposición, caballeros, pero imaginemos que Mrs. Freed hablara sin cesar con un propósito. Una persona que se gana el sobrenombre de *La Lengua*, tiene que parecer tonta a cualquiera que sea menos penetrante que Mr. Silverstein y puede dar por seguro que será infravalorada… lo cual es una ventaja para un espía.

» Supongamos que ella hubiera tenido noticias de la existencia del objeto y, por alguna razón, sospechase que estaba en posesión del muchacho, Maurice. Su ovillo de lana se cayó al suelo varias veces y, al menos una, según Mr. Silverstein, rodó en dirección al chico. Éste se precipitó a ayudarle; ella lo acarició; y, de este modo, lo distrajo al mismo tiempo que lo tocaba… Un viejo truco de carterista. Un momento después, el objeto no estaba en el bolsillo del muchacho, sino en la mano de Mrs. Freed.

» Seguidamente, ella buscó una pastilla de menta. Al hacerlo, el objeto fue dejado caer en el compartimiento que ya había abierto y que no contenía nada. Tuvo que mover las cremalleras en busca de las pastillas, y, cuando acabó de hacerlo, todos los compartimientos estaban cerrados, incluyendo el que guardaba el objeto.

» Entonces ella mostró lo seguro que era el bolso y con qué facilidad podía ser vaciado abriendo un compartimiento y volviendo el bolso al revés. Después de haber hecho esa demostración, intentó impresionar a todo el mundo, volvió a manipular las cremalleras, según Mr. Silverstein, como si estuviera buscando otro compartimiento con el cual hacer las demostraciones; pero, al parecer, con la intención contraria. Al terminar sus manipulaciones, todos los compartimientos se

hallaban cerrados, excepto el que tenía el objeto. Ése estaba abierto. Ella solamente tenía que esperar. Si no se daban cuenta de que el objeto se había perdido, estupendo. Si era notada la pérdida, estaba preparada.

» La desaparición fue descubierta, y la mirada de Winters cayó sobre el bolso. Ella en seguida se ofreció a vaciarlo y tiró de todas las cremalleras, contando ostentosamente del uno al siete a medida que lo hacía. Cuando terminó, los seis compartimientos que habían estado cerrados, se encontraban abiertos, y el único que estaba cerrado era el que tenía dentro el objeto, y nada más; porque había sido cerrado al correr la cremallera fingiendo que lo abría.

» Entonces ella volcó el bolso y de él cayó hasta la última cosa que contenía *excepto* aquel objeto. Y como ella se había esforzado mucho en no parecer más que una charlatana, se cuidó mucho de establecer un ambiente adecuado y, además, se mostró de acuerdo, encantada, con la búsqueda, a nadie se le ocurrió la idea de investigar el bolso aparentemente vacío. Al final, por tanto, el objeto pareció haberse desvanecido en el aire.

Mr. Silverstein, cuya boca se había ido quedando abierta mientras Henry hablaba, la cerró con lo que pareció ser un esfuerzo y luego dijo:

—Pudo haber sucedido exactamente así. Parece estar perfectamente de acuerdo con lo que vi, y he explicado el relato tantas veces durante nueve años, que no hay duda de que no me he olvidado de lo que vi. Sin embargo, supongo que no podemos tenerlo nunca por cierto.

—No, —convino Trumbull—; pero yo apostaría por Henry y de ahora en adelante, creo que mi gente estará vigilante con las charlatanas inocentes que lleven bolsos intrincados.

—Solamente si tienen cremalleras, señor —puntualizó Henry—. Los bolsos con pasadores y cierres se abren suavemente; pero se cierran con un fuerte golpe. En cambio, el sonido de una cremallera que se abre no se puede distinguir del de una cremallera que se cierra, porque ambos son exactamente iguales.

Post Scriptum

Tal como he explicado en el post scriptum anterior, El amuleto *fue comprado y remunerado; pero la revista que iba a publicarlo nunca apareció. La narración, por tanto, hace su primera aparición en este libro. Eso no me preocupa. En cada una de mis colecciones de los Viudos Negros, me las he arreglado para incluir algunos relatos que no han aparecido en ningún otro lugar. Yo lo considero como un premio para quienes tienen la generosidad de comprar estos libros.*

De cuando en cuando, necesito incluir unos detalles gráficos de alguna faceta de la experiencia humana como parte del fondo de estas narraciones. En El amuleto*, por ejemplo, yo hablo de forma un poco extensa del negocio de las*

novedades. Puede que ustedes hayan admirado la pulcritud de mi investigación en el asunto; pero, por favor, no lo hagan. Soy demasiado perezoso (y estoy demasiado ocupado escribiendo un millón de cosas más) para desperdiciar el tiempo en la investigación. Cuando necesito detalles sobre el negocio de las novedades, me limito a sacarlos de mi imaginación siempre febril. Por tanto, si alguno de mis lectores lleva un negocio de novedades y cree que he cometido un error, le ruego que me escriba y me ilustre.

EL TRIPLE DIABLO

No era sorprendente que en este particular banquete de los Viudos Negros la conversación derivara hacia el tema de los hombres que se han hecho a sí mismos.

Después de todo, Mario Gonzalo, anfitrión de la noche, había traído como invitado al propietario retirado, muy conocido, de una cadena de librerías, Benjamin Manfred. Era también muy sabido que Manfred había vendido periódicos cuando era muchacho, hacía más de medio siglo, y era hijo de padres pobres, pero honrados… Muy honrados, y muy, muy pobres.

Y ahora él estaba aquí, no como un Getty o un Onassis; pero muy bien situado. Y con cuatro hijos y muchos nietos, todos ocupados en algún aspecto de la cadena. Él era el fundador de la dinastía, nada menos.

Manfred había telefoneado para decir, con muchas excusas, que se retrasaría un poco, pero que seguro que estaría allí antes de que el banquete hubiera comenzado. Eso significaba que el aperitivo tenía lugar sin su presencia, y la conversación se desarrollaba con toda libertad, sin la inhibición lógica que se produce cuando está delante quien es tema de la conversación.

Tampoco sorprendió que fuera Emmanuel Rubin el que pontificara más alto.

—Ya no quedan personas que se hayan hecho a sí mismas, ni hombres ni mujeres —dijo, con pasión.

Y cuando Rubin hablaba con pasión no había más remedio que escuchar. Si su metro sesenta de altura le hacía ser el más bajo de los Viudos Negros, su voz era, sin lugar a dudas, la más fuerte. Añadamos a eso la hirsutez de su barba gris y escasa y el brillo de sus ojos a través de sus espesas gafas, que servían para magnificarlos de modo casi amenazador, y resultaba imposible ignorarlo.

—Ben Manfred es un *self-made man* —dijo Gonzalo a la defensiva.

—Quizá lo sea —aceptó Rubin, reacio a hacer excepciones a cualquier generalización que hubiera lanzado—. Pero él se hizo a sí mismo en los años veinte y treinta. Estoy hablando de *ahora*, de la Norteamérica de después de la Segunda Guerra Mundial, que es próspera y con la mentalidad del bienestar. Uno siempre puede encontrar ayuda abriéndose camino a través de la escuela, apoyándose en la protección del desempleo, consiguiendo beneficios de algún tipo para poder empezar. Seguro que, si quieres, lo haces; pero no por ti mismo,

nunca por ti mismo. Existe todo un aparato gubernamental que te respalda.

—Puede que tenga algo de razón en lo que dice, Manny —admitió Geoffrey Avalon.

Bajó la vista con aire de diversión algo distante. Su estatura de metro ochenta y cinco hacía de él el más alto de los Viudos Negros.

—Sin embargo —continuó—, ¿usted no se consideraría un *self-made man*? Nunca oí que usted heredase o se casara con una mujer de fortuna y no le veo a usted, de ningún modo, aceptando ayudas del Gobierno.

—Bien, yo no he conseguido nada con facilidad —manifestó Rubin—. Pero uno no puede ser un *self-made man* hasta que sus logros no sean totales. Aunque no tuve un padre rico ni tengo una esposa rica, tampoco soy yo mismo rico, lo que se dice rico. Puedo permitirme algunas de las cosas bonitas de la vida, pero *rico* no soy. Lo que tenemos que hacer es definir al hombre autorrealizado. No es suficiente que no se esté muriendo de hambre. No es suficiente que se halle en mejor posición de lo que acostumbraba a estar. Un *self-made man* es alguien que comienza siendo pobre, sin ningún dinero por encima de su nivel de subsistencia. Luego, sin que le vengan grandes tajadas de dinero del exterior, él se las arregla, por medio de un duro trabajo y de una aguda perspicacia para los negocios, o con un enorme talento para convertirse en millonario.

—¿Y dónde deja la suerte? —gruñó Thomas Trumbull—. Supongamos que apuesta en las carreras y gana un millón de dólares, o que está continuamente al lado de los ganadores en una pista de carreras.

—Ustedes saben que eso no cuenta —respondió Rubin—. En ese caso, se es una persona de suerte y nada más. Eso ocurre si uno saca a un anciano de debajo de un coche de caballos y él invoca la bendición del cielo sobre ti y te da un millón de dólares. Y tampoco tengo en cuenta a aquellas personas que se hacen ricas por medio de una actividad ilegal. Al Capone, partiendo de una base de cero, estaba haciendo sesenta millones al año antes de haber cumplido los treinta años, en el tiempo en que el dólar valía un dólar y no veintidós centavos. Por otra parte, tampoco pagaba impuestos. Ustedes pueden llamarle *self-made man*; pero, según mi definición, no lo era.

—El problema que hay con usted, Manny —observó Roger Halsted—, es que quiere restringir el término a la gente que usted aprueba moralmente. Andrew Carnegie era un *self-made man* y fue un gran filántropo, después de que hubiera hecho sus millones, y, por lo que sé, nunca le metieron en la cárcel. Sin embargo, en su camino hacia arriba, apostaría a que se metió en actividades empresariales cuestionables y que se las arregló para explotar a los pobres todo lo que pudo.

Rubin aclaró:

—Estar dentro de la ley es todo lo que pido. No espero que nadie sea un santo.

Gonzalo preguntó con un aire de inocencia nada convincente:

—¿Y qué pasa con su amigo, Isaac Asimov, Mannie…?

Naturalmente, Rubin picó el anzuelo en seguida.

—¿Mi *amigo*? Sólo porque le presto unos pocos dólares de cuando en cuando para ayudarle a pagar el alquiler, dinero que no espero volver a ver, él va diciendo por ahí que es mi amigo.

—Vamos, Manny. Nadie va a creerse esa calumnia. Él está en buena posición. Y, según su autobiografía, comenzó sin nada. Trabajaba en la confitería de su padre y también repartió periódicos. Es un *self-made man*.

—¿Es verdad eso? —inquirió Rubin—. Bien, en tal caso, todo lo que puedo decir es que él adora a su creador.

Rubin hubiera seguido improvisando, de forma interminable, variaciones sobre el tema; pero en ese momento llegó Benjamin Manfred y la conversación se detuvo en seguida, mientras Gonzalo hacía las presentaciones.

Manfred era de estatura media, muy delgado, con la cara arrugada pero agradable. Tenía el cabello escaso y blanco; y vestía de una manera pulcra, pero pasada de moda. Por ejemplo, llevaba un chaleco, y uno se sorprendía de que no llevara también una cadena de reloj que cruzara de un lado al otro. En lugar de esto, llevaba un reloj de pulsera, pero estaba tan anticuado que había que darle cuerda.

Recibió las presentaciones con una agradable sonrisa y, cuando Rubin y él se dieron la mano, dijo:

—Estoy muy complacido de conocerle, Mr. Rubin. Leo con gran placer sus narraciones de misterio.

—Gracias, señor —contestó Rubin, esforzándose por ser modesto.

—En mis librerías siempre puedo contar con buenas ventas de sus libros. Casi iguala a Asimov.

Se fue hacia otro lado para saludar a James Drake, mientras Rubin, lentamente, se volvía de un furioso color magenta y los otros cuatro Viudos Negros pasaban grandes apuros en sus esfuerzos desesperados para no reír.

Henry, el camarero perpetuo de los Viudos Negros, después de cerciorarse de que le habían servido al anciano un generoso Martini seco, anunció que la cena estaba servida.

Drake apagó el cigarrillo y miró con placer el pequeño montículo de caviar que había en su plato. Se sirvió él mismo de los condimentos que iba pasando Henry. Dudó con la cebolla picada y luego, con decisión, tomó dos porciones.

Después, susurró a Gonzalo:

—¿Cómo puede permitirse tomar caviar, Mario?

Mario le susurró a su vez:

—El viejo Manfred me paga muy bien por un retrato para el que está posando. Por eso lo conozco y puedo, al mismo tiempo, proporcionarle un buen

rato con su dinero.

—Es bonito conocer a gente que todavía quiera que pinten retratos suyos.

—Algunas personas todavía tienen buen gusto —contestó Gonzalo.

Drake sonrió.

—¿Le importaría repetir eso en voz lo bastante alta como para que Manny lo oyese?

—No, gracias —repuso Gonzalo—. Yo soy el anfitrión y tengo la responsabilidad del decoro de la mesa.

La mesa, tal como estaba, no podía ser más decorosa. Rubin parecía dominado y dejó pasar una docena de oportunidades de decirle a Manfred lo que iba mal en el negocio de la venta de libros y cómo esto contribuía al empobrecimiento de autores jóvenes de valor.

Aunque los Viudos Negros estaban más sosegados al abstenerse Rubin de discutir, se sentían lo suficientemente felices y, conforme pasaban los platos, iban expresando en voz alta sus alabanzas: la sopa de tortuga, el pato asado con hojuelas de patatas y lombarda, el alaska cocido al horno… Quizá les faltó un poco de tacto al manifestar su sorpresa porque la cena dirigida por Gonzalo tuviera tales refinamientos.

Gonzalo lo aceptó con buen humor y, cuando llegó la hora de hacer sonar melodiosamente su vaso de agua con la cuchara, realizó incluso un noble intento de apaciguar a Rubin.

—Manny, usted es la persona que tiene idea de libros aquí, y todos estamos de acuerdo en que es el mejor de la clase sin discusión. ¿Querría, por favor, hacernos el honor de interrogar a Mr. Manfred?

Rubin resopló con fuerza, y afirmó, sin aumentar su habitual caudal de malhumor:

—Puedo, desde luego. Dudo de que haya ningún otro entre ustedes que sea lo bastante instruido para ello.

Se volvió hacia Manfred y preguntó:

—Mr. Manfred, ¿a qué se dedica usted?

Manfred no pareció sorprendido por la pregunta y contestó:

—Si existe una persona que no deba tener ninguna dificultad en explicar lo que hace, es alguien cuyo negocio consista en ser proveedor de libros. Los libros, caballeros, contienen toda la sabiduría reunida de la Humanidad, el conocimiento recogido de los pensadores del mundo, la diversión y la ilusión construida por las imaginaciones de gente brillante. Los libros encierran humor, belleza, ingenio, emoción, pensamiento y, en verdad, todo lo relativo a la vida. La vida sin libros está vacía.

Halsted murmuró:

—En los tiempos actuales existen el Cine y la Televisión.

Manfred escuchó y dijo con una sonrisa:

—Miro la televisión, también a veces deseo ver una película. Porque aprecie una comida como la que acabamos de hacer, no significa que no pueda comer un perrito caliente alguna vez que otra. Pero no confundo las dos cosas. Por muy espléndidas que puedan parecer las películas y la televisión, son basura para la mente, diversión para los analfabetos, un poco de entretenimiento para aquellos que, de momento, no están de humor para nada más.

—Por desgracia —observó Avalon con aire solemne—, Hollywood es el lugar donde está el dinero.

—Naturalmente —convino Manfred—; pero, ¿qué es lo que eso significa? Sin duda, una cadena de hamburgueserías harán más dinero que un restaurante de cuatro estrellas; sin embargo, eso no convierte a la hamburguesa en pato de Pekín.

—No obstante —intervino Rubin—, y puesto que estamos discutiendo sobre dinero, ¿puedo preguntarle si usted se considera un *self-made man*?

Manfred levantó las cejas.

—Es una frase anticuada, ¿no?

—Cierto —reconoció Rubin con un gesto de entusiasmo—. Yo mantuve exactamente eso mismo durante el aperitivo. Mi opinión es que, en el día de hoy, es imposible que nadie sea un auténtico *self-made man*. Existe demasiada ayuda rutinaria por parte del Gobierno.

Manfred se movió con una risa silenciosa.

—Antes del New Deal no ocurría así. El Gobierno en aquellos días era un arbitro neutral y muy moral. Si una gran sociedad tenía una discusión con un pequeño empleado, el trabajo del Gobierno consistía en asegurarse de que las dos partes tuviesen sólo la ayuda que pudieran permitirse. ¿Se puede ser más justo? Naturalmente, los ricos siempre ganaban; pero eso era sólo una coincidencia, y si el pobre no lo veía así, el Gobierno enviaba a la Guardia Nacional para explicarle las cosas. Aquéllos eran días grandes.

—Sin embargo, el caso es que usted era pobre de joven, ¿no?

—Muy pobre. Mis padres llegaron a los Estados Unidos desde Alemania en mil novecientos siete, y me trajeron con ellos. Tenía tres años en aquel momento. Mi padre estaba empleado en una sastrería y, para empezar, ganaba cinco dólares a la semana. Yo era entonces el único hijo; pero pueden imaginar cómo mejoró su posición económica cuando más tarde tuvo tres hijas, una detrás de la otra. Él era socialista y elocuente, y tan pronto como adquirió la ciudadanía, votó por Eugene V. Debs. Esto hizo que algunas personas, cuyas opiniones sobre la libertad de expresión estaban estrictamente limitadas a la libertad de *su* expresión, creyeran que él debía ser deportado.

» Mi madre ayudaba con un trabajo a tiempo parcial entre hijo e hijo. Desde la edad de nueve años, yo repartía periódicos por la mañana antes del colegio y tenía trabajos sueltos después de las clases. De algún modo, mi padre consiguió

ahorrar lo suficiente para comprar al contado una pequeña sastrería y yo trabajaba con él después de la escuela. Cuando tuve dieciséis años, ya no tuve que permanecer en la escuela, así que la abandoné en seguida para trabajar en la tienda todo el tiempo. Nunca terminé el bachillerato.

Rubin comentó:

—Usted no parece una persona sin instrucción.

—Depende de cómo defina usted la instrucción. Si está dispuesto a estimar la clase de instrucción que uno pesca por sí mismo en los libros, entonces yo soy instruido, gracias al viejo Mr. Lineweaver.

—¿Ese Mr. Lineweaver le dio libros a usted?

—En realidad, sólo uno. Pero hizo que me interesara por los libros. De hecho, yo le debo casi todo. Sin él, no habría conseguido despegar; así que quizá no sea un *self-made man*; sin embargo, no es que me diera nada. Tuve que hacérmelo todo por mí mismo, así que acaso soy en realidad un *self-made man*. Bueno…, no estoy seguro.

Drake intervino:

—Usted hace que me sienta confundido, Mr. Manfred. ¿Lo que ocurrió es que tuvo que trabajar por sí mismo? ¿Un enigma de alguna clase?

—En cierto modo.

—¿Existe algún episodio de su vida que sea bien sabido?

—Hubo alguna mención en los periódicos de la época —repuso Manfred—, pero fue hace mucho tiempo y ya está olvidado. A veces, sin embargo, me sorprendo de lo bonito que fue todo. ¿Le saqué provecho? Yo fui acusado de influencia indebida y de Dios sabe qué. Pero gané.

Rubin añadió:

—Me temo, Mr. Manfred, que debo pedirle que nos cuente la historia con detalle. Cualquier cosa que usted diga será considerada confidencial, y nadie la comentará fuera de aquí.

Manfred comentó:

—Así me lo explicó Mr. Gonzalo, señor, y lo acepto.

Por un momento, los ojos de Manfred se posaron en Henry, el cual permanecía en el mostrador con su aire acostumbrado de atención respetuosa.

Trumbull captó la mirada y aclaró:

—Nuestro camarero, que se llama Henry, es miembro del club.

—En ese caso —continuó Manfred—, les relataré la historia y, si ustedes la encuentran pesada, no tienen más que quejarse.

—Espere —interrumpió Gonzalo con cierta autoridad—. Si hay en ello cualquier enigma o misterio, me imagino que usted lo resolvió. ¿Es verdad?

—Oh, sí. No hay ningún misterio que espere ser esclarecido. —Hizo un gesto con las manos como de borrar—. No existe ningún enigma.

—En ese caso —pidió Gonzalo—, cuando hable de la historia de Mr.

Lineweaver, no nos cuente la solución del enigma. Deje que la adivinemos.

Manfred se rió.

—Ustedes no la adivinarán. Al menos de forma correcta.

—Bien —dijo Rubin—; por favor, continúe con el relato e intentaremos no interrumpir.

Manfred explicó:

—La narración comienza cuando yo aún no tenía quince años, justo después del final de la guerra…, la Primera Guerra Mundial. Era sábado, no había escuela; pero todavía tenía periódicos que repartir y la última parada de la ruta era una vieja mansión. Yo dejaba el periódico en un pequeño gancho que estaba al lado de la puerta y, una vez a la semana, tocaba el timbre, salía un sirviente, pagaba los periódicos y me daba un cuarto de dólar como propina. El pago normal era diez centavos, así que me sentía siempre agradecido a ese lugar singular.

» El sábado era el día de cobro, así que pulsé el timbre, y en esta ocasión, por primera vez que recordase, salió el viejo Mr. Lineweaver. Quizás ocurrió simplemente que él estaba cerca de la puerta cuando toqué el timbre. Tenía unos setenta años y me creí que era otro sirviente… Ya he dicho que yo nunca lo había visto hasta entonces.

» Era un día de enero intensamente frío. Estábamos en 1919. Yo iba vestido de un modo inadecuado. Llevaba el único abrigo que tenía, y era bastante fino. Mis manos y mi cara estaban de color azul, y temblaba. Yo no sentía una particular pena por mí, dado que había repartido periódicos en muchos días de frío y la cosas iba como iba, eso era todo. ¿Qué podía hacérsele?

» Mr. Lineweaver, sin embargo, parecía alterado y me dijo:

» —Entra, muchacho. Te pagaré en un lugar que esté caliente.

» Su aire autoritario hizo que me diera cuenta de que él era el propietario de la casa, y eso me asustó.

» Luego, cuando me pagó, me dio un dólar como propina. Nunca había oído hablar de una propina de un dólar. A continuación, me llevó a su biblioteca…, una gran habitación con estantes desde el suelo hasta el techo en todas las paredes y una galería con libros adicionales. Hizo que un sirviente me trajera un chocolate caliente y me tuvo allí durante casi una hora, haciéndome preguntas.

» Yo intenté ser muy educado, pero, finalmente, le dije que tenía que irme a casa porque mis padres pensarían que me había ocurrido algo. No podía llamarles para tranquilizarlos; porque, en 1919, muy poca gente tenía teléfono.

» Cuando llegué a mi casa mis padres estaban muy impresionados, en especial con la propina de un dólar, que mi padre cogió y se llevó. No fue crueldad por su parte; era simplemente que había un cofre común para las ganancias de toda la familia y ninguno de nosotros podía sacar nada de él para sí mismo. Mi sueldo de la semana era exactamente cero.

» Al sábado siguiente, el viejo Mr. Lineweaver me estaba esperando. No hacía tanto frío como la semana anterior; pero volvió a invitarme a un chocolate caliente. Cuando me ofreció otro dólar, yo seguí las instrucciones de mi padre y le dije que era demasiado y que un cuarto de dólar era suficiente. Mi padre, me temo, había aprendido de la vida a desconfiar de la generosidad inexplicable. Mr. Lineweaver se rió y dijo que no tenía nada más pequeño y que debía tomarlo.

» Sospecho que él se dio cuenta de las miradas curiosas que estaba dirigiendo a los libros, porque preguntó si yo tenía libros en casa. Le respondí que mi padre tenía un par de ellos, pero que estaban en alemán. Me preguntó si iba a la escuela y, naturalmente, le dije que sí; pero que, en cuanto tuviera dieciséis años, tendría que dejarla. Quiso saber si iba a la biblioteca pública y yo le contesté que a veces, pero que, con el reparto de periódicos y la sastrería, la verdad era que, no tenía demasiadas oportunidades para hacerlo.

» —¿Te gustaría echar una mirada a estos libros?, preguntó, haciendo un gesto con la mano hacia las paredes.

» —Podría ensuciarlos, Mr. Lineweaver, respondí, con timidez, mirándome las manos que estaban negras de la tinta de los periódicos.

» Él replicó:

» —Te explicaré lo que hay que hacer. Los domingos, cuando no tengas colegio y la sastrería esté cerrada, vienes aquí después de que hayas repartido los diarios y puedes lavarte las manos y quedarte en la biblioteca todo el tiempo que quieras y leer algunos libros. ¿Te gustaría eso?

» —Oh, sí —respondí.

» —Bien —continuó—, entonces explica a tus padres que estarás pasando el tiempo aquí.

» Yo lo hice y, durante diez años, estuve allí fielmente todos los domingos, excepto cuando me hallaba enfermo o él se encontraba ausente. Cuando me hice mayor, yo iba los sábados por la tarde e incluso alguna que otra noche entre semana.

» Él tenía una variedad de libros maravillosamente amplia para poder escoger y una gran proporción de novela inglesa. Leí a Thackeray y a Trollope y pensé mucho sobre *Tristram Shandy*. Recuerdo haberme sentido fascinado por *Ten Thousand a Year* de Warren. Era una mezcla de humor y política reaccionaria increíble. El antihéroe era Tittlebat Titmouse y había un villano muy efectivo llamado Oily Gammon. Gracias a mis lecturas, acabé aprendiendo que *gammon* era un término *slang* equivalente a nuestro término *slang* actual de *boloney* (tontería).

» Leí a Pope, Byron, Shelley, Keats, Tennyson, Coleridge… Por alguna razón, no me gustaba Wordsworth ni Browning. Había muchas obras de Shakespeare, como es natural. No me atraía mucho lo que no fuera narrativa; pero recuerdo haber intentado leer el *Origen de las especies* de Darwin y no haber llegado

demasiado lejos. Había un libro reciente, *Perfil de la Historia* de H. G. Wells, que me fascinaba. Leí también a algunos escritores norteamericanos. Mark Twain y Hawthorne; pero no pude estarme mucho con *Moby Dick*. Leí algo de Walter Scott. Todo esto se fue desarrollado a costa de algunos años, desde luego.

Trumbull se movió en su silla y comentó:

—Mr. Manfred, supongo que este Lineweaver era un hombre rico.

—Estaba en muy buena posición, sí.

—¿Tenía hijos?

—Dos hijos ya mayores. Una hija, también mayor.

—¿Nietos?

—Varios.

—¿Por qué, entonces, le convirtió a usted en un substituto de su hijo?

Manfred meditó un momento.

—No lo sé. La casa estaba vacía con excepción de los sirvientes. Él era viudo. Sus hijos y nietos rara vez iban a visitarle. Estaba solo, supongo, y le gustaba tener a un joven en la casa, de cuando en cuando. Tengo la impresión de que él pensaba que yo era brillante, y se veía que disfrutaba con mi afición por los libros. En algunas ocasiones, se sentaba y hablaba conmigo acerca de ellos, me preguntaba lo que pensaba de éste o de aquél, y me sugería algunos que podía leer.

—¿Alguna vez le dio algo de dinero? —preguntó Trumbull.

—Solamente aquel dólar a la semana que me entregaba sin falta cada sábado. Finalmente, abandoné la ruta de los periódicos; pero él no lo supo. Yo seguí llevándole el diario cada día. Yo mismo lo compraba y lo entregaba.

—¿Le daba de comer?

—El chocolate caliente. Cuando me quedaba a la hora de la comida, un sirviente me traía un bocadillo de jamón y leche o algo así.

—¿Le dio libros?

Manfred meneó la cabeza lentamente.

—Mientras vivió, no. Nunca. No me dio ninguno ni me prestó ninguno. Yo podía leer lo que quisiera; pero sólo mientras permaneciera en la biblioteca. Tenía que lavarme las manos antes de entrar en ella, y debía volver a colocar cada libro en el estante en el lugar de donde lo había sacado, antes de tomar otro.

Avalon intervino:

—Me imagino que los hijos de Mr. Lineweaver estarían disgustados con usted.

—Creo que lo estaban —reconoció Manfred—. Pero nunca los vi en vida del anciano. Una vez, él me dijo con una risita: « Uno de mis hijos ha dicho que debo vigilarte o te llevarás algunos de mis libros.» Debí parecer horrorizado ante el insulto a mis padres. ¿Sería ésa la clase de hijo que ellos educaron? Él se rió, me revolvió el cabello y concluyó: « Yo le he dicho que no sabía de qué estaba hablando.»

Rubin preguntó:

—¿Eran valiosos esos libros?

—En aquel tiempo, nunca se me ocurrió que pudieran serlo. No tenía idea de lo que costaban los libros, o de que algunos pudieran tener más valor que otros. Aunque, al final lo averigüé. Él estaba orgulloso de ellos, ya ven. Me contó que cada uno de aquellos volúmenes lo había comprado él mismo. Le comenté que algunos de ellos parecían tan viejos que debía haberlos comprado cuando era un muchachito.

» Se rió y observó:

» —No, he comprado muchos de ellos en librerías de segunda mano. Eran viejos cuando los compré, ya ves. Si haces eso, a veces puedes pescar algunos libros valiosos por casi nada. Un triple diablo; dijo. Un triple diablo.

» Yo pensé que se estaba refiriendo a sí mismo y a lo listo que era para encontrar esos libros valiosos. Naturalmente, yo no sabía distinguir cuáles podían ser los libros de valor.

» A medida que pasaron los años, desarrollé una ambición. Lo que yo quería era poseer una librería algún día. Quería estar rodeado de libros y venderlos hasta que hubiera ganado el suficiente dinero para formar una biblioteca propia, una colección de libros que no tuviera que vender y que pudiera leer para contento de mi corazón.

» Se lo expliqué una vez a Mr. Lineweaver, cuando él me preguntó. Le dije que iba a trabajar en la sastrería y a ahorrar cada centavo hasta que tuviera suficiente para comprar una librería o quizás un almacén vacío y luego adquirir los libros.

» Lineweaver meneó la cabeza:

» —Necesitarás mucho tiempo para eso, Bennie. El problema es que tengo hijos propios, aunque son muy egoístas. Sin embargo, no hay ninguna razón para que no pueda ayudarte de alguna manera solapada en la cual ellos no puedan hacer nada. Simplemente, recuerda que tengo un libro muy valioso.

» Yo le dije:

» —Espero que esté escondido, Mr. Lineweaver.

» —En el mejor lugar del mundo —contestó—. ¿Recuerdas tu Chesterton? ¿Cuál es el mejor lugar para esconder un guijarro?

» Yo reí. Las historias del Padre Brown eran nuevas entonces y me gustaban mucho.

» —En la playa —respondí—; y el mejor sitio para esconder una hoja es el bosque.

—Exactamente —convino Mr. Lineweaver—; y mi libro está escondido en la biblioteca.

» Yo miré alrededor con curiosidad.

» —¿Cuál es? —pregunté, e inmediatamente lo sentí, porque él podía haber

pensado que quería cogerlo.

» Mr. Lineweaver meneó la cabeza:

» —No te lo diré.

» ¡El triple diablo! De nuevo creí que se estaba refiriendo a su propia astucia para no revelar el secreto.

» A principios de 1929, casi diez años después del día que yo lo había visto por primera vez, él murió y yo recibí una llamada de los abogados para asistir a la lectura del testamento. Eso me sorprendió; pero mi madre estaba en el séptimo cielo. Ella creyó que yo heredaría mucho dinero. Mi padre frunció el ceño y se preocupó porque el dinero pertenecía a la familia y yo podía ser un ladrón al quedarme con lo que era de ellos. Él era de esa clase de personas.

» Asistí, vestido con mi mejor traje, y me sentí increíblemente incómodo y fuera de lugar. Estaba rodeado por la familia, los hijos y los nietos. Nunca los había visto hasta ese día, y las miradas que me dirigieron eran todo lo contrario de amables. Creo que ellos también pensaban que yo recibiría mucho dinero.

» Pero no tuvieron que preocuparse. Me dejó un libro, *uno*, de su biblioteca. Un libro cualquiera que desease yo. Tenía que ser a mi libre elección. Sabía que él quería que yo tuviera el valioso, pero nunca me dijo cuál era.

» El legado no satisfizo a la familia. Ustedes pensarán que ellos podían prescindir de un libro de entre quizá diez mil; pero, al parecer, les disgustaba el hecho de que yo fuera mencionado en el testamento. El abogado me dijo que podía hacer mi elección tan pronto como fuera oficial el testamento.

» Yo pregunté si podía ir a la biblioteca y estudiar los libros con objeto de hacer esa elección. El abogado pareció pensar que era razonable, pero fue objetado en seguida por la familia, quienes señalaron que el testamento no decía nada acerca de que yo fuera a la biblioteca.

» —Tú has estado allí con la frecuencia y el tiempo suficientes —dijo el mayor—. Simplemente haz tu elección y puedes tenerlo cuando sea oficial el testamento.

» El abogado no se sintió demasiado complacido por ello y afirmó que precintaría la biblioteca hasta la ejecución del testamento y que nadie podía entrar. Eso me hizo sentir mejor, porque yo pensaba que quizá la familia sabía qué libro era el valioso y lo sacarían ellos mismos.

» Requería tiempo el que el testamento se hiciera oficial; así que rehusé la elección de inmediato. La familia gruñó ante eso; pero el abogado triunfó con su opinión. Estuve pensando mucho. ¿Me había dicho el anciano Mr. Lineweaver alguna cosa especial que pudiera haber tenido como intención dar una pista? Yo no podía pensar en nada sino en el «triple diablo» que él acostumbraba a llamarse a sí mismo cuando quería alabar su propia astucia… Pero él solamente decía eso cuando hablaba del libro valioso. ¿Podía la frase referirse al libro y no a sí mismo?

» Yo tenía ya veinticuatro años y estaba lejos de ser el niño inocente de diez años antes. Poseía una amplia variedad de información en las puntas de los dedos, gracias a la lectura y, cuando llegó el momento de hacer mi elección, no tuve que entrar en la biblioteca. Di el nombre del libro que quería y expliqué con toda exactitud en qué estante y lugar estaba, porque lo había leído, naturalmente, aunque nunca sospeché que fuera valioso.

» El mismo abogado entró y lo cogió para dármelo, y fue el adecuado. Como comerciante de libros, sé ahora por qué era valioso; pero eso no importa. El asunto es que yo hice que el abogado, un buen hombre, se ocupara de valorarlo y luego venderlo en subasta pública. El libro consiguió setenta mil dólares, una verdadera fortuna en aquellos días. Si fuera ofrecido ahora en subasta, conseguiría un cuarto de millón; pero yo necesitaba el dinero *entonces*.

» La familia se puso furiosa, naturalmente, pero no pudieron hacer nada. Apelaron; pero el hecho de que no me hubieran dejado entrar en la biblioteca y estudiar los libros les hizo perder muchas simpatías. El caso es que, después de que se terminara la batalla legal, compré una librería, logré pagarla gracias a la Depresión, cuando los libros eran una forma de diversión relativamente barata, y puse las cosas en el lugar que están ahora… Así que…, ¿puede decirse que soy un *self-made man*?

Rubin manifestó:

—En mi opinión, eso no entra en el concepto de suerte. Usted tenía que pescar un libro de entre diez mil sobre la base de una pista pequeña y oscura, y lo hizo. Eso es ingenio y, por tanto, usted se ganó el dinero. Simplemente, por curiosidad, ¿cuál era el libro?

—¡Eh! —advirtió Gonzalo con enfado.

Manfred recordó:

—Mr. Gonzalo me pidió que no les diera la solución. Dijo que ustedes podían querer averiguarla por sí mismos.

El humo del cigarrillo de Drake dio vueltas hacia el techo. Con su voz ligeramente ronca, dijo:

—Uno de entre diez mil sobre la base del « triple diablo» . Nosotros nunca vimos la biblioteca y usted sí la vio. Usted sabía qué libros había allí y nosotros no. No es una prueba equitativa.

—Lo admito —contestó Manfred—; así que se lo diré si lo desean.

—No —se opuso Gonzalo—. Hemos de disponer de una oportunidad. El libro debía tener la palabra « diablo» en el título. Podía haber sido *El diablo y Daniel Webster*, por ejemplo.

—Eso es un relato corto de Stephen Vincent Benét —explicó Manfred—. Y no fue publicado hasta mil novecientos treinta y siete.

Halsted intervino:

—La imagen usual del diablo, con cuernos, pezuñas y rabo está sacada, en

realidad, del dios griego de la Naturaleza, Pan. ¿Se trataba de un libro de Pan o con la palabra « Pan» en el título?

—En realidad —contestó Manfred—, no puedo pensar en ninguno.

Avalon continuó:

—La diosa ocultista Hécate es considerada a menudo como triple: virgen, matrona y vieja arrugada, porque también era una diosa de la Luna, y ésas eran las fases: cuarto creciente, llena, y cuarto menguante. Como diosa bruja, podía ser considerada un triple diablo. Las *Memorias del Condado de Hécate* fueron publicadas demasiado tarde para ser la solución; pero…, ¿hay algo anterior con Hécate en el título?

—No, que yo sepa —contestó Manfred.

Hubo un silencio en la mesa y Rubin dijo:

—No tenemos suficiente información. Creo que el relato ha sido interesante en sí mismo y que Mr. Manfred puede explicarnos ahora la solución.

Gonzalo objetó:

—Henry no ha tenido su oportunidad. Henry…, ¿tiene alguna idea de cuál puede ser el libro?

El camarero sonrió.

—Tengo una pequeña noción.

Manfred sonrió también.

—No creo que sea correcta.

Henry añadió:

—Quizá no. En cualquier caso, la gente a menudo siente temor de mencionar al diablo por su nombre por miedo de evocarlo al hacerlo, así que usan numerosos apodos o eufemismos para él. Es muy frecuente que usen el diminutivo de algún nombre corriente masculino, como una especie de gesto amistoso que pudiera servir para aplacarle. Me viene a la mente « Old Nick» .

Manfred medio se levantó del asiento; pero Henry no le prestó atención.

—Una vez se cae en eso, es sencillo pasar a pensar en *Nicholas Nickleby*; el cual, por decirlo de alguna manera, es el « Oíd Nick» dos veces y por tanto el « doble diablo» .

—Pero nosotros queremos el « triple diablo» , Henry —apuntó Gonzalo.

—El diminutivo de Richard nos da « dickens» , un eufemismo muy conocido para el diablo como en *What the dickens!* (¡qué demonios!) y el autor de *Nicholas Nickleby* es, naturalmente, Charles Dickens, y aquí tenemos el « triple diablo» . ¿Tengo razón, Mr. Manfred?

Manfred asintió.

—Tiene toda la razón, Henry. Me temo que yo no fui tan ingenioso como he creído durante cincuenta y cinco años. Usted lo ha hecho en mucho menos tiempo que yo y sin siquiera ver la biblioteca.

Henry replicó:

—No, Mr. Manfred. Yo tengo mucho menos mérito que usted. Ya ve, usted dio la solución al relatar los acontecimientos.

—¿Cuándo? —preguntó Manfred frunciendo el ceño—. He tenido cuidado de no decir nada en absoluto que pudiera darles a ustedes un indicio.

—Exactamente, señor. Usted mencionó muchos autores y ni siquiera una vez nombró el novelista preeminente del siglo XIX y probablemente de cualquier otro siglo, quizás incluso de cualquier lengua. El hecho de que dejara de mencionarlo me hizo pensar en seguida que había una significación particular en el nombre de Charles Dickens y el « triple diablo» . Entonces, no representó ningún misterio para mí.

Post Scriptum

Puede que ustedes hayan notado en este relato que Isaac Asimov es mencionado como un amigo de Emmanuel Rubin, quien, al instante, aprovecha la oportunidad para criticar y desacreditar al pobre Asimov.

Yo hago eso más o menos cada diez relatos, porque disfruto haciéndolo; pero, naturalmente, es con el pobre Rubin con el que soy injusto y no conmigo mismo.

Rubin, en su personificación en la vida real, es Lester del Rey. Y es un buen amigo mío. Lo ha sido durante cerca de cincuenta años. Nosotros disputamos agradablemente en público (cosa que me dio la idea de hacer actuar a Rubin como lo hace); aunque la verdad es que los dos estamos dispuestos a quedarnos sin camisa para dársela al otro si la necesita. Lester es uno de los mejores hombres que he tenido la suerte de conocer, absolutamente honrado y absolutamente de fiar... Pero muy suyo, como yo.

Lester niega con insistencia que exista parecido alguno entre él y Rubin, aunque yo le aseguro que los extraños a menudo me paran en la calle y dicen:

—¡Eh!, ese tipo Rubin de sus historias..., se parece muchísimo a Lester del Rey.

Esta narración apareció por primera vez en el número de agosto de 1985 del Ellery Queen's Mystery Magazine.

CREPÚSCULO SOBRE EL AGUA

No pasó demasiado tiempo antes de que Emmanuel Rubin se indignara hasta el punto de que su barba (lo que había de ella) se le erizase. No tardó mucho más en ponerse furioso y en que sus ojos relampaguearan detrás de sus gafas de gruesos cristales.

Rubin estaba a medio camino entre la indignación y la rabia y su voz resonaba en el salón de arriba, en el « Milano» , donde los Viudos Negros se encontraban para celebrar sus banquetes mensuales.

—Recibo esta carta de un entusiasta de California —dijo—, y después de la palabrería habitual sobre lo buenos que son mis libros…

—Palabrería es la expresión adecuada —comentó Mario Gonzalo, mirando complacido el dibujo que estaba haciendo del anfitrión del banquete, un dibujo en el que todo eran cejas.

Rubin continuó con su frase sin preocuparse en interrumpirse para demoler a los demás, cosa inusual en él y que indicaba lo concentrado de su ira.

—Me escribe diciendo que, si alguna vez estoy en la Costa, tendría que dejarme caer por allí y él me instalaría.

—Está dicho con buena intención, sin duda —terció Roger Halsted, mordisqueando un rollo de salchicha, uno de los aperitivos calientes que el inapreciable Henry había sacado esta vez como acompañamiento de las bebidas.

—Nadie puede ser amable y estúpido a la vez —razonó Rubín, inventándose una ley cósmica sobre la marcha—. Le he escrito y le he dicho: « Yo *ya* estoy en la Costa, gracias.»

—¡Santo Dios! —exclamó Thomas Trumbull.

Había llegado tres minutos antes y había aceptado un whisky con soda de Henry. Lo dijo con su pose habitual, como si acabara de volver del Valle de la Muerte y se encontrara en el último extremo de la sed.

—¿Por *eso* es por lo que está furioso? —preguntó—. ¿Porque los de California hablan de su costa como si fuera la única del mundo? Es sólo un modo de hablar.

—En realidad —observó James Drake, que había nacido en Alaska—, los de la Costa Oeste, si me perdonan la expresión, no son los únicos culpables. Tan pronto como alguien de la Costa Este ha estado en California durante cinco minutos, comienza a decir: « Aquí en la Costa…» De la misma manera, uno

puede ver cómo un tipo de Ohio que ha llamado a su tierra natal « los Estados Unidos» toda la vida, en cuanto está en Europa durante cinco minutos comienza a hablar de los « Estados» .

Geoffrey Avalon, anfitrión del banquete en esta ocasión, y conocido por su molesta habilidad para ver los dos lados de una cuestión, manifestó:

—El provincianismo no es monopolio de nadie. Se cuenta la historia de las dos viudas de Boston que se encontraron en octubre en Los Ángeles con temperaturas de cuarenta grados. Una dijo: « Dios mío, Prudence, hace muchísimo calor.» La otra contestó: « ¿Qué esperabas, Hepzibah? Después de todo, estamos a casi cinco mil kilómetros del océano.»

Avalon tomó entonces un sorbo de su bebida, a la manera seria que acostumbraba, y dijo:

—Tom, usted no ha tenido oportunidad de conocer a mi invitado, Chester Dunhill. Chester, le presento a Tom Trumbull, que tiene alguna especie de empleo específico en el Gobierno. Él nunca habla de ello.

Trumbull respondió:

—Encantado de conocerle, Mr. Dunhill. Si nuestro modo de comportarnos aquí le sorprende, debo explicarle que es costumbre que los Viudos Negros discutan furiosamente sobre bagatelas.

Dunhill era un hombre alto, con una cabeza maciza de cabello blanco, y cejas de un negro enmarañado sorprendente.

Con una voz grave y retumbante, indicó:

—Podemos sobrevivir a las catástrofes. Son las bagatelas las que nos matan.

Gonzalo pareció sorprendido y dio la impresión de estar a punto de decir alguna cosa; pero Henry anunció, con tranquila determinación:

—Caballeros, la cena está servida.

Rubin dio buena cuenta del jamón y la sopa de guisantes, e hizo estragos en el lenguado a la parrilla y la sencilla ensalada. Sin embargo, no se terminó las tartas individuales presentadas con todo el orgullo de su costra dorada y crujiente.

—Henry —preguntó Rubin con una lenta resonancia—, ¿qué es lo que hay debajo de esta costra?

Henry respondió:

—Me temo, Mr. Rubin, que Mr. Avalon, a la manera británica, ha pedido que sirvamos bistec y pastel de riñones.

—¿Riñones? ¿Riñones? —Rubin pareció molesto—. Eso es hígado arreglado. Jeff, no hubiera pensado que usted fuera capaz de tal falta de gusto.

Avalon parecía afligido y se justificó:

—Bistec y pastel de riñones bien preparados son una gran exquisitez…

—¿Para quién? ¿Para los buitres?

—Para todos los que estamos en esta mesa. ¿Por qué no lo prueba, Manny?

Rubin continuó intransigente:

—Los riñones tienen sabor a orina.

Gonzalo intervino:

—También lo tiene su marca favorita de cerveza, Manny; y usted la bebe.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Trumbull—. ¿Qué clase de conversación de mesa es ésta? Manny, si usted no se puede comer lo que tiene delante, estoy seguro de que Henry puede traerle unos huevos revueltos.

Rubin rió con aire despreciativo y declaró:

—Me comeré el bistec.

Permaneció enfurruñado durante todo el plato principal, la tarta de melaza, el entremés de sardina sobre tostada y el té fuerte. Eso ayudaba a que fuera una cena tranquila y, tal como Gonzalo señaló en un espectáculo mudo, Rubín se las arregló para comerse todo el pastel, con los riñones incluidos.

Finalmente, Avalon golpeó el vaso de agua con la cuchara y declaró:

—Caballeros, requiero a Mario para que comience a preguntar a nuestro invitado de honor, mi buen amigo, Chester Dunhill. Ya le he explicado a él las reglas del juego, y está dispuesto a contestar a todo sin reservas.

Gonzalo hizo la pregunta:

—Mr. Dunhill, ¿a qué se dedica usted?

Dunhill pestañeó y luego dijo:

—Bien, intentaré mantener vivo el pasado para el público en general. Si consideramos que quizá no sea posible ordenar el presente como es debido, a menos que aprendamos las lecciones del pasado, creo que yo me merezco mi lugar en la Tierra.

Gonzalo inquirió:

—¿Cómo mantiene vivo el pasado?

—Escribiendo acerca de él. Supongo que podría llamarme historiador ante un profano.

—¿Puede usted ganarse la vida con eso? —preguntó Gonzalo.

Halsted se apresuró a intervenir:

—Will Durant lo hizo y Barbara Tuchman todavía lo hace.

Dunhill sonrió con un aire tímido que mostraba que estaba un poco incómodo.

—Yo no me considero a su nivel. Sin embargo, sí me gano la vida.

Avalon se aclaró la garganta con vehemencia.

—¿Puedo interrumpir? Mi amigo Chester se pasa de modesto. Además de sus narraciones, también escribe novelas históricas para quinceañeros, la mayoría situadas en la Grecia de la Guerra del Peloponeso y la Roma de la Segunda Guerra Púnica. Ambas han sido un éxito popular y de crítica.

Gonzalo quiso saber:

—¿Por qué esos períodos en particular, Mr. Dunhill?

—Los dos fueron períodos de conflicto épico entre dos poderes casi igualados —aclaró Dunhill—. Atenas y Esparta en un caso; Roma y Cartago en el otro. Ambas guerras se hallan bien documentadas, y estuvieron llenas de grandes batallas, con triunfos y desastres dramáticos, con generales y políticos, unos brillantes y otros estúpidos. Los dos períodos, para resumir, son equivalentes al que estamos viviendo. Podemos entender, simpatizar y ver las lecciones que yo intento explicar. Y, lo que es más, no podemos siquiera sacar una conclusión completa porque, en un caso, el adversario que admiramos prevaleció sobre el otro, Roma derrotando a Cartago. En el otro, el adversario que admiramos perdió, Atenas sucumbiendo ante Esparta. Naturalmente, siempre he tenido un afecto personal en mi corazón por el general cartaginés Aníbal. Es uno de los tres grandes generales de la Historia que terminaron siendo perdedores sin que eso empañara lo más mínimo su reputación.

Rubin apuntó:

—Napoleón fue el segundo. ¿Cuál fue el tercero?

—Robert E. Lee, naturalmente —contestó Dunhill con su voz retumbando de nuevo.

Rubin pareció desconcertado; pero se recobró y comentó:

—Pensaba que iba a decir Carlos XII de Suecia, y eso habría sido incorrecto.

—Es cierto —reconoció Dunhill—, habría sido incorrecto. A Carlos XII le faltaba prudencia.

—¿Y qué me dice de los generales que no perdieron nunca? —preguntó Drake.

—De ésos hay muy pocos —continuó Dunhill—. Genghis Khan, Cromwell, Alejandro Magno, Julio César, el duque de Marlborough y algunos más. Su fama depende del estilo de sus victorias y de la calidad de sus adversarios. Al menos dos generales que yo recuerde perdieron casi siempre, pero siguieron siendo grandes, considerando lo que hicieron con lo que tenían. Son George Washington, naturalmente, y el general Giap, de Vietnam del Norte.

—Supongo que en sus libros de historia y en sus novelas —dijo Gonzalo— usted trata de catástrofes a las que sobrevive la gente. ¿Cuáles son las bagatelas que pueden matarle a uno?

Todo el mundo se volvió para mirar a Gonzalo, el cual se puso nervioso bajo la mirada general.

—¿Qué hay de malo en la pregunta? Mr. Dunhill ha dicho que uno podía sobrevivir a las catástrofes, pero que las bagatelas matan.

—¿He dicho eso? —se extrañó Dunhill, frunciendo el ceño.

—Sí, lo ha dicho. Usted se lo dijo a Tom Trumbull. —Se volvió hacia Trumbull, que estaba disfrutando de su brandy—. Tom, ¿no es cierto que lo dijo?

Trumbull asintió.

—Usted ha afirmado eso, Mr. Dunhill.

—Bueno —dijo Gonzalo—. ¿Qué bagatelas son las que tiene usted en la mente?

—En realidad —manifestó Avalon—, cualquier derrota sufrida por un general competente puede ser achacada a alguna fruslería. De hecho, en *Guerra y paz*, Tolstoi defendió, con lo que estimo era detalle aburrido, la tesis de que ningún general controla una batalla, y que las trivialidades lo deciden todo.

Gonzalo intervino:

—Vamos, Jeff, usted está intentando sacar del apuro a su invitado, y eso no es ético. Yo no creo que Mr. Dunhill estuviera pensando en grandes batallas. Me parece que tenía en la cabeza algo personal. Así me lo pareció y ésa es la razón por la cual quiero saber cosas acerca de ello.

Dunhill meneó la cabeza.

—Fue sólo una observación. Todos hacemos observaciones.

Gonzalo argumentó:

—Las observaciones no se hacen porque sí. Usted debe de tener algo en la mente.

Dunhill volvió a menear la cabeza.

Trumbull lanzó un suspiro y continuó:

—A mí también me pareció, Mr. Dunhill, que, cuando hizo aquella observación, algo le preocupaba. Jeff dijo que él le explicó a usted el juego. Usted estuvo de acuerdo en contestar a todas las preguntas, y nosotros estamos de acuerdo, a cambio, a considerar absolutamente confidencial cuanto usted diga. Si quiere afirmar que la frase no tenía un significado especial para usted y que habló sin un propósito especial, tendremos que aceptarlo; pero, por favor, al menos no diga que eso es la verdad.

Avalon le recordó en tono de profunda incomodidad:

—Yo le he explicado a usted perfectamente que esto sería confidencial, Mr. Chet.

Dunhill respondió con un toque de enfado en su voz:

—No existe en ello más que una profunda decepción personal, cuyo pensamiento apenas puedo soportar, y no digamos discutir. La dificultad es que se trata de un asunto que no tiene ninguna importancia para nadie que no sea yo, y los demás no harán otra cosa sino reírse. Implica una insignificancia ridícula, que hace recaer toda la culpa sobre mí. Ésa es la parte insoportable. Si yo pudiera culpar de ello al Gobierno, al Destino, al Universo, no sería tan…

Se detuvo, meditando.

—¿Podemos oír algo acerca de ello? —preguntó Gonzalo con terquedad.

—Se lo advierto —insistió Dunhill—. Es una larga historia que no tiene ningún interés para nadie, excepto para mí.

—Eso no tiene nada que ver —objetó Gonzalo.

—Muy bien. Pero usted ha preguntado… Durante la Segunda Guerra Mundial, yo era un muchacho que dejó de prestar el servicio militar efectivo. Por unos pocos años, porque estaba trabajando para la Marina como químico. Esto ocurrió en Filadelfia. Yo era un ser más bien insociable en aquellos días, y mi principal diversión consistía en procurarme el acceso a la Biblioteca Libre y leer cualquier cosa con la que me tropezara. Y una de las cosas con las que tropecé fue *The Historians' History of the World* en veinticuatro volúmenes. Fue publicada en 1902, y hubo una segunda edición en 1907, con dos volúmenes suplementarios que aportaban material hasta la Primera Guerra Mundial y un volumen de índices… Veintisiete en conjunto. ¿Alguno de ustedes ha oído hablar de ella?

Hubo un silencio. Dunhill continuó:

—No me sorprende. Para la mayoría de la gente sería un libro pesado. Hacía tiempo que estaba agotado, incluso en el momento en que yo lo encontré hace cuarenta años. Y ahora…

Se encogió de hombros y continuó:

—Esos volúmenes son un trabajo de cortar y pegar. Algunas secciones de los historiadores griegos y romanos y de los historiadores modernos de los siglos XVIII y XIX fueron incluidas dentro de un orden adecuado en una serie de historias que trataba de las diversas naciones por separado. Los volúmenes tres y cuatro trataban de Grecia; los volúmenes cinco y seis de Roma… Hay una gran cantidad de superposiciones, naturalmente, pero eso sólo significa que los mismos acontecimientos están descritos desde los puntos de vista de diferentes historiadores, con toda probabilidad de distintas nacionalidades.

» El editor general, Henry Smith Williams, llenó las lagunas con ensayos suyos.

» Era una persona humana de opiniones liberales y casi cada vez que yo leía algo que me llamaba la atención y consideraba significativo, resultaba que era suyo. Ustedes deben entender que fue editado para que, al leerlo, resultara lo más coherente posible. Había solamente un discreto indicativo que te guiaba hasta el final del volumen, donde tú averiguabas que estabas leyendo a Gibson, o a Prescott, o a Bury, o a Macaulay, o a Tucídides o a quien fuera.

» La biblioteca tenía el conjunto en volúmenes dobles, que yo fui cogiendo uno tras otro. Pronto me di cuenta de que no podía soportar dejar de leerlos por una cosa tonta como mi trabajo diario. Me los llevé conmigo al laboratorio y los leía durante el almuerzo o los tenía en una mesa parcialmente abierta y aprovechaba el tiempo mientras tenía alguna cosa que hervía lentamente bajo un condensador reflejo. Mis recuerdos de todo aquel período son vagos, excepto en lo que se refiere a aquellos volúmenes.

» Siempre había estado interesado en la Historia; pero fueron esos volúmenes

los que convirtieron aquel interés en obsesión. Eran libros de lo más pasado de moda, naturalmente, porque, antes del siglo XX, la Historia se reducía casi por completo a un asunto de batallas y de intrigas de corte. Sin embargo, era lo que me gustaba, y mis propias narraciones son igual de anticuadas. Yo trato muy poco los temas sociales y económicos.

Rubin observó:

—Los temas sociales y económicos harían más valiosos sus relatos.

—Y más aburridos, quizás —opinó Dunhill—. En conjunto, no omito dichas cosas; pero siempre recuerdo que soy un escritor para el público en general, no para especialistas. En cualquier caso, a finales de los años cincuenta, casi diez años después de que hubiera tenido en las manos, por última vez, aquellos libros de la biblioteca, abandoné la química y comencé a dedicar todo mi tiempo a relatos y novelas históricas.

Dunhill hizo una pausa y pareció pensar un poco.

Drake se rió mientras apagaba un cigarrillo y observó:

—A menos que usted esté contándonos esto con una ausencia total de malicia, cosa que no puedo creer de un novelista, esa *The Historians' History of the World* va a volver a aparecer.

Dunhill asintió con vigor.

—Tiene toda la razón. Hace pocos años, conocí a una persona; mi esposa y yo visitamos su casa y tuvimos allí una cena con otras personas. Después de cenar, me dirigí a sus estantes de libros y los estudié…, una mala costumbre que exaspera a mi esposa, pero de la cual no puedo curarme.

» Y allí, llenando todo el estante, estaba *The Historians' History of the World*. Yo no había pensado en aquella obra durante años; la había olvidado del todo. Sin embargo, en el momento en que la vi, todo volvió a inundarme. El recuerdo de haber leído aquellos volúmenes en una época terrible de la historia moderna, con evocaciones doradas y convertidas en maravillosas por el paso de los años, era dolorosamente dulce e intenso.

» Yo ya no era el muchacho sin recursos de hacía unas décadas. Estoy muy bien situado y puedo permitirme satisfacer mis caprichos. Me acerqué en seguida a mi anfitrión y le ofrecí comprarle su colección. Yo no podía creer que tuviera ningún atractivo para nadie que no fuera yo; y estaba dispuesto a pagar mucho más de lo que valía. Desgraciadamente mi anfitrión, por alguna razón nunca explicada, no quería venderla y se mantuvo muy firme en ello.

» Se lo digo, caballeros, si hubiera un millón de dólares sobre esta mesa y supiera que puedo cogerlo sin peligro de que se dieran cuenta, yo no lo tocaría, por un simple sentido de honradez. Pero la verdad es que pensé en *robar* aquellos volúmenes que mi amigo no quiso venderme. Lo único que me reprimió fue el temor a que me descubrieran si intentaba irrumpir en aquella casa. Mi sentido de la ética se hizo pedazos bajo la tensión, y terminé con aquella nueva amistad

antes que exponerme a la amargura dé ver los libros en posesión de otra persona.

» Comencé a visitar todas las librerías de viejo que tenía al alcance, y a llamar a las que no lo estaban preguntándoles si tenían o podían conseguir una colección de aquellos volúmenes. Incluso puse un anuncio en el *New York Times Book Review*, en revistas de información general y en publicaciones periódicas de interés para los aficionados a la Historia. Cuanto más esperaba, más dispuesto estaba a pagar lo que fuera… Y esto me trae hasta el presente.

Halsted interrumpió:

—Espero que no vaya a decirnos que usted se quedó sin los libros y que ése es el fin de la anécdota.

Dunhill frunció el ceño, con las cejas dobladas hacia abajo, y dijo en tono amargo:

—Ojalá pudiera decirles exactamente eso. Puse un número de apartado en el anuncio, y todos los libreros tenían la dirección de mi casa. No conseguí nada. Nada. Cero.

» Hace una semana, sin embargo, recogí una carta en mi editorial. Yo los veo una vez a la semana y ellos me entregan las cartas destinadas a mí que les han enviado a su dirección. Nunca son importantes. Por lo general, proceden de gente que critican mezquinamente algún punto histórico que establezco; es una cosa normal; pero que siempre me deprime.

» Estaba sosteniendo la carta en la mano mientras abandonaba mi editorial y caminaba calle abajo hacia la estación Grand Central. Con cierta pereza miré el sobre, vi que tenía la dirección escrita a mano, con rasgos embrollados, cosa que tomé como una mala señal. Decidí que procedía de un hombre mayor que expondría algún punto débil y quejumbroso referente a alguna teoría suya favorita. Con mal humor rasgué el sobre y saqué la hoja de papel que estaba dentro. En aquel instante pasé junto a un camión de basura y arrojé el sobre dentro de sus fauces abiertas, como buen ciudadano. Pero entonces tuve que cruzar la calle, cosa que reclama toda la concentración de uno en Manhattan, y metí la nota en el bolsillo.

» No me acordé de ella hasta que, tras hacer el transbordo, estuve en mi tren. Sacando la nota, la leí, y un acceso repentino de éxtasis me inundó… Aquí, aquí tengo la carta. Déjenme que se la lea.

Dunhill desplegó una carta y leyó su escritura intrincada en voz alta y cómodamente, como si la hubiera memorizado.

Querido Mr. Dunhill:

Soy un gran entusiasta de sus libros y he leído su anuncio. Me complace decirle que tengo una colección completa de The Historians' History of the World *y que estaría encantado de cedérsela. Mi padre me la compró cuando yo era muy joven y disfruté con ella. Todavía se encuentra*

en buen estado y, si usted está dispuesto a pagar un precio razonable, más los gastos de envío, se la mandaré por correo urgente certificado. Yo no había pensado nunca en vender la colección; pero soy ya muy viejo y voy a trasladarme a una casita cerca de mi hija. Allí no habrá espacio para tener tan voluminosa obra. Soy viudo y me temo que ya no puedo seguir viviendo solo. No me es posible hacer frente a los duros inviernos. Eso significa tener que vivir en una ciudad pequeña en lugar de en una grande. Y también abandonar mi apartamento de la playa, donde, en las noches claras, he observado a menudo ponerse el sol en la extensión infinita del agua, de modo que yo casi imaginaba que podía oír su silbido. He de desprenderme de estos libros; no puedo pensar en ningún otro a quien me guste más cederlos. Espero que usted pase muchos años de deleite con ellos. Por favor, envíeme sus noticias pronto.

Sinceramente,

LUDOVIC BROADBOTTOM.

Rubin exclamó:

—Enhorabuena, Mr. Dunhill. ¿Está todo arreglado, o es ahí donde entran las trivialidades?

Dunhill respondió con tristeza:

—Aquí es donde entran las trivialidades. Miren, tomen esta carta, obsérvenla y díganme a dónde tengo que escribir.

Rubin cogió la carta y pasó la vista por la escritura que llenaba un lado de la hoja. La volvió y miró el otro lado, que estaba totalmente en blanco.

—No hay ningún remite en ella —observó.

—No, no lo hay —exclamó Dunhill indignado—. ¿Pueden ustedes imaginar la estupidez de la gente que no pone su dirección en sus cartas y luego esperan que les contesten?

—Pero pone el remite en el sobre —dijo Avalon, y de pronto recordó—. ¡Oh!

—Es cierto —continuó Dunhill—. Yo arrojé el maldito sobre. Aquí están sus bagatelas. Aquí hay un tipo que lee un anuncio en el que aparece claramente un número de apartado. Sin embargo, él escribe a la dirección de mi editor, lo cual no sólo significa un retraso de varios días, sino que me priva de la oportunidad de saber en seguida que la carta es importante.

» Entonces, entre todos los lugares posibles, elijo abrir la carta en la calle y arrojar el sobre, sin haberlo mirado, en un camión de la basura que está al alcance. Sólo con que me hubiera fijado en el nombre de la ciudad, podría haber conseguido su dirección en la guía de teléfonos. No puede haber más que un Ludovic Broadbottom en cada ciudad. Y, para acabarlo de arreglar, él no incluye su remite en la carta. ¿Cuál es el resultado de todas estas trivialidades? Yo tengo

una oferta de mi *The Historians' History of the World* y no puedo tender la mano y cogerla.

Gonzalo sugirió:

—Existe la solución de adquirir otros libros de consulta para sus historias y novelas.

Dunhill dijo con auténtica ansiedad:

—¿Conseguir otros libros? Ya *tengo* otros libros. Tengo dos habitaciones grandes atiborradas de material histórico de consulta de la mejor clase, por no hablar de los recursos de la Biblioteca Pública de Nueva York y de la Universidad de Columbia. Ustedes no captan la cuestión. Quiero un ejemplar de *The Historians' History of the World* para *mí mismo*, por razones sentimentales, por lo que ha *hecho* por mí mismo, por lo que ha significado para mí. Y yo lo *tengo* y no puedo conseguirlo.

Durante un momento, lo que fue casi el sollozo de un niño entró en su voz profunda. Él debió darse cuenta, aunque un poco tarde, porque se reclinó hacia atrás en su silla, dio un profundo suspiro y exclamó:

—Perdónenme, caballeros, no es mi intención quejarme inútilmente del destino.

—¿Por qué no? —dijo Avalon—. Todos nosotros lo hacemos alguna vez. Pero pensemos; usualmente vemos más de lo que creemos. Usted miró el sobre el tiempo suficiente para ver que estaba dirigido a usted y notar que se trataba de la escritura de una persona mayor…

—Sí —reconoció Dunhill con vehemencia—. Otra bagatela. La escritura me distrajo también, y reforzó mi convicción de que la carta no tenía importancia. Si él hubiera escrito el sobre a máquina, seguramente lo habría tratado con más respeto.

—Sí —insistió Avalon—; pero la cuestión es que usted debió haber mirado también el remite. Si usted se concentra con sosiego, puede ser que recuerde algo acerca de él.

—No —insistió Dunhill desesperanzado—. He estado intentándolo durante muchos días. Es inútil.

Trumbull sugirió:

—¿Por qué no trabajamos a partir de lo que dice en su carta? Él vive en una ciudad grande a la orilla del mar, y ve el crepúsculo sobre el océano. Eso significa que está en la Costa Oeste, o « la Costa» , como dice el entusiasta de Manny. Aquí en Nueva York podemos ver salir el sol por encima del agua, pero nunca ponerse tras ella. ¿Y si establecemos un punto de partida con eso?

Dunhill pareció haber recobrado el control y dijo serenamente:

—Caballeros, yo he sido químico y soy historiador. Estoy acostumbrado al proceso de razonamiento. Por favor, dense cuenta de que él habla de los crudos inviernos que sufre y que ya no puede soportar más. Ni Los Ángeles ni San

Francisco pueden considerarse ciudades que tengan inviernos duros. Ninguna ciudad de la Costa Oeste puede serlo.

—Seattle es bastante lluvioso —apuntó Gonzalo—. Yo estuve una vez allí y, pueden creerme, aquello era para poner enfermo a cualquiera.

—Entonces él hablaría de tiempo lluvioso. Nadie habla de inviernos duros a menos que quiera decir frío y nieve. Eso elimina la Costa Oeste, y Hawai también; pero…

—Espere —interrumpió Rubin—. ¿Cómo saben que procedía de los Estados Unidos? La carta está escrita en inglés, pero podría venir de Canadá, Escocia, Australia. Si es por eso, casi cualquier extranjero instruido, de habla no inglesa, puede escribir en inglés en los tiempos actuales.

Dunhill se sonrojó.

—Bien, pues yo me di cuenta de *algo* en el sobre. Tenía un sello norteamericano. Lo sé porque guardo sellos extranjeros para un amigo mío y en cuanto cojo un sobre automáticamente me fijo en el sello. Si hubiera sido del extranjero, yo lo habría desprendido antes de tirar el sobre. Creo que incluso me habría dado cuenta de un franqueo a máquina extranjero… Como digo, podemos eliminar California, Oregón, Washington y Hawai. Nos queda Alaska.

—No había pensado en Alaska —murmuró Gonzalo.

—Yo sí —dijo Drake sonriendo—. Nací allí.

—En cualquier caso —continuó Dunhill—, la única ciudad de Alaska que incluso un habitante de allí consideraría grande es Anchorage. Está en la costa, perno no en el océano abierto. Se halla en la ría de Cook, la cual está situada al oeste de Anchorage. Quizá se pueda ver la puesta de sol en la ría. Quizá. Yo no tuve oportunidad. Llamé a la central de Teléfonos de Anchorage, y a la oficina de Correos. No hay ningún Ludovic Broadbottom en la ciudad. Sólo para asegurarme llamé también a Juneau y a Sitka. Juneau está situada sobre otra ría mucho más al Sur, y Sitka tiene una población de menos de diez mil almas. Pero yo los llamé…, y no hubo nada que hacer.

Halsted dijo con aire pensativo:

—Si usted va a contar ciudades que estén situadas junto a rías, ¿qué decir de la Costa Este? El océano puede estar en el Este; pero hay muchas rías mirando al Oeste.

—Lo sé —contestó Dunhill—. Florida tiene una larga costa occidental, y cualquiera que viviera en la orilla de Tampa o Key West podría observar el crepúsculo sobre el agua cuando el sol se zambulle en el golfo de México. Sin embargo, ¿dónde encajamos los inviernos crudos?

» Existe una larga península que forma la orilla este de la bahía de Chesapeake. La ciudad mayor sobre la orilla occidental de aquella península es Cambridge. Tiene una población de unos once o doce mil habitantes, pero desde allí se puede observar la puesta de sol en el agua, dado que la bahía de

Chesapeake es una extensión ancha. Así que llamé a la ciudad y tampoco conseguí nada.

» Además, los únicos inviernos crudos en la Costa Este pueden darse desde Filadelfia hacia el Norte…, Nueva Inglaterra en particular. Cualquier ciudad de la Costa Noreste, sin embargo, se encara con el océano en el Este o Sur. Incluso Princetown, en la punta de Cabo Cood, que podría enfrentarse con el océano mirando al Oeste, está puesta hacia el Sur. Falmouth está de cara al Oeste; pero es una ciudad pequeña. No hay ninguna ciudad que pueda ser considerada como grande y tenga una fachada occidental al océano.

Gonzalo dijo, más para sí mismo que para los demás:

—Desde Manhattan, uno puede ver el sol cayendo sobre el Hudson.

—No, no puede —se opuso Drake—. Se pone por Nueva Jersey.

Halsted se frotó su frente alta y rosada y añadió:

—Ustedes no creen que el autor de la carta tuviera las direcciones cambiadas, ¿verdad? No hace mucho tiempo un delegado norteamericano ante las Naciones Unidas invitó a cualquier extranjero que no estuviera satisfecho de la hospitalidad norteamericana a marcharse. Manifestó que estaría encantado de despedirlos mientras ellos zarpaban con el barco hacia poniente. No se preocupó de explicar cómo una persona podía navegar hacia poniente desde Nueva York.

Dunhill dio un ruidoso resoplido.

—Recuerdo ese incidente. Él estaba usando una metáfora simplemente estúpida. Además, no estamos hablando de ningún miembro de la Administración actual. Estamos hablando de un norteamericano medio de una inteligencia media, es de suponer.

—Además —dijo Avalon—, un hombre puede equivocar el Este y el Oeste; pero, si está describiendo los movimientos solares, no hay modo de que pueda confundir la salida y la puesta del sol. No, necesitamos una ciudad grande que tenga el océano a occidente y con un invierno crudo. Confieso que no puedo pensar en ninguna que cumpla los requisitos.

Gonzalo intervino:

—¿Y qué me dicen de las islas norteamericanas que no son parte de los Estados? Puerto Rico, Guam. Podrían utilizar también sellos norteamericanos, ¿no?

—Sí, podrían —admitió Dunhill—, y todas ellas son islas tropicales también… Créanme, caballeros, estoy al final de la cuerda.

Halsted inquirió:

—Usted no cree que todo este asunto pueda ser una broma, ¿no es cierto? Quizá Ludovic Broadbottom es un nombre inventado y él deliberadamente le mandó a usted pistas que no conducían a ninguna parte. Tal vez, tampoco había remite en el sobre. O era falso.

Dunhill habló despacio:

—¿Por qué tendría que preocuparse nadie de hacer eso? Soy una persona inocente y mi petición es inocente también. ¿Qué sentido tendría una broma pesada de esta naturaleza?

—El bromista pesado típico —contestó Avalon— no precisa de razón alguna; excepto en su cabeza, naturalmente.

Halsted preguntó:

—¿Tiene amigos que sean bromistas de mal estilo?

—No, que yo sepa —repuso Dunhill—. Yo escojo mis amigos con cierto cuidado.

Gonzalo sugirió:

—Quizá Henry tenga alguna idea. —Se volvió en su asiento y dijo sorprendido—: ¿Dónde está Henry? Se hallaba aquí hace un momento, escuchándonos. —Levantó la voz—. ¡Henry!

Henry salió del guardarropa y dijo, imperturbable:

—Aquí estoy, caballeros. Estaba dedicado a una pequeña tarea. Mr. Dunhill, tengo a Mr. Ludovic Broadbottom al teléfono. Está deseoso de hablar con usted.

Los ojos de Dunhill se salieron de las órbitas. Con voz ahogada, murmuró:

—Mr. Ludovic… ¿Lo dice en serio?

—Completamente en serio —contestó Henry con una suave sonrisa—. Quizá sea mejor que no se retrase. Y me permito advertirle que ofrezca una suma generosa. Va a trasladarse la semana que viene y no habrá tiempo para regatear.

Dunhill se levantó con aspecto aturdido y desapareció en el guardarropa hacia la cabina de teléfonos que estaba situada allí.

Los Viudos Negros se sentaron con un silencio asombrado y permanecieron así unos momentos. Luego, Rubin preguntó:

—Muy bien, Henry. ¿Qué clase de magia ha utilizado?

Henry explicó:

—Ninguna magia, caballeros. Fue Mr. Rubin quien me dio la idea cuando inició la discusión sobre actitudes provincianas hacia las costas…, la manera en la cual los norteamericanos de una costa olvidan o ignoran, a la otra.

» Me parece que los norteamericanos de las tres costas marítimas, la pacífica, la atlántica y el golfo también, si quieren contarlo por separado, tienden en general a ignorar la cuarta costa norteamericana, que es muy larga.

—¿La cuarta costa? —preguntó Rubin, meneando la cabeza con disgusto.

—Sí, Mr. Rubin —contestó Henry—. Estoy pensando en los Grandes Lagos. No pensamos en ellos como una línea de la costa, pero Mr. Broadbottom no se refería a ella como tal. Habló de la « orilla» de los Grandes Lagos; ciertamente, tienen una playa. Nosotros solemos hablar de la orilla del lago. Y cualquiera que viva en un lugar en esa orilla, percibiría el mismo efecto que si estuviera mirando un océano. Son unos enormes lagos, señores. Sin embargo, todas las ciudades grandes de las orillas de los lagos los tienen al Este, Sur o Norte. Hasta podemos

incluir las ciudades canadienses, si queremos. Duluth tiene el lago Superior al Este. Milwaukee y Chicago tienen el lago Míchigan al Este. Gary tiene el lago Míchigan al Norte. Detroit tiene el lago St. Clair al Este…, diminuto en contraposición con los grandes lagos; pero lo bastante grande para causar el efecto de salida del sol del agua. Toledo tiene el lago Erie en el Este. Cleveland y Erie tienen el lago Erie en el Norte, aunque Erie posee alguna vista a occidente. Hamilton tiene el lago Ontario al Este; mientras que Toronto tiene el lago en el Sur y el Este y Rochester lo tiene al Norte.

» La única ciudad realmente grande que mira occidentalmente a un gran lago es Buffalo, Nueva York. Tiene el lago Erie al Oeste. Desde un lugar adecuado de Buffalo, puede verse el sol poniéndose en el lago Erie…, y Buffalo es conocido por sus inviernos de grandes nevadas. Así que probé esta ciudad primero. Telefoneé a Buffalo, obtuve el número de Mr. Broadbottom, lo llamé y él contestó en seguida. Estaba muy preocupado por no haber sabido nada de Mr. Dunhill. Se halla deseoso de vender si Mr. Dunhill…

En ese momento, Dunhill salió del guardarropa, con la cara iluminada de alegría.

—Todo arreglado —dijo—. Pagaré quinientos dólares más los gastos de envío, y espero tenerlo en cuestión de días.

Buscó su cartera antes que Avalon, horrorizado, pudiera detenerlo.

—Henry, usted se merece un diez por ciento en concepto de premio al descubridor —dijo Dunhill—. ¿Cómo lo ha hecho?

Henry levantó la mano con un suave gesto de rechazo.

—Mr. Dunhill —declaró con serena firmeza—, como miembro de los Viudos Negros, no puedo aceptar un pago en conexión con mis deberes con el club.

Dunhill dudó; luego, volvió a guardar la cartera en el bolsillo.

—Pero, ¿cómo lo hizo, hombre?

Henry contestó:

—Simplemente, es cuestión de pensar en los Grandes Lagos como pequeños océanos. No vale la pena discutirlo. Lo importante es que usted tendrá sus libros.

Post Scriptum

Observen que Dunhill codiciaba The Historians' History of the World. *Era* yo *quien la codiciaba. Era* yo *quien la había leído de muchacho tomando volumen tras volumen de la biblioteca pública de mi amigo. Y era* yo *quien la habría robado si se me hubiera ocurrido algún modo de hacerlo. Era la única cosa que* alguna vez *estuve tentado de robar.*

Sin embargo, mi propia historia terminó muy felizmente. Intenté encontrar una

colección que pudiera comprar de forma legítima, por dinero, y fracasé. Mi amigo se las arregló para conseguir otra colección y me la regaló. Después de una larga persuasión, conseguí que él aceptase una pequeña cantidad a cambio. Todavía poseo la colección y es una de las niñas de mis ojos.

Pero, como asunto de conciencia, debo hacerles una confesión. A la colección de mi amigo le faltaba un volumen. En la colección que me regaló no faltaba. Durante un tiempo intenté convencerme a mí mismo de que debía ofrecerle el tomo que él no tenía…, pero no me decidí. *¿Qué se le va a hacer, si uno es un perdulario mezquino?*

El relato apareció por primera vez en el número de enero de 1986 del Ellery Queen's Mystery Magazine.

¿DÓNDE ESTA ÉL?

Cuando Roger Halsted presentó a su invitado como su agente de inversiones, los miembros de los Viudos Negros, reunidos en su banquete mensual, respondieron al principio con un silencio de asombro.

Halsted no se preocupó por ello y se movió por la sala, presentando a los miembros metódicamente.

—Tal como he dicho, éste es W. Bradford Hume, señores… Brad, quiero presentarle a Emmanuel Rubin, que escribe narraciones de misterio; a Mario Gonzalo, que pronto estará haciendo su retrato; a James Drake, que tose sobre su cigarrillo y que fue químico antes de retirarse; a Geoffrey Avalon, un abogado de patentes, aunque nunca he averiguado para qué sirven, y Thomas Trumbull, que trabaja para una rama del Gobierno mantenida muy en secreto… Y éste es nuestro camarero, Henry, que también es miembro y que acaba de traerle su bebida.

Hume aceptó todas las presentaciones con gracia y una sonrisa. Tomó su martini con un « Gracias, Henry» y para entonces la reunión se había serenado.

Rubin, con los ojos muy abiertos detrás de sus gruesos lentes, preguntó:

—¿Está usted diciéndonos que éste es *su* agente de inversiones?

—Eso es exactamente —asintió Halsted con orgullo.

—¿Le han aumentado el sueldo? ¿Quintuplicado?

Halsted replicó:

—No hay que suponer que yo sea un mendigo, Manny, sólo porque enseño matemáticas en una escuela media. Tengo antigüedad, seguridad y un salario ni espléndido ni mezquino; pero razonable. Además, Alice trabaja y gana más que yo y recibí una pequeña herencia de mi madre, que en paz descanse…, así que Brad se cuida de unos pocos dólares por mi cuenta, y muy bien, por cierto.

Hume sonrió y dijo:

—No me propongo pregonar mis negocios, señores, porque entiendo que ésta es una noche puramente amistosa.

—¡Puramente! —gruñó Trumbull.

Avalon se aclaró la garganta.

—Yo pensaría, Mr. Hume, que ser un asesor financiero en estos tiempos inseguros contribuye a tener una vida intensa.

—Así es, Mr. Avalon; pero todas las épocas son inseguras, y ésa es la gran dificultad a la que se enfrenta un asesor financiero, dado que se espera que él vea el futuro… Al menos, el futuro inmediato.

—¿Qué valores suben? ¿Qué valores bajan? —murmuró Gonzalo. Ya estaba trabajando en la caricatura de Hume y había puesto la mata de cabello oscuro bajo la cual intentaba colgar una cara casi de querubín.

—Eso es cierto —convino Hume—. Pero hay algo más. Usted tiene que poder juzgar lo que será útil como inversión a largo plazo, prever los cambios en los impuestos…

Halsted puso la mano sobre el brazo de Hume.

—No hable de eso ahora, Brad. Van a interrogarle después de la comida y hasta entonces usted tiene derecho a relajarse.

—Eso me conviene —comentó Hume—. ¿Cuál es el menú de esta noche? ¿O no he de preguntar?

—¿Por qué no va a poder preguntar? —contestó Halsted—. Henry, ¿qué es lo que hay?

La cara lisa, sexagenaria, se arrugó un poco.

—Habrá salmón a la parrilla, Mr. Halsted, y creo que usted lo encontrará extraordinario. La salsa de langosta es una receta personal del *chef*.

—Va a probarla con nosotros, ¿no? —zumbó Drake con su voz ronca.

—Usted no quedará decepcionado, doctor Drake. Estará precedida por un pescado portugués al que puede que encuentre un poco picante.

—Eso no me preocupa *a mí* —manifestó Avalon, con sus cejas enmarañadas y caídas, que daban a su cara un aspecto satánico pero afable.

Resultó que Henry tenía razón. Desde la sopa hasta el pastel de chocolate con ron hubo murmullos de aprobación. Ni siquiera la afirmación decidida de Rubin de que estaba vacío de contenido el ejercicio del futurismo, ahora tan de moda, provocó una oposición demasiado clamorosa.

—Todo lo que tienen que hacer —opinó Rubin— es volver atrás y leer las predicciones para el presente lanzadas por los charlatanes de hace medio siglo. Encontrarán que vieron un millón de cosas que no han sucedido y que no vieron casi nada de lo que luego sucedió.

Hume escuchaba muy serio la discusión que siguió; pero no dijo nada.

Gonzalo preguntó, con obvia desconfianza en sus ojos:

—Su buen amigo Asimov es un futurista, ¿no?

—¿Él? —dijo Rubin, con todos los pelos de su escasa barba a punto de erizarse —. Describe el futuro en lo que *llama* ciencia ficción; pero las únicas cuestiones que acierta son las que están penosamente claras para todo el mundo. Y no puede ser considerado mi *amigo*. Tan sólo le ayudo alguna vez en la trama de una historia, cuando él se halla estancado.

Halsted se acarició el estómago con una sonrisa de satisfacción y golpeó su

vaso de agua con la cuchara.

—Caballeros, ya es hora de que Brad pague por su excelente cena haciendo frente a un interrogatorio. Manny, dado que usted tiene una opinión tan baja del futurismo, ¿querrá servir como moderador? Y, por favor, recuerde que ha de mantener un nivel elemental de cortesía hacia quien es nuestro invitado de honor.

Rubin resopló.

—Me permito recordarle, Mr. Roger, que no necesito lecciones de modales… Mr. Hume, ¿a qué se dedica usted?

—Si esperan que les diga que me dedico a hacer rica a la gente por medio de inversiones inteligentes, quedarán decepcionados. La dedicación viene de mi habilidad como orador en los banquetes.

—¿Es cierto? He de suponer que usted se considera brillante en eso.

—Sí. He estado haciéndolo durante quince años y, en este momento, he llegado a un precio de rutina de siete mil quinientos dólares por la charla de una hora. Creo que es la cantidad adecuada a mi habilidad.

—Huy —exclamó Rubin, al no encontrar oportunidad inmediata para dar una respuesta—. ¿Y se molesta en hacer otras cosas?

Hume se encogió de hombros.

—A mí no me gusta mucho viajar, y quiero estar en una posición en la que pueda permitirme seleccionar con gran cuidado…, rechazar una charla, sea cual sea su precio. Eso puedo hacerlo mejor si tengo un trabajo regular como soporte financiero. Y ésa es la razón por la cual no tengo agente. Ellos te presionan…, y se llevan el treinta por ciento.

Rubin quiso saber:

—Si usted no tiene agente, ¿cómo consigue contratos de charlas?

—De boca en boca. Si eres capaz de dar una buena charla, la gente te abrirá camino y te llevará hasta donde puedas llegar.

—¿Cuál es su tema?

—Futurismo, Mr. Rubin…, cosa en la que usted no cree. A pesar de sus comentarios sobre el tema, todo el mundo, en estos tiempos, parece interesado por lo que nos pueda deparar el futuro. ¿Cuál es el futuro de la educación? ¿De los robots? ¿De las relaciones internacionales? ¿De la exploración espacial? Uno lo plantea…, y los demás se interesan.

—¿Y usted habla de todo eso?

—Sí.

—¿Cuántas charlas distintas tiene preparadas?

—Ninguna. Si tuviera que prepararlas, habría de descuidar mi trabajo de asesor financiero, y no puedo hacerlo. Yo improviso, y no necesito preparación. Díganme un tema y yo me levantaré y hablaré durante una hora… Pero ustedes tendrán que pagarme mis honorarios.

Halsted observó:

—Escuchen yo le he oído hablar. Lo hace bien.

Gonzalo preguntó:

—¿Ha tenido usted algunas experiencias chocantes en su carrera de orador, Mr. Hume?

—¿Chocantes? —repitió Hume, apoyándose en su silla y con aspecto de sentirse cómodo—. He tenido algunas presentaciones memorables, que yo *no* consideré divertidas, aunque los demás pudieran reírse. Una vez alguien hizo objeciones a mis honorarios y me escribió una carta diciendo que éstos eran cuatro veces mayores que los que había pagado a nadie. Yo le contesté diciendo: « Yo soy cuatro veces mejor…, por lo menos.» Al presentarme, él leyó la correspondencia. El público, una organización profesional de ingenieros, de repente se dio cuenta de que estaban siendo desplumados el cuádruplo de lo habitual por un gorrón arrogante. Yo pude sentir algo así como el soplo frío del viento del Norte cuando me levantaba, y necesité la mitad de la charla para ganarme su apoyo.

» Otra vez, una mujer me presentó de un modo muy pedestre…, cosa a la que estoy acostumbrado. Se oyó un suave aplauso y yo me levanté con objeto de comenzar, en cuanto éste hubiera culminado, a fin de empezar con la autohipnosis del público a mi favor. Sólo que la mujer que me presentó, y puede ser que ella tenga un lugar especial en el infierno algún día, comenzó a gritarles a los retrasados que había sillas al lado. Continuó hasta que cesaron los aplausos y yo tuve que dirigirme a una audiencia muerta. No acabé de animarlos del todo.

» Luego está el gracioso. Tuve uno que dio una charla de quince minutos como presentación. ¡Quince minutos! Lo comprobé con el reloj. Y él fue cómico, *realmente* cómico. Tenía al público tronchándose y no cobraba ni un penique. Yo tuve que seguirle y me di cuenta de que el público me iba a considerar a mí mucho menos divertido… y a un precio exorbitante. Estaba pensando en perder el dinero y marcharme, cuando mi presentador concluyó diciendo: « Pero no dejen que les dé la impresión de que Mr. Hume puede hacer *cualquier cosa*. Ocurre que sé que nunca ha cantado el papel del duque en *Rigoletto*.» Y se sentó, en medio de grandes risas.

» Lo que él no sabía era que me lo había servido en bandeja. Me levanté, esperé que el aplauso de rutina se extinguiera del todo y, en medio de un silencio sepulcral, canté con mi potente voz de tenor *Bella figlia dell'amore*, las primeras notas de la contribución del duque al famoso cuarteto. El público se tambaleó con la risa más fuerte de la noche, y yo me lo gané.

» Tuve que dar una conferencia doce horas antes de tener un ataque al corazón, y luego otra doce horas después del ataque. Por fortuna, no sabía en aquel momento que se trataba de un ataque cardíaco. La segunda charla estaba dirigida a un grupo de cardiólogos, y ninguno de ellos…

Gonzalo interrumpió:

—Espere un momento. *¡Espere!*

Hume se calló y pareció sorprendido.

—Le ruego que me disculpe —dijo Gonzalo—. Yo le *creo* a usted cuando afirma que puede hablar, improvisando, sin previo aviso; pero usted no ha captado mi pregunta.

—Usted me preguntó si yo había tenido algunas experiencias chocantes, ¿no?

—Sí; pero yo no me refería a experiencias graciosas, cómicas… Yo quería decir extrañas o sorprendentes. Pretendía saber si le habían ocurrido cosas *raras*.

Hume se frotó la nariz y continuó:

—¿Podría usted concretar más, Mr. Gonzalo?

—Yo quería decir, algo que usted no pudiera explicar. Un enigma. Un *misterio*.

Avalon bajó la palma de la mano hasta la mesa y dio un fuerte golpe.

—Mario, propongo que le expulsemos a usted de la sociedad.

—No puede hacerlo —protestó Gonzalo, con disgusto—. No existen restricciones sobre las preguntas que hacemos.

—Excepto los cánones del buen gusto. ¡Por el amor de Dios!

—¿Qué hay de mal gusto en pedir un misterio? A mí me gustan los misterios. Si él no tiene ninguno, puede manifestarlo y ya está. —Se volvió a Hume, frunciendo el ceño, y con voz claramente autoritaria inquirió—: Bien, ¿ha tenido usted alguna especie de misterio en conexión con sus contratos de orador?

Pasó las palmas de las manos por las mangas de su chaqueta de terciopelo rojo, como si barriera todas las objeciones triviales a la pregunta.

Hume sonreía encantado.

—¡Claro que sí! En efecto, los he tenido. Es extraño que usted pregunte una cosa semejante. Fue hace años, naturalmente, pero se trató de un misterio auténtico. No teníamos ni la más ligera idea de a dónde se había ido aquel tipo… ¿Quiere usted oírla?

Gonzalo se levantó de la silla y declaró:

—*Yo* sí, pero me gustaría someterlo a votación. ¿Hay alguien que *no* quiera oírlo?

Todos permanecieron silenciosos; entonces, Avalon declaró:

—Bien, Mario, escucharemos.

Gonzalo asintió enfáticamente con la cabeza.

—Muy bien. Mr. Hume, tiene usted el derecho de hablar.

Hume dijo en tono suave:

—Me alegrará hacerlo. Pero, ¿van ustedes a interrumpirme a la mitad, o se me permitirá hablar libremente?

—Yo le garantizo, Mr. Hume —contestó Avalon—, que a usted se le permitirá hablar. Roger, como anfitrión, tendrá un control absoluto sobre la conversación y, cuando diga «hablen», hablaremos, y cuando diga «no hablen»,

permaneceremos callados. ¿De acuerdo, Roger?

—De acuerdo —convino Halsted.

—Empezaré —dijo Hume—, y confío en tener suerte. La historia comienza hace algunos años, cuando fui invitado a dar una charla en Seattle. Aquello significaba que tendría que ir en avión, y a mí no me gusta mucho volar. Nunca lo hago por mi voluntad; y menos en enero. Y, lo que es más, el precio ofrecido era bastante menor del que a mí me gustaba. Así que, para arreglarlo todo de una vez, dije que no.

» Y fue una buena cosa que lo hiciera, porque sucedió que el Noroeste fue invadido por una niebla tenaz justo el día en el cual yo habría llegado. Incluso suponiendo que aterrizara con toda normalidad, muy pocos aviones partieron de Seattle durante la semana siguiente, y me habría quedado embarrancado. Eso me habría perturbado, dado que tenía trabajo que hacer en casa, y habría molestado también a mi jefe. A la empresa no le importan mis conferencias, puesto que suelo intercalar en ellas uno o dos anuncios, y a mis directivos les parece bueno que esté preocupado por el futuro y hallarse ellos relacionados con él. De todos modos, que yo estuviera fuera una semana les habría parecido abusivo.

» Todo eso carece de importancia. Lo importante es que el caballero que estaba en el otro extremo del teléfono no aceptó mi negativa. Él y sus socios aprovecharon el milagro de la comunicación moderna y volvieron a mí con la sugerencia de que me quedara en Nueva York y me sometiera a una entrevista de televisión de veinte minutos. La entrevista sería grabada y luego proyectada para un público al que se presumía ansioso de escucharme.

» El precio seguía siendo menor del que a mí me gustaba; pero me halagó su insistencia. Entonces, tampoco tendría que viajar. La entrevista se realizaría en un sitio del centro, a una distancia que representaba un paseo desde mi apartamento, si el tiempo era pasable, cosa que no es en absoluto previsible en diciembre. Acepté.

» El caballero que me invitó, cuyo nombre he olvidado; pero no tiene importancia, le llamaré Smith, notó en mí un residuo de falta de entusiasmo e intentó asegurarme que todo se haría de la manera que me resultara más cómoda. Me dijo que vendría a buscarme en un taxi a las nueve y veinte de la mañana con objeto de llevarme allí a las nueve treinta. El cámara, que se había planeado que estuviera poco después de las nueve de la mañana, lo tendría todo a punto y estaría dispuesto cuando yo llegara.

» Ésa era una cuestión importante para mí. Yo he hecho trabajos de televisión, con las cámaras preparadas para una entrevista en alguna habitación de hotel, por ejemplo, y déjenme decirles que no hay manera más fácil de volverse loco. La televisión existe desde hace unos cuarenta años; pero los cámaras todavía no han encontrado un sistema de poner las luces de manera que

el sujeto esté bien iluminado y sin sombras perturbadoras.

» Además, todos ellos se consideran unos artistas y, al parecer, existe una especie de ley que impulsa a los artistas a no estar nunca contentos. Cada ajuste que hacen aquí, implica alguna cosa allí. Necesitan horas para llegar a un punto de casi satisfacción. Y entonces, cuando te sientas, se dan cuenta de que llevas gafas, y de que esa gafas pueden producir un efecto no deseable… Todo el trabajo comienza de nuevo.

» Pregunté:

» —¿Está usted seguro de que el cámara se hallará a punto y de que todo lo que tendré que hacer será sentarme?

» —Seguro —afirmó. Y eso lo decidió todo.

» Llegó el día. Smith llegó en su taxi a la hora convenida y nos marchamos. A los diez minutos, estábamos en el lugar. Cuando salimos del coche, Smith me dijo:

» —Todo estará listo para nosotros.

» Yo intenté que no se trasluciera mi pesimismo. Estoy convencido de que los cámaras no están listos en ningún momento para nada ni para nadie.

» —Bien —convine.

» Subimos a uno de los pisos superiores y pasamos al despacho un poquitín antes de las nueve y media. Habíamos entrado en las oficinas de una empresa de abogados muy grande, en la cual un viejo compañero del Ejército de Smith era un miembro senior. Llamémosle Jones, porque tampoco recuerdo su nombre. Ellos nos prestaban la sala de conferencias.

» Smith dijo jovialmente al recepcionista:

» —Hola, soy Smith, y este señor es Mr. Hume. Estamos aquí para efectuar la grabación de televisión. Supongo que el cámara ha llegado y está instalado.

» El recepcionista explicó con bastante indiferencia:

» —No he visto a ningún cámara, señor.

» —¿Cómo? —se sorprendió Smith—. ¿Ningún cámara?

» —No, señor —dijo el recepcionista.

» Smith frunció el ceño, pero decidió ser invenciblemente optimista.

» —No puede ser —contestó—. Nos está esperando.

» Pero no lo estaba. Entramos en la sala de conferencias y se hallaba tan vacía como un escenario de Shakespeare.

» —¿Dónde está? —pregunté.

» —No lo sé —repuso Smith.

» Entonces, bajó el compañero de Smith, Jones, me dio la mano y le dijo a Smith:

» —Bien, ¿dónde está?

» —No lo sé —volvió a decir Smith.

» Yo insinué:

» —Será mejor que llamemos a su despacho.

» Pero Smith explicó:

» —Su despacho está en Indianápolis.

» Yo, muy perplejo, pregunté:

» —¿Es que no hay ningún cámara en Nueva York? ¿Por qué hay que traer uno de Indianápolis?

» Smith se encogió de hombros.

» —Es la empresa con la que siempre trabajamos.

» Jones señaló un teléfono que estaba en el rincón y se dirigió a Smith:

» —Aprieta cualquier botón del fondo que no esté encendido; luego, presiona el ocho y espera que vuelvan a dar la señal para marcar, aprieta el uno, el código de la zona y el número.

» Aguardé, paciente. Algo sorprendente, pues la única cosa que me pone furioso es tener que esperar. Puede salir mal cualquier cosa, y yo soy la paciencia personificada. Todo el mundo reconoce lo apacible que soy. Pero sí alguien no aparece en el instante acordado, se me arruga la frente. Y, a los cinco minutos, me sale humo por las orejas.

» El tiempo pasaba; era casi la hora en la que yo contaba con haber *terminado* la entrevista, y el cámara ni siquiera había aparecido. Sin embargo, no me alteré lo más mínimo. Había un misterio en ello y me sentí interesado.

» Smith regresó del teléfono e informó:

» —Vino para acá ayer; y el gerente dice que tenía el nombre correcto, la dirección correcta y que todo era como tenía que ser. Además, el gerente afirma que el cámara que nos han asignado es conocido como *El Viejo Infalible*. Ha trabajado por todo el mundo y nunca falta a una cita.

» —Ha faltado a ésta —observé—. ¿Dónde tendría que estar hoy, pues, si se marchó ayer?

» —En un hotel —contestó Smith.

» —¿Estuvo allí alguna vez? —pregunté.

» Volvió al teléfono y, después de un rato, Smith aclaró:

» —Se inscribió la noche pasada.

» Jones sugirió:

» —Sin duda él tomó un taxi, el taxista se dio cuenta de que era forastero y lo trajo a este lugar a través del barrio de Yonkers. Ya se sabe que los taxistas hacen esas cosas.

» —Es imposible —opinó Smith con una intensa irritación—. Él se halla alojado en el « New York Hilton» . ¿No está en este mismo barrio?

» Jones pareció muy perplejo.

» —¿El « New York Hilton» ? Sí, lo está. Se encuentra enfrente. Todo lo que tiene que hacer es cruzar la Calle 54.

» —Así que no tendría que coger un taxi, ¿verdad?

» —Creo que no —contestó—. La dirección del hotel es Sexta Avenida 1335,

y estamos en Sexta Avenida 1345. La persona menos experimentada del mundo no habría tomado un taxi para recorrer diez números de una calle concreta en la que sabe que está, y este tipo es una persona que ha viajado por todo el mundo y al que llaman *el Viejo Infalible*.

» Sentí que me inundaba una oleada de pesimismo, y sugerí:

» —Así que *el Viejo Infalible* está aquí en la gran ciudad. Ha cogido una trompa, se lo ha llevado a casa una joven bondadosa y está durmiendo la mona.

» Smith parecía indignado:

» —Vamos, el gerente dijo que tenía cuarenta y ocho años. No es un muchacho alocado.

» —Tampoco es un fósil —repliqué—. Yo soy mayor que él y podría hacerlo con facilidad. Quiero decir, no es que lo haga, pero podría hacerlo si quisiera.

» —Bien, él no lo haría si tuviera que acudir a una cita por la mañana. Es un profesional.

» —Muy bien —acepté—. Usted se está preguntando si él habrá tenido un ataque al corazón por la noche; si en este momento puede estar tumbado en la cama de ese hotel, muriéndose, o quizá muerto.

» Smith y Jones parecían incómodos. Smith preguntó de modo inseguro:

» —¿Usted cree que deberíamos llamar a la Policía?

» Jones opinó:

» —No antes de que alguien vaya a mirar en su habitación.

» Jones fue al teléfono esta vez. Habló crispadamente y luego colgó. Todos nosotros mantuvimos un silencio preocupado durante un rato.

» Smith inquirió:

» —¿Usted cree que ha venido a este edificio y no ha podido entrar? Me imagino que la seguridad es rígida y que, en estos momentos, puede estar dando vueltas por el vestíbulo.

» —La seguridad es rígida, cierto… —convino Jones—; pero le entregaron un pase la noche anterior. No debería tener ninguna dificultad en entrar.

» —Quizá no se lo dieron —sugerí yo, siempre pesimista—, y no ha podido pasar del vestíbulo.

» Jones dijo:

» —Enviaré a alguien a la entrada para mirar.

» El teléfono sonó. Jones lo atendió, habló un rato y volvió para decir:

» —La seguridad del hotel ha ido a su habitación. Su equipaje se encuentra allí, pero él no está. Y no hay ningún equipo de cámara. Así que se marchó con sus bártulos.

» —Entonces, ¿dónde está? —pregunté yo.

» No hubo respuesta, por supuesto. Jones pensó un poco y añadió:

» —Supongo que han mirado en el cuarto de baño.

» Smith se encogió de hombros y dijo:

» —Imagino que la gente de seguridad conoce su oficio.

» Hacía casi una hora que yo estaba allí, y dijeron que no había señal alguna de ningún cámara dando vueltas por el vestíbulo. No cabía duda de que, si él llevaba su equipo, lo habrían visto fácilmente. Pero el agente de seguridad que estaba abajo no había visto a nadie que entrara con un equipo semejante, con pase o sin él. Yo indagué:

» —¿Comprobaron si él ha firmado?

» Jones meneó la cabeza.

» —No tendría que firmar si llevaba un pase. Simplemente le hacen señal de que entre.

» Smith dijo:

» —Usted no supone que saliera del ascensor en un piso equivocado, ¿verdad? Podría ser que estuviera dando vueltas perdido por ahí.

» Jones miró su reloj:

» —Tenía que estar aquí hace hora y media. ¿Cómo puede pasarse todo ese tiempo dando vueltas por un piso equivocado? No hay ningún piso en este edificio que no tenga guardias de seguridad. A nadie se le permitiría dar vueltas de un lado para otro… Y él además no lo haría. Él preguntaría. Después de todo, sabe el nombre de esta empresa y sabe en qué piso está.

» Hubo un silencio pegajoso y todos nosotros íbamos mirando nuestros relojes por turnos. Al fin, Jones murmuró un « excúsenme» y se marchó. Volvió al cabo de tres minutos y declaró:

» —Acabo de hablar con Josie…

» —¿Quién es Josie? —le pregunté.

» —La recepcionista —me contestó—. Ella jura que no ha entrado ningún cámara. De hecho, no ha entrado absolutamente *nadie* que no fuera miembro de la empresa, excepto usted, Smith, y usted, Mr. Hume.

» —¿Estuvo ella en su mesa todo el tiempo? —preguntó Smith.

» —La recepcionista insiste en que sí estuvo.

» —¿Quiere usted decir que ella no salió para empolvarse la nariz o lo que fuera?

» —Asegura que no. Dice que estuvo trabajando y atenta toda la mañana, y que no es posible que entrara nadie sin que ella le viera.

» —¿Es una mujer de fiar? —pregunté.

» Jones frunció el ceño.

» —Podemos confiar en ella. La hemos tenido en este trabajo cerca de cinco años y, si dice que nadie entró, es que nadie entró.

» —Entonces, ¿dónde está él? ¿Cómo puede perderse sólo cruzando la calle? —preguntó Smith.

» Yo indiqué:

» —Estamos eliminando todas las cosas, excepto la posibilidad de que tuviera

un accidente mientras cruzaba la calle.

» Smith balbuceó, tembloroso:

» —¿Piensa usted que pudo haber sido atropellado por un coche?

» —Ya se sabe que eso ocurre —observé.

» —Tendría que haber sido algo muy serio —insistió Jones—. Siendo un profesional, él nos llamaría, o llamaría a su oficina. Aunque no pudiera moverse, encargaría a alguien que nos llamara.

» —Si estuviera consciente. Si estuviera vivo —dije yo.

» —Si hubiera sido un accidente serio en la calle, justo delante de aquí, lo sabrían en la planta baja —opinó Jones.

» —¿Lo ha preguntado alguien? —planteé yo.

» Jones dudó un par de segundos y llamó a la planta baja. No necesitó mucho tiempo. Meneó la cabeza:

» —Nadie de abajo sabe nada de un accidente.

» —Llamemos a la Policía. Ellos tendrían que tener constancia —sugirió Smith.

» Jones no parecía desear hacerlo, pero lo hizo. Eso requirió un poco más de tiempo; pero el resultado fue el mismo. Explicó que la Policía había dicho que no hubo registro de ningún accidente esa mañana en la Calle 54 y la Sexta Avenida.

» Smith insistió:

» —Entonces, ¿dónde está él?

» Me levanté.

» —Caballeros —dije—, yo no sé dónde está; pero no puedo esperar más. Tengo otras citas que cumplir, otro trabajo que hacer. Sintiéndolo muchísimo, he de marcharme. Sin embargo, me gustaría saber la respuesta a este enigma. Cuando lo averigüen, hagan el favor de telefonearme. Si son tan amables de hacerlo, volveré para llevar a cabo la grabación.

» Así que me marché… Al cabo de una hora, Smith me llamó y me explicó la situación. Una semana después, yo volví e hice aquel trabajo. Aquí está su misterio.

Los Viudos Negros miraron incrédulos a su invitado. Halsted habló por todos al preguntar:

—¿Sucedió eso realmente, Brad? ¿O quiere gastarnos una broma?

—No, no —negó Hume—. Cuanto he dicho es verdad. Palabra de *Boy scout*. Sucedió exactamente como lo he descrito.

—Bien; entonces, explíquenos lo que le sucedió al cámara.

Hume meneó la cabeza sin dejar de sonreír.

—Ustedes querían un relato de misterio y yo se lo he dado. Son ustedes quienes han de decirme *a mí* lo que sucedió. Ya conocen los hechos. Les daré dos

pistas. Nadie estaba acostado. No fue un montaje de ninguna clase. La segunda pista es que no hubo tragedia alguna. El cámara no estaba lesionado en absoluto. ¿Dónde estaba?

Gonzalo preguntó:

—¿Es que tuvo un ataque de amnesia temporal y se quedó dando vueltas por ahí?

Hume contestó:

—No; no sufrió ninguna clase de mal. Ni físico ni mental.

—Veamos —planteó Avalon, más bien sombrío—. Usted realmente no sabe en absoluto que él estuviera en el hotel…, ni en Nueva York siquiera. Nadie le vio allí aquella mañana. El pase fue enviado la noche anterior; pero apostaría que lo dejaron en la recepción para él. ¿Alguien sabe *quién* estuvo en la habitación?

Hume señaló:

—Alguien que firmó en el registro con el nombre del cámara.

—Cualquiera podría haber sido si supiera cómo se llamaba —opinó Avalon—. El cámara tenía una reserva en el hotel y alguien lo sabía. Ese alguien lo entretuvo de algún modo, se registró en su nombre y tuvo una habitación por una noche en un hotel muy lujoso a expensas de otro. El servicio del hotel encontró el equipaje allí por la mañana, cuando el impostor había salido a sus propios asuntos, pero ningún equipo de cámara. Eso, para empezar, podía significar que no lo había.

Hume se sorprendió.

—¿Por qué tendría nadie que hacer eso?

Avalon replicó:

—No lo sé. Me sería fácil inventar motivos quizá; pero no podría probar ninguno.

Trumbull intervino:

—Algún fugitivo que necesitaba un nombre falso y una habitación segura sólo para una noche…, un espía…

Drake comentó con un tono que mostraba claramente que no hablaba en serio:

—Un atentado con bomba. Necesitaba una habitación en la cual pudiera plantar una bomba.

—Caballeros —intervino Hume, echando hacia atrás su guedeja—. Ustedes *están* inventando cosas. En realidad, no se nos ocurrió localizar al botones que llevó el equipaje del cámara a su habitación; pero, si lo hubiéramos hecho, ese botones nos habría dicho que él había subido algunos artículos que parecía que podían ser un equipo de cámara. No, no; es absolutamente cierto que la persona que se registró en el hotel era la que tenía que ser.

—En ese caso —opinó Rubin—, él mismo estaba en plan de hacer alguna jugarreta. Tenía una chica a la que quería ver; algún asunto de dinero del que

debía ocuparse, algo que le interesaba hacer en la gran ciudad. Cuando bajó al vestíbulo del hotel, comprobó su equipo, cogió un taxi y se marchó precipitadamente. Quizá pensó que estaría de vuelta en media hora y que le esperarían durante ese tiempo sin enfadarse demasiado. Pero tardó dos horas, porque no tuvo en cuenta el tráfico de Nueva York o se metió en algún problema que le hizo retrasarse.

Hume intervino:

—No creo que hiciera eso. El trabajo era lo primero en todo para *el Viejo Infalible*.

Hubo entonces un silencio largo, pesado, mientras todas las caras se arrugaban y todos los labios se fruncían. Así se lo pareció a Hume, hasta que se dio cuenta de la excepción y comentó:

—Henry es el único que está sonriendo… Henry, ¿de qué se ríe?

Henry contestó:

—Pido excusas, señor. No quiero faltar al respeto; pero usted dijo que no hubo ninguna tragedia y se me ocurre que fue una farsa, por eso no puedo evitar reírme.

Avalon preguntó, con su voz vibrante de barítono:

—¿Tiene una solución, Henry? Si es así, suéltela.

Henry aceptó.

—¿Me lo permiten, caballeros?

El coro fue inmediato y unánime.

Henry explicó:

—Mr. Hume dejó claro que el cámara era un viejo profesional de confianza que había trabajado por todo el mundo y que se sabía que siempre había cumplido bien. Dado que no fue encontrado muerto en la habitación y que la Policía no tenía registro de ningún accidente, sólo podemos suponer que, por la mañana, él se había dispuesto a hacer su trabajo, cruzó la calle hasta el edificio de la oficina, tal como se le había indicado, fue al lugar que correspondía y colocó su equipo de televisión.

—No —protestó Avalon—. La recepcionista jura que él no entró, y Mr. Hume nos ha dicho que la recepcionista no mentía. Eso significa… Mr. Hume, por favor, perdóneme la pregunta que me veo forzado a hacer. ¿Se trata meramente de buscar una solución? Cuando usted nos dijo que la recepcionista no mentía, ¿puedo suponer que *usted* no mentía?

—Yo no mentía —declaró Hume con aplomo.

—En ese caso, Henry —sugirió Avalon—, su suposición es errónea.

—Quizá no, Mr. Avalon —contestó Henry—. Se esperaba que Mr. Hume llegara a las nueve y media de la mañana y que el cámara estuviera allí hacia las nueve, con objeto de estar preparado a las nueve y media. ¿No es cierto, Mr. Hume?

—Es cierto.

—La recepcionista se hubiera pasado en su celo profesional si hubiera llegado mucho antes de las nueve de la mañana, hora en que se abría la oficina. El cámara, sin embargo, era tan de fiar, tan eficiente y profesional, que es muy probable que llegara a las ocho y media. Eso explicaría el hecho de que la recepcionista no lo viera. Y, lo que es más, esperó que entrara un nuevo turno en el vestíbulo a las nueve de la mañana, y ésa es la razón de que nadie del turno siguiente lo viera entrar.

—La puerta habría estado cerrada —objetó Avalon—, y él tendría que haber estado esperando.

—¿De veras? Era una gran empresa de abogados, según nos han dicho, así que tenía que haber muchos abogados trabajando allí. Por lo menos uno habría llegado temprano al trabajo. Él atendería a la puerta, vería el pase del cámara, le dejaría entrar, regresaría a su propio trabajo y olvidaría todo el asunto.

Avalon inquirió:

—¿Y qué le sucedió al cámara después? ¿Se cayó por un agujero del suelo? ¿Dónde *estaba*? Nadie le vio.

—Mr. Hume —dijo Henry—, ¿puedo hacerle otra pregunta?

—Adelante, Henry.

—Considerando que era una gran empresa de abogados, ¿tenía ésta más de una sala de conferencias?

Hume inclinó la cabeza hacia atrás y se rió con gran alegría.

—Dos. Resultó, Henry. ¡Dos!

—Lo pensé —dijo Henry—. El abogado que le dejó entrar le llevó a la sala de conferencias que no era la convenida. El cámara esperó en una y usted esperó en la otra toda la mañana, y ninguno de los dos sabía dónde estaba el otro.

—¡No! —protestó Avalon—. ¿Cómo fue eso posible? No salió el cámara y preguntó: ¿Dónde está la gente?

—En cierto modo, lo hizo —explicó Hume, dejando de reírse—. Utilizó el teléfono que había en aquella habitación para llamar a Jones. La secretaria de Jones contestó y dijo que Jones no estaba en su despacho…, cosa que era verdad, ya que estaba en la otra sala de conferencias preguntándose dónde se había metido el cámara. El hombre dijo que tenía que hacer una grabación para alguien, y la secretaria contestó que ella se lo diría a Jones en cuanto volviera. Sólo que Jones no volvió hasta que yo me marché… ¿Cómo lo dedujo, Henry?

—De la manera habitual —contestó Henry—. Una vez usted y los otros dos caballeros de la sala de conferencias y mis compañeros miembros de los Viudos Negros, también, hubieron eliminado todas las posibilidades complicadas, la única cosa que quedaba era algo muy sencillo, y yo simplemente lo señalé.

Post Scriptum

De todos los relatos de los Viudos Negros que he escrito, éste ha sido el que ha pedido menos esfuerzo a mi imaginación. Sucedió de verdad. *Sucedió exactamente tal y como lo he descrito en la narración. Debo decir que hizo que me diera cuenta de que soy mucho menos inteligente que Henry. Estaba perdido por completo, falto de una solución, cuando me sucedió.*

Por cierto, me divirtió mucho el hecho de que este relato recibiera mucho peor trato por parte de mis lectores que cualquier otro de los que he escrito de los Viudos Negros. Quedé sorprendido al ver las muchísimas personas que escribieron para poner objeciones a esta o aquella faceta del relato como improbable. Algunos incluso criticaron las direcciones de las calles que había utilizado; aunque yo di las reales que tenían los edificios.

La conclusión es que, en mis ficciones, yo tengo cuidado en hacer probables todas las cosas y en atar todos los cabos perdidos. La vida real no es sometida a tales consideraciones.

La narración apareció por primera vez en el número de octubre de 1986 del Ellery Queen's Mystery Magazine.

EL BOLSO VIEJO

—¡William Teller! —anunció Thomas Trumbull.

Era el anfitrión en el banquete de aquel mes de los Viudos Negros y, al presentar al invitado de la noche, lo hizo con una cierta agitación. Su rostro fruncido se fijó de manera particular en Mario Gonzalo, el cual, llamativamente ataviado como de costumbre, esta vez con una chaqueta de terciopelo marrón, lo ignoró.

—¡William Teller! —dijo encantado—. ¿Es usted descendiente de Guillermo Tell, quizá?

—No, en absoluto —contestó Teller con agrado.

Tenía tez olivácea, espeso cabello negro y un copioso bigote, también negro.

—En realidad —continuó—, Tell es una simple leyenda y probablemente no existió nunca. Sin embargo, soy de procedencia suiza, y el primer nombre es frecuente en la familia, quizás en homenaje a aquel viejo granuja. En realidad, Teller es una palabra corriente alemana que significa « plato» .

Geoffrey Avalon bajó la vista desde su metro ochenta y cinco y comentó:

—Los padres a menudo son sensibles a los apuros de un muchacho. Yo me salvé de ser una penosa víctima propiciatoria por el hecho de que siempre utilicé como nombre el de Jeff. En eso tuve suerte, dado que el nombre se alterna con Broderick, y es mi hijo mayor, y no yo, el que debe apechugar con él. Por suerte, siempre ha sido un joven musculoso, cosa que yo no fui nunca.

—Los nombres pueden ser una inspiración, también —opinó Teller—. Cuando yo era joven, soñaba ser un arquero superlativo. Quería que la gente dijera: « Guillermo Tell era bueno, pero William Teller es mejor.» Yo era un arquero asiduo en el campamento de verano por esa razón.

—¿Y lo consiguió? —preguntó James Drake con interés, al tiempo que encendía su inevitable cigarrillo.

—No. Yo estaba notablemente poco dotado. Sólo daba en el blanco, no digamos ya en la diana, cuando apuntaba a alguna otra parte. Lo hacía fatal. Si hubiera ganado la competición nacional de arqueros con mi nombre, habría salido en todos los periódicos de los Estados Unidos, en las columnas de « Créase o no» , si es que existen todavía.

—Usted hubiera resultado incluso mejor —dijo Emmanuel Rubin

discretamente— si su nombre hubiera sido Robin Hood.

Roger Halsted manifestó con vehemencia:

—Muchas de las llamadas coincidencias suceden de esa manera. Si alguien se llama Robin Hood, se ve obligado a probar su habilidad en el tiro con arco y, si resulta bueno, decir «créase o no» estaría fuera de lugar. Sería una consecuencia lógica. De hecho, tengo la sospecha de que las cosas curiosas que le suceden a todo el mundo no son paranormales, sino naturales. Por ejemplo…

Todos se quedaron sin enterarse de cuál era el ejemplo que Halsted estaba a punto de dar, porque Henry, el camarero supremo, escogió aquel momento para anunciar, según su tranquila y efectiva manera, que la cena estaba servida.

Los Viudos se sentaron para tomar el pastel de callos, seguido por un crujiente pato asado con salsa de licor de cerezas, acompañado de arroz integral y trufas, algo que hizo que se extinguiera la conversación. Y, durante la cena, se mantuvo una especie de quietud satisfecha en la cual incluso los comentarios ocasionales de Rubin fueron expresados con una serena contención. Hasta que Trumbull, a la hora del café, golpeó el vaso de agua con la cuchara y señaló a Avalon como moderador del interrogatorio.

—Mr. Teller —preguntó Avalon—, ¿a qué se dedica usted?

Teller repuso sin inmutarse:

—A hacer que la gente piense.

—¿Y qué procedimiento emplea?

—Tengo una columna en los periódicos titulada *Por el contrario*. No aparece en ningún periódico de Nueva York; pero lo hace en ciento dos diarios de difusión moderada en otros lugares de la nación. En mi columna, presento la parte impopular de cualquier controversia, no porque apoye siempre con pasión esa parte, sino porque creo que es propensa a ser presentada de manera inadecuada al público. El público, después de todo, puede ser inducido a error; a veces, incluso de forma peligrosa, si escucha sólo a una parte de una cuestión. Muchas personas podían no saber siquiera que existe otro punto de vista.

—¿Puede usted darnos algún ejemplo? —preguntó Avalon.

—Por supuesto. En una columna reciente presenté la opinión que los llamados terroristas tienen de sí mismos.

—¿Llamados? —dijo Drake en suave tono de interrogación.

—Sí, «llamados» —respondió Teller—. Ellos no se consideran a sí mismos terroristas, de la misma manera que nosotros no pensamos que lo sean quienes están a nuestro lado. Cuando aprobamos sus objetivos, decimos que son luchadores por la libertad y los comparamos con George Washington.

—¿Defiende usted entonces el terrorismo? —inquirió Avalon.

—No es que lo defienda, sino que intento penetrar en el razonamiento que

existe para su defensa. Por ejemplo, los Estados Unidos piensan que todos los conflictos tendrían que tener lugar con misiles, aviones, tanques y todo el aparato de la guerra; o mediante votos, resoluciones, argumentos, debates y toda la maquinaria de la política. Sin embargo, ¿qué ocurre si existe gente que cree que tiene una causa justa pero que no posee la maquinaria de la guerra y se le niega la maquinaria de la política? ¿Qué han de hacer, entonces? Sin duda, ellos tienen que luchar con las armas que poseen. Nuestro grito entonces es que son cobardes que golpean sin avisar y matan al azar a víctimas civiles. Pero, ¿es justo por nuestra parte «luchar limpiamente» contra fuerzas que son muchísimo más pequeñas que las nuestras?

—Veo su punto de vista —dijo Rubin—, pero se puede argumentar contra el terrorismo con bases pragmáticas, incluso dejando a un lado el gran sentido moral. Simplemente, el terrorismo no es eficaz. Tirar bombas al azar llena titulares y causa dolor personal y frustración pública; pero no consigue sus fines.

—A veces lo hace —afirmó Teller—. El asalto iraní a la Embajada de los Estados Unidos llevó a éstos al ridículo mundial, convirtió a Jomeini en el héroe de los radicales árabes por todo el Islam y destruyó la Presidencia de Carter. Y ni siquiera mataron a nadie.

—Sí —contestó Rubin—; pero fue autodestructivo porque condujo a la Presidencia de Reagan, que ha asumido una actitud mucho más dura contra el terrorismo, y trajo el bombardeo de Libia, por ejemplo, como castigo por su apoyo al terrorismo.

—Todavía tenemos que ver a qué conducirá esto por el otro lado. Para continuar mi argumentación, diré que durante la guerra, los terroristas se llaman guerrillas o fuerzas de resistencia, o «raiders», o comandos, o cualquier cosa, excepto terroristas. En la Segunda Guerra Mundial, dichas fuerzas irregulares que estaban en cualquier nación supuestamente conquistada, sobre todo en Yugoslavia, hicieron mucho para ayudar a la derrota de los nazis. De modo similar, las guerrillas de España hicieron mucho para vencer a Napoleón.

—Quizás —apuntó Avalon— usted no se mostraría tan comprensivo con ellos si hubiera sufrido directamente a manos de los terroristas.

—Supongo que no; pero el argumento existiría incluso si yo, por resentimiento personal, me negara a reconocerlo.

Drake prorrumpió en una risa ahogada.

—Ya sabe usted, Tom. Supongo que Mr. Teller es amigo de usted, puesto que usted lo ha traído como invitado. Con las opiniones que él tiene, ¿no resulta un amigo peligroso, considerando el tipo de empleo que usted tiene en el Gobierno?

—Nada en absoluto —negó Trumbull—. Es sólo un abogado del diablo profesional. A menudo apoya con todas sus fuerzas al Gobierno cuando ha ocurrido algo que lo hace impopular.

—Es una gran verdad —corroboró Teller.

Se detuvo y frunció el ceño como si le hubiera asaltado un pensamiento repentino. Dijo, hablando muy despacio:

—Ustedes saben que esto no se me habría ocurrido si no hubiera habido aquella charla antes de la cena acerca de conexiones extrañas, como la que se produce entre el tiro con arco y yo. Existe una conexión aquí en el asunto del terrorismo.

—¿Puedo preguntar qué conexión es ésa? —solicitó Avalon.

—Mr. Rubin había apuntado que mis opiniones podrían cambiar si yo fuera una víctima. Para decirlo con precisión, yo no lo he sido; pero mi esposa sí, y eso podría considerarse como casi equivalente. El mismo día en que aparecía mi columna sobre el terrorismo, el mismo día, mi esposa fue víctima de una especie de terrorismo suave. Le robaron el bolso. Naturalmente, eso fue la más simple de las coincidencias. Sin embargo…

Se detuvo de nuevo.

—Diga, Mr. Teller —pidió Avalon.

—No es nada importante. Estaba pensando en las secuelas del incidente, que fueron realmente humorísticas e incluso desconcertantes. Pero eso no importa. Retomemos nuestro debate sobre el trabajo a que me dedico. En la época de nuestra desgracia en el Líbano…

—Espere, espere —intervino Gonzalo, golpeando con la cuchara el vaso de agua—. Volvamos atrás, Mr. Teller. Quiero enterarme de la secuela humorística y desconcertante del robo del bolso.

Teller pareció sorprendido y se volvió automáticamente a Trumbull.

—Tom…

Trumbull se encogió de hombros.

—Adelante, hablemos de la secuela desconcertante. Si no, Mario nos amargará la vida a todos nosotros.

—Espere —volvió a pedir Gonzalo—. Espere un minuto. Henry no está aquí.

—¿Henry? —se extrañó Teller.

—Nuestro camarero. —Y Gonzalo levantó la voz—: ¡Henry!

Henry entró en el comedor.

—Dígame, Mr. Gonzalo.

—No desaparezca de ese modo —le espetó Gonzalo, malhumorado—. ¿Dónde estaba?

—Ordenando los platos y los cubiertos, Mr. Gonzalo; pero ya estoy a su servicio.

—Bien. Quiero que usted oiga esto. Mr. Teller, por favor, comience desde el principio.

Teller miraba sorprendido.

—No es realmente gran cosa. Mi esposa estaba en la estación Grand Central y, en una escalera mecánica abarrotada, desapareció su bolso. Ella lo llevaba

colgado del hombro izquierdo, porque tenía alguna otra cosa en cada mano, y creemos que alguien que se hallaba detrás de ella cortó la correa con cuidado, sostuvo el bolso seguro hasta que llegaron al final de la escalera y entonces se escapó rápidamente, con el bolso bajo el brazo. Ella no vio nada, no sintió nada. Sabe que tenía el bolso en su poder cuando ella se hallaba en la parte superior de la escalera mecánica, porque se lo echó hacia la espalda para mayor comodidad, y no lo llevaba cuando terminó de bajar. Eso es todo lo que hay en cuanto a la historia. No le hicieron daño, no la empujaron, no la amenazaron. Fue un trabajo muy profesional.

—Usted no parece disgustado —observó Gonzalo.

—Lo estuve, naturalmente, y también lo estuvo mi esposa. Una pérdida semejante siempre es desagradable. No llevaba mucho dinero dentro, unos pocos dólares; pero tenía varias tarjetas de crédito, su permiso de conducir, los documentos de su coche, algunos papeles personales, fotografías… Eso significaba que tenía que informar de la pérdida de las tarjetas de crédito y enfrentarse al hecho de prescindir de ellas durante unas cuantas semanas, o usar las mías. Significaba también hacer gestiones en el Ayuntamiento sobre lo referente al automóvil, y decir adiós a toda la chatarra que llevaba en el bolso. Sin embargo, lo más importante es que fue herido su orgullo. El bolso era viejo, viejísimo; estaba en las últimas. Lo llevaba así a propósito. Tenía unos cuantos bolsos nuevos y bonitos que utilizaba cuando iba bien vestida; pero ese cochambroso lo usaba cuando iba de compras, cuando esperaba estar en medio de multitudes. Ella proclamaba que ningún ladrón que se preciase soñaría en coger un bolso que daba vergüenza. Ellos sabrían que no había nada que valiera la pena dentro. Bien, pues ellos *sí* lo cogieron; y aunque yo tuve sumo cuidado en no hacer ninguna referencia a sus afirmaciones anteriores, pues ella siempre había estado muy orgullosa de su inteligencia en ese aspecto, me miró y supo lo que yo estaba pensando.

—¿Y cuál fue la consecuencia desconcertante? —preguntó Gonzalo.

—Bien; ayer, dos días después del robo, abrí la puerta de mi apartamento con objeto de llevar la basura al *compacter*, pues yo trabajo en casa, y casi tropecé con un paquete que llevaba el nombre de mi esposa con escritura desordenada. En el primer momento, supuse que era algo que había dejado el cartero, aunque él sabía muy bien que no tenía que hacerlo sin tocar el timbre. Pero, cuando lo recogí, encontré que no tenía ninguna dirección y ningún sello. Así que debía haber sido llevado a mano, y eso más bien me disgustó. Después de todo se confía en que nuestra casa de apartamentos tiene un seguridad rígida y nadie debería poder entrar en el ascensor sin ser inspeccionado, por los porteros y llamarnos por el interfono y pedir nuestro consentimiento para que él o ella suban. Naturalmente, esto no siempre ocurre. Alguien entra cuando los porteros están ocupados con alguna otra cosa, o sigue a cualquiera que pertenece a la

casa, de modo que da la sensación de que es un invitado… Pero, así y todo, me disgustó.

» Me puse lo bastante furioso para inspeccionar por entero el vestíbulo y mirar en los dos cuartitos de la escalera y en la habitación del *compacter*, lo que no fue muy inteligente por mi parte, y no encontré a nadie. Entonces llamé a mi esposa, le mostré el paquete y le pregunté si sabía qué podía ser.

» Ella dijo en seguida y con gran convicción:

» —Es una bomba.

» Naturalmente, yo me reí. Todos nos estamos volviendo ridículamente sensibles al terrorismo. El paquete me pareció demasiado pequeño para contener una bomba. Sin embargo, no tuve valor para intentar abrirlo. Después de una gran indecisión, tras escuchar si había algún tictac indicador, aunque no sé si las bombas hacen tictac en el día de hoy; y después de olerlo, y sin tener el suficiente valor para sacudirlo, llamé a la Policía. Ellos nos dijeron que lo pusiéramos en el centro de nuestra habitación más grande y abandonáramos el apartamento. En un momento, llegó una brigada especializada en explosivos con una unidad portátil de rayos X y, bueno…, no era una bomba.

» Ellos nos lo abrieron y, cuando nos volvieron a llamar al apartamento, nos mostraron el contenido. Y era todo lo que habían robado a mi esposa dos días antes. ¡Todo! El paquete contenía los papeles, incluyendo las tarjetas de crédito, las menudencias. Y el dinero, hasta la moneda más pequeña que estaba abajo, en el pequeño escondite de cuartos de dólar que ella guardaba para el transporte público. Mi mujer lo contó con sorpresa y todo estaba allí. No habían cogido nada. ¿Han oído ustedes alguna vez una cosa parecida? Yo lo considero desconcertante. Es de suponer que se trataba de un ladrón con un ataque de arrepentimiento.

Gonzalo, que había escuchado con gran atención, pareció decepcionado.

—¿Es ése el final del asunto?

—El final total —contestó Teller—. Pero yo ya les dije que no había gran cosa, así que no deben sentirse molestos conmigo.

Gonzalo meneó la cabeza, confuso a todas luces.

Henry dijo serenamente:

—Perdón, Mr. Teller. ¿Me permite hacer una pregunta?

—Desde luego, si así lo desea; pero no veo qué es lo que hay que preguntar.

—Es sólo que usted mencionó el contenido, señor; pero no mencionó el bolso mismo. ¿También fue devuelto?

Teller pareció quedarse atónito.

—No, no lo fue. Me alegro de que me lo haya preguntado. Fue la única cosa que no volvió. Mi esposa estaba preocupada por eso. Decía que el bolso tenía valor para ella y que podían haberlo devuelto también. Mi opinión es que era demasiado voluminoso para meterlo en un paquetito. Naturalmente yo comenté

que, puesto que el plan de ella de llevar un bolso viejo no había dado resultado, no representaba una gran pérdida. Como es natural, me lanzó la mirada exasperada que las esposas lanzan siempre a los maridos que descienden a la pura lógica. En todo caso, así fue. Ellos devolvieron todas las cosas menos el bolso.

Halsted sentenció:

—Eso *es* desconcertante. Podían haber hecho un paquete algo mayor. Si el ladrón estaba tan agobiado por el arrepentimiento como para devolver hasta el último penique, su conciencia tenía que haberle movido a devolver el bolso.

Rubin dijo:

—Quizá se rompió y él creyó que no tenía sentido devolver los jirones.

—No, no, no —interrumpió Teller—. Era un bolso fuerte, de piel. Estaba viejo y rozado por el tiempo y tenía un aspecto horrible; pero no iba a romperse.

Trumbull intervino:

—¿Usted cree que lo guardaron a propósito? Quiero decir, que quizás el bolso era lo que ellos querían, así que devolvieron las demás cosas.

—Es ridículo —manifestó Rubin—. Si ellos querían el bolso, podían simplemente vaciar el contenido, al menos aquellas partes que ellos no pudieran utilizar.

Drake apagó su cigarrillo y argumentó con su voz suavemente ronca:

—Usted no puede plantearlo de las dos maneras, Manny. O el ladrón no estaba perturbado por el arrepentimiento y no devolvería nada, sino que simplemente tiraría lo que no quisiera, tal como usted sugiere, o tendría conciencia y devolvería todas las cosas excepto lo que le hacía verdadera falta. Por lo que veo, resulta que él estaba robando de mala gana algo que quería desesperadamente y que no tenía intención de robar nada más.

Avalon añadió:

—Quiero decir que era un hombre honrado que no tenía más remedio que robar una cosa concreta; pero que el robo de ningún otro artículo iba a mancillar su alma tierna y caballerosa.

—Es cierto —ratificó Drake—. Entonces, si es éste el caso, piense un poco en ello. Él quiere robar un bolso con objeto de conseguir alguna cosa específica que éste contiene. Pero él solamente ve el bolso y nada más. Él no ve lo que hay dentro. Si quería algo de lo que contenía, no podía estar seguro de que ese bolso en particular lo contenía. Podía tener que robar media docena de bolsos, examinar cada uno y luego, desilusionado, devolver todas las cosas a su propietario; o si, por fin, encontraba un bolso que llevaba dentro lo que él quería, sacar el objeto deseado y devolver todas las demás cosas.

—Yo no creo que un hombre honrado, un hombre tan honrado que sintiera el impulso de hacer un paquete con lo que había cogido y corriera el riesgo de devolverlo personalmente, robara en general de una manera tan caballerosa. Si admitimos que…

—Espere —intervino Rubin—. Nosotros no tenemos por qué aceptar eso. Podía ser que el ladrón fuera detrás de lo que se supone que contiene cualquier bolso: dinero, tarjetas de crédito…

—También pudo ser —sugirió Trumbull— que viera a Mrs. Teller abrir el bolso y observara que dentro había algo de lo que buscaba. Entonces la siguió con objeto de aprovechar la oportunidad de cogerlo.

—O, por alguna razón —dijo Gonzalo—, todo lo que quería era la identificación de ella. Él solamente deseaba saber su nombre y dirección.

Drake meditó el asunto por un momento, haciendo un zumbido al respirar, y luego dijo:

—No lo creo. Si él quería dinero o tarjetas de crédito, las habría conservado; y las devolvió. Si hubiera espiado cualquier cosa que quería, pero que no tenía un valor intrínseco, no habría devuelto *eso*; pero lo hizo.

—Espere —intervino Gonzalo—. ¿Cómo podemos estar seguros de que lo devolvió todo? Tal vez hubo algún pequeño objeto que Mrs. Teller no se diera cuenta de que había desaparecido. Quizás había algo en el bolso que incluso Mrs. Teller no sabía que estaba allí o había olvidado que estaba.

—No lo creo —replicó Teller en tono ambiguo—. Yo no puedo hablar por mi esposa; pero ella es una persona muy metódica con un cerebro ordenado. Si dice que se lo devolvieron todo, estoy dispuesto a apostar a que tiene razón.

Avalon se aclaró la garganta y comentó:

—Debe entender, Mr. Teller, que esto es un juego. Estamos intentando averiguar las implicaciones de este suceso extraño. Por favor, no se ofenda si sugiero, como una posibilidad remota, que su esposa tenía, digamos, una carta en su bolso que no quería que nadie viera. Si el ladrón la tiene, su esposa no se atreve a admitir que ha desaparecido…

Teller dijo con gesto sombrío:

—Usted está dando a entender que el ladrón intentará ahora hacerle chantaje. Caballeros, tendrán que aceptar que conozco a mi esposa. Ella preferiría ver al chantajista, y a sí misma, en el infierno, que pagar un penique. Por favor, quítense de la cabeza lo del chantaje.

Halsted intervino:

—Podría ser que él devolviera las tarjetas de crédito, pero guardara un registro del número para una posterior falsificación. O de la matrícula del coche.

Teller manifestó desaprobación.

—Es absurdo. Mi esposa ya ha cancelado todas esas cosas y pronto tendrá otras nuevas. Las falsificaciones no podrían utilizarse.

—¿Y qué me dice de la identificación? —insistió Gonzalo—. Ella llevaba su nombre y dirección, y el ladrón no necesitaba guardar los objetos físicos que le dieron la información.

—¿Por qué diablos —exclamó Trumbull— tendría que correr el riesgo de

robar un bolso para eso? Podía simplemente haberla seguido a casa, emprender algún tipo de relación con ella. ¿Y por qué tendría que desear saber el nombre y la dirección de una mujer desconocida para él? ¿Me perdonará, Bill, si digo que ella no es una belleza arrebatadora?

Teller sonrió.

—Me parece hermosa a mí; pero para cualquier otro no es más que una mujer de mediana edad, de aspecto bastante corriente.

Drake iba mirando de uno a otro mientras hablaba cada uno de ellos. Al fin concluyó:

—Si hemos eliminado todas las variadas razones para robar un bolso y devolver su contenido, ¿se me puede permitir que termine mi razonamiento?

—Adelante, Jim —invitó Avalon.

—Muy bien. Todos nosotros hemos estado jugando con complejidades y, como Henry, voy a ir a la simplicidad. El ladrón devolvió todas las cosas excepto el bolso. Y, lo que es más, todo lo que pudo ver en el momento en que decidió robar alguna cosa de Mrs. Teller fue el bolso, no su contenido. Conclusión: él iba detrás del bolso mismo, de nada más, así que devolvió todo lo que éste contenía.

Rubin objetó:

—Pero, Jim, eso lo único que hace es sustituir un problema por otro. ¿Por qué demonios iba a querer el bolso el ladrón…? Mr. Teller, ¿está usted seguro de que el bolso no tenía ningún valor intrínseco?

—Ninguno —repuso Teller con énfasis.

—No era una antigüedad de ninguna clase, ¿verdad?

Teller pensó un momento.

—No soy experto en antigüedades. Mi esposa compró el bolso hace al menos veinte años; pero tengo la impresión de que lo pescó en « Klein's» . Nada que venda « Klein's» se convertiría en una antigüedad, ¿no?

Gonzalo opinó:

—Los relojes de Mickey Mouse, para empezar, que se vendieron a un dólar la pieza, son ahora antigüedades valiosas.

—Sí —convino Avalon—, pero si aquel hombre fuera un coleccionista y conociera que un objeto pudiera valer, digamos, diez mil dólares, lo lógico es que dijera: « Perdone, señora, pero su bolso me recuerda uno que tuvo mi querida esposa difunta. ¿Estaría usted dispuesta a vendérmelo por diez dólares a fin de que yo pudiera tenerlo por su valor sentimental?» Aunque fuera empujado al robo, primero *intentaría* conseguirlo de forma legal.

Drake comentó:

—Parece como si fuéramos impelidos a la conclusión de que él quería un bolso viejo y raído por su valor intrínseco.

—¿Por qué? —inquirió Avalon.

—Porque él no podía comprar otro así. Todos los que están en venta son

nuevos. Aunque fuera a un almacén de objetos de segunda mano, los bolsos estarían entintados y abrillantados, para que tuvieran el mejor aspecto posible. Él tenía que encontrar uno que ya fuera viejo y gastado y lo pareciera.

Gonzalo insistió:

—¿No les parece que intentaría comprarlo primero? « Eh, señora, ¿no querría venderme ese bolso deslucido y sin valor? Le doy diez dólares. ¿Qué le parece, señora?»

—Además —observó Trumbull—, ¿para qué iba a *querer* alguien un bolso viejo y rozado?

Halsted les recordó:

—En la historia de Aladino, el brujo malvado iba ofreciendo por ahí lámparas nuevas por viejas, porque quería la vieja lámpara maravillosa de Aladino.

Avalon favoreció a Halsted con una mirada altiva.

—Creo que podemos eliminar la posibilidad de que Mrs. Teller poseyera un bolso mágico.

—Era sólo una broma —aclaró Halsted.

—Quizás el ladrón era director de teatro y necesitaba un bolso viejo para una comedia que estaba haciendo —opinó Gonzalo.

—¡Qué tontería! —exclamó Rubin despectivo—, esa gente compraría un bolso nuevo y lo arrastraría.

Trumbull agregó:

—Eso elimina la necesidad de un bolso viejo y rozado. Fuera cual fuera el uso que quisieran darle, ¿no podían comprar uno nuevo, o uno de segunda mano en buen estado, y estropearlo, patearlo y arañarlo? ¿Por qué robárselo a una señora?

La conversación llegó a un punto muerto. Hasta que Avalon concluyó:

—Creo que hemos acabado con el tema. No existe una explicación lógica. Sólo nos queda admitir que la gente hace a veces cosas absurdas, y abandonar la cuestión.

—¡Oh, no! —exclamó Gonzalo—; no hasta que Henry haya dicho algo… Henry, ¿qué piensa de todo esto?

Henry sonrió suavemente y manifestó:

—Creo, al igual que Mr. Avalon, que la gente, a veces, hace cosas sin sentido. No obstante, si queremos continuar el juego, hay una sola ocasión en la cual robar un bolso viejo es más efectivo que comprar uno nuevo y estropearlo.

—¿Cuándo se da esa situación, Henry? —preguntó Teller.

—Cuando el ladrón quiere asegurarse de no ser identificado. Si el bolso es comprado, entonces es concebible que algo de él pueda llevar a los investigadores al lugar donde ha sido adquirido, y lo más fácil es que el vendedor identifique a la persona que lo compró. En este caso, el ladrón no fue visto y cabe presumir que nadie tiene posibilidad de identificarlo. Aunque se le llevara frente

a Mrs. Teller, ella no puede reconocerlo. Es posible que sea un hombre tan honrado que asuma el riesgo de devolver todas las demás cosas; pero teniendo buen cuidado de utilizar una caja y papel de envolver de lo más común, y de llevar guantes. Se limita a garabatear el nombre, entra con sigilo y lo deposita sin ser visto. Así no es probable que sea identificado.

—En ese caso —planteó Teller—, él querría el bolso para un propósito delictivo.

—Es de suponer que sí —contestó Henry.

—¿Cuál, por ejemplo?

—Sigamos el juego —propuso Henry—. Puedo inventar una finalidad…, traída por los pelos; pero con cierta lógica. El bolso fue robado en la estación Grand Central y es bien sabido que allí hay gente sin hogar que vive en la estación y que es ignorada por una sociedad que es demasiado insensible para salirse de su camino y ayudarles, aunque no tan insensible como para expulsarlos de un sitio caliente y seguro.

» Nadie presta mucha atención a estos abandonados de la suerte. La persona media, sea hombre o mujer, tiende a apartar la vista de tan tristes individuos, aunque sólo sea porque tienen aspecto sucio y miserable, de modo que el observador se siente incómodamente repelido o penosamente asaltado por el remordimiento. Sería fácil para cualquiera adoptar el vestido viejo y sucio y la horrible apariencia de una persona sin hogar y contar con que nadie se meterá con él, ni siquiera se fijará en su existencia. Supongamos luego que una mujer se hubiera caracterizado como lo que se llama una « tía de la bolsa» y necesita un bolso para completar el engaño…

Gonzalo interrumpió:

—Espere, usted les llama « tías de la bolsa» porque llevan sus pertenencias personales en bolsas de papel de embalaje.

—Estoy seguro de que éste es el origen del mote, Mr. Gonzalo —observó Henry—; pero se ha convertido en una palabra genérica para designar a esas personas abandonadas. Estoy seguro de que una mujer sin hogar, con un bolso, continuaría siendo considerada como una « tía de la bolsa» . Sin embargo, el bolso no podía ser nuevo. Una mujer de ésas, que llevara un bolso nuevo, seguramente llamaría la atención. Tendría que ser un viejo bolso raído que fuera bien con el resto de la indumentaria.

Teller se rió.

—Una trama muy inteligente, Henry; pero no creo que mi esposa llevara un bolso adecuado para una tía de ésas. ¿Y para qué necesitaba un bolso la individua disfrazada? ¿Por qué no una bolsa de papel de embalar?

—Quizás —opinó Henry— porque una bolsa de papel no sería lo bastante fuerte para contener lo que tuviera que llevar la tía, lo que necesitaba era un fuerte bolso viejo. Por ejemplo…, y esa idea se me ocurre solamente a causa

del anterior debate sobre terrorismo, ¿qué pasaría si la supuesta tía de la bolsa hubiese de transportar un artilugio explosivo que planeaba colocar en la estación para que hiciera un gran daño? Como ha dicho Mr. Teller, los terroristas pueden considerarse a sí mismos como sublimes y nobles patriotas. Ellos robarían un bolso que era esencial para sus necesidades, si robarlo fuera la manera más segura de obtenerlo; pero les repugnaría quedarse con su contenido. Ellos no son *ladrones*, sino patriotas. Ante sus propios ojos, al menos.

Gonzalo exclamó con admiración:

—¡Dios mío, Henry, qué bien hace que cuadre todo!

—Es un simple juego, señor. El doctor Drake hizo el trabajo auténtico.

Trumbull intervino frunciendo el ceño de modo sombrío mientras pasaba la mano sobre su cabello blanco, de recias ondas.

—Usted lo presenta de un modo que cuadra *muy* bien, Henry. ¿Existe alguna probabilidad de que esto sea lo que realmente sucedió?

—Casi diría que no, Mr. Trumbull —contestó Henry—. No ha habido noticia alguna de que haya ocurrido una explosión en ningún lugar de la ciudad.

—Tan sólo han pasado tres días desde que fue robado el bolso —observó Trumbull. Y se volvió a Teller—. No creo que su esposa denunciara el robo, ¿verdad?

—No, claro que no. Ella no podía dar ninguna identificación, ni la más mínima. Lo mismo podía decir que el bolso había desaparecido por obra de una varita mágica.

—Aunque lo hubiera hecho —dijo Avalon—, ¿qué podría hacer la Policía a propósito de ello, Tom? ¿Y por qué tendrían que pensar en nada parecido a la historia que ha soñado Henry? eso sólo ha surgido del hecho de que todas las cosas fueran devueltas ayer.

—Supongo que usted tampoco informó de ello, ¿verdad, Bill? —preguntó Trumbull.

—No, naturalmente que no —contestó Teller.

—Bien —dijo Trumbull, poniéndose en pie pesadamente—. Puede ser una locura, pero voy a llamar a alguien que conozco. Y si… —miró su reloj—. Si lo encuentro viendo la televisión o preparándose para ir a la cama, será una lástima.

—Puede que no esté en casa, Tom —observó Avalon.

—Encontraré a alguien —insistió Trumbull, inflexible.

Se marchó hacia el teléfono que estaba en la habitación de al lado, mientras los demás Viudos Negros y su invitado permanecían en un silencio incómodo. Solamente Henry se mostraba impávido.

Finalmente, Gonzalo preguntó:

—¿Usted cree que puede haber algo de realidad en lo que ha pensado, Henry?

Henry sugirió:

—Es mejor que esperemos a que vuelva Mr. Trumbull.

Cuando por fin lo hizo, se sentó y, durante unos quince segundos, se dedicó a mirar muy fijo a Henry.

—Bueno, Tom… —dijo Avalon, instándole a que hablara.

Tom explicó:

—La cosa consiste en lo siguiente: si alguna vez esto se hace público, Henry va a ser acusado de brujería.

Las cejas de Henry se elevaron un poco.

—Si usted quiere decir con eso, señor, que *había* una bomba, creo que sería más apropiado conceder crédito a las mentes lógicas de los Viudos Negros.

—A la *suya*, Henry —puntualizó Trumbull—. Había realmente una bomba. Fue colocada en un lugar donde quizá no habría causado demasiadas víctimas, pero sin duda habría interrumpido el servicio de trenes durante semanas… Y, lo que es más importante, estaba metida en un viejo bolso de piel.

—Pero, supongo que no hubo explosión —dijo Henry.

—No; porque el bolso fue visto, por pura casualidad, y porque la persona que lo vio lo levantó y se sorprendió de su peso. Luego, como estamos en tiempos complicados, se le ocurrió hacer lo correcto. Llamó a la brigada especializada en bombas…, lo mismo que hizo usted, Bill.

—¡Qué suerte! —exclamó Gonzalo—. Si no lo hubieran encontrado, las conclusiones de Henry habrían llegado demasiado tarde.

—No es demasiado tarde para nada. Me temo que les conté a ellos lo suficiente de la historia; de modo que su esposa tendrá que ir allí e identificar el bolso. Si *es* su bolso, y estoy dispuesto a apostar mi último sueldo del año a que lo es, entonces ellos saben algo importante que los terroristas ignoran que ellos conocen. Comenzarán a mirar a todas las personas abandonadas de la estación y puede ser muy bien que encuentren algo. Gracias, Henry.

Teller pareció alterado.

—No creo que Jenny se alegre de verse implicada en esto.

Trumbull observó:

—No tiene elección. Simplemente dígale que no le queda más remedio que hacerlo.

—Eso es fácil de decir para usted —contestó Teller, con malestar.

Henry añadió:

—Ánimo, Mr. Teller. Estoy seguro de que su capacidad profesional para defender los puntos de vista impopulares de un modo convincente, hará posible que realice esta tarea con facilidad.

La gente me pregunta de dónde saco las ideas. Pues de donde puedo.

La mayoría de las veces tengo que pensar y pensar antes de que se me ocurra algo, y eso es un duro trabajo. (Pruébenlo, si no me creen.) Por tanto, cuando algo me sale al paso que puede ser transformado en una narración sin que tenga que agotarme mucho pensando, lo agarro en seguida.

Una mujer me dijo que le habían robado una vez un bolso y luego se lo habían devuelto de modo parecido al que se describe en mi relato. Le pregunté por qué se lo devolvieron y ella me contestó que no lo sabía.

Cuando oigo decir «no lo sé», mis antenas se ponen a vibrar. Y pienso que Henry lo sabría. Todo lo que tengo que hacer es inventar una historia alrededor del incidente. En este caso, eso fue exactamente lo que hice.

El relato apareció por primera vez en el número de marzo de 1987 del Ellery Queen's Mystery Magazine.

EL LUGAR TRANQUILO

Emmanuel Rubin, que era el anfitrión del banquete de los Viudos Negros, aquella noche había estado de lo más alborotador y pendenciero.

Insistió en la poca importancia del álgebra ante Roger Halsted, el cual era profesor de esta asignatura en un centro de enseñanza media; había denunciado el sistema de patentes ante Geoffrey Avalon, abogado de patentes; había negado la validez de la teoría cuántica en conexión con la estructura molecular ante James Drake, químico, había señalado la inutilidad del espionaje en la guerra moderna ante Thomas Trumbull, experto en claves; y, por último, había puesto la guinda en el pastel cuando contempló a Mario Gonzalo dibujar, con facilidad y pericia consumadas, una caricatura del invitado de aquella noche, y le dijo que no sabía nada en absoluto acerca de caricaturas.

Trumbull, que de todos los Viudos Negros era el menos propenso a que le divirtiera Rubin en sus momentos locos, acabó diciendo:

—¿Qué demonios le pasa, Manny? Estamos acostumbrados a que diga usted tonterías a grandes voces y a que se meta con alguno de nosotros desde un punto de vista indefendible; pero esta vez nos está usted pinchando a todos a la vez.

Fue el invitado de Rubin quien contestó a Trumbull con voz tranquila. Era casi la primera vez que hablaba aquella noche. Se trataba de un joven que no parecía tener mucho más de treinta años, con fino cabello rubio, ojos azul claro, una cara amplia entre los pómulos y una sonrisa que parecía fácil y que, sin embargo, tenía un deje de tristeza. Se llamaba Theodore Jarvik.

—Lo siento, caballeros, la culpa es mía, si es que es una falta seguir el procedimiento profesional. Hace poco, me he convertido en el editor de Manny y me vi obligado a devolverle su último manuscrito pidiendo que lo revisara.

—Para una revisión que lo destriparía —farfulló Rubin.

—Yo ofrecí cancelar la invitación para esta noche —explicó Jarvik con su triste sonrisa—, partiendo del supuesto de que Manny no me miraría a la cara en este momento.

Gonzalo levantó las cejas y manifestó:

—A Manny no le importan esas cosas. Todos le hemos oído decir miles de veces que el verdadero escritor profesional acepta sin gran esfuerzo las revisiones e incluso los rechazos. Él comenta que una manera de identificar a un

aficionado o a un principiante es observar que él considera que cada una de sus palabras esag…

—¡Oh, cállese, Mario! —exclamó Rubin, muy irritado—. Usted no conoce los detalles.

—En realidad —dijo Jarvik—, Manny y yo lo arreglaremos.

Avalon, desde su metro ochenta y siete de altura, habló con su grave voz de barítono:

—Tengo una curiosidad, Manny. ¿Todavía no le ha llamado «joven punk» a Mr. Jarvik?

—¡Oh, por el amor de Dios! —protestó Rubin, enrojeciendo.

—No, no lo ha hecho, Mr. Avalon —informó Jarvik—; pero lo ha *pensado* en voz muy alta.

—¡Eso no es verdad! —gritó Rubin, en la cumbre de su considerable capacidad de producir decibelios.

—Dejémoslo por esta noche —propuso Drake con resignación. Va a estar usted tan agresivo, Manny, que…

—¿He estado *alguna vez* agresivo? —comenzó a decir Rubin.

Entonces Henry, la perla de los camareros, interrumpió:

—Caballeros, por favor, tengan la bondad de sentarse. La comida está servida.

Para hacerle justicia a Rubin, hay que decir que él hizo todo lo que pudo para controlarse durante la cena. Sus ojos relampagueaban detrás de sus gruesas gafas; su escasa barba estaba erizada; gruñía sin cesar; pero se las arregló para hablar poco y dejar que la conversación la llevaran los demás.

Gonzalo, que se hallaba sentado al lado de Jarvik, le dijo:

—Perdone, pero usted no para de canturrear.

Jarvik enrojeció de nuevo, cosa que le facilitaba su fina piel.

—Lo siento, no quería molestarle.

—Usted no me molesta. Es sólo que no reconozco la música.

—No sé. Estoy improvisando, supongo.

—¿De veras?

Gonzalo permaneció callado durante el resto de la cena hasta que el golpear de la cuchara contra el vaso marcó el comienzo del interrogatorio del invitado.

Gonzalo inquirió:

—¿Puedo presentarme voluntario para el interrogatorio?

—Por mi parte, puede hacerlo —gruñó Rubin quien, como anfitrión, tenía el cometido de elegir al que hacía el interrogatorio—. Pero no le pregunte a qué se dedica. No hay editor que pueda justificar lo que hace.

—Todo lo contrario —opinó Gonzalo—. Cualquier editor que haya devuelto

un manuscrito de usted ha justificado ya lo que hace. Cien veces.

Halsted intervino:

—¿Puedo sugerir que sigamos con el interrogatorio a nuestro invitado y dejemos de pincharnos unos a otros?

Gonzalo se sacudió una imaginaria mota de polvo de la manga de su chaqueta de llamativos cuadros, y dijo:

—Mr. Jarvik, durante el curso de la cena yo le he preguntado qué música estaba canturreando y usted me ha dicho que improvisaba. No creo que sea cierto del todo. Una o dos veces usted volvió a canturrearla, y era siempre la misma tonadilla. Ahora que le están interrogando, usted está obligado a dar respuestas completas y sinceras, como supongo que Manny le ha explicado. Por tanto, repito: ¿Cuál es la melodía que estaba canturreando?

Trumbull intervino:

—¿Qué clase de pregunta estúpida es ésa?

Gonzalo volvió la cara con arrogancia hacia Trumbull.

—En mi calidad de interrogador, tengo la impresión de que puedo hacer cualquier pregunta que elija mientras esté de acuerdo con la dignidad humana. Es decisión del anfitrión.

—Adelante, Mario —le invitó Rubin—. Pregunte lo que quiera… Y déjele tranquilo, Tom.

Gonzalo continuó:

—Conteste la pregunta, Mr. Jarvik. —Y mientras Jarvik todavía dudaba, Gonzalo añadió—: Le ayudaré. Ésta es la música. —Tarareó cuantos compases.

Avalon dijo en seguida:

—Sé lo que es. Es *The Lost Chord*. La música es de Arthur Sullivan, de las operetas de Gilbert y Sullivan. Con excepción de esas operetas, a Sullivan se le conoce solamente por la música de dos canciones. Una es *Onward, Christian Soldiers* y la otra es la que acabo de mencionar, *The Lost Chord*.

—¿Es eso lo que usted estaba canturreando, Jarvik?

—Supongo que sí. Ustedes saben que hay veces en que se le mete a uno una canción en la cabeza y no sale.

Hubo un coro de asentimiento por parte de los presentes, y Avalon dijo con aire sentencioso:

—Es una queja universal.

—Bien, siempre que estoy sumido en alguna clase de turbulencia —explicó Jarvik—, esa canción no cesa de cruzárseme por la cabeza.

Drake se rió entre dientes.

—Si usted va a estar en tratos con Manny, la estará canturreando hasta que muera uno de los dos.

Gonzalo preguntó:

—¿Es que tiene algún significado especial? ¿Cuál es la letra?

—Sólo conozco unas cuantas palabras.

—Yo sí conozco la letra —intervino Avalon.

—¡No la cante! —gritó Trumbull, alarmado de repente.

Avalon, que todo el mundo sabía que, cuando cantaba, su voz se parecía al sonido de un caimán en medio de un fuerte calor, afirmó con dignidad:

—La recitaré. La letra está compuesta por una dama llamada Adelaide Anne Procter, de la cual no sé nada, y el poema es como sigue:

Se aclaró la garganta.

Un día, sentado ante el órgano, me sentía cansado y desasosegado.
Y mis dedos vagaron perezosamente sobre las claves ruidosas.
No sé lo que estaba tocando, o lo que estaba soñando entonces.
Pero di una nota de música, como el sonido de un gran Amén.
El sonido inundó el crepúsculo carmesí semejante a la conclusión del salmo de un ángel.
Y éste cubrió mi espíritu febril con un toque de calma infinita.
Aquietó el dolor y la tristeza, igual que el amor cuando supera la lucha.
Parecía el eco armonioso de nuestra vida discordante.
Unió todos los significados confusos en una paz perfecta.
Y se marchó vibrando hasta el silencio como si se sintiera reacio a cesar.
He buscado, pero la busco en vano, aquella divina nota perdida, que vino del alma del órgano y entró en la mía.
Puede ser que el ángel brillante de la Muerte hable otra vez con ese sonido.
Puede ser que solamente en el cielo escuche ese gran Amén.

Hubo un corto silencio y entonces Halsted explicó:

—Verán, hay una cosa que me interesa. No sé cuántas notas distintas puede uno obtener en un gran órgano, considerando todas las teclas que se puedan pulsar de un modo o de otro, y las cosas que se hagan con los pedales. Supongo que son muchas en verdad y que no es probable que uno encuentre una nota particular sólo tonteando al azar.

Rubin comentó con gravedad:

—Tendremos que encomendar a la vocación matemática de usted que averigüe el número total de acordes, Roger. En cuanto a usted, Ted Jarvik, al menos podemos ver por qué canturrea esa canción cuando las cosas están turbulentas. Habla de calma infinita, de paz perfecta, de vibrar para desaparecer en el silencio. Está claro que su mente se vuelve hacia la canción.

—No —negó Jarvik con serenidad, al tiempo que movía la cabeza—; no es eso.

—¡Ah! —gritó Gonzalo triunfal—. Lo sabía. Lo sabía. Tengo un sexto sentido

para estas cosas. ¿De qué se trata? ¿Qué significa esa canción para usted?

—Tranquilo, Mario —le aconsejó Avalon—. Ahora, Mr. Jarvik, aunque Mario haya tocado un punto sensible, algo acerca de lo cual a usted no le gusta hablar, por favor, hágalo, de todos modos. Yo le garantizo que nada de lo que usted diga saldrá nunca de esta habitación.

Jarvik miró desconcertado a los Viudos Negros reunidos y comentó:

—¿Por qué será que este tema acaba siempre por salir? Es un punto delicado, cierto; no obstante, puedo hablar de él sin problema. Ocurre sólo que se trata de algo que está totalmente desprovisto de interés para cualquiera que no sea yo.

—Eso no se puede decir nunca —observó Gonzalo, riendo.

Henry volvió a llenar los copas de brandy. Jarvik suspiró y comenzó así:

—Soy un hombre tranquilo, como quizás han notado. Me dicen que esto se ve. Hay algo irónico en el hecho de que tengo que vivir y trabajar en Manhattan; pero hemos de ganarnos la vida.

» De momento estoy soltero; no tengo esposa ni hijos que mantener, al menos por ahora, y puedo permitirme algún capricho de cuando en cuando. Así, dos o tres veces al año me tomo una semana de vacaciones y me voy a un lugar de recreo en la parte alta del río Hudson. Es una gran mansión irregular con una atmósfera victoriana. La clientela está compuesta en su mayoría por gente de mediana edad, o personas mayores, y todas las cosas del lugar son serias y respetables. Incluso la gente joven que va allí se siente impresionada, o quizás *oprimida* por la atmósfera, y se comporta con circunspección.

» Esto significa que es tranquilo hasta cierto punto y, por la noche, en particular, es tranquilísimo. Infunde calma y serenidad. Me gusta y, como es lógico, intento escapar del ruido que existe. La gente quiere hablar, después de todo, y, dado que siempre hay cientos de personas en la casa, la conversación puede subir de tono. También existen vehículos…, camiones, cortadoras de césped…

» Sin embargo, el lugar está situado en una finca de miles de hectáreas y senderos, algunos de los cuales son muy rústicos en verdad. Para mí, representa un placer especial pasear por esos senderos donde sólo veo árboles y enormes peñas traídas por los glaciares, sentarme en una de las mirandas que bordean las carreteras, contemplar lo salvaje agreste del panorama y escuchar el silencio. Se oye, sin duda, el canto de los pájaros, el moverse de las hojas… Pero eso no importa. Son sonidos naturales que subrayan el silencio.

» Pero, vaya a donde vaya, cuando me siento, más tarde o más temprano, por lo general más temprano, acabo por oír voces humanas. Son grupos que van por los caminos cercanos o que siguen el que yo acabo de tomar. Siempre lo encuentro irritante y me siento invadido. Es una tontería, lo sé. Después de todo,

yo no soy más que uno entre centenares. No obstante, me creía con derecho a no ser estorbado. Me levantaba y seguía vagando, buscando siempre un lugar tranquilo, un lugar realmente silencioso… Y no lo encontraba nunca.

» Una vez, mientras estaba sentado en uno de mis observatorios favoritos, pasó un hombre; me miró, dudó un momento y dijo en un medio susurro:

» —¿Puedo quedarme con usted?

» Yo asentí. No podía negarme, aunque en seguida me incomodó. No podía levantarme e irme sin caer en la más intolerable descortesía.

» Después de haber permanecido allí en absoluto silencio durante unos cinco minutos, el inevitable sonido de una conversación llegó desde la carretera y se oyó una explosión de risa femenina. Mi improvisado compañero hizo un gesto y dijo:

» —¿Verdad que es molesto?

» Mi corazón se inclinó en su favor en seguida. Moví la cabeza y comenté:

» —No hay modo de librarse de ello.

» Él observó:

» —Puede hacerlo en su lugar.

» Se detuvo como si le hubieran atrapado hablando demasiado. Pero yo esperé con expresión indagadora, aunque no dije nada. Él continuó:

» —Existe un lugar que yo descubrí hace tres o cuatro años… ¿Le gustaría verlo?

» —¿Es silencioso?

» —Oh, sí.

» —Entonces, me encantará.

» —Venga conmigo.

» Se levantó y miró a su alrededor como si se estuviera orientando. Era un hermoso día de sol, con el cielo de un azul claro, sin nubes, y no demasiado caluroso; así que, cuando él comenzó a andar, yo le seguí complacido.

» Yo no tenía ganas de hablar, pero acabé por decir:

» —No le he visto a usted por aquí.

» —Suelo hallarme fuera, paseando por los caminos.

» —Yo también —comenté con el corazón entusiasmándose cada vez más—. Me llamo Ted Jarvik—dije, tendiéndole la mano.

» Él la tomó y me la estrechó calurosamente.

» —Llámeme Caballo Negro —me dijo.

» De repente, caminó directamente hacia el interior del bosque y comenzó a revolver entre las matas. Yo me sentí contento de llevar pantalones largos. Si hubiera hecho más calor, podía haber ido en pantalón corto, y habría sido arañado por las matas y atacado por los insectos. Tal como iba la cosa, yo seguí, obediente.

» No podía averiguar a dónde iba él. No había ningún sendero y estábamos

gateando por peñascos como si estuviéramos haciendo montañismo. A pesar del frescor del día, yo iba resoplando, tenía mucho calor y ya hacía rato que sudaba. Por fin nos detuvimos un poco bajo los abetos y mi compañero dijo:

» —Habitualmente me paro aquí para tomar aliento. En estos días empleo más tiempo.

» Yo jadeaba un poco, agradeciendo la pausa, y dije:

» —¿Cómo sabe usted adónde vamos?

» —Por las señales. Un árbol que tiene justo ese aspecto. Una roca con una muestra particular de musgo. Me doy cuenta de esas cosas automáticamente y no las olvido. Es sólo una habilidad. No me pierdo nunca.

» Yo me lamenté:

» —Usted tiene suerte. Yo no poseo en absoluto sentido de la orientación. Me pierdo sin remedio en los pasillos del hotel. Las doncellas tienen que llevarme de la mano y conducirme a mi habitación.

» Mi compañero se rió y dijo:

» —Estoy seguro de que usted tiene muchos talentos. Mi incapacidad para perderme es el único que yo tengo.

» —Me ha dicho que su nombre es Caballo Negro. Usted no es indio, ¿verdad? ¿Un americano nativo?

» Yo le estaba mirando fijamente. Él tenía tan poco aspecto de indio como yo.

» —No es mi nombre. Yo solamente dije que usted me llamara de ese modo. Ya ve, creo que si uno realmente quiere salir de vacaciones, debe desprenderse de todo el bagaje de su vida ordinaria. Yo he de dar mi nombre auténtico en el hotel porque tengo que hacer una reserva y necesito utilizar mí tarjeta de crédito; pero, mientras estoy aquí, no quiero que me llamen por mi nombre. Tampoco deseo hablar de mis negocios. Simplemente no quiero reconocer ninguna parte de mi personalidad habitual. Lo que yo sea oficialmente, eso se queda en Manhattan. No está aquí.

» Me sentí impresionado por ello.

» —Es una idea interesante. Yo debería hacer lo mismo. No es que sea muy sociable cuando subo aquí.

» Él me preguntó:

» —¿Ha descansado un poco? Vayamos, pues. No nos queda mucho.

» Intenté observar dónde giraba y vigilar las señales, pero fue inútil. No soy persona observadora. Para mí, un árbol es un árbol y una roca es una roca, sin más detalles… Pero luego nos deslizamos hacia un hueco y Caballo Negro susurró:

» —Ya estamos.

» Yo miré alrededor. Las rocas nos rodeaban casi por todas partes. Había árboles que crecían entre ellas por aquí y por allí. Florecían los helechos. Hacía

fresco, mucho fresco, un fresco que se agradecía. Y, por encima de todo lo demás, había silencio. No se oía ni un sonido. Algún movimiento de hojas; el débil zumbido de un insecto. Alguna que otra vez, el breve canto de un pájaro. Pero había silencio, un silencio curativo en un mundo que era una cacofonía de ruido, grande, larga, eterna.

» Había un saliente rocoso a una altura conveniente, y mi compañero lo indicó con un gesto. Nos sentamos y dejé que el silencio me inundara. ¿Qué es lo que decía el poema? « Cubrió mi espíritu febril con un toque de calma infinita.»

» Permanecimos allí durante media hora. En todo ese tiempo no dije nada, y mi compañero tampoco. No hubo sonido humano de ninguna clase. Ni risa distante, ni murmullo de conversación lejana, ni vibración de ningún motor de explosión. Nada. Nunca había experimentado una sensación así.

» Finalmente, mi compañero se levantó y sin decir nada, por gestos, planteó la cuestión de si debíamos irnos entonces. De mala gana, y por el mismo sistema, contesté que podíamos hacerlo.

» Nos fuimos. Nos alejamos unos cuatrocientos metros antes de que yo me atreviera a hablar.

» —¿Cómo encontró ese lugar tranquilo? —pregunté.

» Me contestó:

» —De forma accidental; pero, desde que lo descubrí, he vuelto al menos media docena de veces. Me gusta. Es un lugar fuera del acceso de todos los caminos y, por lo que sé, no está en ninguno de los mapas del hotel. Es un rincón escondido sin descubrir, que sólo yo conozco, creo…, y ahora usted.

» —Gracias por mostrármelo —dije, con infinita gratitud—. Uno no pensaría que había un lugar no pisado por los humanos en un sitio como éste.

» —¿Por qué no? —repuso Caballo Negro—. Supongo que por todo el mundo existen pequeñas zonas no perturbadas por el ser humano, a veces en lugares que tienen mucho movimiento y están muy poblados en conjunto. Hay menos de los que acostumbraba a haber, estoy seguro, y quizás algún día habrán desaparecido todos… Pero todavía no, todavía no.

» Sin vacilar, me condujo de nuevo a una de las sendas principales. Volvimos a arrastrarnos sobre rocas y raíces, a través de la maleza, y en las dos ocasiones me pareció que íbamos colina arriba…, pero volvimos al mismo punto de partida. Le dije adiós, le di otra vez las gracias y nos estrechamos la mano. Regresé a la habitación, me arreglé y me dispuse para la comida.

» No le vi en el comedor, aunque miré, y, de hecho, no le volví a ver durante todo el resto de la estancia. Para decirlo escuetamente, no he vuelto a verlo más.

» El día después de que él me hubiera llevado hasta el lugar tranquilo, intenté volver por mi cuenta. Me llevé un libro y algunos bocadillos que había pedido en la cocina, con la intención de permanecer allí la mayor parte de la jornada, si el tiempo ayudaba; pero, naturalmente, no lo hice. No tuve suerte en absoluto. Creo

que me equivoqué en la primera curva.

» No me rendí, sin embargo. Después de volver a la ciudad, seguí soñando con aquel lugar tranquilo y, en cuanto pude arreglarlo, volví a aquel paraje de vacaciones, estudié el mapa y marqué la zona que creía que debía contenerlo. Podía hacer el camino hasta el mirador donde había encontrado a Caballo Negro y, desde allí, organicé un programa sistemático de exploración.

» No saqué nada de ello. Nunca pude encontrar aquel lugar. Por mucho que intentara recordar los giros y vueltas, por mucho que me engañara con la creencia de que reconocía uno de aquellos árboles o rocas agostados, por más cenagales que atravesara, por más riscos sobre los que tropezara, no fui a parar a ninguna parte. Logré picaduras y arañazos; quemaduras, contusiones y torceduras. Lo que no logré fue llegar a aquel lugar.

» Creo que se ha convertido en una obsesión para mí. Ocurre que conozco el pasaje de *The Lost Chord* y supongo que comencé a oírlo en mi cabeza con los cambios de palabras adecuados. *He buscado, pero he buscado en vano. Ese lugar divino perdido, desde el cual llegó el espíritu del silencio que entró dentro de mí.*

» Y supongo que lo canturreo cuando las cosas se ponen tumultuosas y caóticas.

Hubo una profunda pausa cuando Jarvik terminó. Hasta que Halsted dio su opinión.

—Supongo que usted necesita a ese tipo que le llevó allí para que vuelva a conducirlo otra vez al lugar, para que usted pueda señalar lo mejor posible cada giro de cada encrucijada.

Gonzalo vaciló.

—Supongo que el tipo realmente existió. Usted no lo soñó, ¿verdad?

Jarvik frunció el ceño.

—Créanme, no lo soñé. Ni era un enanito que me llevara al país de las hadas. La cosa ocurrió exactamente como les he contado. El problema es que él tenía un gran sentido de la orientación y yo no lo tengo en absoluto.

—Entonces, usted debería tratar de encontrarlo —dijo Rubin categóricamente —, si es que de verdad está bloqueado en medio del vacío.

—Bien —convino Jarvik—. Estoy de acuerdo. Debería encontrarlo. Ahora, díganme cómo. No sé su número de habitación. No sé su nombre. No se me ocurrió intentar identificarlo en la recepción aquella noche ni al día siguiente.

Meneó la cabeza y pareció debatir consigo mismo si seguir o no. Luego, se encogió de hombros y continuó:

—Yo podría contarles también lo obsesionado que me he vuelto. La última vez que estuve en aquel lugar, pasé la mitad del día con los diversos empleados de la recepción intentando conseguir una lista de las personas que habían estado

en el hotel el día que me llevó a aquel lugar silencioso.

» Costó mucha negociación y mucho escudriñar por los archivos, y luego ellos fueron tan amables que prepararon para mí una lista alfabética que contenía doscientos cuarenta y nueve nombres. Me lo hicieron porque era un cliente habitual y porque repartí cincuenta dólares entre ellos.

» No incluyeron las direcciones, porque dijeron que eso iba contra las normas y que, si les cogían haciéndolo, serían despedidos y puestos en las listas negras, y quién sabe qué más. Tuve que arreglarme con la relación de nombres. Realicé un último esfuerzo para encontrar el lugar al día siguiente…, y fracasé, naturalmente, y luego pasé el resto de mi estancia estudiando la lista de huéspedes.

» Ya ven, los he aprendido de memoria. No a propósito, naturalmente. Simplemente los memoricé. Puedo decirlos por el orden alfabético en que fueron puestos. Ocurre que tengo una memoria así. —Caviló un poco—. Si mi sentido de la orientación fuese tan bueno como mi memoria para temas triviales puestos en una lista…, es decir, si mi sentido de la observación pudiera darme pequeñas variaciones que recordara luego, supongo que no estaría en el apuro en el que me encuentro.

Drake preguntó, frunciendo el ceño a través del humo de su cigarrillo:

—¿Cómo podría ayudarle la lista de nombres?

Jarvik respondió:

—La primera cosa que se me ocurrió fue que el nombre falso que utilizaba debía obedecer a alguna razón oculta. ¿Por qué tendría que llamarse Caballo Negro? Posiblemente, porque las iniciales eran las mismas que las de su nombre auténtico. Así, pues, fui repasando la lista y había solamente un D. H. (Dark Horse) y el nombre era Dora Harboard. Bien, fuera quien fuera mi amigo, no era una mujer, así que esto quedaba excluido.

» Entonces pensé que quizá las iniciales estaban invertidas.

Así que busqué un H. D. y no había ninguno. Entonces busqué los nombres solos. Muchas personas estaban anotadas, digamos, como Ira y Hortense Abel, para citar los primeros nombres de la lista. Me pareció que debía eliminarlos, especialmente si tenían hijos. Eso me dejó con diecisiete hombres solos. Al principio pensé que era un gran avance.

» Pero entonces me di cuenta de que Caballo Negro no me había hecho ninguna indicación de que estuviera solo. Podía muy bien haber tenido esposa e hijos en su habitación, o fuera, asistiendo a la partida de *mah-jongg* que se estaba jugando en el salón de tertulia aquella tarde.

Trumbull sugirió:

—Usted podía intentar una *force majeure*. Seguir todos los nombres masculinos de la lista y ver si uno de ellos era Caballo Negro. Quién sabe, podía tener suerte la primera vez que probara. Y usted sabe que vive en Manhattan. Él

se lo dijo. Para empezar, inténtelo con la guía telefónica.

Jarvik señaló:

—Una de las personas de la lista es S. Smith. Me espanta la idea de cuántos Smith existen en la guía telefónica con la S como primera inicial. Además, si recuerdo bien, él dijo que lo que fuera oficialmente se había quedado olvidado en Manhattan. Me parece que quería decir que trabajaba en Manhattan; pero no necesariamente que vivía allí. Podía vivir en cualquiera de los cinco distritos o en Nueva Jersey, o en Connecticut, o Westchester.

» Miren, ya he pensado en una *force majeure*. Sólo para mostrárselo a ustedes, se me ocurrió que podía contratar a alguien en cualquier campo de aviación cercano para que me llevase hasta el lugar de vacaciones de modo que pudiera ver el sitio desde arriba. Pero sé que no lo reconocería visto desde el aire en una pasada rápida. Y aunque lo hiciera, tendrían que llevarme a aterrizar otra vez al aeropuerto y, si entonces intentase alcanzar el lugar tranquilo desde el suelo, fracasaría de nuevo.

» Pensé que quizá podría alquilar un helicóptero y, si reconocía el lugar, hacer que me descendieran por medio de alguna especie de cuerda mientras el helicóptero se mantenía en la vertical. Es ridículo, sin embargo. No tendría valor para colgarme de un helicóptero aunque reconociera el lugar y luego, después de dejarlo, ¿qué pasaría si no podía encontrar el camino de vuelta? No era fácil utilizar el helicóptero cada vez que quisiera ir, ¿no es cierto?

Gonzalo observó:

—¡Caballo Negro! ¿No es un término de carreras?

—En su origen —memorizó Avalon—. Se refiere a algún caballo de potencial desconocido que pueda tener una oportunidad remota de ganar, especialmente si entra en una carrera en la que todos los demás caballos son valores conocidos.

—¿Por qué caballo *negro*? —preguntó Halsted.

—Imagino —contestó Avalon— que indica lo mínima que es la información. Después de todo, la mayoría de los caballos son oscuros. Además, « negro» da la impresión de misterio, de algo desconocido.

—Bien —dijo Gonzalo—, quizás ese tipo tiene alguna conexión con el juego de las carreras.

Jarvik aceptó con aspereza:

—Bueno, supongamos que la tiene. ¿En qué me ayuda eso para encontrarlo?

—Además —observó Trumbull—, me parece que la expresión « caballo negro» se ha extendido para significar a alguien que entra en una competición sin ser un elemento conocido en ella. En boxeo, tenis; en política, incluso.

—¿Y eso de qué me sirve para encontrarlo? —se desalentó Jarvik.

Avalon suspiró hondo y dijo:

—Mr. Jarvik, ¿por qué no contemplamos *The Lost Chord* desde otra perspectiva? Roger Halsted señaló que un órgano complejo puede tener muchas,

muchas variedades de sonidos y que un sonido se podía perder entre muchos. Pero, sin duda, este modo de mirarlo es demasiado simplista.

» Cualquier sensación consiste en la sensación misma, de forma objetiva; y en la persona que recibe la sensación, de manera subjetiva. Un acorde es siempre el mismo acorde, si está medido por un instrumento que analiza su función de onda. Sin embargo, el sonido que uno *oye* puede variar con el humor y las circunstancias inmediatas del que escucha.

» La persona que toca el órgano en el poema estaba « fatigada y desconcertada» . Por esa razón, el sonido tuvo un efecto particular sobre él. « Suavizaba la pena y el dolor» que él podía haber estado sintiendo. A partir de entonces, cuando buscaba el acorde de nuevo, su humor podía ser de expectación ansiosa, de minuciosa atención. Aunque volviera a oír el mismo sonido, el *mismo* sonido precisamente, no le impresionaría de igual manera y él consideraría que no era el que escuchó en aquel otro momento. No es de extrañar que lo buscara en vano. Estaba intentando repetir no solamente el acorde, sino a sí mismo tal como se había sentido.

Jarvik preguntó:

—¿Qué es lo que dice?

—Estoy diciendo, Mr. Jarvik —respondió Avalon—, que quizás usted debería dar menos importancia al lugar. Usted lo encontró en un día perfecto. Lo descubrió porque otra persona lo guió hasta allí, de modo que usted estaba, en cierto sentido, despreocupado. Si lo encuentra de nuevo, es muy posible que ocurra en un día menos ideal…, cuando haga más calor, o más frío, o esté más nublado. Usted mismo estará buscando ansiosamente, no se encontrará cómodo. El resultado es que puede que no sea el mismo lugar que usted recuerda. Se sentirá amargamente decepcionado. ¿No sería mejor quedarse con el recuerdo y dejar de buscarlo?

Jarvik inclinó la cabeza y por unos pocos instantes pareció perdido en sus pensamientos. Luego, dijo:

—Gracias, Mr. Avalon. Creo que tiene razón. Si fracaso en dar con ese lugar, intentaré seguir su consejo y recrearme en su evocación. Sin embargo…, me gustaría, si puedo, encontrarlo una vez más, sólo para cerciorarme. Después de todo, Caballo Negro lo halló muchas veces, y lo disfrutó todas ellas.

—Caballo Negro sabía cómo ir allí —observó Avalon—. Su propio humor era bastante constante y podía ser que él escogiera siempre días en los que el tiempo fuese adecuado.

—Incluso así —insistió Jarvik con terquedad—, me gustaría encontrarlo, si hubiese manera de conseguirlo.

—Pero, al parecer, no la hay —le recordó Avalon—. Debe admitirlo.

—No lo sé —concluyó Mario—. Nadie ha preguntado a Henry.

—En este caso —arguyó Avalon con tozudez—, ni siquiera Henry puede

hacer nada. No hay nada a qué agarrarse.

—¿Qué podemos perder? —preguntó Mario—. Henry, ¿qué puede decirnos?

Jarvik, que había estado escuchando atónito, se volvió entonces a Rubin y, sacudiendo el pulgar sobre el hombro, murmuró muy quedo:

—¿El camarero?

Rubin se puso el dedo en los labios y movió ligeramente la cabeza.

Henry, que había estado escuchando absorto, dijo:

—Debo indicar que estoy completamente de acuerdo con Mr. Avalon respecto a la naturaleza subjetiva de los encantos del lugar y no me gustaría estropear a Mr. Jarvik un recuerdo idílico. Sin embargo…

—¡Ajá! —exclamó Gonzalo—. Adelante, Henry.

Henry sonrió a su manera familiar y continuó:

—Sin embargo, la única cosa a la que podemos agarrarnos es « caballo negro» , a la que todo el mundo se ha estado agarrando, por lo que veo. ¿Puedo preguntar, Mr. Jarvik, si por casualidad había alguien en la lista llamado Polk…?, un nombre no muy común. ¿Un James Polk, quizá?

Jarvik abrió mucho los ojos.

—¿Está usted bromeando?

—No, en absoluto. ¿Puedo pensar que *había* un nombre así?

—Existe un J. Polk, ciertamente. Podría ser James.

—Entonces, quizás es su hombre.

—Pero, ¿por qué?

—Mr. Trumbull explicó: « Creo que la expresión “caballo negro” se usa en la política.» Y sospecho que es de uso común en el día de hoy. Un caballo negro es un político en el que nunca se piensa en relación con el nombramiento por parte de un partido importante; y que, sin embargo, es nombrado como manera de romper lo que, de otra forma, parece un punto muerto insuperable. En la actualidad, los caballos negros aparecen rara vez, porque la nominación es decidida por las elecciones primarias. Sin embargo, en 1940, sin ir más lejos, Wendell Willkie era un caballo negro nombrado por el Partido Republicano.

» El nombre aparece usado la mayoría de las veces en la historia norteamericana aplicándose al primerísimo candidato de un partido que era un caballo negro. En 1884, los demócratas estaban todos dispuestos a nominar al ex presidente Martin Van Buren; pero éste necesitaba una mayoría de dos tercios y la intransigente oposición del Sur lo impidió. Por puro aburrimiento, la convención se volvió hacia el senador de Tennessee, James Knox Polk, a quien nadie había considerado en relación con la nominación. Fue el primer candidato caballo negro y siguió hasta ganar las elecciones. Fue un Presidente de un solo mandato, pero bastante bueno.

—Tiene razón —reconoció Rubin—. Usted lo sabe todo, Henry.

—No, Mr. Rubin —protestó el camarero—; pero tenía un vago recuerdo de

ello y, mientras seguía la discusión, busqué en el estante de nuestros libros de consulta. Puede ser que el J. Polk de la lista de Mr. Jarvik sea un descendiente lineal o colateral, razón por la cual él tomó el nombre de Caballo Negro.

—Es sorprendente —murmuró Jarvik.

—Sin embargo —observó Henry—, si todavía puede tener dificultades para encontrarlo, Mr. Jarvik, e incluso lo encuentra, puede ocurrir que no sea ya la misma persona y que, incluso en el caso de que lo sea, usted acabe decepcionado de aquel lugar tranquilo. No obstante…, le deseo suerte.

Post Scriptum

Mi querida esposa, Janet, y yo tenemos como nuestro lugar favorito de vacaciones Mohonk Mountain House, que está situado a unos ciento cincuenta kilómetros de nuestra casa en New Paltz, Nueva York. Tiene zonas amplias por las que podemos pasear. Janet lo hace porque le gusta estar en soledad; y yo lo hago porque me gusta estar con Janet.

Una vez, encontramos un lugar donde nos pareció estar totalmente aislados y donde, durante unos pocos minutos mágicos, pareció que la Humanidad todavía no había sido inventada.

Pero existe una diferencia entre Janet y yo. A ella le producen placer aquel lugar y aquellos momentos en sí mismos solamente, con un amor puro y santo sin mezcla ninguna. Yo, por otro lado pensaba: «Apostaría cualquier cosa a que puedo sacar una historia de Viudos Negros de esto.» Y lo hice, y ustedes acaban de leerla.

El relato apareció por primera vez en el número de marzo de 1988 del Ellery Queen's Mystery Magazine.

EL TRÉBOL DE CUATRO HOJAS

Si se tenían en cuenta las circunstancias, podía haberse predicho que cuando los Viudos Negros se encontraran en el restaurante «Milano» para celebrar su banquete mensual, el único tema de la conversación serían las audiencias del Irán-Contra.

Cada uno de los Viudos Negros tenía algo que decir, uno acerca de la mirada de muchachito ofendido de Oliver North y su atractivo para las mujeres de mediana edad; otro respecto a la memoria selectiva de John Poindexter. James Drake, que era el anfitrión del banquete, comentó que, entre North y Poindexter, habían empañado gravemente la presidencia de Reagan, a la cual todos los demócratas juntos no habían logrado hacer ni siquiera un arañazo. ¿Por qué, pues, estaban los republicanos de la derecha convirtiendo en héroes a aquella pareja de Laurel y Hardy?

Fue Emmanuel Rubin quien, tal como se esperaba, llevó el tema al asunto de los rehenes y los principios.

—La cosa es —comentó—, ¿cómo negociar asuntos que implican pérdidas de vidas, o pérdidas potenciales de vidas, o incluso sólo un problema de cárcel? ¿Debe el interés nacional ir detrás del rescate de rehenes? Si ése es el caso, ¿cómo nos atreveríamos a llevar a cabo una lucha armada? En cualquier movimiento semejante, incluso uno tan sencillo y seguro como atacar el poderoso ejército de Granada o bombardear la gran fortaleza de Trípoli, nosotros sufrimos muertes y corremos el riesgo de que nos hagan prisioneros.

Geoffrey Avalon, mirando al metro y medio de Rubin desde la altura de su metro ochenta y cinco, dijo:

—Ustedes están hablando de la acción militar. Los rehenes son personas civiles, que persiguen una vida pacífica, que son cogidos sin razón por gangsters y rufianes. ¿No pagarían *ustedes* cualquier precio y abandonarían cualquier principio para conseguir la libertad de alguien a quien amaran? ¿No pagarían un rescate a los secuestradores para evitar que mataran a sus esposas?

—Sí, naturalmente que lo haría —admitió Rubin con los ojos relampagueando a través de sus gruesas gafas—. *Yo* lo haría, como individuo. Pero, ¿iba a esperar que doscientos treinta millones de norteamericanos sufrieran un debilitamiento del interés nacional porque *yo* estuviera sufriendo? Ni siquiera un Presidente

norteamericano tiene derecho a hacerlo. Y *eso* fue la equivocación de Reagan. No pensemos que la toma de rehenes es una aberración de la paz. No lo es. Estamos en guerra con el terrorismo y los rehenes son prisioneros de guerra. No pensaríamos en dar armas al enemigo para comprar otra vez a nuestros prisioneros de guerra. Hubiera sido una traición hacer eso en cualquier otra guerra en la que hayamos luchado.

—El terrorismo no es como cualquier otra guerra —gruñó Thomas Trumbull —, y ustedes no pueden establecer una analogía punto por punto.

—En realidad —intervino Roger Halsted—, toda esta charla acerca del interés nacional es irrelevante. Sin duda el terrorismo es un problema global que sólo cederá a una acción global.

Mario Gonzalo exclamó:

—¡Oh, ya lo creo, global! ¿Cómo se organiza una solución global cuando cada nación está deseosa de hacer un trato con los terroristas, con las esperanzas de que la dejen en paz y se vayan al infierno sus vecinos?

—Eso tiene que acabar —observó Halsted muy serio—. Intentar comprar a los terroristas es la manera de hacerles ver que pueden sacar un provecho. Si los rehenes se venden a un precio, ellos tomarán más rehenes siempre que vayan cortos de fondos.

—Naturalmente, y nuestra respuesta adecuada es hacer que el procedimiento resulte caro para los que toman rehenes. Se les deben causar bajas —opinó Gonzalo.

—Si se conoce quién es el enemigo —protestó Avalon—. Uno no puede matar gente al azar.

—¿Por qué no? Lo hacemos en todas las guerras. Cuando bombardeamos las ciudades alemanas y japonesas durante la Segunda Guerra Mundial, ¿no sabíamos que morirían millares y millares de personas totalmente inocentes, incluyendo niños pequeños? ¿Pensamos acaso que nuestras bombas eran lo bastante selectivas para matar únicamente a los malvados?

—Toda Alemania y todo Japón estaban luchando contra nosotros; aunque sólo fuera pasivamente apoyando a los Gobiernos alemán y japonés —observó Avalon.

—¿Y usted cree que el terrorismo puede sobrevivir sin al menos la aprobación pasiva o la conformidad de la sociedad en la que existe? —preguntó Rubin.

En aquel momento James Drake, que había estado escuchando la conversación con incomodidad manifiesta dijo:

—Caballeros, mi invitado está subiendo las escaleras. ¿Podríamos suspender el debate por ahora y no volver a él tampoco? ¡Por favor! —Luego, se apresuró a advertir—: Henry, mi invitado no bebe. ¿Podría traerle un gran vaso de cola dietética? Con poco hielo.

Henry, el camarero perpetuo de los banquetes de los Viudos Negros, hizo una ligera señal afirmativa con la cabeza justo en el momento en que el invitado entraba en el comedor.

Era un hombre alto, de piel oscura, con una gran nariz curvada y ojos azules que contrastaban de modo sorprendente con su color moreno. Su cabello, todavía abundante, se estaba volviendo gris. Representaba unos cincuenta años.

—Lamento llegar tarde, Jim —se disculpó tomando la mano de Drake—. El tren se portó como si el horario no tuviera nada que ver con él.

—No es demasiado tarde, Sandy —lo tranquilizó—. Permítame que le presente a los Viudos Negros. Éste es Alexander Mountjoy, caballeros.

Uno por uno, los Viudos Negros se adelantaron para estrecharle la mano. Finalmente llegó Henry con su alto vaso. Mountjoy lo olió y dirigió una sonrisa a su amigo.

—Usted advirtió al camarero, por lo que veo.

Drake asintió.

—Y ahora debo añadir que nuestro camarero se llama Henry y es un miembro especialmente valioso de nuestro club.

La comida fue cordial. Melón, seguido por una espesa sopa de verduras, un excelente asado de costillar con patatas y brécoles, y pastel de manzana con queso para postre.

Rubin, que había abandonado los temas generales, optó por mencionar la contribución de Charles Dickens a la evolución de la moderna novela de detectives. Para ello, hizo una disquisición rigurosa sobre *La casa lúgubre* que, de todos los que se sentaban a la mesa, tan sólo él había leído. Drake, que se mostraba muy aliviado por este nuevo rumbo de la conversación, apuntó que el detective de Dickens había llegado una generación después de Edgar Allan Poe y que, si las descripciones de Rubin eran correctas, Dickens no se había aprovechado en absoluto de la obra de Poe.

Esto provocó un gruñido de desprecio por parte de Rubin, quien señaló a Wilkie Collins y Émile Gaboriau. En un momento crucial, Drake mencionó a Arthur Conan Doyle. Entonces Mountjoy intervino alegremente y la conversación se hizo general.

A la hora del café, Drake produjo el tintineo habitual en el vaso de agua y dijo:

—Manny ha consumido su participación de charla de la noche por ahora, de modo que, si no le importa, Mario, puede hacerse cargo del interrogatorio. Confío en que usted mantenga tranquilo a Manny.

Gonzalo se ajustó la chaqueta de suaves franjas verdes, se aseguró de que llevaba la corbata bien colocada, se apoyó en el respaldo de la silla y preguntó:

—¿A qué se dedica usted, Mr. Mountjoy?

Mountjoy parecía saciado y observaba satisfecho cómo Henry escanciaba el brandy.

—Soy un entusiasta de Sherlock Holmes —contestó— y miembro de los «Baker Street Irregular». Lo cual debería ser justificación suficiente para *esta* tropa, ¿no es así?

Gonzalo dudó.

—No lo sé. En realidad, Manny es el único realmente interesado en misterios porque escribe acerca de ellos, o hace algo que él llama escribir, y con ello se gana la vida más o menos. —Levantó la mano, con la palma extendida hacia Rubin, quien se movió en su asiento y dio todas las señales de querer estallar en un discurso—. Intente otra cosa.

—En ese caso —dijo Mountjoy—, podría mencionar que soy presidente de un colegio pero no sé si alguna fracción perceptible de la población mundial consideraría eso como una dedicación de mi existencia.

—Todos nosotros somos personalidades académicas, de un modo o de otro —afirmó Avalon—, y podríamos estar dispuestos a considerar ese asunto discutible.

Mountjoy sonrió.

—Si el colegio le ha enseñado a usted a hablar de esa manera, eso es una mancha negra contra mí.

Gonzalo preguntó con clara decepción:

—¿Presidente de un colegio? ¿Eso es todo?

Las cejas de Mountjoy se elevaron.

—Bien, el puesto puede que no absorba mi dedicación; pero no podría pensar en él como una cosa trivial. Tratar con los estudiantes y con el profesorado; con administradores, con posibles donantes y con el público en general es más que suficiente. ¿Qué quiere decir con «eso es todo»?

Gonzalo lo aclaró.

—Quiero decir que si usted trabaja para el Gobierno de algún modo.

—No; me he librado de eso.

—¿Nunca ha estado relacionado con ninguna investigación del Gobierno?

—No, naturalmente que no.

—Bien —dijo Gonzalo—. En ese caso, ¿cuál es la razón por la cual Drake nos pidió que no debatiéramos el asunto de los rehenes delante de usted?

—¡Oh, por el amor de Dios! —explotó Drake—. Si yo les pedí que no lo hicieran, ¿por qué saca usted el tema?

Era imposible que Mountjoy se pusiera pálido, pero adoptó un aspecto rígido y dijo enfadado:

—¡Jim!

Drake meneó la cabeza.

—Lo siento, Sandy. La conversación trataba de rehenes antes de que usted

viniera. Tenía que tratar de eso, considerando lo que ha estado pasando en la nación. Pero yo les pedí que olvidaran el tema.

—Y yo quiero saber por qué —insistió Gonzalo con terquedad.

—No puedo decir el porqué —declaró Drake—. Pero yo quise apartar el tema de la mesa. Como anfitrión…

—Ni siquiera como anfitrión puede usted hacer eso —le reprochó Gonzalo—. La principal condición de las comidas del club es que no existen temas prohibidos en el interrogatorio. Ni siquiera el anfitrión puede establecer límites. Es… es inconstitucional.

Avalon, moviendo el vaso de brandy que tenía en su mano habló con aire pensativo.

—Mario tiene una observación que hacer. Mr. Mountjoy, puedo asegurarle que nada de lo que se diga dentro de estas paredes se repetirá nunca fuera de ellas. El sentido de la confidencia es muy fuerte, e incluye a nuestro excelente camarero, Henry. ¿Le sirve de ayuda?

—No, no —contestó Mountjoy—. Yo no tengo secretos; pero el Gobierno, sí. Estoy absolutamente convencido del honor y la sinceridad de todas las personas que se hallan aquí, pero el Gobierno no se convence con tanta facilidad como yo.

—Usted dijo que no trabajaba para el Gobierno —le recordó Gonzalo.

—No lo hago; pero ha sucedido que me he enredado con él igualmente, y sin desearlo yo.

Thomas Trumbull dijo con suavidad:

—Yo *estoy* empleado por el Gobierno y se me confiaron secretos en mi época. Yo respondo también de esos caballeros. Habría sido mucho mejor que hubiéramos evitado ese tema; pero, en un interrogatorio totalmente libre, éste habría surgido más tarde o más temprano, y quizás habría sido preferible que Jim hubiera traído a usted como invitado en otro momento. Pero usted está aquí, y la pregunta de Mario nos pone cara a cara con el tema. Si cree, Mr. Mountjoy, que no puede debatir el asunto, entonces las reglas del club ponen fin a la cena, cosa que todos lamentaríamos. ¿Hay alguna cosa que usted *pueda* decirnos? Si decidimos que sirve como respuesta satisfactoria a la pregunta, podemos abandonar el tema y pasar a otros asuntos.

—La cuestión es ésta —señaló Gonzalo—: ¿Por qué no podemos debatir el tema de los rehenes delante de usted? Es sólo para recordárselo.

Mountjoy se quedó un momento pensativo, con la cabeza inclinada y la barbilla tocando su pecho. Cuando levantó la vista, sus ojos eran amigables y tenía un aspecto normal.

—Yo se lo diré, si ustedes son tan amables que no me preguntan los nombres, los lugares y los detalles que no me es permitido dar. Les he dicho que soy presidente de un colegio. Bien, algunos miembros del profesorado fueron secuestrados hace varios meses por los terroristas.

—Pero no hay ningún secreto en ello —interrumpió Rubin—. Salió en todos los periódicos. Está claro que usted es el presidente de…

—¡Por favor! —protestó Mountjoy—. No me importa lo seguros que estén ustedes de conocer los detalles del caso. Por favor, han de darse cuenta de que puede ser que no los tengan todos y que yo no puedo confirmar ni negar ninguna cosa. Simplemente escuchen lo que digo. Varios miembros del profesorado fueron secuestrados. Están mantenidos como rehenes. Un rehén que tenían, y tengo que reprimirme mucho para evitar decir si era uno de los miembros del profesorado o no, fue muerto. Al parecer fue torturado primero.

» Así pues, el tema de los secuestros me afecta de modo personal, dado que conozco a los rehenes y es preocupante para mí, de modo oficial, porque he sido preguntado hasta la saciedad por organismos del Gobierno sobre varios aspectos del acontecimiento. ¿Les satisface lo que les digo, caballeros? ¿Podemos pasar a otros temas?

—No —insistió Gonzalo—. ¿Por qué le sometieron a usted a tan largos interrogatorios? ¿Qué tenía usted que ver con ello?

—¿Con la toma de rehenes? Nada en absoluto.

—Con el asunto en general. Usted ha dicho que fue interrogado sobre varios aspectos del tema. ¿Qué aspectos? ¿Por qué limitarlo a la toma de rehenes?

—No sé a qué se refiere usted.

—¿Qué tiene de difícil la pregunta? Quiero decir que por qué fue usted extensamente interrogado. ¿Si no fue acerca de la toma de rehenes entonces, acerca de qué fue?

—No puedo responder a la pregunta.

—En ese caso, no me siento satisfecho.

Drake intervino:

—Vamos, Mario, no sea un loco obstinado.

—No soy un loco obstinado. Tengo una idea. Existe alguna cosa implicada además de la toma de rehenes. Mountjoy ha dicho que las entrevistas no tenían nada que ver con eso; pero se referían a varios aspectos del asunto, lo cual significa que hay otros aspectos además de la toma de rehenes. Creo que debe haber alguna especie de negocio inacabado en todo esto. Si no fuera así, no se llevaría tan a la chita callando. *Apostaría* algo a que existe un problema de alguna clase, algún enigma, algún misterio. ¿Qué hay acerca de eso, Mr. Mountjoy?

—No tengo nada que decir sobre el tema —repuso Mountjoy en tono frío.

—Ocurre —observó Gonzalo— que este club ha resuelto muchos enigmas en el pasado. Podríamos ayudarle a usted ahora.

Mountjoy miró a Drake de modo inquisitivo.

Drake aplastó su cigarrillo hasta extinguirlo y corroboró:

—Es verdad, pero no podemos garantizar el resolver ninguno en especial.

Mountjoy murmuró:

—Ojalá pudieran resolver esto.

—Ah —exclamó Gonzalo—, entonces es que *hay* un misterio. Eh, Tom, dígale que podemos ayudarle y dígale que puede confiar en nosotros sin límites.

Trumbull señaló:

—Ya le he explicado que puede confiar en todos nosotros… Si existe algún problema, Mountjoy, y si está preocupado por él, entonces Mario tiene razón. Quizá podamos ayudar.

Mountjoy continuó:

—Bien, veamos lo que puedo decirles.

Miró fijamente a los Viudos Negros, quienes permanecieron silenciosos. Apenas se movían.

Por fin Mountjoy explicó:

—El rehén que fue muerto no era exactamente inocente, al menos a los ojos de los terroristas. Normalmente los rehenes que se toman son sólo periodistas, u hombres de negocios o profesores…, personas cuyo único valor para los secuestradores es el de servir como prenda. Son manejables y el Gobierno norteamericano y la gente quieren que vuelvan. Por eso se discuten las condiciones. El rehén que mataron, y al que no puedo nombrar ni decir a ustedes nada acerca de su persona, estaba trabajando para el Gobierno, y los terroristas podían considerarlo un espía, un agente secreto o algo parecido. Lo mataron bien porque lo consideraron un castigo justo por el delito de pertenecer al otro bando, o se les murió de forma accidental durante el proceso de tortura con objeto de conseguir información. La cuestión es: ¿cómo sabían que valía la pena torturarlo? No torturan a todos sus rehenes como cosa rutinaria. Por el contrario, suelen tratarlos todo lo bien que pueden, porque un rehén muerto no tiene ningún valor para ellos; y porque cualquier rehén que se encuentre en unas condiciones que no sean buenas, sólo sirve para inflamar la opinión pública norteamericana y puede animar a los Estados Unidos a represalias más violentas, algo que, como es lógico, no desean.

» La creencia general es que alguien lo identificó. Para resumir, que hay implicado algún traidor de alguna especie. El rehén muerto había confiado su verdadera misión a alguien por alguna razón, o la había dejado entrever sin darse cuenta, y alguien lo había delatado. La cuestión, naturalmente, es quién. Por supuesto, el Gobierno quiere saberlo; no sólo con objeto de vengar la muerte castigando al traidor, sino porque si el traidor queda a sus anchas, está en una posición en la cual su traición puede continuar. Ya entienden.

» Yo me vi metido en ello a causa de que las circunstancias del secuestro de los miembros del profesorado, ésos en particular y no otros, hicieron que pareciera claro que el traidor es también miembro del claustro. Hay un buen razonamiento detrás de eso, pero yo no puedo transmitírselo a ustedes. Simplemente digo que ésa es la conclusión… Tenemos un traidor dentro del

profesorado.

» Fui entrevistado extensamente sobre el asunto, y también lo fueron otras personas, y parece que la conclusión va a parar a que el traidor es uno de los cuatro miembros del claustro. Pero…, ¿cuál de los cuatro? Ahí está la cosa.

Rubin observó:

—Lo único seguro que se puede hacer es apartar a los cuatro de sus puestos, ponerlos donde no puedan hacer daño y mantenerlos bajo vigilancia mientras usted continúa la investigación.

—Y eso es lo que se ha hecho —informó Mountjoy—. Sin embargo, ¿no les parece a ustedes que se está haciendo un gran daño injustificado a tres personas inocentes que son norteamericanos leales y que no merecen tal trato?

—Son bajas de guerra —declaró Rubin.

Halsted protestó:

—Está usted muy áspero hoy, Manny. ¿Es que le da problemas su novela actual?

—Eso no tiene nada que ver —contestó Rubin—. Digo lo que pienso.

—Bien; lo que *yo* creo —manifestó Mountjoy— es que es mucho más importante absolver a tres inocentes que coger al culpable. Y existe una manera de hacerlo si somos lo bastante inteligentes. Supongamos, por ejemplo, que el rehén muerto conocía quién era el traidor. Él sabría, después de todo, en quién había confiado, o ante quién dejó escapar algo del asunto. Luego, fue obligado a escribir una carta que los secuestradores publicaron después. Ya saben de qué clase.

Los Viudos Negros asintieron y Halsted continuó:

—El secuestrado admite que es miembro de la CIA y que hizo espionaje sobre los pobres grupos maltratados a los cuales pertenecen los secuestradores. Continúa confesando toda clase de fechorías y acabó denunciando al Gobierno norteamericano por no ceder a las sencillas demandas de los apresadores para que él sea dejado en libertad.

—Exacto —convino Mountjoy—. Así es. Por entonces, sin duda, había estado sujeto a alguna tortura, de modo que no publicarían una fotografía suya, como hicieron en el caso de otros rehenes. Incluso así, puede ser que él no hubiera consentido en firmar aquella carta cuya firma no ofrecía dudas, si no fuera porque el rehén del que estamos hablando esperaba darnos información delante de las narices de sus raptores. Añadió al final de la carta que esperaba tener la suerte de que el Gobierno organizase su puesta en libertad, y dibujaba un trébol de cuatro hojas. Muy bien dibujado. Lo mataron poco tiempo después.

Avalon inquirió:

—¿Cree que el trébol de cuatro hojas tenía algo que ver con eso, Mr. Mountjoy?

—El Gobierno lo cree así. Él tenía que escoger algún signo que indicase al

traidor, y hacerlo de una manera lo suficientemente sutil como para que no se dieran cuenta los secuestradores. Por desgracia, fue lo suficientemente sutil como para que se nos escapara también a nosotros. El Gobierno no ha podido averiguar el significado del trébol de cuatro hojas. Sin embargo, puede ser que el traidor lo hiciera…, que el traidor viera la carta reproducida en la televisión y se diera cuenta de que el trébol de cuatro hojas le estaba señalando directamente. Él se las arregló para enviar un mensaje a los secuestradores, quienes después siguieron torturando a su víctima y la mataron.

—Bien —observó Avalon—, un trébol de cuatro hojas es un símbolo muy conocido de buena suerte. ¿No puede ser que el pobre rehén tan sólo deseara tener la suerte de ser liberado y dibujase un trébol de cuatro hojas como símbolo de buenos augurios?

—Es posible —admitió Mountjoy—. Todo es posible. Sin embargo, el Gobierno no le da esa interpretación. El rehén era un racionalista claro, despreciaba cualquier cosa que tuviera un gustillo de esoterismo o superstición. La gente que lo conocía mejor, dice que es impensable que dibujara un trébol de cuatro hojas con la esperanza de que le trajese buena suerte.

—La desesperación hace que la gente se agarre a un clavo ardiendo —murmuró Avalon.

Trumbull comentó:

—Es un símbolo irlandés. ¿Alguno de los cuatro sospechosos es irlandés o descendiente de irlandeses? El traidor podía ser miembro del Ejército Republicano Irlandés (IRA) y tener simpatía por otros grupos clandestinos de lucha.

Mountjoy meneó la cabeza con energía.

—En primer lugar, el trébol de cuatro hojas no es un símbolo irlandés. Lo es el trébol de tres hojas. Fue arrancado por San Patricio, según la leyenda, para explicarle a un rey irlandés cómo podía existir la Santísima Trinidad, un solo Dios en tres personas. El rey irlandés se convirtió, y el trébol de tres hojas pasó a ser el emblema de Irlanda. Además, ninguno de los cuatro sospechosos es en modo alguno irlandés.

Trumbull preguntó:

—¿Qué puede usted decirnos acerca de los cuatro sospechosos? No nos será posible establecer a cuál está señalando el trébol de cuatro hojas, si no sabemos nada de ellos.

—No puedo ayudar en eso —dijo Mountjoy con desánimo—. No puedo darles sus nombres ni decirles quiénes son.

—¿Puede usted darnos los campos de sus especialidades? —preguntó Avalon.

—No estoy seguro. Quizá me atreva a arriesgarme. —Fue levantando los dedos—: uno es historiador, otro es entomólogo, otro es astrónomo y otro es matemático. ¿Sirve de algo? A nosotros no nos ayudó para nada.

Halsted inquirió:

—¿Está usted seguro de que lo que dibujó era un trébol de cuatro hojas?

—Por supuesto que lo era. ¿Qué otra cosa iba a ser?

Halsted se encogió de hombros.

—No lo sé. Yo no lo vi. Pero era algo con cuatro cosas que salían de él. ¿Cierto?

—Sí.

—Entonces, ¿podía haber tratado de dibujar una estrella? ¿Un punto con rayos de luz que salían de él? Eso indicaría al astrónomo.

Mountjoy meneó la cabeza.

—Podría ser el astrónomo, según todo lo que sé, pero no por esa razón. No dibujó líneas que irradiaban, sino cuatro hojas de trébol reconocibles. El dibujo también tenía un tallo. Las estrellas no tienen tallo.

Drake preguntó:

—¿De qué clase es el matemático?

Mountjoy respondió:

—No podría decírselo. Estoy metido en ciencias políticas y todas las matemáticas que conozco apenas son suficientes para permitirme mantener en equilibrio mi talonario de cheques.

—¿Había hecho él trabajos sobre probabilidades?

—Supongo que podría averiguarlo; pero no lo sé así de repente.

—Porque lo que pasa con el trébol de cuatro hojas es que es raro. No sé qué posibilidades hay de encontrar uno si se mira a través de campos de trébol al azar; pero deben ser muy pequeñas. Cuando era muchacho, recuerdo que me tumbaba en un campo de tréboles y pasaba horas examinándolos uno por uno. Nunca encontré ninguno que tuviera cuatro hojas. Así que encontrar uno resulta notable, y es la clase de cosa que puede interesar a un matemático que está especializado en probabilidades.

Halsted, que era también matemático le contradijo:

—Eso no parece probable en absoluto. ¿Y el historiador? ¿Qué clase de historiador era?

—Ah —contestó Mountjoy—. Eso puedo decírselo a ustedes. Escribió un libro conocido titulado… Bien, no; está claro que no se lo puedo decir. Eso lo identificaría. Digamos —añadió débilmente— que es medievalista.

—¿Está especializado en historia medieval?

—Sí. El Imperio bizantino. Los fatimitas. Cosas como ésas.

—¿Algo que tenga que ver con el trébol de cuatro hojas?

—No, que yo sepa.

—Y qué nos dice acerca del entomólogo, que obviamente estudia los insectos.

—Pues eso, que los estudia.

—¿Qué clase de insectos? ¿Abejas?

Gonzalo interrumpió.

—¿Por qué abejas, Roger?

—¿Por qué no? Las abejas vuelan desde una flor de trébol a otra flor de trébol recogiendo miel y esparciendo polen. ¿No conoce la cuarteta de Emily Dickinson: « El pedigree de la miel / no concierne a la abeja. / Un trébol en algún momento interviene en él. / Es aristocracia» ? Bien, pues, un trébol de cuatro hojas podría significar una abeja, lo cual aludiría a nuestro entomólogo.

Avalon planteó:

—¿Por qué un trébol de cuatro hojas en ese caso? Un trébol de tres hojas serviría lo mismo y sería más sencillo de dibujar.

Mountjoy opinó:

—No importa cuál sea. El entomólogo no se ocupaba de abejas. Trabajaba con insectos más pequeños y ni siquiera podría darles a ustedes el nombre. Él me lo dijo una vez y a mí me sonó como si saliera directamente de la *Comedia de los errores* de Shakespeare. No puedo repetirlo.

—Bien —se preguntó Rubin—. ¿A dónde nos lleva eso? El trébol de cuatro hojas no señala a nadie. Francamente, me encuentro yo mismo mirando con preferencia a la idea original de Jeff de que no era más que un símbolo de buena suerte. El pobre hombre necesitaba suerte, y no la tuvo.

—¿El pobre hombre? —se sorprendió Halsted—. Es sólo una baja de guerra, Manny.

Rubin parecía disgustado.

—Estaba hablando en sentido teórico. Cuando pasamos a los individuos no soy más áspero que ustedes, y lo saben.

Drake comentó:

—Bien, nosotros hemos estado apremiando y torturando al pobre Sandy para que nos dijera más de lo que debería, probablemente, y poniéndolo bajo la tensión nerviosa de temer que el Gobierno pueda de algún modo averiguar que lo ha hecho. Y nosotros no hemos podido ayudarle en absoluto… Lo siento, Sandy.

—Esperen —dijo Gonzalo, haciendo balancear su silla sobre dos patas—. Todavía no hemos terminado. Me he dado cuenta de que Henry está buscando por el estante de los libros de consulta.

—Oh, es verdad —observó Trumbull—. Le preguntaremos en cuanto vuelva.

—¿De quién están hablando? —preguntó Mountjoy, frunciendo el ceño—. ¿Del camarero?

—Estamos hablando de Henry. El mejor de los Viudos Negros.

Henry volvió a tomar su sitio habitual junto a la mesa de servicio.

Gonzalo intervino:

—Bien, Henry, ¿puede ayudarnos?

—He tenido una idea, Mr. Gonzalo, referente a los tréboles de cuatro hojas.

—Díganosla.

—Los tréboles casi siempre tienen tres hojas. En alguna ocasión, un trébol crece a partir de una semilla que es ligeramente anormal y, en consecuencia, desarrolla cuatro hojas. Un cambio tan repentino entre padre y descendencia se llama una mutación —dijo Henry con tono muy educado.

—Así es —convino Halsted.

—Las mutaciones tienen lugar de cuando en cuando en todas las especies. Se puede conseguir un mirlo blanco o un ternero de dos cabezas o un bebé con seis dedos. Me atrevo a decir que la lista es infinita.

—Probablemente —murmuró Avalon.

—En su mayoría, las mutaciones son desfavorables y se consideran deformidades y distorsiones monstruosas. Sin embargo, el trébol de cuatro hojas es un ejemplo de mutación que no sólo no impresiona a la gente como deformidad, sino que es valorado y considerado como un tesoro por todo el mundo; bueno, por casi todo, como algo muy deseable, como símbolo y portador de buena suerte. Eso lo convierte en algo muy inusual como mutación y es la única mutación que puede ser fácilmente dibujada sin que repela a la gente, y hacerse de modo que no parezca nada más que un modo natural de atraer la buena suerte. Puede, por tanto, simbolizar la idea de mutación y, sin embargo, escapar a que lo perciban aquellas personas que no tengan un cierto grado de instrucción. Quienes conocen la fuerte racionalidad del rehén, deberían dejar a un lado lo de la buena suerte y aferrarse al símbolo de su mutación.

—¿A dónde nos conduce todo eso, Henry? —preguntó Trumbull.

—Para cambiar un poco de tema, Mr. Mountjoy mencionó la *Comedia de los errores* de Shakespeare. Existen dos personajes en ella llamados Antipholus. Son hermanos gemelos, uno que procede de la ciudad de Siracusa en Sicilia y otro de Efeso en el Asia Menor. ¿El nombre de Antipholus le trae algo a la memoria, Mr. Mountjoy?

—Sí —respondió Mountjoy—. Los insectos con los que estaba trabajando el entomólogo. Todavía no puedo darle a usted el nombre exacto, sin embargo.

—¿Era Drosophila?

—¡Sí! ¡Por Dios, sí!

—Es conocida comúnmente como la mosca de la fruta y es el insecto clásico utilizado para el estudio de las mutaciones. Me parece, pues, que el trébol de cuatro hojas puede haber sido dibujado para significar mutaciones y que intentaba señalar con bastante precisión al entomólogo como traidor. Al menos, me lo parece.

—¡Cielos! —exclamó Mountjoy—. También me lo parece a mí… Lo primero que haré mañana será ponerme en contacto con algunas personas de Washington para sugerirlo… Drosophila. Drosophila. Tendré que recordar el nombre.

—Mosca de fruta será suficiente, señor —le recordó Henry—, y si se acepta

la sugerencia, querría proponerle que dé a entender que se le ocurrió a usted solo. No hay por qué admitir que habló del asunto con los Viudos Negros.

Post Scriptum

A veces, me siento realmente perezoso, pienso en cualquier cosa y veo si puedo inventar una historia basándome en ella. Así pues, estaba yo en un lugar lleno de hierba en Mohonk (ver el post scriptum anterior) y me di cuenta de que éste abundaba en tréboles. Según tengo por costumbre, observé a mi alrededor tratando de descubrir un trébol de cuatro hojas. Después de unos dos segundos y medio, decidí que no había ninguno. Nunca en mi vida he encontrado un trébol de cuatro hojas; pero he tenido bastante buena suerte incluso sin él.

Así que pensé: escribamos una historia acerca de un trébol de cuatro hojas. Y lo hice.

Sin embargo, esta vez Eleonor Sullivan, la bella editora del Ellery Queen's Mystery Magazine *lo rechazó. Ella pensaba que la narración era tan exageradamente arcana que resultaba desleal para con el lector. Yo no estaba de acuerdo (nunca estoy de acuerdo con el rechazo); pero la palabra del editor es ley; y presento este relato aquí como el segundo de esta colección que hace su aparición por primera vez.*

EL SOBRE

Emmanuel Rubín llegó al banquete de los Viudos Negros de un humor repugnante. Sin duda, éste no era mucho peor que su acritud habitual; pero sus ojos, magnificados por los gruesos cristales de sus gafas, relampagueaban peligrosamente.

—¡Oh! —exclamó Mario Gonzalo, anfitrión en esa ocasión—. Alguien ha recibido un rechazo bien merecido.

—Yo *no* he recibido ningún rechazo —soltó Rubin—. Ni merecido ni inmerecido. Es mucho peor que eso.

Geoffrey Avalon bajó la mirada desde su altura de metro ochenta y cinco hasta el diminuto Rubin y dijo con su voz imponente de barítono:

—¿Mucho peor que un rechazo? ¿Para un escritor independiente como usted, Manny? ¡Hombre!

—Escuche —dijo Rubin enfurecido—. He entrado en la oficina de Correos esta mañana y he pedido un rollo de sellos de veinticinco centavos. Para empezar, eso me fastidiaba. Puedo recordar la época en que costaba dos centavos enviar una carta; pero el precio sigue subiendo cada vez más sin que parezca que afecte al eterno déficit…

—Al menos —observó Roger Halsted—, el servicio se hace peor para equilibrar el incremento de dinero.

—Usted dice eso porque piensa que es divertido, Roger —se quejó Rubin—, pero ocurre que tiene toda la razón… Gracias, Henry.

Henry, el imprescindible camarero de los banquetes de los Viudos Negros, al darse cuenta de las demandas que se le estaban haciendo a Rubin por su apasionamiento, le había traído una botella para rellenar su vaso.

James Drake, encendió su perenne cigarrillo y comentó:

—Recuerdo cuando los sellos eran de dos centavos, y el periódico de la mañana valía también dos centavos, y un paquete de cigarrillos costaba trece… y mi salario semanal era de quince dólares. ¿Qué les parece?

—No he terminado —le advirtió Rubin—. Así pues, pedí un rollo de sellos de veinticinco centavos y el idiota rematado que estaba en la ventanilla me miró fijamente a los ojos y contestó: « No tenemos.» Me quedé estupefacto. Era una oficina de Correos, maldita sea. Yo le dije: « ¿Por qué no?» Y él se encogió de

hombros y gritó: « ¡El siguiente!» Es decir, no dio ninguna señal de lamento ni de sentirse incómodo. Podían haber puesto un anuncio que dijera que los sellos se habían acabado de momento. Tuve que esperar media hora en la cola para que se me dijera que no podía conseguir ninguno.

Gonzalo comentó:

—Supongamos que le apaciguamos hasta ponerle en su estado habitual de semicordura, Manny, a fin de que pueda presentar a mi invitado… Francis MacShannon. Es un buen amigo mío.

Rubin le estrechó la mano con altivez.

—Cualquier buen amigo de Mario, Mr. MacShannon, es sospechoso para mí.

—¿Qué puedo esperar —observó Gonzalo— de alguien que se pone hecho una furia por un rollo de sellos de veinte centavos? Le daré unos pocos para resolver su problema, Manny. Y sin ningún cargo.

—No, gracias —rehusó Rubin—. Ya he comprado los sellos después. Pero es cuestión de principios.

—Me excuso por los principios dudosos de Manny, Frank—dijo Gonzalo—. Él siempre se fabrica uno cuando no logra salirse con la suya.

Francis MacShannon respondió con una sonrisa. Aparentaba unos sesenta años; tenía una cara redonda y alegre sobre un cuerpo bajo y rechoncho. Poseía una tez colorada y llevaba una perilla gris que le daban el aspecto de un Santa Claus medio afeitado.

—Estoy con usted, Mr. Rubin —afirmó con voz aguda, que estropeaba un poco la imagen de Santa Claus—. Yo también tengo quejas de Correos.

—Las tiene todo el mundo —gruñó Thomas Trumbull, que había llegado un momento antes y se había lanzado sobre el whisky con soda que Henry le ofrecía.

Hubo una pausa mientras MacShannon era presentado a la última persona que había llegado, y luego continuó:

—Mi propia queja se refería al asunto de los matasellos. En la actualidad, no son más que manchas sucias. Cuando yo era joven, los matasellos eran legibles y hermosamente claros. Eran lecciones de geografía. Yo formé una enorme colección de ellos.

Las imponentes cejas de Avalon se levantaron.

—¿Cómo se hace eso, Mr. MacShannon?

—Para empezar, mis padres me daban los sobres que recibían por correo. También lo hacían los vecinos de toda la calle, una vez sabían lo muy en serio que me lo tomaba. Lo mejor de todo, sin embargo, era encontrar sobres abandonados por el suelo: en las aceras, en los patios traseros, bajo los matorrales. Se sorprenderían de ver cuántos sobres era posible encontrar. Cada nuevo matasellos que descubría era un tesoro, y yo le buscaba el nombre en el atlas. Los ordenaba por Estados y naciones y encolaba los sobres en libretas de

un modo organizado. Llegué a ser tan aficionado a los sobres, que ustedes difícilmente se lo pueden imaginar. En realidad, fue mi interés por los sobres lo que me llevó a…

En este punto, Henry, con una voz suavemente autoritaria anunció:

—La comida está servida, caballeros.

Se sentaron para tomar su melón con jamón, seguido por crema de espárragos y una ensalada mixta. La conversación trató sobre la nueva sonda rusa diseñada para estudiar el satélite de Marte, *Phobos*; y, sobre el capón asado, la discusión se fue calentando a propósito de si una expedición americano-soviética a Marte era deseable o no. Los correos y sus múltiples pecados pasaron a segundo término y acabaron por desaparecer al fuego de la nueva controversia. Siguieron el pastel de almendra con chocolate y el café. A la hora del brandy, Gonzalo los requirió para el interrogatorio.

—Manny —dijo señalándolo—, usted será quien haga las preguntas, y yo invoco el privilegio de anfitrión para decirle que el tema del correo no debe ser mencionado.

Rubin se puso ceñudo y preguntó:

—Mr. MacShannon, ¿a qué se dedica usted?

MacShannon contestó de forma amigable:

—Soy programador y diseñador de ordenadores. En el día de hoy creo que esto habla por sí mismo.

—Quizás —admitió Rubin—. Más tarde podemos volver a eso. Obviamente, sus trabajos presentes no tienen nada que ver con sus actividades de cuando era un niño… Quiero decir, su colección de matasellos. Usted había dicho…

—Manny —intervino Gonzalo con sequedad—. He desechado el tema de Correos.

—¡Rayos y truenos! —explotó Rubin—. ¿Quién está hablando del correo? Estoy hablando de la colección de matasellos. Apelo a los miembros de la reunión.

—Muy bien. Adelante —aceptó Gonzalo con resignación.

—Entonces veamos —dijo Rubin echando a Gonzalo una mirada demasiado prolongada—: usted comentó que había sido su interés en los sobres lo que le había llevado a su… Y entonces, antes de que usted pudiera terminar la frase, fue interrumpido por el anuncio de que la comida estaba a punto. Así pues, me gustaría que terminase la frase. ¿A qué le condujo su interés por los sobres?

MacShannon frunció el ceño, pensativo.

—¿He dicho eso? —Su semblante se aclaró y una expresión de satisfacción casi cómica invadió su cara—. Oh, sí, naturalmente. Volviendo a 1953, fue gracias a mi interés por los sobres por lo que cogí a un espía. Un auténtico espía.

—¿En 1953? —preguntó Avalon, frunciendo el ceño de repente—. No me diga que usted era uno de los jóvenes que trabajaban para el senador Joseph McCarthy.

—¿Quién? ¿Yo? —se extrañó MacShannon, atónito ante la sugerencia—. ¡Nunca! Nunca me gustó McCarthy en absoluto. Naturalmente… —meditó el asunto durante un momento—, él convirtió a la nación en atenta al espionaje y a la traición y eso no pudo dejar de afectarme, supongo. Uno no puede evitar pensar en esa dirección incluso si desaprueba las tácticas de McCarthy, como yo.

—Paranoia nacional, le llamo yo —dijo Rubin, muy serio.

—Quizás —admitió MacShannon—; pero, en todo caso, le llame como le llame, supongo que eso es lo que metió todo el melodrama en mi mente. En una época más tranquila, menos frenética, yo habría visto aquel sobre y no le habría concedido ni un pensamiento.

—Háblenos de ello —pidió Rubin.

—Lo haré si lo desea. Después de treinta y seis años, no puede ser delicado. Además, no conozco los detalles, sólo el bosquejo general. Yo estaba comenzando en el mundo, había acabado mi grado de ingeniería, tenía un pequeño trabajo, estaba viviendo por mi cuenta por primera vez. Contaba veinticuatro años y estaba todavía un poco inseguro de mí mismo.

» Había otra persona que vivía al otro lado del vestíbulo de mi casa… Se apellidaba Benham. No recuerdo su nombre. Tenía unos treinta años, creo, y yo lo veía a veces saliendo o entrando. Era un mal encarado, creo que saben lo que quiero decir, un sujeto poco amistoso que nunca me saludaba. Yo le dije hola una vez o dos, al pasar; pero él me hacía un gesto con la cabeza, lo más seco posible, y me dejaba helado con su expresión. Llegó a serme muy desagradable, desde luego y, dado que yo, en aquellos días, era un gran lector de narraciones espeluznantes, me hice fantasías sobre que tenía algo de malvado…, que era un criminal, un asesino a sueldo y, más que nada, un espía.

» Entonces, un día, mientras los dos estábamos esperando el ascensor para que nos llevara a nuestros apartamentos del piso octavo, rasgó un sobre que llevaba, y que yo pensé que acababa de coger de su buzón. Yo había mirado el mío antes y estaba vacío, como lo estaba casi siempre por aquella época, excepto cuando mi madre me escribía. Observaba a mi vecino por el rabillo del ojo, en parte por vigilar a alguien sobre quien yo estaba fantaseando que era un villano misterioso; en parte porque envidiaba a cualquiera que recibiese una carta, y en parte, también, porque nunca superé del todo mi fascinación infantil por los sobres.

» Después de haberlo rasgado para abrirlo, extrajo la carta, la desplegó, la leyó sin la más mínima expresión en su cara; luego, la arrugó y la tiró a la papelera que había junto a los ascensores del vestíbulo. Después, todavía sin ninguna expresión, colocó el sobre vacío dentro del bolsillo interior de su

chaqueta. Lo hizo con sumo cuidado, y acarició la parte delantera de la prenda como para asegurarse de que estaba bien colocado.

Trumbull interrumpió:

—¿Cómo sabía que era un sobre vacío? Podía haber alguna cosa más con la carta. Un cheque, por ejemplo.

MacShannon meneó la cabeza con gesto cordial.

—Ya les he dicho que yo tenía esta actitud casi profesional en lo relativo a sobres. Era de una clase endeble, casi transparente. Él lo había sostenido en la mano cerca de mí mientras examinaba la carta, y yo podía asegurar que estaba vacío. No era posible equivocarme.

—Es extraño —observó Halsted.

—Lo extraño de ello —continuó MacShannon— era que al principio, *no* pensé que era extraño. Después de todo la gente con frecuencia desecha los sobres y guarda las cartas, pero nunca había visto a nadie que desechara una carta y guardase un sobre vacío. Sin embargo, no se me antojó extraño. Me dije a mí mismo: « Vaya, está coleccionando matasellos.» Y, por un momento, tuve otra vez diez años y recordé la emoción estremecedora de la captura. Por un momento, tuve a este Benham por Un compañero coleccionista de matasellos, y me sentí bien dispuesto hacia él.

» Quizás estuve acertado porque si yo no hubiera tenido el pensamiento del matasellos, podía ser que no hubiera conservado el sobre en mi mente. Pero sucedió que lo conservé y, en el tiempo en que llegaba al piso octavo, cambié de pensamiento. Como de costumbre, mi vecino no me había dirigido ni una palabra ni me había echado una mirada, y mi corazón se volvió a endurecer respecto de él. No podía ser un coleccionista de matasellos, pensé, porque los matasellos ya se habían deteriorado más allá del punto en el que coleccionarlos podía ser provechoso. Ya entonces, uno nunca veía un matasellos claro, excepto en el sobre conmemorativo ocasional.

» ¿Por qué, entonces, guardaba el sobre? Me costó solamente diez segundos convertir el asunto en un relato de espías, y lo obtuve. Él había recibido un mensaje casual, sin significado, que cualquiera podía ver y desechar; pero el mensaje *auténtico* estaba en el sobre donde nadie lo buscaría, y que él, por tanto, guardó para estudiarlo después.

» En el tiempo en que había estado pensando en eso, ya me hallaba en mi apartamento. Esperé allí como medio minuto; luego, miré al vestíbulo para asegurarme de que mi vecino no se estaba entreteniendo por allí. No lo estaba, así que volví al ascensor, bajé al pasillo y recuperé aquella carta arrugada.

Rubin avanzó:

—La cual, supongo, resultó ser por completo carente de interés.

—Bien —continuó MacShannon—, al menos *parecía* mostrar a Benham con una luz más humana. La carta estaba hecha con una escritura femenina, pero en

absoluto cultivada…, unos garabatos poco legibles.

Avalon dijo con un suspiro:

—Eso es lo mejor que uno puede esperar en estos días de degeneración.

MacShannon sonrió.

—Lo creo. En cualquier caso, estudié aquella carta tan a fondo durante los días siguientes que todavía la recuerdo treinta y seis años después. Y no es que hubiera mucho para recordar. No tenía fecha y simplemente comenzaba: *Querido Mr. Benham, lo he pasado muy bien, y ha sido usted muy amable al prometerme comprobar el asunto de la oportunidad de trabajo. Por favor, hágamelo saber y gracias*.

—Veo lo que usted quiere decir —observó Halsted—. Su vecino podía tener para usted un trato glacial; pero la mujer que le escribía creía que era un hombre amable.

Trumbull comentó:

—Muchos hombres esquinados se ablandan ante una joven para llegar al final acostumbrado.

MacShannon mostró desacuerdo.

—No pensé en nada así. Lo que me pareció fue que la carta sonaba a tan inocente como yo había pensado que tenía que ser. Todo el asunto sobre oportunidades de trabajo y amabilidad podía ser sólo un propósito de escribir al azar, por decirlo de alguna manera. Para mí, eso significaba que era muy probable que el sobre fuese lo importante. La cuestión era: ¿Qué tenía que hacer yo? Estuve agitado durante algunos días y luego, por fin, me puse en acción… Por favor, recuerden que era joven e ingenuo en aquellos tiempos, porque, al fin me fui a la oficina local del FBI.

Drake sonrió y manoseó el cenicero que tenía delante.

—Usted se arriesgó a ponerse en ridículo.

—Incluso yo me di cuenta —reconoció MacShannon—. Recuerdo que, a medida que yo contaba mi historia a un funcionario al parecer educadamente aburrido, me sentía más tonto, puesto que me sonaba cada vez menos convincente en mis propios oídos. Tenía varias cosas a mi favor, sin embargo. El senador McCarthy había logrado que fuera imposible para cualquier agente pasar por alto ninguna historia de espías. Después de todo, le costaría una gran bronca si dejaba escapar uno sin tener que haberlo hecho.

—Puedo entenderlo —intervino Halsted—. Un agente que desechara algo por equivocación sería probablemente acusado de ser un espía él mismo, o un miembro con carnet del partido comunista.

—Sí —convino MacShannon—. El FBI tiene que investigar cualquier cosa que se le lleve, incluso en épocas fáciles. Imagínese en la cumbre de la manía de McCarthy… Luego, también, resultó que Benham, este vecino mío, tenía un puesto en la industria de videojuegos y estaba en situación de conocer unas pocas

cosas que el Pentágono deseaba claramente que fueran conservadas en secreto. En realidad, fue mi comprensión final de este hecho lo que suscitó mi propio interés por los ordenadores, de modo que en cierto modo, le debo mi carrera presente a Benham. En cualquier caso, fui escuchado y se quedaron con la carta. Me dieron un recibo, aunque no era mía.

—Estaba en posesión suya —observó Rubin—, y le pertenecía, dado que su amo anterior la había tirado y abandonado, convirtiéndola en propiedad de cualquiera que la cogiese.

—En cierto modo —explicó MacShannon—, entré en una asociación distante con el FBI, porque me pidieron que vigilara a Benham e informase de cualquier otra cosa que considerase insólita o sospechosa. Esto me convirtió en un espía vulgar; lo cual, mirando hacia atrás, hace que me sienta un poco incómodo; pero yo tenía el convencimiento de que se trataba de un agente enemigo, y era un poco romántico en aquel entonces.

—Y usted podía haber sido contagiado por la época —opinó Avalon.

—No me sorprendería —asintió MacShannon—. En aquel momento, naturalmente, no sabía de cierto lo que estaba haciendo el FBI; pero, al final, me hice amigo del agente con el que había hablado la primera vez, en particular cuando se fue viendo que Benham era en verdad otra cosa distinta a la que parecía, de modo que el agente no pudo dejar de pensar en mí favorablemente.

Rubin concluyó:

—Entonces el sobre escondido resultó ser importante, supongo.

—Déjenme contarles, por orden, cómo sucedieron las cosas —rogó MacShannon—. Investigaron la carta que les di, buscando alguna especie de clave. Lo que a mí me parecía insignificante podía tener un sentido oculto. No pudieron encontrar ninguno. Tampoco hallaron escritura escondida o cualquier cosa técnicamente avanzada, y eso hizo que mi historia fuera más persuasiva, dado que yo, desde el principio, sin duda, había insistido en la importancia del sobre.

» Tomaron por costumbre interceptar la correspondencia de Benham y abrirla, leerla, volverla a cerrar y enviarla de nuevo. Observé el proceso en una ocasión y me causó una sensación horrorosa. Me pareció muy poco norteamericano. No había modo de decir, al acabar, que la carta había sido abierta, o que se había manipulado de algún modo, y yo, desde entonces, nunca he podido confiar del todo en mi propio correo. ¿Quién sabe si alguien estaba estudiándolo sin mi conocimiento?

Rubin comentó secamente:

—Si pensamos así, las llamadas telefónicas pueden ser escuchadas, las habitaciones pueden ser provistas de micrófonos secretos, las conversaciones al aire libre pueden ser oídas.

Vivimos en un mundo falto de intimidad.

—Estoy seguro de que tiene razón —convino MacShannon—. En cualquier caso, ellos tenían un particular interés en cualquier carta que Benham recibiera de la joven cuyo escrito había cogido yo. Éstas tenían sus propios puntos de interés para un entrometido, porque, tal como finalmente mi amigo el agente me explicó, estaba claro que había un asunto de amor que estaba brotando allí. Las cartas se iban haciendo más apasionadas y decididas; pero las de la mujer, al menos, siempre eran garabatos breves y continuaban mostrando que no había ninguna gran capacidad intelectual en ellas.

Drake sonrió.

—La capacidad intelectual no es siempre lo que persigue un hombre.

Halsted preguntó:

—¿Cuánto tiempo siguió la investigación?

—Meses —respondió MacShannon—. Fue un asunto intermitente.

—Oiga —objetó Gonzalo—, si la carta se refería a un asunto amoroso podía no ser importante. Los agentes están en la tarea de recoger y transmitir información. Y no van a enamorarse.

—¿Por qué no? —exclamó Avalon sentencioso—. El amor llega cuando quiere, a veces a las personas que menos se espera y en las situaciones más improbables. Ésta es la razón por la cual Eros, el dios del amor, suele representarse como ciego.

—No es eso lo que quiero decir —protestó Gonzalo—. Naturalmente que pueden enamorarse; pero no utilizarían sus comunicaciones oficiales, si pueden llamarse así, como vehículo. Tratarían del amor en su momento, por hablar un poco a su manera, dejarían tranquilos los mensajes importantes.

MacShannon opinó:

—No, si los mensajes auténticos estuvieran en el sobre. Cuanto más intrascendente fuera la carta en sí, mejor. ¿Por qué no expresar un asunto amoroso, incluso un asunto amoroso sincero, en la misma carta? ¿Quién pensaría en mirar los sobres en los casos en que la carta misma parece tan importante al que la escribe y al que la lee? Si yo no le hubiera visto conservar el primer sobre…

—Bien —intervino Trumbull, un poco impaciente—, sigamos con ello. Tengo alguna conexión con el contraespionaje y estoy seguro de que investigaron los sobres.

—Lo hacían, en verdad —afirmó MacShannon—. Cada uno de ellos, tanto si eran de la joven como si no. Al menos, el agente me dijo que lo hacían, y yo no tenía ninguna razón para creer que mintiera. Por supuesto que yo me preguntaba, en aquel momento, si lo que estaban haciendo era legal. Me parecía muy poco norteamericano, tal como he dicho.

—Sin duda era ilegal —observó Trumbull—. No tenían ninguna prueba de acción delictiva. Conservar un sobre vacío puede parecer sorprendente, pero no

es un delito. Sin embargo, la seguridad nacional perdona multitud de pecados y hace la vista gorda, de cuando en cuando, ante un poco de ilegalidad.

—Es malo en principio —gruñó Rubin—. Un poco de ilegalidad conduce a mucha y en menos de nada sería como la Gestapo.

—No hemos llegado a eso todavía —dijo Trumbull—, y existe un rígido freno sobre estas organizaciones.

—Sí, cuando las cogen —comentó Rubin.

—Las cogen lo bastante a menudo como para que se mantengan dentro de unos límites. Vamos, Manny, dejemos continuar a MacShannon. Nos está contando que el FBI inspeccionaba los sobres.

—En efecto, lo hacían —afirmó MacShannon—. Despegaban los sellos para ver lo que había debajo. Estudiaban cualquier cosa escrita que hubiera en el sobre hasta el último detalle y sometían el papel a todas las pruebas conocidas. Incluso lo sustituían por sobres nuevos que ellos hacían exactos a los viejos, con la excepción de que introducían pequeños cambios sin importancia. Querían ver si el sobre nuevo tenía algo mixtificado que redujera su mensaje a una tontería.

Drake observó:

—Se tomaron muchas molestias por una cosa tan endeble como el relato de usted.

—Se lo pueden agradecer a McCarthy —aclaró MacShannon de forma escueta—. Pero nunca encontraron nada ni en las cartas ni en los sobres.

Rubin intervino:

—Espere, Mr. MacShannon, cuando usted comenzó esta historia, dijo que como resultado de su interés por los sobres usted descubrió a un espía cabal. ¿Lo hizo o no lo hizo?

—Lo hice —afirmó MacShannon con vehemencia—. Lo hice.

—¿Va usted a decirnos —preguntó Rubin— que, como resultado de la investigación, otra persona fue atrapada como espía?

—No, no. Fue Benham. Benham.

—Pero usted acaba de decir que las cartas y los sobres no mostraban nada. Lo ha dicho, ¿no?

—Yo no dije exactamente que no mostraban nada; lo que dije fue que él FBI no encontró nada en la correspondencia. Sin embargo, ellos no se limitaron a eso. Trabajaron en el otro extremo: su empleo. Inspeccionaron su carrera en el trabajo, lo mantuvieron bajo vigilancia oculta y finalmente encontraron lo que estaba haciendo y con quién. Llegué a la conclusión de que se había roto un anillo importante de espías y escuché algunas palabras agradables por parte del FBI. Nada oficial, naturalmente; pero fue la gran emoción de mi vida. Y yo debía todo ello, en cierto modo, a haber coleccionado matasellos cuando era muchacho.

Hubo quizá menos satisfacción en las caras de los Viudos Negros reunidos que

en la de MacShannon.

Avalon inquirió:

—¿Qué pasó con la joven? ¿Con el amor de Benham? ¿También la pescaron a ella?

Por un momento, MacShannon pareció dudar.

—No estoy seguro del todo —reconoció—. Nunca me lo dijeron. Mi impresión, en aquel momento, fue que había pruebas insuficientes en el expediente de ella, dado que no sacaron nada de las cartas o los sobres… Pero ésa es la única cosa que me preocupa. Yo cogí a Benham porque él había conservado aquel sobre. ¿Por qué no pudieron ellos encontrar nada en los sobres? Si Benham y los demás tenían algún sistema secreto de comunicación en el cual el FBI no logró penetrar, quién sabe qué daño se ha hecho desde entonces por este medio.

Halsted comentó:

—Quizás el FBI no encontró nada en el sobre porque no había nada que encontrar allí. Los espías no son espías todos los minutos de su vida. Quizás el asunto amoroso era tan sólo un asunto amoroso.

El buen humor de MacShannon, hasta entonces infalible, comenzó a evaporarse. Tenía un aspecto un poco sombrío cuando preguntó:

—Pero entonces, ¿por qué conservó aquel sobre? Siempre vamos a parar a eso. No estamos hablando de una persona corriente, sino de un espía, un espía auténtico. ¿Por qué tendría que desechar una carta con tanta despreocupación, de modo que cualquiera pudiese cogerla, y conservar un sobre vacío? Tiene que haber una razón. Si existe una razón inocente que no tiene nada que ver con su profesión, ¿cuál es?

Avalon dijo suavemente:

—Supongo que usted mismo nunca ha pensado que exista una razón adecuada, Mr. MacShannon.

—Ninguna, salvo que el sobre llevara un mensaje de alguna especie —respondió MacShannon.

—Sospecho —dijo Rubin— que usted no ha intentado pensar en lo que hemos estado llamando una explicación inocente, Mr. MacShannon. Quizás estaba muy satisfecho con su teoría del mensaje.

—En ese caso, piense usted mismo en una razón alternativa, Mr. Rubin —le pidió MacShannon, desafiante.

—Espere —intervino Halsted—. Mr. MacShannon no pensó al principio que fuera cosa de espías. Primero pensó que Benham estaba coleccionando matasellos…, o posiblemente sellos, por lo que se ve. Supongamos que aquella primerísima idea fuera correcta.

MacShannon observó:

—No, no infravaloren al FBI. Yo había mencionado mi primer pensamiento

y, en una ocasión, se las arreglaron para registrar su apartamento. No había señal alguna de manía coleccionista de ninguna clase. Ciertamente, no había ninguna colección de sobres. Eso fue lo que me dijeron.

—Podía usted habernos informado de eso —se quejó Rubin.

—Acabo de hacerlo —contestó MacShannon—; pero no es importante. La probabilidad de que guardase el sobre con propósitos coleccionistas era tan pequeña que no tenía sentido entretenerse con ella… Pues bien, ¿ha encontrado usted alguna otra explicación para el hecho de que conservase el sobre, Mr. Rubin? ¿O alguno de ustedes?

Drake sugirió:

—Podía haber sido una acción realizada sin pensar. La gente hace cosas por costumbre, las cosas más tontas. Su Mr. Benham quería guardar la carta y desechar el sobre y, sin pensar, hizo lo contrario.

—No puedo creer eso —declaró MacShannon.

—¿Por qué no? Se llama estar distraído —comentó Drake—. Posteriormente, cuando encontró que había conservado el sobre, pudo haber bajado para recuperar la carta y advertir que ya no estaba.

MacShannon opinó:

—Un hombre cuya carrera es el espionaje, sin duda no es distraído. No duraría mucho tiempo en ello si lo fuese. Además, sabía lo que estaba haciendo. Leyó la carta y la arrugó al momento y la desechó. Entonces miró el sobre pensativo y lo guardó con cuidado. Sabía muy bien lo que estaba haciendo.

—¿Está usted seguro? —preguntó Drake—. Sucedió hace treinta y seis años. Con todos los respetos, usted puede ser sincero recordando lo que usted quiere recordar.

—En absoluto —se opuso MacShannon fríamente—. Era la emoción más grande de mi vida y yo pasé mucho tiempo pensando en ello. Mi memoria es precisa.

Drake se encogió de hombros.

—Si usted insiste, es imposible discutir, naturalmente.

MacShannon observó, una tras otra, las caras que estaban alrededor de la mesa.

—Bueno…, ¿quién tiene una explicación alternativa? No era ninguna colección. Ninguna distracción. ¿Qué más…? Y no había ninguna atadura sentimental para el que escribía. Podía haber sido un asunto amoroso después, pero esa carta que Benham desechó era claramente la primera que él recibía. Él acababa de conocerla. E incluso si fue amor a primera vista, algo que él no me pareció propenso a que le ocurriese, habría guardado la carta, no el sobre.

Hubo silencio alrededor de la mesa, y MacShannon exclamó:

—¡Me ha preocupado este tema durante todos estos años! ¿Qué había en el sobre que hizo fracasar al FBI? Tendré que seguir preguntándomelo durante el

resto de mi vida.

—Espere —dijo Avalon—. La comunicación, si es que había alguna en realidad, podía haber estado solamente en el primer sobre, el que conservó, y el que el FBI presumiblemente no vio nunca. Todos los demás pueden haber sido limpios e intrascendentes.

La barbita de MacShannon tembló ante eso.

—Lo dejaré a Mr. Trumbull —aclaró—. Ha dicho que estuvo relacionado con el contraespionaje. ¿Hay algún conspirador que abandone un sistema de comunicación una vez se ha comprobado que es bueno?

Trumbull contestó:

—No es una ley cósmica; pero los trucos no se abandonan con facilidad, es cierto. Sin embargo, puede que no haya sido muy bueno a la larga. Ese sobre que conservó pudo ser el último de una serie en la que se empleaba una técnica que se estaba volviendo arriesgada. Podía, entonces, haber sido abandonada.

—¡Puede! ¡Puede que lo haya sido! —convino MacShannon con la voz elevándose hasta un chillido—. Tenemos dos hechos ciertos. Aquel hombre *era* un espía. Aquel hombre *guardó* un sobre vacío. Encontremos una explicación a por qué un espía tendría que guardar un sobre vacío, una explicación que no sea una pura especulación.

De nuevo hubo silencio en la mesa; MacShannon sonrió sardónico y concluyó:

—No existe tal explicación, salvo que llevase un mensaje.

En este momento, Henry, desde su situación junto al aparador, dijo suavemente:

—¿Puedo ofrecerle una sugerencia?

MacShannon se volvió ante esta entrada inesperada en la conversación y preguntó con aire fastidiado:

—¿Qué es lo que desea, camarero?

Gonzalo, inmediatamente, levantó la mano en un gesto que le invitaba a detenerse.

—Henry es miembro del club, Frank —explicó—. Se espera de él que contribuya.

—Ya veo —aceptó MacShannon, sin que sus modales se suavizaran.

—¿Qué es lo que usted desea decir, pues, buen hombre?

—Solamente, señor, que conservar un sobre vacío es algo tan normal que cualquiera de nosotros podría hacerlo y que todos lo hemos hecho en alguna ocasión.

—Lo niego —exclamó MacShannon.

—Considere, señor —dijo Henry tranquilamente—, que la carta que usted sacó de la papelera, era, tal como usted dijo, la primera que se había cruzado entre ellos. Los dos habían salido juntos en cierto momento, o quizá como

resultado de un encuentro casual. Hablaron. Ella, le contó las dificultades de conseguir un empleo adecuado y él se ofreció a ayudarle. Dado que él no era una persona agradable, como se desprende de la descripción que usted hizo de él, Mr. MacShannon, él debió sentirse atraído por ella y se esforzó en ser agradable contra su inclinación natural. No sabemos si era joven y bonita, pero es una suposición razonable. Ella debió haberse sentido atraída por él, también. Ciertamente la carta expresaba gratitud y animaba a continuar la correspondencia. Ella decía: « Por favor hágame saber lo que haya.» Y, de hecho, *hubo* más correspondencia y, al parecer, no existe ninguna otra cuestión sino que finalmente comenzó entre ellos un cierto romance. ¿Considera usted que todo esto es correcto?

—Sí —afirmó MacShannon—. ¿Pero a qué conduce todo ello?

—Podríamos seguir entendiendo —señaló Henry— que Mr. Benham quiso continuar la correspondencia con una mujer que podía ser joven y bonita y que, ciertamente estaba agradecida y bien dispuesta. Entonces usted nos contó el contenido de la carta, Mr. MacShannon, y dijo que lo recordaba palabra por palabra. No era una carta larga y acepto que tenga buena memoria. Era la carta de una mujer joven agradable; pero no bien organizada, porque usted dijo que no tenía fecha y casi todo el mundo que tenga algún sentido del orden pondría fecha en una carta.

—Sí —asintió MacShannon—. No tenía fecha; pero todavía no capto a dónde va usted a parar.

Henry observó:

—Alguien que sea lo bastante descuidado para dejar una carta sin fecha puede igualmente haber omitido otras cosas. Usted dijo que comenzaba, sin preámbulo, con un « Querido Mr. Benham» . Supongo, pues, que no había ningún remite incluido en la hoja de la carta.

El gesto fruncido de MacShannon de suavizó y dijo con una nota de sorpresa:

—No, no lo había.

—Entonces —continuó Henry—, dado que la carta no era una carta de amor y que Benham no era el tipo de persona, quizá, que ponga cerca de su corazón ni siquiera una carta de amor, él la arrugó y la tiró. Sin embargo, quería contestarla y quizás animar una relación que sospechaba que podía ser sexualmente satisfactoria. Las personas que no ponen el remite en la misma carta a menudo lo ponen en el sobre. Así que Mr. Benham miró el sobre, se dio cuenta de que llevaba remite, y lo conservó para poder contestar a la joven. Sin duda, es una explicación razonable.

Una ola de breve aprobación barrió la mesa y Henry, ruborizándose ligeramente, exclamó:

—Gracias, caballeros.

MacShannon, claramente desconcertado, observó:

—Pero, en ese caso, el sobre no tenía nada que ver con el espionaje de Benham.

—Tal como Mr. Halsted ha comentado antes —dijo Henry—, un espía no tiene que serlo en cada momento de su vida. Ha de tener intervalos de normalidad. Sin embargo, él transgredió una regla principal de la profesión, creo.

—¿Cuál era, Henry? —preguntó Trumbull.

—Me parece que cualquiera que esté metido en la difícil profesión del espionaje debe, ante todo, no llamar la atención.

No debería haber conservado el sobre ni desechado la carta delante de un testigo. Ni siquiera debería haberla abierto y leído en presencia de nadie… Naturalmente, Mr. Benham, no tenía manera de saber que el joven al que siempre ignoraba deliberadamente, había coleccionado matasellos en cierto momento y que, por tanto, estaba sensibilizado respecto de los sobres.

Post Scriptum

Alguna vez que otra, mi momento favorito para escribir historias de Viudos Negros es cuando estoy de vacaciones. Janet y yo vamos de crucero a las Bermudas. Durante siete días, estoy lejos de mi máquina de escribir, mi procesador de textos y mi biblioteca de consulta. Lo que hago, bajo condiciones tan abismales, es meter, como de matute un bloc de papel y algunos bolígrafos en mi equipaje, y entonces escribo historias de ficción. Esta narración y la siguiente fueron escritas en un viaje a las Bermudas, en julio de 1988, junto con una tercera historia que no era de Viudos Negros, así que las vacaciones no fueron del todo una pérdida de tiempo.

Por cierto, hasta que no reuní las narraciones para formar esta colección, no me di cuenta de que el punto central de El sobre estaba utilizado también en Atardecer en el agua. Esto ocurre a veces, sobre todo cuando uno escribe tanto y tan asiduamente como yo; pero me hace sentir igualmente incómodo.

Este relato apareció por vez primera en Ellery Queen's Mystery Magazine.

LA COARTADA

Durante la hora del aperitivo que precedía al banquete de los Viudos Negros, Emmanuel Rubin estaba de un humor suave, cosa desacostumbrada en él. Y también era desacostumbrada su actitud pensativa… Pero se mostraba didáctico de modo tópico.

Estaba explicando a Geoffrey Avalon, aunque su voz era lo bastante fuerte como para llegar a todos los rincones de la habitación:

—No sé cuántas narraciones de misterio, o historias de suspense, como se tiende a llamarles ahora, se han escrito; pero el número se acerca a lo astronómico. Por supuesto, no las he leído todas. Naturalmente, el anticuado relato de enigmas está pasado, aunque me gusta escribir alguno de cuando en cuando; pero incluso el relato psicológico moderno en el cual el crimen se menciona sólo de pasada, y en cambio los mecanismos internos del alma torturada del criminal ocupan miles de palabras torturadas, puede tener sus aspectos enigmáticos. A lo que me refiero, es a que estoy intentando imaginar una nueva clase de coartada que se destruya de una forma nueva y me pregunto qué probabilidades tengo de inventar alguna que no haya sido utilizada nunca. Por ingenioso que sea, ¿cómo puedo saber que alguien, hace mucho tiempo, en algún volumen oscuro que nunca he leído no utilizó precisamente la misma clase de ingenio? Envidio a los primeros que cultivaron la especialidad. Casi ninguna de las cosas que inventaron había sido utilizada antes.

Avalon inquirió:

—¿Cuáles son las probabilidades, Manny? Si usted no ha leído todos los relatos de suspense que se han escrito, tampoco lo ha hecho ningún otro lector. Simplemente invente algo. Si es una repetición de algún artilugio oscuro que apareció en una novela publicada hace cincuenta y dos años, ¿quién lo sabrá?

Rubin contestó en tono áspero:

—Alguien, en algún lugar, habrá leído aquella novela temprana y me escribirá para comunicármelo. Y lo más probable es que lo haga de un modo sarcástico.

Mario Gonzalo, desde el otro extremo de la habitación, gritó:

—En su caso, no tendrá importancia, Manny. Existen tantas otras cosas para criticar en sus relatos, que probablemente nadie se preocupará de señalar que sus

trucos son viejos.

—Habla una persona —comentó Rubin— que en toda una vida de dedicarse al retrato, solamente ha producido caricaturas.

—La caricatura es un arte difícil —contestó Gonzalo—, como debería usted saber, si supiera algo de arte.

Gonzalo estaba bosquejando al invitado de la noche con objeto de que el dibujo pudiera añadirse a los que estaban colocados en la pared de la habitación del restaurante « Milano» , donde tenían lugar los banquetes.

Esta vez tenía lo que parecía una tarea fácil, porque el invitado traído por Avalon, que era el anfitrión de la noche, lucía una magnífica mata de pelo blanco, espeso y algo ondulado que brillaba como la plata a la luz de la lámpara. Sus facciones regulares y su espontánea sonrisa, que mostraba sus dientes bien alineados, hacía ver claramente que era uno de aquellos hombres que van haciéndose más majestuosos y agraciados con la edad. Se llamaba Leonard Koenig, y Avalon lo había presentado solamente como « mi amigo» .

Koenig observó:

—Usted me está haciendo parecer como una estrella de cine superveterana, Mr. Gonzalo.

—No puede engañar al ojo de un artista, Mr. Koenig —repuso Gonzalo—. ¿Lo es usted, por casualidad?

—No —contestó Koenig sin más explicaciones.

Rubin se rió.

—Mario tiene razón, Mr. Koenig —afirmó Rubin—. Usted no puede engañar al ojo de un *artista*.

Con eso la conversación se hizo más general, interrumpiéndose temporalmente sólo cuando la suave voz de aquel incomparable camarero, Henry, anunció:

—Por favor, tomen asiento, caballeros. La cena se está sirviendo.

Todos se sentaron para tomar su sopa de tortuga, la cual Roger Halsted, como *gourmet* del club, probó con cuidado antes de darle la bendición de una amplia sonrisa.

A la hora del brandy, Thomas Trumbull, cuyo cabello blanco muy rizado perdía categoría de algún modo, frente al del invitado, más brillante y suave, asumió la tarea del interrogatorio.

—Mr. Koenig, ¿a qué se dedica usted? —preguntó.

Koenig le dirigió una amplia sonrisa y luego dijo:

—A la vista de los problemas de Mr. Rubin con la invención de coartadas, supongo que puedo fácilmente explicar mi ocupación y revelarles que, en mi época, fui un rompedor de coartadas.

—Su profesión no ha sido anunciada por Jeff —observó Trumbull—. ¿Puedo suponer, pues, que pertenece usted a las fuerzas de la Policía?

—No del todo. No estoy en una fuerza ordinaria de Policía. Me encuentro en el contraespionaje; o, para decirlo con más exactitud, me encontraba. Me retiré pronto y me pasé a la abogacía, que es como conocí a Jeff Avalon.

Las cejas de Trumbull se alzaron de modo brusco.

—¿Contraespionaje?

Koenig volvió a sonreír.

—He leído en su mente, Mr. Trumbull. Conozco su situación con el Gobierno y usted se está preguntando por qué no sabe mi nombre. Le aseguro que soy un elemento menor y que, excepto en una ocasión, nunca hice nada notable. Además, como sabe, no entra en la política del departamento hacer públicos los nombres de sus miembros. Realizamos mejor nuestro trabajo en la oscuridad. Y, como he dicho, me retiré pronto. En cualquier caso, he sido olvidado.

Gonzalo preguntó con avidez:

—Esa coartada que rompió usted, ¿cómo lo hizo?

—Es una larga historia —respondió Koenig— y no es ninguna cosa de la que debiera hablar con detalle.

—Puede usted confiar en nosotros —le aseguró Gonzalo—. Nada de lo que se diga en ninguna reunión de los Viudos Negros es mencionado jamás fuera de ella. Eso incluye a nuestro camarero, Henry, que también es miembro del club. Tom, explíqueselo.

—Bien, es verdad —corroboró Trumbull de mala gana—. Todos nosotros somos modelos de discreción. A pesar de ello, no puedo presionarle a usted para que hable de asuntos de los que no debería hablar.

Avalon frunció los labios, pensativo:

—No estoy seguro de que podamos tomar esa actitud, Tom. Las condiciones del banquete son que el invitado debe contestar a todas las preguntas y confiar en nuestra discreción.

Gonzalo intervino:

—Verá, Mr. Koenig, usted puede omitir cualquier cosa que crea que es demasiado delicada para hablar de ella. Describa sólo la coartada y no nos explique cómo la rompió. *Nosotros la romperemos* por usted.

James Drake se rió.

—No haga promesas precipitadas, Mario.

—Podemos intentarlo —decidió Gonzalo.

Koenig dijo, pensativo:

—¿Quiere decir que desean convertir esto en un juego?

—¿Por qué no, Mr. Koenig? —respondió Gonzalo—. Y Tom Trumbull puede descalificarse a sí mismo si resulta que recuerda el caso.

—Dudo de que sea así. Todo el asunto consistía en « buscar más

información» y él no formaba parte de la misma organización que yo. —Koenig hizo una pausa para pensar durante un momento—. Supongo que es posible transformarlo en juego; pero esto sucedió hace casi treinta años. Espero recordar todos los detalles.

Se aclaró la garganta y empezó.

—Es interesante —comentó Koenig— que Mr. Rubin mencionara los relatos que hablan de la psicología del criminal, porque, en mi antiguo trabajo, había muchas cosas que dependían de la psicología del espía. Había gente que traicionaba a su país por dinero, o por rencor, o por apasionamiento sexual. Estas personas son fáciles de manejar porque, en cierto modo, no tienen un fuerte apuntalamiento de convicción y, si se las coge, aflojan con facilidad.

—La codicia es lo que cuenta —señaló Halsted vivamente—, y uno no tiene que ser un espía. El político corrupto, el hombre de negocios que engaña al fisco, el industrial que defrauda a las Fuerzas Armadas con precios exagerados y trabajos de mala calidad, pueden hacer tanto daño al país como un espía.

—Sí —convino Rubin—; pero estos tipos irán pregonando su patriotismo por todo el país. Pueden robar al Gobierno y a la gente; y, mientras cuelguen la bandera en el *Memorial Day* y denigren a los extranjeros y a cualquiera que esté a la izquierda de Genghis Khan, serán grandes tipos.

—Ésa es la razón —señaló Avalon— por la que Samuel Johnson señaló que el patriotismo era el último refugio del granuja.

—Sin duda —asintió Koenig—. Pero nos estamos desviando del tema. Iba a decir que también existen espías que hacen su trabajo por un sentimiento ideológico fuerte. Pueden hacerlo por admiración hacia los ideales de otra nación, o porque sienten que están sirviendo a la causa de la paz mundial o que, de alguna otra manera, se están comportando con nobleza ante sus propios ojos. No podemos realmente quejarnos de eso, porque hay gente en países extranjeros que trabajan para nosotros por razones idealistas similares. De hecho, tenemos más colaboradores de ésos que nuestros enemigos. En cualquier caso, estos ideólogos son los espías realmente peligrosos, porque hacen planes más cuidadosos, están deseosos de asumir riesgos mayores y son mucho más resueltos cuando los cogen. Un hombre de esa clase era Stephen. Dense cuenta de que estoy utilizando sólo su nombre, y Stephen tampoco es su nombre de verdad.

—Stephen vivía una vida tranquila —dijo Koenig—; no atraía la atención. No cometió el error de intentar cubrir sus verdaderos propósitos mediante una falsa profesión de patriotismo. Lo que ocurría era que, por su trabajo y circunstancia,

tenía a su disposición muchos asuntos que no queríamos que el enemigo alcanzara. Sin embargo, hay muchísima gente que conoce cosas que sería mejor que fueran confidenciales, y la gran mayoría son personas dignas de confianza. No existe ninguna razón para suponer que Stephen no era tan de fiar como cualquiera de ellos.

» Sin embargo, había ciertos datos que el enemigo desearía conocer de modo particular, datos a los cuales tenía acceso Stephen. Él podía con facilidad pasárselos al enemigo; pero, si lo hacía, las circunstancias eran tales que, en seguida se convertiría en sospechoso. Pues llevaría a una certeza moral de que él era el culpable. Sin embargo, era tanta la importancia de la información, que él *tenía* que obtenerla.

» Observen, a propósito, que yo no les cuento nada en absoluto acerca de la naturaleza de los datos en cuestión, acerca del modo en el cual él tenía acceso a ellos, o la manera que tenía de hacer la transferencia. Todo eso carece de importancia para el pequeño juego que estamos haciendo. Ahora déjenme intentar ponerme en el lugar de Stephen…

» Él sabía que tenía que realizar una tarea y que instantáneamente resultaría sospechoso, muy sospechoso. Creyó que debía protegerse a sí mismo de algún modo. No era tanto por temor a la prisión, puesto que podía ser canjeado. Tampoco, me imagino, temía a la muerte, dado que las circunstancias de su vida eran tales que debía saber que vivía con la posibilidad de la muerte, incluso de una muerte desagradable.

» Sin embargo, como patriota, pues supongo que él se consideraba como tal, no quería ser cogido, porque sabía que no podría ser remplazado con facilidad. Además, si podía de alguna manera ser absuelto de sospecha, nuestro departamento tendría que mirar por otro lado. Eso desperdiciaría nuestras energías y colocaría bajo sospecha a muchas personas inocentes, todo lo cual redundaría en desventaja nuestra.

» ¿Pero cómo podía evitar ser cogido cuando él era, por necesidad, el evidente culpable? Estaba claro que tendría que estar en dos lugares…, en la ciudad, donde podría continuar su tarea, y al mismo tiempo en un lugar lejano, de modo que pareciera que no podía tener nada que ver con la tarea aquella. La única manera de conseguirlo era que hubiera dos personas.

» Aquí está el modo en que lo arregló, como por fin averiguaremos. El país para el cual trabajaba Stephen proporcionó un sosias a quien podemos llamar Stephen Dos. Imagino que si Stephen y Stephen Dos estuvieran juntos, sería fácil distinguirlos; pero si alguien veía a Stephen Dos y luego, al cabo de unos cuantos días, al mismo Stephen, creería que había visto a la misma persona.

» También sería lógico suponer que la semejanza de Stephen Dos con Stephen fue reforzada. Se le peinaría igual, se le dejaría el mismo bigotito, imitaría la voz de Stephen, según las grabaciones que le proporcionaban, y haría su firma tal

como estaba registrada en documentos. Incluso habría aprendido a hacer uso de algunas de las expresiones favoritas de Stephen. Naturalmente, tendría que ser alguien que hablase inglés y entendiera la cultura igual que lo hacía Stephen.

» Todo esto debió requerir tiempo y esfuerzo considerables; pero eso demuestra la importancia de lo que el enemigo pretendía.

» Nosotros acabamos reconstruyendo lo que hizo Stephen y estamos convencidos de que la reconstrucción es, en esencia, correcta. A medida que se acercaba el momento, Stephen hizo que se supiese de un modo casual, como parecía adecuado, que él se iría a las Bermudas para pasar una semana de vacaciones en un crucero. Cuando llegó la hora, se escondió y cambió ligeramente su aspecto, de modo que no fuera reconocido mientras efectuaba el robo y la transmisión de los datos con toda la suavidad y tan a escondidas como le fue posible. Fue Stephen Dos, naturalmente, quien hizo el viaje a las Bermudas.

» Ocurría que el verdadero Stephen nunca había estado en las Bermudas y eso le resultó útil. Haber estado allí sólo una vez justificaría que no conociera todo lo que había que conocer acerca de la isla. Sin embargo, tenía que saber lo que él mismo había hecho en la isla. Con ese propósito, había encargado a Stephen Dos que le enviara, por medio de una simple clave y de una dirección segura de alojamiento, una relación condensada, pero detallada, de lo que hizo y vio allí. En particular, Stephen Dos tenía que hacer muchas cosas sin importancia que él debería explicar con detalle, para que Stephen pudiera utilizarlas como prueba de haber estado en las Bermudas. Una referencia casual a algo sin importancia, podía hacer que pareciera una prueba convincente.

» Estamos completamente seguros de que Stephen ordenó a Stephen Dos que hiciera amistad en el barco con alguna mujer lo bastante atractiva, y estuviera tan amable con ella que, sin duda, le recordara…, aunque no tanto que ella pudiera detectar alguna diferencia entre los dos Stephen.

» No quería de ningún modo que Stephen Dos la tratase más íntimamente y comenzara un romance. Imagino que Stephen no deseaba que le crearan una situación que pudiera hacerle sentirse incómodo; y una mujer que imaginase que habían sido amantes, cuando eso era algo que no podría negar sin incurrir en gran peligro para sí mismo, representaría sin duda una molestia.

» La semana durante la cual Stephen Dos estuvo en las Bermudas debió haber sido un período de gran suspense para Stephen. Llevó a cabo su propia tarea, pero ¿qué pasaría si el barco del crucero embarrancaba o si Stephen Dos caía por la borda o tenía un accidente en las Bermudas y era hospitalizado, lisiado o incluso muerto? O, supongamos, que a Stephen Dos se le tomaran las huellas digitales por alguna razón o se volviera traidor (o hubiera abandonado la causa, desde nuestro punto de vista). Cualquier cosa de este tipo habría destruido la coartada de Stephen y hubiera causado con seguridad su encarcelamiento.

» Naturalmente, no ocurrió nada de eso. Stephen Dos envió sus cartas como

era debido, numerando cada una de ellas de modo que Stephen pudiera estar seguro de que ninguna se había perdido. Stephen memorizó, con cuidado todas las cartas lo mejor que pudo.

» Finalmente, Stephen Dos volvió de las Bermudas y, con tranquila habilidad, desapareció y se volvió a su propio país, mientras Stephen reasumía su identidad.

» Dos semanas después del viaje a las Bermudas, nosotros tuvimos motivo para sospechar que los datos que había buscado Stephen habían sido interferidos. Una rápida investigación probó el caso y el dedo de la sospecha señaló con fuerza y sin discusión a Stephen.

» Un grupo de los nuestros cayó sobre él.

» Stephen era digno de admiración a su modo. Su disgusto ante la pérdida de la información parecía totalmente sincero y admitió, afligido, que era el lógico sospechoso, y en verdad el único.

» —Pero —señaló con suave paciencia— yo estaba en el *Island Duchess* desde el día nueve hasta el dieciséis y estuve en las Bermudas entre el once y el catorce. Si la pérdida tuvo lugar durante ese período, yo, simplemente, no pude haberlo hecho.

» Nos dio muchos detalles y, naturalmente, disponía de amplia documentación en el sentido de que había comprado tickets, embarcado, desembarcado, pagado su cuenta del bar y algunos otros gastos, etc. Todo parecía estar en orden. Ni siquiera resultaba sospechoso que pudiera proporcionar todo esto si se le pedía. Él aclaró: "Voy a desgravar parte de esto como gastos de trabajo y, por tanto, necesitaré documentos para Hacienda."

» Parecía haber, entre mis compañeros, una tendencia a aceptar esto y preguntarse si podía haber otros sospechosos, después de todo. Me mantuve alejado. Stephen parecía, por alguna razón, demasiado suave conmigo, y yo insistí en continuar preguntándole mientras los demás abordaban otros aspectos del caso. Ése fue mi gran éxito como cazador de espías, naturalmente. Si yo hubiera tenido uno o dos más así, el departamento quizá no hubiera estado tan dispuesto a dejarme marchar cuando pedí el retiro; pero no los tuve. Ése fue mi único triunfo.

» En una segunda entrevista, le dije: "¿Estuvo usted en el barco o en las Bermudas en todo momento desde el embarque hasta el desembarco?" "Sí, naturalmente —respondió—. Yo estaba a merced del barco." "No del todo, señor", le dije. Él frunció un poco el ceño, como si intentase penetrar lo que yo quería decir y entonces inquirió: "¿Quiere decir que yo podía haber volado desde el barco hasta aquí y luego otra vez al barco y, de ese modo, haber estado aquí para realizar el trabajo y allí para tener una coartada?" "Algo así", contesté sombrío. Él, entonces, me dijo: "Yo no podía entrar en un avión sin identificarme." Y le contesté: "Existen cosas tales como falsas identificaciones deliberadas." "Lo entiendo —respondió—; pero supongo que uno puede

comprobar si un helicóptero ha abandonado el barco en algún momento. Supongo que se puede comprobar cada pasajero de cualquier vuelo entre aquí y las Bermudas durante el tiempo en que yo estuve en la isla y ver si hay algún pasajero sin registrar o si hay algo que no sea una persona real de mis características."

» No me preocupé en decirle a Stephen que dichas comprobaciones estaban en marcha…, y que, a la postre, no habían descubierto nada.

» Nuestras entrevistas fueron grabadas, naturalmente, con el permiso de Stephen. Le habíamos leído sus derechos; pero él dijo que estaba dispuesto a hablar y no pidió ningún abogado. Era el mismísimo modelo de ciudadano inocente confiado en su inocencia y eso bastó para levantar mis sospechas de algún modo. Él parecía demasiado bueno para ser sincero, y demasiado confiado. Entonces comencé a preguntarme si tendría un hermano gemelo, de modo que pudiera parecer que él estaba en las Bermudas mientras permanecía en casa. Eso se averiguó también, y se estableció que era hijo de un parto único y en realidad hijo único… Pero la idea de un sosias permaneció en mi mente.

» Yo le dije en una entrevista posterior: "¿Permaneció usted en el barco mientras estaba en las Bermudas? ¿O en un hotel?" "En el barco", me respondió. Y seguí preguntándole: "¿Había estado usted alguna vez antes en las Bermudas? ¿Es usted un personaje conocido allí de algún modo?" "Era mi primer viaje a las Bermudas", me dijo. "¿Hay alguien que pueda testificar su presencia en el barco cada día? ¿Hay alguien que pueda atestiguar que usted estaba en las Bermudas cuando se hallaba fuera del barco?" Él dudó. "Yo estaba solo en el crucero —explicó—. No fui con amigos. Después de todo, no tenía idea, no tenía ni la más mínima noción…, ¿cómo podía tenerla…?, de que tendría que probar que estaba en el barco." Yo me sonreí. Eso parecía demasiado ingenioso.

» "No me irá usted a decir —argumenté— que usted era un recluso que se escondía por los rincones sin hablar con nadie." "No —respondió, con aspecto un poco incómodo—. En realidad yo era bastante amable, pero no puedo garantizar que ninguna de las personas con las que me relacioné casualmente pueda recordarme. Excepto…" "¡Siga! —le presioné—. ¿Cuál es la excepción?"

» "Había cierta joven con la cual hice amistad al principio del crucero. Se convirtió en mi compañera constante para decirlo de algún modo, en las comidas del barco y durante gran parte del tiempo que estuve en las Bermudas… No piense mal, Mr. Koenig. No había nada incorrecto en aquella relación. No estoy casado; pero, aunque lo estuviera, era solamente una amistad casual. Creo que ella podría recordarme. Bailamos en el barco, y en las Bermudas visitamos el acuario, fuimos juntos en el barco de fondo de cristal, hicimos excursiones, comimos en el Princess Hotel. Cosas así. Ella fue a la playa sola, sin embargo, porque yo tengo tendencia a evitar el sol."

» "¿La vio usted cada día?", le pregunté. Él pensó durante un momento y

repuso: “Sí, cada día. No durante todo el día, naturalmente. Y tampoco por la noche. Ella nunca estuvo en mi habitación ni yo jamás en la suya.” “No nos preocupa su moral, señor”, le dije. “Estoy seguro de ello —contestó—; pero no quiero decir nada que pudiera influir desfavorablemente en la moral de ella.” “Es usted muy considerado —comenté—. ¿Cómo se llamaba la joven?” “Artemis.”

» “¿Artemis?”, pregunté un tanto incrédulo. “Ése es el nombre que ella me dijo, y así es como oí que los demás la llamaban. Era una mujer muy bonita, que estaba a principios de sus treinta años, diría yo, con cabello rubio oscuro y ojos azules. Medía alrededor de un metro sesenta y cuatro.”

» “¿Y cuál era su apellido?”, le pregunté. Él dudó. “No recuerdo —dijo—. Puede que ella ni siquiera lo mencionase. Estábamos a bordo, ya sabe, todo era muy informal. Ella me llamaba Stephen. No creo que yo mencionara ninguna vez mi apellido.” “¿Y su dirección?” “No la sé. Ella hablaba como si fuera de Nueva York; pero no lo sé. Siempre se puede ir a mirar los registros del barco en aquella semana. Estaría en la lista y yo diría que las posibilidades de que haya dos Artemis son casi nulas. Seguramente tendrán su apellido y la dirección de su casa.”

» Cerré el aparato de grabar al oír eso y le advertí que, tal como se había acordado, él continuaría confinado en su apartamento durante el curso del interrogatorio; pero que se le llevaría cualquier cosa que necesitara y se le harían los recados que fueran razonables.

» Yo estaba decidido a probar, si podía, que el que había estado en las Bermudas no era Stephen, y estaba claro que, para esto necesitaría a aquella mujer.

» Se tardó tres días en arreglar los asuntos y cada uno de ellos fue un fastidio. Era obvio que yo no podía mantener a Stephen escondido indefinidamente, y en cierto momento él comenzó a quejarse bastante en serio, diciendo que tendríamos que presentar algo definitivo o dejarle marchar.

» Pero él no presentó demanda. Continuaba siendo un ciudadano modélico y, una vez tuve a Artemis localizada, lo organicé todo para que ella lo viera sin que él supiera que le estaba contemplando. Ella comentó: “Ciertamente tiene el mismo aspecto que Stephen.” Y yo propuse: “Vayamos a encontrarle, pues. Simplemente actúe con naturalidad; pero, por favor, mantenga los ojos abiertos y hágame saber si, por alguna razón, cree usted que no es el hombre que conoció en el barco.”

» La llevé a la habitación y Stephen la miró, sonrió y dijo sin dudar: “Hola, Artemis.”

» Ella dijo un poco vacilante: “Hola, Stephen.”

» Ella no era una buena actriz. Lo miró con ansiedad y Stephen habría tenido que ser mucho menos inteligente de lo que claramente era para no adivinar que

ella había recibido instrucciones y estaba intentando descubrir si él podía ser un impostor.

» Finalmente observó: "Ciertamente tiene el mismo aspecto que Stephen, excepto que Stephen tenía pelitos en la parte baja de los dedos. Yo lo consideraba muy viril. No los veo ahora."

» A Stephen no pareció importarle que se hablara de él en tercera persona, ni ofenderse porque la mujer buscara una diferencia. Solamente sonrió y levantó las manos: "El pelo está aquí." Ella declaró: "Tendría que ser más oscuro." Sin embargo, no parecía muy segura acerca de ello.

» Stephen dijo: "¿Recuerda la vez en la que yo tropecé con mis propios pies mientras estábamos bailando y mi mano se escapó de la suya y usted dijo que era porque eran tan suaves? Esto da a entender que usted estaba muy impresionada por mi vello, ¿no es cierto?"

» La cara de Artemis se iluminó. Ella se volvió hacia mí y dijo: "Sí, sucedió así."

» "Y usted recuerda que me excusé por ser un mal bailarín y usted siguió diciendo que era un buen bailarín, pero yo sabía que usted sólo se mostraba amable e intentaba hacer que me sintiera mejor. ¿Lo recuerda, Artemis?"

» Ella asintió con cara de felicidad. "Sí, lo recuerdo. Hola, Stephen. Me alegro de que sea usted."

» Stephen exclamó: "Gracias por reconocerme, Artemis. Me habría encontrado en un apuro considerable si no lo hubiera hecho."

» Yo interrumpí, con algo de irritación, supongo: "Espere, Miss Cataldo. No se precipite a sacar conclusiones."

» Él intervino: "¿Es ése su apellido, Artemis? Me lo preguntaron, pero yo no lo sabía. Nunca me lo dijo."

» Yo le hice un gesto de que se detuviera y continué: "Hágale algunas preguntas, Miss Cataldo; cosas pequeñas que él tenga que acertar."

» Artemis se ruborizó: "¿Me besó alguna vez, Stephen?"

» Stephen pareció un poco incómodo: "Lo hice una vez… solamente una vez. En el taxi, Artemis. ¿Recuerda?"

» No le di a la mujer ocasión de contestar. Dije ásperamente: "Vaya a los detalles, Stephen. Y sin vacilar."

» Él se encogió de hombros: "Estábamos en el taxi que nos llevaba a un lugar llamado Spittal Pond, un refugio de aves que Artemis deseaba ver. Artemis me riñó porque expresé lo agradable que era estar con una mujer joven que desease ver refugios de aves y no clubes nocturnos, y ella dijo que a la semana siguiente yo la habría olvidado por completo y ni siquiera recordaría su nombre. Así que protesté galantemente: '¿Qué dice? ¿Olvidar a Artemis, la casta cazadora?' Yo pasé la mano por delante de ella y escribí el nombre en la ventanilla del coche a la izquierda. Era un día húmedo y había una delgada película de vaho sobre el

cristal.”

» “¿Dónde entra el beso?”, pregunté. Y él contestó: “Bien yo estaba sentado a la derecha y me incliné por delante de su pecho con el brazo derecho para escribir su nombre. Mi brazo izquierdo estaba en el respaldo del asiento.” Él me mostró cómo estaba, estirando su brazo izquierdo detrás de un compañero imaginario y luego empujando su mano derecha por delante de él de modo que sus brazos casi encerraban a aquel compañero. Continuó: “Había acabado de escribir el nombre de ella, cuando el taxi dio un bandazo, por alguna razón. Mi codo casi tropezó con la cabeza del conductor, así que yo agarré el hombro de Artemis para mantenerme firme, por puro reflejo, y quedé abrazándola.” Él todavía estaba haciendo demostraciones. “Encontré la posición tan irresistible que la besé. Solamente en la mejilla, siento decir.”

» Yo miré a la mujer. “¿Qué?”

» Sus ojos estaban brillando y ella afirmó: “Así fue exactamente como sucedió. Mr. Koenig. Éste es Stephen, de acuerdo. No hay duda acerca de ello. —Y añadió con énfasis—: Identifico a este hombre como el hombre del barco y de las Bermudas.”

» Stephen sonrió con un toque de triunfo, según me pareció, y yo dije: “Muy bien, puede marcharse, Miss Cataldo.”

» Y eso fue todo.

Koenig dejó de hablar y miró a los Viudos Negros con las cejas levantadas.

Gonzalo explotó:

—¿Eso es todo? Pensaba que usted rompió la coartada.

—Lo hice, sí. Pero ustedes querían sólo que yo les hablara de la coartada. Y ahora les toca romperla.

—¿Y usted no se ha dejado nada?

—Nada esencial —respondió Koenig.

Avalon se aclaró la garganta y observó:

—Supongo que usted encontró a Stephen Dos. Eso rompería la coartada.

—Sí que lo hubiera hecho —asintió Koenig alegre—; pero nosotros nunca pudimos encontrar a Stephen Dos, lamento decirlo.

Halsted inquirió:

—¿Es posible que Miss como se llamase fuera pagada? ¿Que estuviera mintiendo?

—Si era así —respondió Koenig—, nosotros no encontramos ninguna prueba que lo respaldase. En cualquier caso, la coartada fue rota completamente aparte de cualquier cosa que ella dijera o dejase de decir… ¿Alguno de ustedes, caballeros, ha visitado alguna vez las Bermudas?

Hubo un silencio general y por fin Gonzalo respondió:

—Me llevaron allí cuando tenía cuatro años o algo así. No recuerdo nada.

Trumbull preguntó:

—¿Está usted insinuando que Stephen equivocó algunos de los lugares de las Bermudas? ¿Ocurrió que no había ningún refugio de aves de la clase que mencionó o ningún « Princess Hotel» o algo así?

—No, citó correctamente todos los lugares. No hubo ninguna equivocación que pudiéramos encontrar en cuanto se refería a la geografía o las vistas del lugar.

Hubo silencio de nuevo y Drake por fin preguntó:

—Henry, ¿hay alguna cosa en eso que le choque como pista aprovechable?

Henry, que estaba precisamente volviendo del estante de libros de consulta, comentó pensativo:

—No puedo hablar con conocimiento de primera mano, porque yo tampoco he estado nunca en las Bermudas; pero es posible que lo que Mr. Stephen contó, pudiera probar que él tampoco estuvo nunca en las Bermudas.

Drake inquirió con sorpresa:

—¿Por qué? ¿Qué es lo que dijo?

Henry explicó:

—Mr. Koenig terminó su relato con la descripción del beso en el taxi, así que yo pensé que algo en aquella explicación rompía la coartada. Las Bermudas son una colonia de la Corona británica y me llama la atención que pueda seguir la costumbre inglesa en cuanto se refiere a tráfico. Acabo de comprobar la Enciclopedia Columbia en el estante de consulta y no dice nada de eso; pero es una posibilidad.

» Sí, en las Bermudas el tráfico va por la izquierda, como en Gran Bretaña. Los coches deben tener el volante, y por tanto el conductor, en el lado derecho del asiento delantero, como en Gran Bretaña. Mientras que en los Estados Unidos, con el tráfico a la derecha, el volante y el conductor están a la izquierda. Si Mr. Stephen estaba sentado a la derecha de la joven y pasándole la mano por delante para escribir su nombre en la ventanilla izquierda, tal como explicó, difícilmente podía haber estado a punto de tocar al conductor cuando el taxi dio un bandazo. El conductor habría estado en el otro lado.

» Yo supongo que Stephen Dos le habló a Stephen del incidente del beso; pero olvidó mencionarle el tema del volante o del conductor, dándolo por sabido. Mr. Stephen añadió el asunto del conductor para darle más verosimilitud al relato, y ése fue su gran error. Porque, sin duda, Mr. Koenig se dio cuenta de ello en seguida.

Koenig se arrellanó en la silla y sonrió con admiración:

—Eso está muy bien, Henry.

—No, en absoluto. El mérito es de usted, Mr. Koenig —protestó Henry—. Yo sabía que usted había roto la coartada; sabía que lo había hecho por medio de un

razonamiento lógico; y sabía que este razonamiento tenía que deducirse de los hechos que usted nos daba. Usted, al romper la coartada, no tenía la ventaja de ese conocimiento especial.

Post Scriptum

La influencia de que yo haya pasado mis vacaciones en las Bermudas (ver el post scriptum anterior) se muestra claramente en este relato.

LA RECETA

Roger Halsted susurró a Geoffrey Avalon:

—Él es mi fontanero.

Avalon lo miró durante unos momentos, más con incredulidad que con desaprobación.

—¿Su fontanero?

—Lo era, más bien. Está retirado y se ha trasladado a los suburbios. Es un buen tipo, y si se le quiere juzgar por los criterios usuales norteamericanos acerca del éxito, siempre ha hecho mucho más dinero que yo.

—No me sorprende en absoluto —respondió Avalon—. Un maestro fontanero…

—Él lo era. Y yo simplemente enseño álgebra en una escuela media. No hay comparación. Pero ya sabe, Jeff, nosotros siempre tenemos a intelectuales como invitados en estos banquetes de los Viudos Negros, y pensé que sería refrescante contar con alguien que trabaje con las manos.

Avalon dijo, con poco convencimiento:

—Está lejos de mí el abandonarme al esnobismo social, Roger; pero puede ser que él pueda encontrarnos incómodos a nosotros.

—Nunca se sabe… Y puede darnos una oportunidad de averiguar cosas acerca de fontanería.

En otra parte de la habitación, Thomas Trumbull daba cuenta de su whisky con soda y añadió:

—Acabo de leer *The Third Bullet* de John Dickson Carr, Jim.

James Drake miró de soslayo a Trumbull y comentó:

—Esto es una antigualla.

—Tiene medio siglo de antigüedad, según la ficha del copyright. Yo lo leí hace unas décadas; pero no lo recuerdo lo bastante como para no volver a entretenerme. Es una de esas historias de misterio de habitaciones cerradas, ya sabe.

—Lo sé. Era la especialidad de Carr. Nadie lo hizo con tanta coherencia o tan bien como él.

—Sin embargo… —Trumbull meneó la cabeza—. Algo me dejó preocupado.

Emmanuel Rubin había gravitado hacia la pareja al oír la primera mención

de misterio y comentó:

—Déjeme adivinar lo que le preocupa, Tom. Carr es magnífico, pero tiene sus defectos. En cierto modo sus escritos tienden a ser demasiado dramáticos, de modo que el lector no deja de percibir, con cierta incomodidad, que está leyendo una obra de ficción. Luego, cuando Carr finalmente llega a la solución, ha inventado una que al menos requiere veinte páginas. Y lo que es más, es tan intrincado que el lector no puede seguirlo sin leerlo varias veces, cosa que nunca hace. Y eso significa que todo resulta poco convincente.

—Ahí está la cuestión —afirmó Trumbull—. En ese último detalle. No es convincente. Un relato de misterio de habitaciones cerradas normalmente está tan torturado en su construcción y en su solución que uno no puede aceptarlo. Quiero decir, ¿ha habido alguna vez una historia de misterio de habitaciones cerradas en la vida real? Lo dudo.

Drake sugirió:

—Tendríamos que preguntar a alguien que sea un conocedor de los misterios de la vida real. ¿Manny?

—No me miren a mí. Yo me limito a la ficción. Nunca he intentado escribir un relato de misterio de puertas cerradas porque, francamente, creo que Carr acabó con el mercado. No puedo decidirme a inventar una nueva variación.

Mario Gonzalo se unió al grupo en ese momento y afirmó:

—Esto me recuerda un juego que ustedes pueden probar de cuando en cuando. Se llama: « Cuál es el… más grande que no sea el de…»

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Rubin con suspicacia—. Suponiendo que usted lo sepa.

—Es fácil. Se trata de hacer una pregunta como, ¿cuál es la tragedia más grande de la época isabelina que no sea de Shakespeare?

—La respuesta normal a eso —respondió Rubin—, es *La duquesa de Malfi*, de Webster, aunque a mí nunca me ha gustado.

—Muy bien. ¿Cuál es el mejor vals que no sea de Johann Strauss?

—El vals de *La Viuda Alegre* de Franz Lehár, diría yo —afirmó Rubin.

—¿Y qué pasa con el vals de *Los patinadores*? —inquirió Gonzalo.

—Es cuestión de gusto —opinó Rubin.

—¿Cuál es la ópera cómica más grande que no haya sido escrita por Gilbert y Sullivan?

—¿Y que les parece *El Murciélago* de Strauss? —preguntó Rubin.

—¿O cualquier cosa de Offenbach? —sugirió Drake.

—Y ahora —concluyó Gonzalo—, ¿cuál es la historia de misterio de habitaciones cerradas más importante que no esté escrita por John Dickson Carr?

Hubo un tremendo silencio, seguido por el comienzo de charla de tres personas a la vez y otras que se juntaban al grupo. En medio de la cháchara creciente, Henry, el imperturbable camarero, anunció que la cena estaba

servida.

El invitado de Halsted, el fontanero, era Myron Dynast. Su proceso de envejecimiento no había sido muy benévolo. La mayor parte de su cabello había desaparecido, tenía bolsas bajo los ojos, un cuello arrugado y una barriga pronunciada. Sus ojos, sin embargo, eran vivos; su voz no era áspera y su vocabulario era razonablemente bueno. Avalon, en consecuencia, comentó por lo bajo a Halsted:

—No *parece* un fontanero.

Halsted contestó:

—Lo que usted quiere decir, Jeff, es que él no se parece al estereotipo mental de fontanero que tiene usted.

Avalon se irguió totalmente y bajó sus cejas formidables, para dirigir a Halsted una mirada ofendida. Pero luego, se lo pensó mejor y dijo con suavidad:

—Quizá tenga razón, Roger.

Dynast, sin embargo, no habló mucho. Ya fuera porque se sintiese confundido al encontrarse en compañía de intelectuales, o porque sólo estaba interesado en los temas de conversación que animaban la comida, permaneció callado durante casi todo el tiempo, con sus ojos rápidos echando flechas de un orador a otro.

Finalmente, a la hora del brandy, Halsted golpeó su vaso de agua con la cuchara y dijo:

—Jeff, ¿nos hará los honores respecto a su invitado?

—Tendré mucho gusto —contestó Avalon.

Con una cortesía algo exagerada, se volvió a Dynast y le explicó:

—Es costumbre, en estos banquetes nuestros, comenzar por solicitar a nuestro invitado que explique a qué se dedica. Mr. Dynast, ¿a qué se dedica usted? Con otras palabras…

—No necesito otras palabras, Mr. Avalon —respondió Dynast—. Ser un buen fontanero es toda la dedicación que necesito. ¿Ha habido alguien que se haya levantado a media noche y se haya dado cuenta de que, de repente, necesitaba un físico nuclear revolucionario? Piense en todas las emergencias en las cuales uno se sentiría mucho más feliz si tuviera en la puerta de al lado a un fontanero como yo, en vez de un profesor como…, como…

—Como cualquiera de nosotros —concluyó Avalon, y se aclaró la garganta —. Usted tiene razón, Mr. Dynast. Acepto su respuesta. Dígame, ¿durante cuánto tiempo ha sido usted fontanero?

Dynast de repente pareció lleno de ansiedad.

—¿Va a consistir en esto? ¿Van ustedes a hacerme preguntas sobre toda la fontanería?

—Es posible que lo hagamos, Mr. Dynast.

Halsted interrumpió con su voz suave:

—Ya le he explicado, Mike, que las condiciones del banquete son que usted debe contestar a todas las preguntas que se le dirijan.

—Lo haré, Rog; pero tengo algo más interesante que contar…, si me dejan.

Avalon hizo una pausa, se quedó pensativo durante un momento y luego continuó:

—No tenemos ninguna intención de estorbarle demasiado, Mr. Dynast. Usted puede decirnos qué es lo que desea explicar; pero si volvemos al tema de la fontanería, usted debe aceptarlo. Esto es…

—Sé lo que quiere decir, Mr. Avalon, y me parece muy bien —respondió—. Lo que yo quiero decir es que antes del banquete he oído que hablaban de relatos de misterio de habitaciones cerradas. Decían que no sabían si una historia de misterio de habitaciones cerradas podía suceder en la vida real. La cosa es que yo tengo una.

Esto llevó a la mesa a un momento glacial de inmovilidad. Incluso Henry, que estaba callado y recogiendo, eficiente, los últimos restos del banquete, levantó la vista con sorpresa pensativa.

Finalmente Trumbull preguntó con un tono que era casi susurrante:

—¿Quiere decir que ha oído hablar de alguna, o que usted ha tenido alguna experiencia en ese sentido? ¿Se ha visto usted metido en una historia de ésas?

—Yo no. Mi esposa. *Ella* lo estuvo.

Mario Gonzalo, al otro extremo de la mesa, se estaba inclinando hacia delante en su silla, con expresión de morboso regocijo.

—Espere un poco, Mr. Dynast. ¿Va usted a decirnos que había una habitación cerrada y que alguien apareció muerto dentro, que no fue un suicidio, que no había ningún asesino dentro y que su esposa estuvo allí y lo conoce todo acerca del asunto?

Dynast pareció horrorizado al oír esto.

—¿Asesinato? No estoy hablando de asesinato. Dios mío, no hubo ningún asesinato. Nada de *eso*.

Gonzalo se desinfló visiblemente.

—¿Entonces, de qué está hablando?

Dynast explicó:

—Había una habitación que estaba cerrada. Y sucedió algo que no *podía* suceder, eso es todo. Y eso implicó a mi esposa. No tiene que ser un asesinato para tratarse de un misterio en una habitación cerrada, ¿no?

Avalon levantó la mano y expresó con su más profunda voz de barítono:

—Estoy llevando a cabo el interrogatorio, caballeros, así que tengamos orden. Esto puede ser interesante y puede que sustituya a nuestro análisis de la profesión de fontanero, al menos de momento; pero procedamos con método.

Con el ceño fruncido, esperó a que se hiciera silencio y luego dijo:

—Mr. Dynast, ¿qué sucedió en la habitación cerrada, que no podía haber sucedido?

—Fue robada una cosa.

—¿Algo de valor?

—Para mi esposa tenía mucho valor. ¿Puedo explicarlo? Realmente no puedo hablar acerca de ello sin dar un poco de explicación.

Avalon miró a los que rodeaban la mesa.

—¿Hay alguna objeción a que escuchemos a Mr. Dynast?

Gonzalo manifestó:

—Yo tengo objeciones a *no* escucharle.

—Sí, Mario, debería suponer que usted las tiene. Muy bien, Mr. Dynast. Pero usted debe entender que interrumpiremos con preguntas cuando las tengamos que hacer.

—Sin duda. Adelante. —Se volvió a Henry, que había ocupado su lugar acostumbrado junto al parador—. Camarero, ¿podría traerme un poco más de café?

Henry le sirvió y Dynast comenzó su relato.

—Mi esposa, caballeros, nació en una ciudad pequeña. Se casó conmigo cuando tenía treinta y tres años y ocurrió que no tuvimos hijos. Pasamos unos veinte años en la ciudad, pero ella nunca superó el hecho de ser una muchacha provinciana. Anticuada, también. Creo que saben lo que quiero decir.

—No estoy seguro de que lo entendamos —contestó Avalon—. ¿Qué es lo que quiere decir?

—Quiero decir que ella salía para acudir a actos sociales de la iglesia, a excursiones y a toda clase de actividades de vecindario. Realmente, no podía hacer mucho más en la ciudad, ya comprenden. Pero, una vez me retiré y nos trasladamos fuera de la ciudad y compramos una bonita casa con algo de terreno, ella volvió con todo su empuje a la natación. Era como si intentara ser otra vez una muchacha. Sin niños y sin problemas de dinero, ella podía consumir todo el tiempo con esa afición. Y yo estoy dispuesto a ello…, siempre que no me arrastre a hacer lo mismo.

—Supongo, pues, que usted no es un muchacho provinciano —dijo Rubin.

—Rotundamente no. Soy un tío del asfalto de Nueva York.

—¿Y no le aburre entonces vivir en las afueras?

—Oh, sin duda. Pero, en primer lugar, no estoy tan lejos de la ciudad que no pueda venir, alguna vez que otra, para llenar mis pulmones de aire sucio. A Ginny, mi esposa, no le importa. Y además, no estoy retirado del todo. Realizo trabajos de fontanería cuando alguien lo necesita, y eso llena una parte de mi tiempo. Ya saben, cada trabajo de fontanería es distinto, cada uno es un reto, especialmente si uno quiere hacerlo bien. Y la fontanería en las afueras es lo suficientemente distinta de la de la ciudad para ser interesante. Además…

Hizo una pausa y se sonrojó un poco.

—Además —continuó—, Ginny ha sido una buena esposa. Ella aguantó en la ciudad cuando las cosas, a veces, no eran tan favorables y no se quejó más de lo que tenía que quejarse. Ahora le ha llegado su turno y ella es feliz, o *era* feliz, y yo no iba a estropeárselo. Ginny se mantiene ocupada. Al no tener hijos, lo sustituye en cierto modo al estar siempre dispuesta a cuidar niños. La mitad del tiempo tenemos en casa chicos que corren y hacen ruido. A ella le encanta.

—¿Ya usted le encanta? —preguntó Trumbull mirando ceñudo.

—No, a mí no; pero es cosa suya. Ella no me pide que le ayude. No entiendo nada de niños.

—¿Y entiende su esposa? Si no tiene ninguno propio… —comentó Avalon.

—¡Oh, Dios mío! Ella no ha parido ninguno… Pero era la mayor de seis hermanos. Pasó prácticamente toda la vida hasta que se casó conmigo siendo una especie de auxiliar de su madre. Yo tenía un solo hermano mayor y así nos quedamos. Los niños son un libro cerrado para mí, pero no los echo de menos. Una vez hablamos de adopción; pero yo estaba medio en contra y ella no me forzó.

Gonzalo preguntó con un toque de impaciencia:

—¿Vamos a hablar de la habitación cerrada?

—Existe otro punto que tengo que exponer. Lo que hace popular a mi esposa en estos actos sociales de la iglesia es que es una gran cocinera. Yo no puedo explicarlo por mí mismo. Soy solamente un buen comedor y no sé lo que hace especial a la comida; pero la de ella *es* especial, y he pasado toda mi vida intentando no engordar a causa de ello.

Bajó la vista hacia su abdomen con algo de pena mientras lo decía.

—Escuchen —prosiguió—, si ella fuera una mala esposa, la toleraría por su arte de cocinar… Pero ella es una *buena* esposa. Yo no digo que su cocina sea fantasiosa. A ella no le sale la clase de comida que a uno le dan en los restaurantes elegantes. Lo de ella es un producto sencillo, pero se derrite en la boca. Sólo para que ustedes lo sepan: la especialidad de ella son los bollos de arándanos. Eso no parece gran cosa porque uno puede conseguirlos en todas partes, pero una vez se han probado los que hace Ginny, nunca se volverán a comprar. Comparados con los suyos, todo lo demás es basura.

» Ella tiene docenas de pequeñas cosas que hace mejor que nadie. No sé cómo. Quizá son las especias o la manera en que las mezcla o el tiempo que pasa en cocinarlas o quién sabe qué… Es un genio en eso, igual que yo soy bastante bueno en fontanería. Cuando lleva sus creaciones a uno de esos actos sociales o excursiones campestres a que va, todo el mundo se queda a su alrededor haciéndoseles la boca agua. Y a ella le gusta. Es su pasaporte a la fama y al éxito. Pero la cosa de la que está más orgullosa, lo que está más cerca de su corazón, son esos bollos de arándanos.

» Nadie puede sacarle recetas. Sólo las lleva en su cabeza, y ahí es donde las guarda. ¡En secreto! Son sus joyas de la corona. Nunca deja a nadie entrar en la cocina cuando está cocinando, excepto a mí, porque sabe que no soy capaz de enterarme de lo que está pasando.

Drake intervino:

—Recuerdo que mi madre acostumbraba a ser un poco así. Cuando la cocina es la especialidad propia, uno no quiere que nadie le haga la competencia haciendo uso de sus descubrimientos.

—Es cierto —corroboró Dynast—. Pero la gente insistía en que escribiera las recetas e hiciera un libro con ellas. Una de las damas trajo un amigo que trabajaba en una editorial; ella habló con Ginny y le dijo que los libros de cocina daban dinero y que un buen libro de cocina de comida sencilla podía ser una mina de oro. También dijo que algún día Ginny se moriría y que no estaría bien que sus secretos culinarios murieran con ella. La aduló una barbaridad y yo pude ver que Ginny estaba empezando a pensar que la cosa tenía interés.

» Para decirles la verdad, yo también estaba un poco a favor de esto. Me habría gustado que ella fuera conocida ampliamente por su cocina. Yo me sentiría orgulloso. Así que la animé y ella comenzó a pensar en eso cada vez más.

» No es que fuera fácil, ya saben. Ella hablaba acerca del tema y decía cosas como: "Sólo cocino. Hago cosas sin ni siquiera pensar en ello. Añado y mezclo y todo está en la punta de mis dedos, no en mi cerebro. Si me pongo a escribir una receta, tendría que inventármela toda…" Entonces yo le dije: "Hazlo, de todos modos. Aunque sea difícil, lo haces. Escribir cualquier clase de libro es difícil. ¿Por qué no tendría que ser también difícil un libro de cocina?"

» Así que comenzó a trabajar a ratos en ello. Iba guardando todas las recetas que elaboraba en una cajita a prueba de fuego, que cerraba con una llave y me dijo: "No puedo incluir la receta de los bollos de arándanos. Es mi secreto." Yo dije: "Vamos, Ginny, déjate de secretos." Pero yo sabía lo que ella pensaba.

» Aquellos bollos de arándanos eran la única cosa que creaba sentimientos duros contra Ginny. Eran tan buenos y a todos los maridos les gustaban tanto, que todas las esposas tenían envidia. Las otras cosas las podían hacer muchas de ellas iguales de bien; pero los bollos de Ginny estaban fuera de su alcance. Existía el gran convencimiento de que ella estaba obligada a poner la receta en el tablón de anuncios de la iglesia, y que representaba una falta de caridad cristiana ser tan avara respecto del tema. Pero a Ginny no la conmoverían.

» En todo caso, ahora tienen ustedes la explicación. Un día iban a celebrar alguna reunión en la iglesia y, cosa rara, Ginny no creyó que tuviera que asistir. Explicó que quería permanecer en casa y trabajar con las recetas y que, además, se encargaría de algunos de los niños más pequeños de aquellos que asistían a la reunión para compensar el no acudir a ella. Acabó teniendo cinco

chicos en casa durante unas tres horas. Durante aquellas tres horas la casa estuvo cerrada, incluso las ventanas, porque teníamos aire acondicionado. No había nadie en la casa, excepto Ginny y cinco chiquillos. Así fue.

—¿Dónde estaba usted, Mr. Dynast? —preguntó Avalon.

—En la ciudad. Para ser sincero, diré que siempre intento estar en cualquier otro lugar cuando hay demasiados niños. A Ginny no le importa. Supongo que está contenta de no tenerme por allí.

Gonzalo pregunto:

—¿Es ésa la habitación cerrada de la que usted está hablando, Mr. Dynast? ¿Su casa estaba cerrada sólo con su esposa y los cinco niños?

—Eso es.

—Supongo —dijo Avalon— que Mrs. Dynast haría muy poco trabajo con cinco niños alrededor.

—No fue de las veces peores —informó Dynast—. Cuatro de los niños eran veteranos, por decirlo de alguna manera, habían estado en casa muchas veces. Conocían a Ginny y ella los conocía también. Todos tenían entre tres y cuatro años y les había dado dulces y leche, muñecos y otros juguetes. Uno de los chavalines era nuevo; pero era el mejor de todos. Era hijo de una prima de una de las madres que venía regularmente. La prima y su marido iban a ir a la reunión con la madre, y Ginny se alegró de hacerse cargo del nuevo niño. Se llamaba Harold. Tendría cerca de cinco años; se comportaba muy bien y era de buen carácter, según Ginny. Hasta ayudó a entretener a los otros niños. Era muy hábil con ellos.

» Así que Ginny siguió trabajando con sus recetas y, por primera vez, anotó la de los bollos de arándanos. No le gustaba hacerlo; no le gustaba en absoluto, según dijo. Por eso la escribió a lápiz, ligeramente, como si aquello equivaliera a escribirlo a medias. Incluso así, ella se desanimó, porque, justo antes de que todo hubiera terminado y se llevaran a los niños, rompió la ficha hasta dejarla reducida a confetti.

» Así sucedió lo que luego fue tan imposible de explicar. Ella había anotado la receta casi al principio de su tarea de cuidar niños; la había roto cerca del final. La receta había existido, quizá durante unas dos horas y media en aquella casa cerrada, sin nadie dentro, excepto ella y los cinco niños y, durante aquellas dos horas y media el texto fue robado. ¿Llamarían ustedes a eso una historia de misterio de habitación cerrada?

Trumbull preguntó:

—¿Fue robada la receta? Entendí que usted había dicho que ella la rompió.

—No dije que el trozo de papel fuera robado. La receta *que estaba en él* fue robada. Al día siguiente, la receta estaba en el tablón de anuncios de la iglesia, palabra por palabra, tal como la había escrito ella. ¡Pobre Ginny! Estaba desolada. Desde entonces, ha sido una mujer distinta. Ya no va a hacer el libro de

cocina y no quiere tener nada que ver con la iglesia.

—¿Está disgustada con toda la iglesia? —preguntó Gonzalo—. ¿Quién la robó?

—No lo sabe y yo tampoco lo sé. No sabemos quién la robó y no sabemos cómo fue robada. Si lo supiéramos, ella podría superarlo. Podría tener a alguna persona concreta con la que enfurecerse. Podría ver que se debía a su propia falta de cuidado. Tal como ha ido la cosa… —Meneó la cabeza—. Ésa es la razón por la que yo me sentí tan interesado cuando alguien dijo que, en la vida real, no había historia de misterio de habitaciones cerradas. ¿Cómo le llaman ustedes a eso?

Se hizo un silencio y luego Rubin preguntó:

—¿Usted estuvo fuera todo el tiempo? ¿No vio nada de eso?

—Casi todo el tiempo, Mr. Rubin. Yo llegué a casa justo cuando la reunión se estaba acabando. Los demás estaban alborotados llevándose a sus niños, y dándoles las gracias a Ginny. Se hallaban la prima y su marido, padres del pequeño Harold. Los dos eran muy bajos de estatura, poco más de metro y medio, pero simpáticos y amables. Vi a su chico durante un momento. Me lo presentaron y él me dio la mano como un hombrecito. Todo era contento en su más alto grado. Para entonces, Ginny ya había roto la receta y ésta había sido robada de alguna manera.

Halsted se arrellanó en su silla, con las manos cruzadas sobre su abdomen.

—¿Qué certeza puede tener usted, Mike, de que la casa era el equivalente de una habitación cerrada, de que no había ninguna ventana abierta y no existía modo de entrar?

Dynast meneó la cabeza.

—Eso, en realidad, no importa, ¿verdad? Todas las puertas y ventanas *estaban* cerradas, porque Ginny es muy cuidadosa y, mientras los niños estén bajo su custodia, no quiere que ninguno de ellos pueda caerse por una ventana o salir de la casa. Pero esto no interesa. El hecho es que ella y la receta estaban en esta habitación especial y que nadie entró en esa habitación durante todo el tiempo que existió la receta. No es posible que alguien pudiera haber entrado sin que ella lo notara.

—¿Ni aunque ella estuviera absorta en sus tareas? —preguntó Rubin.

—No podía estar absorta hasta ese punto. Los niños eran primero. Estaría atenta en todo momento.

Gonzalo intervino:

—¿Y no dejó la habitación en ningún instante? ¿No fue al cuarto de baño?

—Oigan —contestó Dynast—. Nosotros hemos hablado de esto y yo le pregunté esa cuestión en particular. No, ella no tuvo que ir al cuarto de baño, pero sí salió de la habitación. Salió de la casa, incluso.

—¡Ah! —exclamó Gonzalo—. ¿Por qué?

—Recordó que había prometido entregar alguna cosa a los vecinos que vivían

al otro lado del camino y temió que seguiría olvidándolo si no lo llevaba entonces. Fue sólo cuestión de quince metros, y no tardó más que un minuto. Así que corrió, tocó el timbre, salió el marido, pues su esposa estaba en la reunión, se lo puso en las manos con una rapidísima explicación, intercambiaron dos frases y desapareció. Todo el tema se desarrolló en dos minutos como máximo.

Gonzalo señaló:

—Usted no estaba allí, Mr. Dynast. Una mujer puede creer que tardó solamente dos minutos cuando en realidad tardó veinte.

—Eso nunca —dijo Dynast con indignación—. Tenía la casa llena de niños que atender. No tardó más de dos minutos. No tenía motivo para entretenerse más de dos minutos.

—¿Cerró la puerta cuando se marchó? —preguntó Gonzalo.

—No, no le gustaba hacerlo. Al no estar allí, tenía miedo de que, si le sucedía algo a ella y luego le sucedía algo a los niños, hubiera una puerta cerrada que pudiera retrasar que la gente entrara. Bien… Eso no importa. Tenía la puerta principal bajo observación en todo momento. Nadie se acercó. Nadie fue a ningún sitio que estuviera cerca de ella. Cuando volvió, cerró la puerta de nuevo, preguntó al pequeño Harold si había sucedido algo mientras estaba fuera y él dijo que no. Ciertamente no había habido ninguna perturbación y los niños seguían tan contentos.

Gonzalo objetó:

—En realidad, no se trata de una habitación cerrada si se abrió en cierto momento.

—No sea tan estricto, Mario —protestó Avalon—. Si la narración es exacta, la casa sigue siendo el equivalente de una habitación cerrada. Debo admitir, sin embargo, que el relato es de segunda mano. Ojalá pudiéramos interrogar a Mrs. Dynast.

—Bien, no podemos —dijo Rubin.

Trumbull añadió:

—Esperemos un poco. Si estábamos hablando de algo material que fue robado, entonces la casa podía ser considerada como una habitación cerrada. Sin embargo, no fue robado nada material. La tarjeta en la cual fue escrita la receta fue destruida por la propia Mrs. Dynast. Lo que robaron fue la información que había en la ficha, y eso hace que cambie la situación… Mr. Dynast, creo que usted dio a entender que los amigos de Mrs. Dynast, sus compañeras de la comunidad de la iglesia, sabían que estaba preparando recetas.

—Oh, sí. Era la gran noticia.

—¿Y no sabrían que ella estaba trabajando en aquellas recetas en aquel momento especial cuando el resto asistía a la reunión de la parroquia?

—Sí, creo que mencioné que ella se lo había dicho, como excusa para no ir.

—Y, al preparar las recetas, ella les pondría una etiqueta y las identificaría,

¿no?

—Ciertamente. La receta de los bollos de arándanos se llamaría « Bollos de arándanos de la abuelita» , porque ésa era la manera en la cual siempre se refería a ellos cuando hablaba conmigo o con cualquier otra persona. Su abuela, al parecer, le había dado la receta; y ella, luego, la había mejorado.

—Y supongo que la habitación en la cual trabajaba tenía ventana.

—Sí, naturalmente.

—En ese caso —objetó Trumbull—, usted no contaba con una habitación cerrada. Puede ser que la gente no hubiera podido entrar físicamente para robar una ficha de receta; pero seguramente podían mirar por una ventana y leer lo que estaba escrito en la tarjetita, ¿no?

—No, no lo creo, Mr. Trumbull —contestó Dynast—. La parte delantera de nuestra casa estaba a nivel de la calle; pero el suelo se inclinaba hacia abajo cuando uno se alejaba de la calle. Eso dejaba espacio para un sótano y un garaje con huecos a nivel del suelo en el patio trasero y con una salida de coches que volvía allí. Pero las habitaciones traseras, en las cuales estaba trabajando Ginny y tenía a los niños, estaban a la altura de un piso. Uno no podría mirar fácilmente a través de las ventanas a menos que tuviera una estatura de unos cuantos metros o que utilizase una escalera. Y creo que Ginny lo habría notado en cualquiera de los dos casos.

Trumbull no dejó el tema.

—Podía ser que esa persona hubiera estado en un árbol si la habitación daba a un patio trasero.

—Cabe que él, o ella, hubieran estado allí pero no había ningún árbol a una distancia de seis metros de aquellas ventanas. Además, como he dicho, Ginny no estaba muy decidida y había escrito la receta muy ligeramente, a lápiz. No creo que nadie pudiera haberla leído aunque hubiera presionado la nariz contra el cristal de la ventana. Y luego, para complicar más las cosas, Ginny después de escribir la receta, la puso debajo de un libro con objeto de que estuviera más segura. Estaba bajo el libro cuando ella se desanimó y la sacó para romperla.

Drake preguntó:

—¿Fue ésa la única vez que fue anotada la receta?

—La única vez.

—¿Y la reprodujeron palabra por palabra? ¿No podía haber sido solamente una receta similar que alguna otra persona hubiera inventado de forma independiente? Después de todo, debo decirle que incluso los mayores descubrimientos científicos a veces son ideados por separado por dos investigadores, y más o menos en el mismo momento. Estas cosas suceden.

—Eran las mismas palabras —insistió Dynast con firmeza—. Ginny lo jura y yo la creo. En cierto momento, ella escribió: « Batir furiosamente hasta que vuestra mano esté en peligro de desprenderse. Luego, contar diez respiraciones

rápidas y…» Todo eso estaba precisamente allí. Ésa es la manera que tiene de hablar de cocina cuando habla conmigo. No es probable que nadie más se exprese de esa manera, y con tanta exactitud.

Hubo un silencio alrededor de la mesa, y Avalon continuó:

—Me temo, Mr. Dynast, que no comprendo cómo pudo hacerse esto. Usted no estará bromeando con nosotros, supongo.

Dynast meneó la cabeza.

—Ojalá estuviera haciéndolo, Mr. Avalon; pero no es ninguna broma para Ginny, y si no averiguamos cómo se hizo, no me sorprendería que al final, tuviéramos que vender nuestra casa y marcharnos a otro lugar. Ginny no puede soportar la idea de vivir cerca de la gente que le hizo esto.

Drake preguntó:

—¿Usted afirmaría que su esposa ha dicho realmente toda la verdad?

—Apostaría mi vida por ello —contestó Dynast.

—Entonces, con una habitación en la que había una mujer y cinco niños pequeños, tiene usted que llegar a la conclusión de que la mujer misma robó su propia receta. ¿Usted supone que es posible que Mrs. Dynast organizara el asunto ella misma como una excusa para poder trasladarse a otro lado?

Dynast respondió:

—Si ella quería trasladarse, simplemente podía decirlo. No tenía que organizar un truco grande y fantasioso. Y si ustedes conocieran a Ginny, sabrían le habría sido imposible hacer trucos con sus bollos de arándanos. No pueden imaginarse lo que éstos significan para ella.

Rubin comentó:

—Bien, es la historia de misterio de habitación cerrada más endiablada que he oído nunca. No existe ninguna solución.

En este momento, Henry dijo medio excusándose:

—¿Caballeros?

Rubin levantó la vista.

—Vamos, Henry. ¿Está usted intentando decirnos que *existe* una solución?

—No puedo asegurarlo; pero me encantaría hacerle a Mr. Dynast una pregunta.

Avalon inquinó:

—¿Le parece bien, Mr. Dynast? Henry es un miembro valioso de nuestra organización.

—Lo supongo —dijo Dynast—. Sin duda.

—En ese caso, el chico mayor… Harold.

—¿Sí?

—¿Qué edad dijo usted que tenía Harold?

—Cinco años a lo sumo.

—¿Cómo lo sabe, Mr. Dynast?

—Ginny lo dijo.

—¿Cómo lo sabía ella, Mr. Dynast?

—Supongo que ella se lo preguntó.

—¿Le dijo ella que se lo había preguntado?

—No… Pero yo mismo lo vi cuando llegué a casa. Ya se lo he dicho. Era un muchachito pequeño. Parecía tener unos cinco años.

—Pero, Mr. Dynast, usted también dijo que vio a los padres de Harold y que los dos medían algo más de metro y medio. Usted no iría a decir que, porque midieran metro y medio, eran unos quinceañeros.

—No. Eran simplemente bajitos.

—Exacto. Y los padres bajitos pueden muy bien tener hijos bajitos. Es posible que pudiera parecer que Harold tenía cinco años si se juzgaba su estatura y tamaño, y sin embargo tener ocho años. Y, por lo que sabemos, él es extraordinariamente brillante para su edad.

—¡Dios mío! —exclamó Avalon—. ¿Usted cree realmente que eso pudo ser así, Henry?

—Considere usted los hechos, Mr. Avalon. Una de las mujeres del vecindario quiere desesperadamente la receta. Ella tiene una hermana de baja estatura, la cual se ha casado con un hombre igual de pequeño y los dos tienen un hijo de talla singularmente reducida, el cual resulta ser un niño prodigio. Es un chico inteligente, de ocho años, que puede pasar con facilidad por un nene de cinco. Ese muchacho listo es introducido en casa de ustedes, Mr. Dynast, y aleccionado acerca de lo que debe hacer.

» Mrs. Dynast no sentiría preocupación alguna por el hecho de que aquel muchachito la estuviera observando, o mirara con curiosidad lo que ella estaba escribiendo. Al fin y al cabo, según las apariencias, se trata de un niño de edad parvularia, que no sabe leer. El niño la vería escribir una receta de « Bollos de arándanos de la abuelita» y cómo la ponía debajo de un libro. Luego, cuando ella se marcha a su recado, aunque sólo sea por dos minutos, el muchacho saca la receta de debajo del libro, la lee, se la aprende de memoria y la vuelve a poner en el mismo sitio. No debía de ser una cosa tan larga como para no retenerla en la memoria, y los chicos que son listos de modo especial pueden captar semejantes cosas como si su mente fuera papel secante.

» Lo recuerdo muy bien de mi propia infancia.

Gonzalo dijo triunfal:

—Sin duda. Esto lo aclara todo, y no hay otra explicación posible.

Henry intervino:

—Es sólo una posibilidad. Sin embargo, si ustedes pueden descubrir el nombre de su prima y de su marido, sería fácil averiguar qué edad tiene el chico, a qué escuela asiste, en qué grado cursa y cómo se porta. Si aquella mujer rehúsa darles información alguna sobre su prima y su sobrino, esto mismo entrañará que

nuestra versión es la correcta.

—¿Quién lo había de pensar? —dijo Dynast con abatimiento.

—Todo debe tener una explicación racional, señor —murmuró Henry—, y, como de costumbre, los Viudos Negros han eliminado con cuidado todas las explicaciones posibles y me han dejado a mí el trabajo de indicar lo que quedaba.

Post Scriptum

Yo estaba leyendo The third bullet*, de John Dickson Carr, tal como lo hace Trumbull en el relato, y se me ocurrió que yo no había escrito nunca una narración de Viudos Negros en la que se implicase un misterio del estilo de los de habitación cerrada.*

Naturalmente, me sentí en seguida acuciado por el deseo de hacerlo; pero no me pareció posible elaborar un nuevo mecanismo en que se implicaba una habitación cerrada. John Dickson Carr los había agotado todos, y otros escritores habían rellenado los pequeños huecos que pudieran quedar.

De todos modos, me molestaba rendirme. ¿Podría pensar yo en alguna nueva modalidad de historia de misterio de habitación cerrada? Y, para asombro mío, encontré que sí que podía.

Con gran entusiasmo me senté y escribí La receta*. En una sesión..., toda la historia. Creo que nunca he disfrutado más escribiendo un relato.*

Y ahora que está hecha esta colección, puedo decirles, una vez más, que me encuentro todavía con una salud razonablemente buena y que no tengo intención de parar. Los Viudos Negros, se lo garantizo, durarán tanto como yo.